Ernst Nolte

LA CRISIS DEL SISTEMA LIBERAL Y LOS MOVIMIENTOS FASCISTAS

ediciones península M.R.

La edición original alemana fue publicada por R. Piper y Co. Verlag, de Munich, con el título *Die krise des liberalen systems und die faschistischen bewegungen.*

Traducción de CARLES ULISES MOULINES

Cubierta de Jordi Fornas
impresa en Frontis s. l., Constitución 19, Barcelona

Primera edición: mayo de 1971
Propiedad de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta) de Edicions 62 s|a., Bailén 18, Barcelona-10

Impreso en Gráficas Saturno, Andrea Doria 29, Barcelona
Dep. Legal B. 16.860 - 1971

Índice



Primera parte

PERFIL DE LA HISTORIA DE EUROPA EN LA ÉPOCA DEL FASCISMO

Introducción
El precario «triunfo de la democracia» y la posibilidad interna del fascismo

En noviembre de 1918 decía Giovanni Giolitti en una conversación privada con uno de sus íntimos: «Los últimos imperios militares han encontrado su fin, y esto es una cosa extraordinaria... El militarismo está debilitado, la democracia ha pasado por la última prueba, la más terrible, y triunfa ahora por todo el mundo; así no habrán sido en vano los sacrificios incalculables.»[1] En este tono se expresaban por aquellos días todos los dirigentes políticos de las victoriosas potencias aliadas y sus asociadas, ya fuera que se tratase de Woodrow Wilson, Lloyd George, el presidente de la Cámara francesa, Deschanel, o bien el primer ministro italiano, Orlando. Pero las palabras de Giolitti tienen especial significación en este contexto, puesto que aparece de un modo evidente en la persona y en las experiencias de ese hombre ya viejo, uno de los más grandes políticos italianos, cuán insuficientes eran las categorías con que se expresaban las esperanzas de aquellos tiempos.

Cuando en la primavera de 1915 se había tratado la cuestión de si Italia había de entrar en la guerra al lado de las democracias hermanas, Giolitti, que sin duda representaba la mayoría parlamentaria, se había declarado partidario de la paz, y durante los decisivos días de mayo fue una minoría la que condujo Italia a la guerra. Desde la ventana de un hotel de la Via Veneto, Gabriele D'Annunzio había exhortado con palabras apasionadas a una multitud excitada, a matar al «intrigante», o sea Giolitti, que vivía en las cercanías, y sólo por un pelo escapó el viejo hombre de Estado a la ira de una muchedumbre rabiosa. Fue, pues, el efecto conjunto de dos acciones nada democráticas, a saber, las negociaciones secretas del gobierno Salandra-Sonnino y la demagogia incontrolada de hombres como Gabriele D'Annunzio y Benito Mussolini, lo que hizo participar a Italia en la guerra democrática. ¿Y por qué motivos debía considerarse a Italia una democracia antes que a sus enemigos? Si el sufragio universal es el criterio esencial, entonces el Imperio Alemán se le había adelantado en medio siglo e incluso Austria en

unos cuantos años. Si el nivel cultural de la población constituye la diferencia decisiva, entonces Italia, precisamente por sus innumerables analfabetos, no podía hacerles competencia.

Todo esto no lo ignoraba Giolitti. Un año después de aquella conversación, pronunció el famoso discurso electoral de Dronero, en el cual lanzó los reproches más vehementes al primer gobierno de guerra por sus procedimientos antidemocráticos, exigiendo un control democrático de la política exterior y la participación de las grandes masas en las decisiones políticas. Pero, cuando luego tomó de nuevo el cargo de primer ministro, consideró que era del todo ineludible anular los resultados de las primeras elecciones parlamentarias que habrían podido llamarse democráticas; entonces no dudó en acudir también a los servicios de los fascistas, de aquellos fascistas en quienes seguía latiendo el espíritu y el estilo de la acción de D'Annunzio en Fiume, que, a su vez, no había sido sino la continuación del levantamiento de mayo de 1915. Y cuando los fascistas, después que él se hubo retirado, aterrorizaron el país en una medida sin ejemplo alguno en la historia de los Estados europeos modernos, él se negó a tomar la dirección de un gobierno de lucha antifascista, con el fin de restablecer el orden, porque estaba convencido de que el principio democrático exigía que esa nueva fuerza política estuviera representada en el Parlamento y el Gobierno. El verdadero motivo debió de ser, naturalmente, su temor al socialismo revolucionario o con tendencias revolucionarias, cuya amenaza había pesado gravemente sobre los primeros años de postguerra, y el cual, gracias a una derrota definitiva del fascismo, posiblemente habría cobrado nueva fuerza. Por esto, ni siquiera después de la Marcha sobre Roma cambió Giolitti su actitud benevolente hacia el fascismo, y únicamente cuando ya no se pudo ignorar en absoluto que Mussolini rechazaba por principio la norma básica de la democracia liberal, la legitimación del poder por la libre aprobación de los gobernados, entonces se volvió abiertamente en contra suya. Pero esto fue sólo unas pocas semanas antes de su muerte, acaecida en el año 1928.

No está, pues, nada claro lo que se entendía en el año 1918 por democracia. «Soberanía del pueblo» manifiestamente sólo lo significaba, en todo caso, en los cantones suizos. Podría definirse mejor como aquella forma de vida político-

social en la cual puede manifestarse y tener una efectividad reconocidamente pública cualquier crítica radical no sólo a la jefatura del Gobierno, sino a la situación general de la vida colectiva. En este sentido, los «brillantes días» de mayo de 1915 fueron de hecho una prueba del carácter democrático de Italia; en este sentido, la negativa de Giolitti a destruir el joven fascismo con los medios del poder estatal brotó de un sentimiento genuinamente democrático. En este sentido, sería admisible atribuir a la Italia de 1914 un mayor grado de democracia que al Imperio Alemán, pues en Alemania, sin duda, no habría sido posible un movimiento de agitación como el de D'Annunzio. Sin embargo, es evidente que no hay nada menos comprensible, más necesitado de explicación, no hay nada que provoque más asombro que una forma de vida semejante. Desde el punto de vista de los imperios de los califas o del Hijo del Cielo, no es ni siquiera admisible el concepto de «crítica radical», y bajo el absolutismo europeo del siglo XVIII se habían puesto a su operancia límites muy estrechos. Sólo a partir de la Revolución Francesa el terreno se hizo fértil para esa idea, a pesar de que precisamente los partidarios y los enemigos de esa revolución supieron demostrar cómo se puede aplastar una crítica radical. La crítica radical sólo se da allí donde coexisten distintas concepciones vitales, sin que el centro director, el Estado, se identifique con una de ellas.[2] La democracia en este sentido es un producto del siglo XIX europeo, pero está profundamente enraizada en una historia muy anterior. Con una expresión más convencional, pero más precisa, debería hablarse de «sistema liberal», el cual no se identifica en absoluto con la ideología del liberalismo, aunque sin su influencia mediadora, naturalmente, no habría sido posible su existencia.[3]

El sistema liberal es el primero de los presupuestos del fascismo: sin un Giolitti, tampoco un Mussolini, por lo menos un Mussolini triunfante. Pero así como Giolitti es considerado aquí como representante de un sistema, así también Mussolini no es meramente una manifestación de la vida italiana. Los fenómenos contra los cuales polemizaba, las divisiones de las que se aprovechó, las experiencias a las que se refería: todo esto se daba en un grado más o menos alto en casi todos los países de Europa. De hecho, a partir de 1923, aparecen noticias en la prensa continuamente, o se encuentran a cada paso, en las correspondencias diplomáticas,

informes que tienen por objeto la fundación de grupos «fascistas» en París o Bruselas, en Bucarest o Varsovia. Es cierto que a menudo quedan relegados como simples imitaciones, y aún hoy existe la tendencia a encontrarlos tan deficientes en comparación con los regímenes triunfantes, que no se admite para ellos el adjetivo «fascista». Pero, ¿no era también Mussolini en cierto sentido un imitador de D'Annunzio? ¿No era considerado Hitler en todo el mundo hasta 1933, e incluso más tarde, como un imitador de Mussolini, y hasta como una pálida copia del Duce? Ciertamente, ningún jefe fascista, aparte de Hitler y Mussolini, consiguió el poder por sus propias fuerzas; no obstante, Codreanu y Degrelle llegaron a su antesala.

En este libro se tratará principalmente de los movimientos fascistas y sólo incidentalmente de los regímenes fascistas. Si el sistema liberal es el primer presupuesto del fascismo y si este sistema presenta un aspecto distinto en cada país de Europa, entonces la imagen de un pequeño grupo también puede servir para la clarificación de un gran movimiento, o de un régimen, y la diversidad que se dé puede significar al mismo tiempo la corrección de una conceptuación demasiado rígida. De ahí que se describan como fascistas ante todo todos aquellos movimientos políticos que apelaron explícitamente, tanto en su praxis como en su ideología, al modelo del fascismo italiano o bien, más tarde, al del nacionalsocialismo alemán. Esta autoconsideración puede basarse en algún caso en un error: con todo, constituye por de pronto el distintivo más simple.

Pero si los movimientos fascistas sólo pueden nacer en el terreno del sistema liberal, no son, sin embargo, la expresión original de la protesta radical que es posible en ese terreno. Más bien han de ser comprendidos siempre precisamente como la respuesta a esa protesta radical, y con bastante frecuencia emprenden en sus comienzos la defensa del sistema contra un ataque, frente al cual el Estado parece impotente. No hay fascismo sin el desafío del bolchevismo. Pero el fascismo no es por esto simplemente un antibolchevismo. Antes bien, es característico de todo fascismo el considerar que la procedencia del bolchevismo a partir del marxismo, que sin duda se dio, pero cuya medida exacta es discutible, es inevitable, sin ningún paliativo posible, y por esto quiere ser siempre, antes que nada, un antimarxismo. Todos aquellos grupos de la extrema derecha que tuvieron una relación

amistosa con el bolchevismo, y que incluso se inspiraron en la dialéctica marxista, no se orientaron nunca hacia Hitler o Mussolini y tienen que ser situados dentro de un concepto distinto al del fascismo.

El desafío al sistema liberal por el bolchevismo triunfante en Rusia en los años 1919-20 y que se organizaba como partido mundial con la Internacional Comunista, es el acontecimiento fundamental de la historia de Europa en la época de entreguerras. No es en absoluto un acontecimiento único o central. En países importantes fracasó el intento revolucionario ya antes de que hubiera empezado. Pero allí donde había dejado tras de sí huellas más profundas, dio origen a una nueva contracorriente, justamente el fascismo, y aun en los Estados menos afectados creó una simpatía ampliamente compartida por una oposición cuya energía procedía de lo más profundo de la sociedad y que pareció haber salvado al Estado. Sin esta simpatía, el fascismo italiano difícilmente habría sobrevivido a la crisis Matteoti, sin ella no habrían sido creídos los discursos de paz de Hitler. Ciertamente, la extensión del tipo fascista se originó del mismo modo que la del bolquevique. Entre 1924 y 1930 no se habló mucho en Europa del fascismo. Era la gran época de la Liga de Naciones y de los tratados que liberaron a Europa y también a Alemania de los efectos de la guerra. En cualquier caso, por entonces pareció extravagante que el embajador italiano en Sofía se pusiera en persona a la cabeza de una marcha de la «Rodna Saschtita»..., cuando el propio Mussolini había explicado que el fascismo no era «ningún artículo de exportación». Pero el año 1930 marca un punto de inflexión, y la toma del poder por Hitler puede compararse a la ruptura de un dique. A partir de entonces, en cada país de Europa hay grupos políticos, más o menos fuertes, que quieren «imponerse» según su modelo y el de Mussolini —desde luego, no siempre en un sentido filogermánico. Pero también las tendencias contrarias cambian y se endurecen. La resistencia de Dollfuss da valor a Benes, y la palabra «antifascismo», que desde 1923 equivalía, fuera de Italia y de la emigración italiana, a «comunismo», se convierte en una realidad general, que llega a imponerse en Francia y España durante cierto tiempo. También la política internacional cae bajo los signos de fascismo y antifascismo, por enérgicamente que los conservadores ingleses traten de substraerse a esa oleada. La Segunda Guerra Mundial estalla en una constelación que repi-

te típicos frentes de la política interior y al mismo tiempo los cambia; las victorias de Hitler significan la toma del poder, para cierto número de movimientos fascistas menores; la guerra contra la Unión Soviética, así como la empresa de aniquilación de los judíos son, en ciertos aspectos, una empresa en común de los fascismos europeos; la derrota de Hitler implica la caída de todos los regímenes fascistas y de la mayoría de los movimientos fascistas.

En este aspecto hay que presentar, en una primera parte, la historia de la época, o sea, desde un punto de vista que no abarca en absoluto la totalidad del acontecer, pero que cada vez tiene más a la vista sus rasgos determinantes, de modo que al fin debería revelarse como el aspecto característico de la época.

Es, sin embargo, ineludible considerar ante todo con más precisión los presupuestos del fascismo. La prescripción carecería de dirección si no lograra apoyarse en una concepción. Trataremos de comprender el fascismo a partir de sus presupuestos: a partir del reto al sistema liberal en cuanto que forma de vida política específica de Europa, aunque no realizada uniformemente en toda partes, reto llevado a cabo por el intento de revolución bolchevique después de la Primera Guerra Mundial. Pero como el bolchevismo debe ser comprendido de un modo primario como la reacción de un ala del marxismo a la guerra mundial, y como por otra parte el fascismo tiene a su vez, como mostró el ejemplo protofascista de D'Annunzio, una relación inmediata con la guerra y con determinadas tradiciones anteriores, también la guerra debe ser esbozada expresamente como uno de los presupuestos del fascismo, no en el curso que siguió, sino en determinadas actitudes mentales y disposiciones sociales que surgieron de ella. Sería, no obstante, dejarse llevar por prejuicios confusos, si esos presupuestos sólo se nombraran y no se desarrollaran también. Existe una gran diferencia entre considerar el «reto del bolchevismo» como una mera amenaza procedente del exterior, o bien como un suceso vital dentro del propio sistema liberal. No es lo mismo considerar el sistema de partidos europeo como un azar histórico, como un simple disfraz para posiciones de poder presentes en todas partes, o bien como una situación de hecho fundamental, basada en una larga historia. Únicamente cuando se hayan desplegado, aunque con la máxima brevedad, estos presupuestos, se habrá puesto una sólida base para la des-

cripción histórica, y esta descripción es, a su vez, el presupuesto para que los movimientos fascistas puedan ser expuestos finalmente en detalle y al mismo tiempo enciclopédicamente.

I. Los presupuestos fundamentales del fascismo

El suelo de origen: el sistema liberal

Leopold von Ranke, en su obra de juventud *Die Osmanen und die spanische Monarchie im 16 und 17 Jahrhundert* (Los otomanos y la monarquía española en los siglos XVI y XVII), determinó el «triple» fundamento del poder otomano: el sistema feudal, la institución de la esclavitud y la posición del jefe militar. Los feudos carecían de títulos nobiliarios y también de verdadera sucesión para los hijos: estaban estrictamente ligados a los méritos personales en la guerra y no se heredaban. El cuerpo de los jenízaros y los altos funcionarios eran escogidos de entre los mejores hijos de las familias cristianas sometidas, que cada cinco años eran llevados a la corte por la llamada «cosecha de niños» y allí se les sometía a una educación extraordinariamente severa. El «alma», el «origen de todo movimiento» de este cuerpo estructurado tan singularmente, era el gran señor, quien necesariamente debía tener tendencias belicistas, para conducir de manera adecuada ese Estado belicista, que había sido concebido en una lucha ininterrumpida contra el mundo de los infieles. Empezó la decadencia cuando los sultanes se durmieron y emplearon sus fuerzas ilimitadas en crueldades inútiles, en vez de grandes empresas de conquista, cuando se permitió el matrimonio a los jenízaros y cuando los servidores de las sultanas obtuvieron feudos.

Es cierto que también hubo en ese Estado, e incluso durante su mejor época, levantamientos de poderosos locales, intrigas de palacio, lucha entre los grandes por conseguir poder e influencia. La escasez de los medios de comunicación permitía cierta autonomía a las diversas partes del Imperio, y como toda autoridad, tampoco ésta estaba a salvo de las protestas de aquellos que debían soportar sus cargas. Con todo, este Imperio, con su composición central, a la que era extraño el contar con el peso de los otros elementos, constituye la imagen exactamente opuesta de lo que llamamos el sistema liberal.

Las raíces de éste llegan hasta la Baja Edad Antigua. En ella había comenzado, paralelamente a la caída de la autoridad central, un proceso de refeudalización, que otorgó prerrogativas estatales a los terratenientes locales y dentro de esta tendencia evolutiva se zambulleron, por así decirlo, las tribus germánicas, conquistando o infiltrándose, aunque al mismo tiempo robustecieron su realeza popular orientándola hacia la idea romana de la autoridad.[1] Así es como, al surgir de la oscuridad de la época de las migraciones los Estados de la Edad Media más temprana, aparece en casi todas partes una nobleza singularmente fuerte, autónoma y autoconsciente, contrapuesta a una realeza igualmente muy hábil. Sólo en común constituyeron el «Estado», pero ni siquiera ese Estado dividido en sí mismo era aún el todo, pues a su lado se hallaba la Iglesia como poder autónomo bajo su propio jefe. Dentro del triángulo de estas fuerzas pudo nacer la ciudad, que se administraba por sí misma, libre de la autoridad de la Iglesia y de la nobleza y más bien afecta que sometida al emperador. Así, pues, ya la sociedad de la Edad Media occidental era más multipolar de lo que ha sido cualquier otra formación social en el mundo: libertad cívica la había habido en las ciudades de Grecia, el esplendor de los emperadores brillaba en Oriente, la Iglesia dominaba en Bizancio, y una nobleza fuerte determinaba la política en el Japón. Pero los cuatro elementos yuxtapuestos no existían en ninguna parte y menos las modulaciones de su conjunción en un cierto número de Estados rivales y, a pesar de ello, estrechamente unidos.

Con todo, sería erróneo hablar de una «ruptura» en el mundo medieval occidental. Este mundo, con todas sus tensiones, siguió siendo un todo, pero de tal modo, que lleva consigo la posibilidad de una ruptura, aunque al mismo tiempo está estructurado de forma que no tiene por qué quedar destruido en la ruptura. La primera y fundamental ruptura fue la Reforma, que de hecho fue sentida e interpretada por los defensores de la tradición como un suceso antirreligioso y antipolítico. A partir de entonces ya no se dio en Europa aquella unidad político-religiosa que es la característica de todas las culturas originarias. Cierto que también dentro del Islam se daban y se dan diferencias confesionales. Pero la Suna y la Chía se diferencian en la dogmática teológica mucho menos que la Iglesia católica y la reformada, y, a pesar de esto, los Estados sunistas y chiítas están mucho menos

unidos en un sistema unitario de lo que lo estaban los Estados y estamentos católicos y protestantes. Precisamente en esto radica lo decisivo para nuestro contexto: que los elementos se desplazan, pero que ninguno de ellos desaparece; el máximo triunfo de la Reforma consistió en no haber triunfado completamente. Pues desde entonces el papa y el emperador fueron en cierto modo partidos; la «*itio in partes*» del *corpus evangelicorum* y del *corpus catholicorum* abrió en los Parlamentos una grieta más profunda de lo que podía producir cualquier votación en las curias, las naciones se alejaron más entre sí y agudizaron su rivalidad, pero el Occidente católico no decayó, sino que se transformó en la Europa cristiana, las partes del todo se convirtieron en momentos de un sistema, y apareció en el mundo un fenómeno que era quizá más duro, más disonante, más antipático que cualquier cosa del pasado, pero que en todo caso era algo esencialmente nuevo.

Lo más manifiesto es que la época de la Reforma no apunta hacia un futuro en el cual solamente se recrea una única institución, sino a aquel en que todos los elementos entran juntos y contrapuestos en la liza. Esta liza no sólo es el campo de batalla, el aula, el púlpito: la imprenta, que acaba de ser descubierta, permite por primera vez el surgimiento de algo parecido a una opinión pública; católicos y protestantes, rebeldes y amigos del orden establecido tienen que legitimarse ante una nueva instancia; hojas volantes y folletos desconocen los antiguos límites y crean nuevas leyes. Lo que hasta entonces no tenía historia, aparece a la luz del día histórico, el «Karsthans» se difunde en innumerables grabados de madera, los disturbios del campesinado, que desde hacía tiempo causaban estragos, aumentan y se coordinan en una guerra. Verdad es que queda ahogada en sangre, pero su espíritu no se elimina del mundo: Münzer y Karlstadt hallaron continuadores en las sectas radicales del mundo anglosajón, y la libertad de los campesinos en Suiza permaneció como realidad visible.

Es en Inglaterra donde se lleva a cabo el paso siguiente en la profundización de la ruptura producida por la Reforma, mientras que en el continente, a raíz de la formación del absolutismo, por cierto tiempo parece que se establezca un tipo de Estado constituido unitariamente, con una nobleza de servicio, una Iglesia independiente y unas ciudades impotentes. En Inglaterra se formó una opinión pública de per-

sonas que discutían privadamente, ganó terreno una actitud «burguesa», orientada hacia el lucro, y las últimas facciones dirigentes de la nobleza medieval se transformaron en los primeros partidos modernos. Pero la tendencia a la crítica de las normas estatales y eclesiásticas tradicionales, que llamamos el movimiento de la ilustración o del liberalismo, no era en absoluto burguesa e inglesa en un sentido exclusivamente nacional y sociológico. Pensadores aristocráticos y burgueses participaron por igual en ella, y Federico II de Prusia, quien como rey prohibió estrictamente a sus súbditos el pronunciar «juicios públicos, o incluso censuras»[2] sobre las acciones y medidas del Estado, fue privadamente uno de sus protagonistas. Así como antes, entre el papa y el emperador, habían surgido las ciudades libres, ahora podía originarse una ciencia autónoma entre las diversas teologías y el pensamiento secular, y, con esto, la atmósfera cambió totalmente. El viejo Estado teológico-aristocrático había sido enterrado: en el polígono de la sociedad europea se preparaba una nueva transfiguración.

Pero es insuficiente caracterizar a ésta con el término «revolución burguesa». La revolución se estuvo preparando en los salones de la aristocracia francesa, la masonería no era un asunto exclusivamente burgués, también se operó el debilitamiento de la Iglesia en las cancillerías estatales. En el resultado final, la Revolución Francesa, no puede constatarse una «toma del poder» por «la» burguesía, sino un nuevo aflojamiento del aparato estatal eclesiástico-aristocrático, una nueva penetración de la «sociedad», la participación de la burguesía en el poder político y sobre todo espiritual, en una palabra, su emancipación. Pero emancipación significa salir de la tutela, pero no la eliminación del antiguo tutor.

Naturalmente, aun cuando el resultado fuera una síntesis, como se puso de manifiesto en 1815, la idea que lo había preparado, en cambio, no era de ningún modo, en sus rasgos sobresalientes, sintética o de compromiso. Más bien había sido considerada como radicalmente burguesa, en la medida en que se veía en un antagonismo fundamental frente a un mundo viejo, representando con ello una nueva fe: esto vale para el Abbé de St.-Pierre tanto como para Rousseau y Kant. Por «fe» no se entiende aquí un convencimiento metafísico, sino un pensamiento social totalizante, que se orienta hacia una realidad o disposición social poderosa, y que tiene por intención una salvación presente o futura. Parece que no pue-

de imponerse nada socialmente nuevo, si no ha sido anticipado y apasionadamente deseado bajo la forma de una fe. Pero la realidad no es nunca congruente con la fe, porque la realidad es siempre más compleja y más trivial que el pensamiento.

La realidad de 1815 estaba muy alejada de lo que Kant había imaginado, pero con todo no significaba el retorno a la situación prerrevolucionaria, por muy decisivamente que Metternich, el antiguo discípulo de la Ilustración, apareciese para toda una era como el último y más afortunado partidario del sistema estatal de la Europa cristiana. Nobleza y clero se habían convertido en partidos, lo mismo que antes el emperador y el papa, y en una múltiple polémica se preparaba aquella intensificación y mutua influencia de «puntos de vista» que permitió, por ejemplo, al conservadurismo francés usar de nuevo, para espanto de sus equivalentes en Alemania y Austria, el concepto originariamente revolucionario de nación.

Y no fueron en último término las diferencias entre los propios Estados europeos las que impidieron el triunfo del conservadurismo: Inglaterra ejercía el papel de portavoz de las naciones oprimidas y creía poder hacer del «soplo eólico de la revolución» un servidor de su política; los Siete de Gotinga fueron acogidos en los demás Estados de Alemania, igual que antes Holanda había sido el asilo para los perseguidos de todo Europa. La separación y la mutua oposición demostraron ser, una vez más, el regazo de una nueva unidad y de una estrecha colaboración: el siglo XIX fue la gran época de la ciencia independiente y de la naciente economía mundial, y los comienzos de una división racional del trabajo posibilitaron y postularon una cooperación hasta entonces desconocida.

Por esto no fue por casualidad que en el año 1848, el año de una revolución abortada que, sin embargo, fue el punto de partida del cambio más profundo del siglo, el sistema de partidos apareciera en la escena de Alemania de un modo casi completo: desde los ultraconservadores prusianos no representados en la iglesia de San Pablo,* pasando por los

* En la iglesia de San Pablo, en Francfort del Main, se reunió en 1848 la Asamblea Nacional alemana para decidir la unificación de Alemania.

Las decisiones de esta Asamblea tuvieron un carácter liberal avanzado. (*N. del T.*)

conservadores nacionalistas y los católicos, hasta los liberales y su ala izquierda, los radicales o demócratas: un esquema de la historia europea, de sus fases y momentos sentados unos junto a otros en los bancos de una sala; decididos a llegar a un arreglo, no seguros de la unidad, no inmunes a la mutua paralización. El que se llamaba liberal ya no tenía ninguna fe, sino en todo caso un ideal; a cambio, se encontraban nuevos creyentes en los bancos de la extrema izquierda. Más visible que en Alemania era la fe democrática en Italia, donde alcanzó con Mazzini la dimensión de grandeza histórica, aunque bajo las condiciones de Alemania era lo suficientemente fuerte como para hacer precaria la síntesis liberal-conservadora y para entregar al fin la victoria a las potencias bien estructuradas de la tradición, en especial al juego prusiano. Pero tampoco en Alemania perduró el endurecimiento de los extremos en su rigidez: los conservadores se engancharon al carro del progreso, y los demócratas no tuvieron ningún inconveniente en subirse a él —el Imperio Alemán era una unidad formada por Bismarck y Bamberger, por las haciendas de la orilla oriental del Elba y por la iglesia de San Pablo, por la fuerza de mando de los grandes señores de la guerra y por el sufragio universal, y así, como novedad inaudita, estaba expuesto a los desarrollos de mayor alcance. El sufragio universal llevó a los primeros socialdemócratas al Parlamento; cuando su orador elogió allí la Comuna de París, Bismarck vio claramente (como dijo una década más tarde en un discurso parlamentario) que en el seno de la sociedad había estallado a partir de entonces una guerra inexorable, y todos los demás partidos, aunque no con la misma intensidad, tomaron posición contra el partido de subversión: se manifestaba una nueva fe, que estaba mejor equipada que cualquiera de las antiguas, porque había encontrado un terreno mejor preparado.

No es necesario aquí perfilar también la figura de este sistema de partidos en los demás países. Presenta semejanzas por todas partes, pero potencialmente no es tan completo en ningún país como en Alemania, el país de la reforma y del «Estado» más fuerte. Cuando se denomina «europeo» a este sistema, no se afirma con ello que se haya presentado plenamente desarrollado sólo en Europa o en toda Europa: agrupaciones que se llamasen «conservadoras» o bien «liberales» las había en todo el mundo a comienzos del siglo XX, aunque en muchos casos así sólo se denotaban su-

perficialmente situaciones básicas de distinto carácter, pero en toda una serie de países de Europa ocurría lo mismo. Con todo, es admisible afirmar que este sistema surgió en y con la historia europea.

El poner de relieve este hecho no significa ensalzarlo. Ya a muchos observadores contemporáneos de las guerras cristiano-turcas les llamó siempre la atención el hecho de que en el campamento turco reinara un orden y un modo de vida modélicos, mientras que el campamento cristiano estaba lleno de alboroto políglota y era un lugar de cita para borrachos y prostitutas. Pero existe la máxima probabilidad de que en todas las estructuras estatales concebidas unitariamente en lo político-religioso, la autoridad ilimitada de la tradición no deje ningún espacio al desarrollo de lo nuevo y desconocido, y de que por lo tanto esa amplificación inaudita de la capacidad práctica de la Humanidad, que frecuentemente se denomina «industrialización», sólo podía realizarse dentro del marco de la múltiple dialéctica de una sociedad multipolar y, por esto, excéntrica, de una sociedad que no sólo entra en crisis temporalmente sino que es en sí misma una crisis permanente.

De ahí que este marco no sea una mera forma que pudiera separarse del contenido, por lo menos en una duración determinada y visible históricamente. Esto significa, sin embargo, que el proceso que se lleva a cabo en y a través de esa duración carece de dirección, captado sólo por las tomas de posición rivales de las grandes tendencias ideológicas: un híbrido formado por la Humanidad que se aparta de Dios, para los unos, progreso hacia la realización de la verdadera naturaleza humana para los otros, martirio antes de una futura redención, para los terceros.

El carácter revolucionario y el carácter sintético de la historia europea no se contradicen, y cuando las grandes tendencias sociales se preparan para dar martillazos revolucionarios, no son nada más que miembros auxiliares dentro del proceso total.

Pero nunca fue la situación más difícil que en el caso de la última fe que se ha dado en Europa, en el caso del marxismo.

Sería absurdo querer exponer en unas pocas páginas el marxismo en su totalidad. Con todo, es posible perfilar brevemente aquellas de sus características que son políticamente relevantes de la manera más directa y con respecto a las cuales la crítica histórica ha llevado a cabo su obra del modo más palpable. Se trata de la doctrina del proletariado, la doctrina de la revolución y la falta de una concepción concreta del futuro.

El marxismo ha sido denominado con razón la alianza de los pensadores y de los sufrientes, de los intelectuales y de los proletarios, tal como se exige en las famosas palabras de la *Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, de 1843: «¿Dónde está, pues, la posibilidad positiva de la emancipación alemana? Respuesta: en la formación de una clase con cadenas radicales, una clase de la sociedad burguesa que no es ninguna clase de la sociedad burguesa, de un estamento que es la eliminación de todo estamento, de una esfera que posee un carácter universal por su sufrimiento universal y que no pretende ningún privilegio, porque no se le hizo ninguna injusticia particular, sino la injusticia sin más...; en una palabra, que es el daño total al hombre, que, por tanto, sólo se puede recobrar a sí misma por medio de la total recuperación del hombre. Esta eliminación de la sociedad como estamento privilegiado es el proletariado... La filosofía no puede realizarse sin el levantamiento del proletariado, el proletariado no puede levantarse sin la realización de la filosofía.»[3] Pero estas frases permiten reconocer también el carácter históricamente inconfundible de esta alianza: se trata de un pensador de una orientación determinada, a saber, la escuela hegeliana, con sus categorías específicas, y del proletariado de una determinada época histórica, a saber, la población miserable, compuesta aún en buena parte por trabajadores manuales, de los principios de la industrialización; se trata de aquellas «manos» que, en unas cuantas docenas, eran alquiladas igual que una mercancía por el poseedor del capital, y que eran explotadas durante una jornada de catorce o dieciséis horas, sin una verdadera interposición de fuerzas técnicamente bien instruidas. La correspondencia no varió fundamentalmente, ni aun cuando Marx se volvió mucho más reservado respecto al uso de los conceptos hegelianos y se orientó en Inglaterra hacia el

estudio de la economía política. Por el contrario, se podría caracterizar la vida posterior de Marx como el intento de hacer olvidar la naturaleza filosófica e histórica de aquel primer encuentro, pero conservando su contenido esencial. Por esto, en calidad de economista político, trata de demostrar la *productividad exclusiva* del proletariado y de deducir a partir de aquí justamente su *homogeneidad* y *miserabilidad,* las cuales representan la premisa de la *revolución* proletaria, según la idea que él ya antes se había hecho de ella.

El punto de partida para estas demostraciones lo encontró Marx en la economía política clásica de Adam Smith y de David Ricardo, cuyo axioma básico consiste en que «el trabajo» produce todos los valores. De aquí casi se desprende por sí misma la teoría de la plusvalía de Marx, bajo el exclusivo supuesto de que el «trabajo vivo» no sea un proceso total de la sociedad altamente complicado, sino la actividad visible de los proletarios, quienes en todos los ejemplos de Marx siempre son representados como obreros manuales. Con ello, el beneficio, que es el resultado propio del modo capitalista de producción, no puede tener otra fuente que la actividad de los proletarios; no es otra cosa que una parte del rendimiento laboral de éstos, parte que el capitalista se ha apropiado. La relación no es, pues, fundamentalmente distinta de la que hay entre un terrateniente y su arrendatario o jornalero; la diferencia consiste únicamente en que el terrateniente aristocrático derrocha por lo general la renta ganada sin su colaboración, mientras que el capitalista burgués añade la mayor parte de su beneficio al capital y posibilita así una producción más extensiva. El problema de la cooperación específica del capitalista (el «salario del empresario») queda casi por completo fuera de la consideración de Marx; la solución más fácil es la apariencia de que el capitalista, en cuanto colaborador, es también un proletario —una idea que cambiaría evidentemente el concepto de proletariado y por esto, evidentemente, es dejada por Marx en la oscuridad. En el centro de su atención está solamente la jornada del proletario sin bienes, y ésta se divide, según Marx, en un determinado número de horas de trabajo necesario, en las cuales se compensa al capitalista por sus instrumentos de trabajo y por el dinero gastado en los salarios, y un determinado número de horas de trabajo impagado = trabajo adicional, cuyo rendimiento representa el beneficio. Cuanto mayor es esta parte del valor total arrancada al tra-

bajador, en comparación con la totalidad de los gastos, tanto mayor es el coeficiente de beneficio. Hay que distinguir éste del coeficiente de explotación de la fuerza laboral. Ésta se define por la relación del trabajo adicional con el trabajo necesario. Cuando ambas partes son iguales, el coeficiente importa, por ejemplo, un 100 %. Pero, como los gastos de los capitalistas en máquinas y talleres cada vez son mayores, puede ocurrir que, a pesar de la creciente explotación, disminuya el coeficiente de beneficio. El capitalista trata de salir al encuentro de esta tendencia por medio de una explotación varias veces multiplicada o por la inversión de su capital en ramas de la producción de trabajo más intensivo. Pero todo esto es sólo una expresión del hecho decisivo de que únicamente el trabajo de los proletarios es productivo. Por esto dice Engels que es este trabajo impagado el que obtienen todos los miembros no trabajadores de la sociedad.

La productividad exclusiva lleva, sin embargo, a la *homogeneidad*. Pues el impulso del capital hacia su autoexplotación tiende en todas partes a alcanzar un máximo de explotación de la fuerza laboral, independientemente de la buena o mala voluntad de los capitalistas individuales: la competencia dicta sus leyes, y para ella no existe ninguna isla intocable de ritmo moderado de trabajo. En la unidad del mercado mundial no puede haber diferencias de la condición de vida de los trabajadores, pues una diferencia sensible en los gastos de salarios conduciría necesariamente a la incapacidad de competencia para los capitalistas perjudicados y de los trabajadores privilegiados. De ahí que los trabajadores no tengan «ninguna patria». Precisamente porque son «los primogénitos de la industria moderna», en sus figuras se expresa con la mayor intensidad la unidad producida por esa industria, mientras que las capas intermedias que viven a su costa aún pueden preservar por cierto tiempo la policromía heredada de un mundo pasado.

La homogeneidad de los trabajadores del mundo —o, por lo menos, como acostumbra a decir Marx más precavidamente, de las naciones industriales europeas— es esencialmente una unidad de la pobreza, o mejor del *empobrecimiento*. Puesto que cuanto más intensivamente se acumula el capital, tanto más productivo es el trabajo, tantos menos trabajadores son necesarios. Junto a los trabajadores se forma el poderoso grupo de los sin trabajo, una «reserva industrial» cuya mera existencia mantiene constantemente los salarios

en el mínimo. Y sólo así puede el capitalismo contrarrestar hasta cierto punto la ley de la caída tendencial de los coeficientes de beneficios, ley que le mina el terreno, porque un día la producción dejará de ser rentable, de modo que el capital, en su propio imperio, se hundirá y se ahogará como en un pantano. Sólo la consecución de explotación aún mayor, junto con una acumulación y una concentración continuadas, le procuran un respiro de gracia.

Mientras tanto crean al mismo tiempo las condiciones de la *revolución proletaria* y con ella del tránsito a una forma de vida social superior, el socialismo. Al final del primer volumen de *El capital* escribe Marx las palabras tantas veces citadas y de tanto efecto sobre la conexión de la teoría del empobrecimiento con el concepto de revolución: «Al mismo tiempo que disminuye constantemente el número de los magnates del capital, los que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación, pero también de la indignación de la siempre creciente clase trabajadora, instruida, unida y organizada por el mecanismo del proceso de producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en una traba para el modo de producción que ha florecido con y bajo su dominio. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en el cual se hacen insoportables bajo su corteza capitalista. Ésta se hace reventar. Suena la hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.» [4]

Pero el socialismo como futuro de la Humanidad lo describe Marx sólo en algunos de sus caracteres generales: eliminación del Estado como organización coercitiva para asegurar la autoridad en la sociedad de clases, propiedad colectiva, autogobierno de los productores, eliminación de la explotación del hombre por el hombre, caída de las fronteras nacionales, etc. *Cómo* debe emprenderse concretamente la planificación de la producción por «la» sociedad, de qué modo la «administración de las cosas» *no* ha de representar al mismo tiempo una administración de los hombres, según qué reglas los hombres más capacitados y más activos han de estar al servicio de los menos capacitados y menos activos —todo esto no se plantea como pregunta, ni siquiera puede ser tema de discusión, pues, según los presupuestos ideológicos de Marx y Engels, el socialismo ha de ser un estado

de agregación de la Humanidad totalmente incomparable, en el cual no haya más división del trabajo, en el cual desaparecerán, pues, junto con las realidades de la Historia actual, también sus problemas.

Con todo esto, el marxismo demuestra que es una fe social en el sentido antes definido. Está unido muy estrechamente con una grande y nueva realidad social: el proceso de industrialización universal en su primera fase, caracterizada por la miseria de las masas. El marxismo no se acerca a esta realidad con buenos propósitos y consejos, como hacían los conservadores interesados socialmente, sino que, incluso en sus formulaciones más abstractas, da la palabra a un sentimiento básico de inmensas masas de hombres: el sentimiento de ser explotados y de ser, en cambio, los únicos en crear todos los valores. De ahí que sea, contrariamente a la mayoría de las demás doctrinas socialistas, un sistema total de pensamiento, que también puede convencer a los intelectuales, porque describe y analiza una serie de hechos fundamentales del mundo moderno, que en buena parte sólo han sido descubiertos y objetivados por la ciencia siguiendo sus huellas. Finalmente, está tan manifiestamente traspasado de un soplo grandioso de creencias filosóficas fundamentales y de esperanzas casi religiosas del futuro, que puede proporcionar una fe común a sus partidarios y discípulos.

Pero también están a mano, en una mirada retrospectiva, las debilidades del marxismo frente a la realidad. Su concepto del proletariado no está claro: puede ser concebido tan ampliamente que comprenda a cualquier trabajador, pero, según la totalidad del contexto visible en que se encuentra, se limita a los obreros manuales. La tesis de la exclusiva productividad de esa capa será cada vez menos creíble, a medida que la racionalización y la creciente cientificidad de la producción creen su propio personal. La creciente homogeneidad del proletariado no excluye, según las propias observaciones de Marx y Engels, una renovada diferenciación (el surgimiento de una «aristocracia del trabajo») y no disuelve determinadas características étnicas y tradiciones, o sólo las disuelve muy incompletamente. El empobrecimiento debe ser entendido como algo relativo, no hace imposible un aumento considerable del salario real y con ello incluso una igualación, por lo menos aparente, del nivel de vida de capas distintas. La revolución no *tiene por qué* ser concebida como algo violento y no *debe* ser concebida como

el levantamiento de una minoría: a pesar de ello, Marx y Engels nunca ocultaron su simpatía por toda clase de levantamientos populares sangrientos, y estuvieron siempre demasiado dispuestos a olvidar su propio postulado de la «madurez» de la situación capitalista. Y, finalmente, Marx y Engels manifestaron con suficiente frecuencia que, siendo burgueses por su origen y educación, no se consideraban en absoluto como simples mandatarios y exponentes de las masas obreras; reconocieron, pues, el problema de la dirección y de la legitimación de la dirección, pero no lo solucionaron.

El futuro habría de mostrar si el efecto de esas debilidades era capaz de enseñar al marxismo que él mismo sólo había podido nacer en el marco del sistema liberal y que, al igual que otras tendencias antes que él, estaba determinado a proporcionar precisamente al elemento más joven de la evolución europea una extremada autoconciencia, sin la cual nunca habría podido darse cuenta de su carácter propio y de su papel; en otras palabras, de mostrar si el marxismo podía pasar de ser una fe a ser un convencimiento. Al doblar el siglo existían algunos indicios en favor de una respuesta afirmativa. Pero, según toda apariencia, precisamente por esta época se había convertido en un fenómeno de un tipo totalmente incomparable, que había de provocar una extrema intranquilidad: la primera organización de una revolución total, completamente ocultada naturalmente, bajo su modo de aparecer y sus perspectivas, llevada a cabo a la luz pública y bajo la protección de una legalidad liberal, con una teoría profundamente fundamentada, sustentada por un poderoso desarrollo social. Ya entonces tenía que parecer posible que un fenómeno semejante atrajese sobre sí no sólo medidas de defensa estatales y la polémica de los partidos existentes, sino que llamase a la existencia a un movimiento político tajantemente opuesto, que postulase una anti-fe contra la fe, explicase la oposición entre proletariado y burguesía como un hallazgo intelectual, recogiese ampliamente los nuevos métodos de organización y propaganda, y, en vez de los capitalistas, pusiese como blanco de todo el sentimiento de odio retenido un objeto indefenso. Es característico de la firmeza del sistema liberal en la Europa de preguerra el hecho de que no surgiera semejante movimiento de oposición, prescindiendo de algunos comienzos en Francia. Eran necesarias la Guerra Mundial y la Revolución Rusa para producirlo.

II. Las premisas inmediatas del fascismo

La Guerra Mundial: las grandes emociones y los nuevos tipos humanos

El fascismo, tal como se ha presentado históricamente, no ha sido un puro antimarxismo: las grandes emociones producidas por la Guerra Mundial fueron en todas partes una condición necesaria para su desarrollo, y la lucha política, con la que prosiguió la guerra bajo una forma transfigurada, no tenía como representantes de las posiciones extremas los confiados nacionalistas por una parte y los marxistas deterministas por otra, sino los nacionalistas transformados por la guerra y los marxistas quebrantados por el fracaso del movimiento socialista mundial. Únicamente estas emociones y estos nuevos tipos humanos son de interés en el presente contexto.

Si existiese un aparato que midiera la intensidad, la amplitud y la novedad de las emociones colectivas, su indicador no habría subido nunca tanto y tan rápidamente como en los primeros meses desde el comienzo de la guerra que puso fin a un período de paz de cuarenta años. Por relatos incontables de testigos presenciales sabemos del entusiasmo que se adueñó de las masas en toda Europa, de la aprobación, a veces alegre, a veces ruidosa, o por lo menos silenciosamente decidida, a las medidas de los Gobiernos. Tenemos fotografías de la partida de tropas adornadas con flores, de mujeres ovacionando, de soldados riendo en los vagones de trenes que estaban totalmente cubiertos de inscripciones seguras de la victoria. Hemos leído acerca de la multitud humana que se apiñó el 1 de agosto ante el palacio berlinés al grito de «Queremos ver a nuestro Káiser, queremos ver a nuestro querido Káiser», y acerca de la famosa frase de Guillermo II (para citar la redacción posterior, más estilizada): «Ya no conozco ningún partido, sólo conozco alemanes.»

Y, por muy alejadas que estuviesen todas estas emociones de la razón, estaban, sin embargo, internamente trabadas con

ideas, interpretaciones y convencimientos. En el momento de la movilización, el 31 de julio de 1914, había dicho el Káiser al pueblo: «Los envidiosos de todas partes nos obligan a una justa defensa»; y con esto se había trazado la línea básica para la interpretación alemana de las cosas y también de la «tesis de la culpa de la guerra» según los alemanes. Philip Scheidemann refiere en sus memorias que, en aquellos primeros días de agosto, en la fracción socialdemócrata del Parlamento también se había creído, en general, en la agresión a Alemania, en las bombas volantes de los franceses y en las fuentes envenenadas por el enemigo. En el bando contrario, empero, puede valer como convencimiento básico dominante la simple frase que, ya el 1 de agosto, dijo el ministro de la Guerra, Messimy, a Edouard Herriot: «*C'est, désormais, la lutte de la civilisation contre la barbarie.*» [1]

El hecho mismo de esta reacción debería verse como una prueba de que la Primera Guerra Mundial no fue querida realmente por nadie. Las manifestaciones de alegría hablan más bien en favor de esta tesis que en contra suya; el modo nacional de la reacción indica, sin embargo, tantas diferencias y se halla en un contexto respectivamente tan diverso, que debía producirse necesariamente el surgimiento y la prosecución de graves acusaciones mutuas. No obstante, hubo algunas situaciones de hecho objetivas, que engendraron una diferencia fundamental en las reacciones de ambos bandos opuestos.

El punto de partida de la Guerra Mundial fue, sin duda, un atentado contra Austria, el asesinato del archiduque y heredero del trono, Francisco Fernando, en Sarajevo, el 28 de junio de 1914. Pero la cuestión de si se trató, y en qué medida, de un atentado *servio* y no sólo de la acción individual de algunos fanáticos, no pudo determinarse de momento con seguridad. La obstinación de las acusaciones austríacas contra el Estado servio, pero también la lentitud de su acción y finalmente la dureza arrogante del ultimátum del 23 de julio, quitaron a Austria muchas de las simpatías con que debía haber contado de momento en toda Europa, y cuando el 28 de julio siguió la declaración de guerra, dominó la impresión de que un gran Estado quería arrebatar la existencia independiente a un pequeño pueblo y al mismo tiempo, con el apoyo de su aliado, Alemania, humillar al protector de ese pueblo, o sea Rusia. Que bajo estos signos no podía quedar localizada la guerra era evidente, y los aconteci-

mientos diplomáticos que se dieron entre el 28 de julio y el 4 de agosto apenas pueden concebirse de otro modo que como un mero juego para ver quién se convertía en «cabeza de turco»; aquí cometió Rusia el error, comprensible en su situación, de ser la primera potencia en ordenar la movilización general; sin embargo, Alemania se pasó mucho más de la raya al declarar la guerra a Rusia y a Francia, y siguiendo un plan de campaña, que políticamente era tan insensato, que sólo es comprensible a partir de presupuestos muy específicos de la historia y la mentalidad prusiano-alemana, acabó con la neutralidad de Bélgica y obligó definitivamente a Inglaterra a entrar en la guerra.

Si se tomaba en consideración únicamente el intervalo de tiempo entre el 28 de julio y el 4 de agosto, no podía ser negado por nadie que la iniciativa provenía en una medida esencial de Austria y Alemania. Cuanto más que con la invasión de Bélgica, tomó esta iniciativa un aspecto tan palpable y alemán, que la cuestión de la culpa en la guerra, desde el primer día, dejó de ser tal cuestión en la mayor parte del mundo. Por otra parte, la cuestión de la culpa se planteó en Alemania de una manera tan espontánea y extendida, que puede valer como un indicio del carácter inesperado de la Guerra Mundial y, en esta medida, también de la no culpabilidad de los alemanes. La singular situación de los alemanes consistía, pues, en que, como todos los pueblos, asociaban «guerra» con «culpa» y a sí mismos se consideraban inocentes, pero se sabían objeto de una tesis de culpabilidad universalmente extendida y no podían negar la iniciativa de su Gobierno. De aquí resultó que se hallaron en una desesperada situación de inferioridad por lo que respecta al dominio de lo palpable, y en consecuencia trataban de demostrar la culpa disimulada y por tanto particularmente pérfida de los enemigos, inventaban supuestas iniciativas de la parte contraria, pero en el punto culminante de la discusión debieron abandonar el plano, que había sido común a todos, del reconocimiento del concepto de culpa y vindicaron un derecho, nuevo y viejo a la vez, a la guerra, más acá de toda idea moral.

Todo esto aparece muy claramente en la lírica de guerra alemana popular. La idea de ser agredido se halla en el centro, pero como, al revés que en Francia, la invasión no se siente como algo real y duradero, tiene que ser mitologizada en forma de descripción de una alevosa agresión de innume-

rables envidiosos, y poseer su reflejo en una autorreferencia desesperada. Así dice un poema de Cäsar Flaischlen:

«Ni uno tuvo el triste valor
de alzar abiertamente la espada,
se compraron un pequeño hombre,
para poner la antorcha en casa.
...y hemos sido *nosotros.*
...y el mundo entero se viene abajo
en oleadas de sangre y llamas
y es realmente el Día del Juicio
seremos y seguiremos...» [2]

Parecidos sentimientos tuvo Hitler cuando vio por primera vez el Rhin y luego marchó hacia el oeste «siguiendo sus olas silenciosas», «para protegerlo a él, el río de ríos alemán, de la codicia del viejo enemigo».[3] Una inversión igualmente desesperada de una situación de hecho reconocida universalmente fue la que emprendieron intelectuales como Max Scheler y Werner Sombart, quienes calificaban de sano y normal el hecho que hasta entonces se había descrito generalmente como el retraso de Alemania respecto a la gran evolución más libre y más burguesa de Occidente, viendo en la guerra de Alemania contra Inglaterra una guerra contra el capitalismo como «enfermedad inglesa».

Frente a esto, la conciencia indudable y basada en la experiencia de sufrir una injusticia en intensidad aplastante originó en Francia y Bélgica, y en general en el campo aliado, el odio contra los «bárbaros» invasores, un odio que no perdonaba ningún dominio, ni encontraba increíble ninguna atrocidad, de modo que podía precipitarse incluso en oraciones como la que sigue: «Ten compasión, Sagrado Corazón de Jesús, de los habitantes de las regiones invadidas, que el bárbaro sin piedad derriba, mata y quema; del niño, del anciano, de la mujer, del herido, que el enemigo mutila y al fin deja morir; del sacerdote, del monje, de la monja que el alemán fusila.» [4] Y los intelectuales y hombres de Estado, como en Alemania, tampoco escaparon al poder de los sentimientos populares, ya fuera apostrofando la «civilización» en discursos parlamentarios, o bien equiparando, como hizo Henri Bergson, la causa de Francia con la causa de la Humanidad. Incluso a un hombre como Woodrow Wilson, que en un principio no era en absoluto antialemán, le arrancó la

noticia del hundimiento furiosas palabras de sincera indignación.[5]

Sólo los socialistas conservaron, en todos los países participantes en la guerra, cierta independencia de criterio. Cierto que, con muy pocas excepciones, se habían puesto del lado de sus Estados, demostrando así que no les animaba aquella confiada determinación e independencia de las que todavía se había hablado en la resolución antibelicista del congreso de Basel, en 1912; sólo en Servia y Rusia se habían resistido los diputados socialdemócratas a aprobar los créditos de guerra. Verdad es que en todo esto no se trataba, como se ha dicho en simplificaciones deformadoras, de un triunfo de la idea nacional sobre la internacional —en tal caso, también Austria y Rusia deberían haberse desplomado—, sino de la prueba de la firmeza de los Estados frente a las fuerzas de la sociedad. Pero, a pesar de todo, los socialistas conservaron en todas partes por lo menos un resto del convencimiento de que esa guerra no podía reducirse primariamente a la responsabilidad de los hombres de Estado singulares y de los pueblos, sino al fallo del «sistema capitalista», y por eso estaban inclinados honestamente en todas partes a una paz de reconciliación. Mientras, esto no les protegió de las violentas acusaciones de aquellos marxistas que veían en el «fracaso de la Internacional» una consecuencia de la traición de los «socialchauvinistas», volviéndose por tanto contra sus camaradas de ayer con todo el ardor de un odio que se dirigía no contra meros enemigos sino contra renegados.

Nadie encarnó tan plenamente el nuevo tipo del marxista, para el cual la Guerra Mundial significaba una duda torturante, aunque superada con aún mayor fuerza de voluntad, como Rosa Luxemburg. Así dice en el librito *La crisis de la socialdemocracia*, escrito a principios de 1915 en la cárcel de mujeres real-prusiana en la Barnimer Strasse, en el llamado folleto de Junius: «Avergonzada, deshonrada, anegada en sangre, chorreando barro, así está la sociedad burguesa, tal como es. No como cuando, relamida y recatada, hace pantomimas de cultura, filosofía y ética, orden, paz y Estado de derecho; como bestia desgarradora, como orgía brujesca de la anarquía, como viento pestilente para la cultura y la Humanidad: así se muestra en su figura verdadera, desnuda.»

El folleto entero, así como las posteriores cartas de «Es-

partaco», son simplemente una acusación apasionada, una acusación y una condena que azota a latigazos no sólo manifestaciones aisladas, sino toda la situación mundial: al imperialismo alemán y al británico, al emperador austríaco y al presidente francés, a los capitalistas de América y a los traidores de la socialdemocracia de Oriente y de Occidente —como una masa de perdición uniforme, cuyas diferencias formales son insignificantes y superficiales. ¡Pero cuántas dudas en sí misma había de superar la fe en que el marxismo no podía estar equivocado! ¿Dónde está el proletariado alemán, el ejército más avanzado, más instruido, más maduro de la socialdemocracia? Todavía en junio de 1918, el trabajador alemán, «arrastrándose con sangre hasta las rodillas, machaca los huesos de los proletarios revolucionarios rusos, ucranianos, bálticos, finlandeses» hacia delante, «para plantar en todas partes la bandera victoriosa del imperialismo alemán».[6] Nos encontraríamos ante la renuncia absolutamente incomparable de una clase social a su misión histórica. No un león, sino un perro sería lo que un día escogería un futuro Thorwaldsen como símbolo de la conmovedora fidelidad de esclavos del proletariado alemán.[7] Queda sólo *una* esperanza: que la Historia machacaría dialéctica incluso en la tozudez del proletariado europeo. ¿Pero puede la dialéctica transformar perros en leones? ¿No tiene la «renuncia» del proletariado europeo motivos más profundos que la traición de algunos jefes? En tales circunstancias, ¿es prometedor despreciar Parlamentos y elecciones y poner todas las esperanzas en la revolución callejera? ¿Es válido mantenerse en el ataque indiferenciado de *la* sociedad burguesa, cuando, contemplando los triunfos alemanes del verano de 1918, a uno se le ocurría la idea de que también puede darse una destrucción antisocialista de la sociedad burguesa,[8] un arcaísmo revolucionario que fuera algo completamente nuevo e imprevisto en la historia mundial?

Si Rosa Luxemburg hubiese llegado a vivir a mediados de la década de los veinte, habría encontrado el tipo de hombre que podía ser el portador de semejante arcaísmo revolucionario, presentado de la manera más completa en el primer libro teorizante de Ernst Jünger, *Der Kampf als inneres Erlebnis* (La lucha como experiencia interna).

Nadie había descrito todavía con tanta decisión y tanta claridad la fiera ahistórica, antirracional, impulsiva, que hay en el núcleo del ser humano, como lo hizo el joven oficial de

infantería y poseedor de la máxima condecoración: «En la lucha, en la guerra, que desgarra todo acuerdo entre los hombres como se desgarran los harapos remendados de un mendigo, aparece a la superficie el animal que, cual monstruo misterioso, existe en lo profundo del alma. Entonces se dispara hacia lo alto, como llama ardiente, como delirio irresistible, que embriaga a las masas, una divinidad tronando sobre los ejércitos... Esto seguirá existiendo mientras los hombres hagan guerras, y se harán guerras mientras haya hombres. En esto la forma exterior no ejerce ningún papel... La embestida jadeante, la última acción desesperada, libera siempre la misma suma de sentimientos, tanto si el puño blande una porra como si lanza una granada de mano.» [9]

Pero este hombre, que se considera fiera y quiere serlo, es un animal singular, pues es educado. En la mochila lleva el François Villon y el *Simplicius Simplicissimus*, y en el refugio conquistado lee a Rabelais, a Molière y a Baudelaire. Ciertamente se mofa del «débil barniz de la llamada cultura», ciertamente encuentra un gran degollador como Tamerlán más simpático que los burgueses, pero todavía piensa estremecido en los tiempos, que todavía podrían venir, «en que los veloces cascos de los caballos de bárbaros sonarían sobre los montones de ruinas de nuestras ciudades».[10] Ciertamente se ve a sí mismo y a sus semejantes como un tipo histórico hasta ahora desconocido, que ha remodelado la faz de la Tierra y que determinará su futuro; pero, con todo, muestra rasgos inconfundiblemente burgueses, y en el sentido más estrecho y tradicional. «Ama» a su gente, porque son «niños grandes», que se cuadran incluso en la hora de la muerte. Pero los desprecia cuando empiezan a hacer política, porque «sólo comprenden lo aparente, lo groseramente superficial», porque se adhieren a frases sobadas, tales como: «No luchamos por el honor de Alemania, sino por la barriga de los millonarios.» [11] Como ser primitivo y hombre del futuro al mismo tiempo, sigue siendo también un hombre burgués, aun cuando haya relegado a gran distancia de sí «el sentimiento de reputación burgués» y desprecie de corazón al burgués antibélico.

Todos estos rasgos típicos del tipo descrito por Jünger no son más específicamente alemanes que las características del tipo representado por Rosa Luxemburg. La gran guerra no había producido entre los hombres a los que había afectado sensaciones y valoraciones más opuestas que esas

dos. En los años de postguerra iban a verse las caras y, absorbidas por la fuerza de nuevos desarrollos, formarían la mejor substancia de los partidos bolchevique y fascistas.

La revolución bolchevique

Para Lenin, la guerra significaba menos un fracaso que una confirmación. Desde hacía quince años venía combatiendo a los mencheviques en su propio partido, a los revisionistas a nivel internacional, y, prolongando determinadas conclusiones de Engels, había desarrollado la doctrina de la aristocracia del trabajo, la cual se deja sobornar por la burguesía nacional con parte de los superbeneficios del imperialismo —el derrumbamiento de la Internacional lo explicaba ahora como el resultado inevitable de aquellas tendencias disolventes y traidoras. Si ya antes de la guerra había estado Lenin bastante aislado dentro del movimiento socialista, después del estallido de la guerra no parecía ser, en su exilio de Suiza, nada más que el jefe de una pequeña secta. Su tesis radical de que la derrota de la monarquía zarista era el mal menor, y de que, por tanto, había que esforzarse por la destrución del propio Estado, para transformar así la guerra en una guera civil, no encontró ni siquiera entre los internacionalistas rusos una aprobación unánime, y en las conferencias socialistas izquierdistas de Zimmerwald y Kienthal su grupo siguió siendo una minoría.

No obstante, el aislamiento y el radicalismo de Lenin eran seguramente un reflejo más adecuado de la situación particular de Rusia que los esfuerzos de sus contrarios por permanecer en estrecho contacto con los movimientos obreros europeos. Pues en Rusia no existía el sistema liberal, que había sido el soplo vital de los avances del socialismo en Europa occidental y central. Por de pronto faltaban sus presupuestos históricos: Iglesia independiente, ciudad autoadministrada, nobleza autónoma. Claro que Rusia no estaba separada por una muralla del resto de Europa, y las ideas liberales encontraban cierto número de partidarios, entre los cuales se contaban de vez en cuando incluso los zares. Pero la burguesía y la nobleza liberal seguían siendo débiles, y todavía a comienzos del siglo XX era Rusia un país de campesinos analfabetos y sin tierra, gobernados por una poderosa burocracia, en gran parte identificada con la nobleza terra-

teniente, y en su cúspide por el «señor de sí mismo». La revolución de 1905 llevó consigo una conmoción llena de consecuencias; sobre todo las masas obreras de los atropellados centros industriales del Imperio se mostraron muy combativas; pero el Gobierno consiguió al fin someter de nuevo al Parlamento que acababa justamente de ser concedido y marchar incluso por el difícil camino de las reformas estructurales, destinadas a eliminar los restos de las propiedades agrarias colectivas que se habían mantenido tradicionalmente y a separar el grupo de campesinos acomodados del resto del campesinado descontento. A pesar de todo, no era precisamente un Imperio firme en el interior el que en 1914 entró en la Guerra Mundial, y mucho menos era una democracia con la cual se aliaran las potencias occidentales en su lucha contra las dos monarquías militaristas de Europa central.

La revolución de febrero de 1917 llevó al poder a las fuerzas prooccidentales: demócratas constitucionales, socialrevolucionarios y mencheviques, quienes consideraban su misión llevar a cabo por fin la revolución demócrata-burguesa, ya tan retrasada. Estaban en una situación favorable, en la medida en que incluso los bolcheviques que se encontraban en el país, con Kamenev y Stalin a la cabeza, aprobaban fundamentalmente este proceso. Pero también tenían que montar sobre un león, en la medida en que no podían satisfacer el deseo de paz de las desangradas masas y porque no podían dejar en la estacada a las potencias occidentales, con las que a partir de ahora estaban ligadas también ideológicamente. Como su triunfo no se debía a sus propias fuerzas, sino a las derrotas militares de la monarquía, no fueron capaces de constituirse en forma de un centro de gobierno unitario: junto al «gobierno provisional», se mantuvo y se fortaleció en «soviet de los diputados de los obreros y soldados» en una singular autoridad doble, que de momento no implicaba aún una verdadera oposición, pero que mantenía al Gobierno constantemente bajo la presión de los deseos de las masas.

En esa situación llegó Lenin a Rusia, decidido a luchar contra todos, incluso contra sus propios camaradas. Lo que tenía que sacarles de la cabeza era la idea marxista de que el socialismo tiene como condición previa un largo desarrollo capitalista, y de que, por tanto, estaba totalmente excluida una toma del poder por parte del minúsculo partido bolchevique. No es de extrañar que pronto desde sus propias

filas le lanzaran la acusación de que no era un marxista, sino un bakuninista, un partidario del golpe de mano de una minoría. Aún es menos de extrañar que para los otros partidos y para el Gobierno se hiciera sospechoso como «agente alemán», puesto que había viajado a través de Alemania en un vagón blindado y representaba patentemente una carta en el juego del Estado Mayor alemán. Pero se impuso a su partido, gracias a no poca ayuda por parte de Trotsky, al que había combatido durante mucho tiempo, y sus exigencias de una inmediata firma de la paz, de la confiscación de todas las propiedades de los terratenientes y de la entrega del poder a los soviets le colocaron sobre la ola irresistible de los anhelos de las masas, sobre todo después del fracaso del último gran esfuerzo bélico del ejército ruso, la llamada ofensiva Kerenski. Lenin, sin embargo, podía apoyar su proceder también en buenas razones y sentimientos marxistas: los soviets, como representación inmediata del pueblo, representaban, según su afirmación, un tipo superior al de la república parlamentaria —un Estado del tipo de la Comuna, que en realidad ya no era un Estado; el fin de la guerra sólo podría darse cuando la burguesía de Rusia y de todo el mundo fuera sometida y reprimida, y, durante un exilio temporal en Finlandia, comentó la doctrina del Estado según Marx y Engels, con el cuidado de un escolástico. A pesar del revés que tuvieron en julio, los bolcheviques ganaron un influjo cada vez mayor sobre la guarnición de San Petersburgo, que permanecía inactiva en la capital, sobre los obreros de las grandes industrias y sobre los soviets en la mayoría de las principales ciudades. Durante la estancia de Lenin en Finlandia, su causa experimentó un impulso decisivo con el golpe del general en jefe Kornilow, quien había exigido del primer ministro, Kerenski, ante todo la liquidación de la «doble autoridad» que de día en día se hacía más desfavorable para el Gobierno. Pero Kerenski y los partidos de izquierda interpretaron esta exigencia como un atentado contrarrevolucionario y organizaron la resistencia, en la cual fueron incluidos los bolcheviques aún proscritos. Se hizo fracasar la marcha de Kornilow sobre la capital, solamente con las armas de la huelga y del sabotaje, pero el Gobierno se había entregado así en las manos sin piedad de su enemigo aliado, que entonces organizó la Guardia Roja, haciendo de ella una fuerza militar de consideración. Ciertamente, costó a Lenin de nuevo un gran esfuerzo el imponer el levantamiento

armado en contra de las resistencias de su propio partido, pero cuando el comité militar revolucionario dirigido por Trotsky se dispuso a dar el golpe, el gobierno fue derribado casi sin derramamiento de sangre, y el hombre salido de su exilio finlandés, el que había afrontado al mundo entero y había corregido a Marx, se había convertido en señor de la gran Rusia y —así lo creía él— en portaespada de la revolución mundial.

La revolución bolchevique fue una revolución de espíritu marxista contra la doctrina marxista. El odio contra la burguesía, el desprecio hacia las restantes fracciones socialistas, dispuestas al compromiso, la voluntad de la revolución mundial; todo esto era un *ethos* genuinamente marxista; el aislamiento del partido victorioso, el estado atrasado del país, el paso de los bienes de la nobleza a la propiedad privada de los campesinos: aquí se trataba de un hecho en bruto, que no concordaba con la doctrina. Lenin se aseguró de dos maneras: por una parte, puso todas sus esperanzas en la revolución mundial, que habría de auxiliar a la revolución rusa en sus irregularidades; por otra parte, elaboró una doctrina para la época de transición que se basaba en la idea de que la atrasada Rusia tenía que desarrollarse por medio de un despliegue de fuerzas extraordinariamente centralizadoras y disciplinadoras, de que tenía que ser posible, a pesar de todo, administrar el país con 200.000 comunistas mejor de lo que lo podía hacer el zar con 150.000 nobles.

Lenin aseguró su revolución por medio de los decretos sobre la paz y sobre la propiedad y la tierra, que en último término no significaban otra cosa que la sanción de un poder social elemental del Estado, pero tuvo que defenderlos contra un mundo de enemigos, de enemigos muy activos: en el interior contra la débil burguesía y el poderoso partido de los socialrevolucionarios, así como las demás fracciones socialistas; en el exterior contra los alemanes y los aliados, contra Kolchak y Denikin, contra Yudenich y Petlyura. En esa defensa surgió un nuevo Estado, un nuevo Ejército y sobre todo una nueva policía, que condenaba a burgueses y socialistas, culpables e inocentes, individuos y grupos enteros. Ciertamente, en aquella situación había buenos motivos para el «terror rojo», y fue alimentado por los atentados a jefes bolcheviques: a pesar de todo, levantó un horror sin nombre en Rusia y en el mundo, porque tenía como objetivo la aniquilación de toda una clase y llevaba a cabo esta aniqui-

lación con un apasionamiento que sólo podía estar fundamentado en una fe. «Tenemos una nueva moral —escribió en un diario bolchevique—. Nuestro humanismo es absoluto, pues se basa en el deseo de eliminar toda opresión y tiranía. Todo nos está permitido, pues somos los primeros en el mundo que levantamos la espada, no para oprimir y esclavizar, sino en nombre de la libertad y para la eliminación de la esclavitud. No hacemos la guerra contra individuos, queremos aniquilar la burguesía como clase.» [12] El hecho de que esa «aniquilación de la burguesía como clase» no era equivalente a la muerte de todos los burgueses individuales, de que el mayor número, con mucho, de las víctimas de la revolución habían caído en una guerra civil, de que la incalculable miseria del país se debía principalmente a esa guerra civil, de que había motivos muy específicos y comprensibles para que judíos y letones desempeñasen un gran papel como campeones de la revolución: todo esto no bastaba para disminuir ese horror. El carácter doble de la Revolución Rusa no fue comprendido ni por sus enemigos ni por sus amigos: los primeros sacaron de ella los motivos para un antimarxismo aún más agriado; los segundos se identificaron con ella tanto más apasionadamente cuanto más fue objeto de la enemistad de todos sus enemigos propios. Antes de que la guerra hubiese terminado, la revolución bolchevique, combatiente y combatida desde hacía un año, había atraído sobre sí más enemistad, había provocado más sentimientos de amistad y había revuelto más conceptos que probablemente ningún otro fenómeno de la historia mundial anterior a ella.

El fin de la guerra y las avanzadas de la revolución en Berlín, Budapest y Munich

Bajo estos signos estuvo la *revolución alemana* desde sus comienzos. Era evidente que había nacido a raíz de la caída del sistema imperial, el cual había pedido el armisticio, reconociendo así la derrota aún no decidida definitivamente en los campos de batalla, y por eso a Rosa Luxemburg no le cabía ninguna duda de que la cuestión planteada por la Historia en el orden del día era: democracia *burguesa* o democracia *socialista*. De la misma opinión eran los «capitostes revolucionarios» que habían organizado el vuelco y que ahora disponían de una influencia decisiva sobre el ejecutivo de

los consejos de obreros y soldados, que era de hecho el supremo órgano estatal, del que se derivaba la autoridad del gobierno de los diputados del pueblo. Este gobierno se componía únicamente de representantes de los dos grandes partidos socialistas, el SPD y el USPD.

Pero los socialistas mayoritarios estaban muy alejados de la fe marxista y representaban, como había de quedar demostrado pronto, la mayoría aplastante de la clase obrera alemana. Friedrich Ebert había dicho, poco antes de la caída, que si el Káiser no abdicaba iba a venir la revolución social: pero que él no la deseaba, que la odiaba como un pecado. Estos dirigentes tenían ante sí la imagen del ejemplo ruso. Que su partido se cuidaría de preservar a Alemania del bolchevismo, lo había anunciado Scheidemann la víspera del 9 de noviembre, y Friedrich Stampfer dirigió en la revista «Vorwärts» (Adelante) una violenta campaña contra el «*Socialismus asiaticus*».

Así es como la revolución alemana estaba en sus comienzos aparentemente en la misma situación en que había acabado la Revolución Rusa en octubre, pero su movimiento tomó el camino inverso, por decirlo así, hacia la revolución de febrero, y este menor radicalismo tenía evidentemente su causa última en el estado socialmente más avanzado de Alemania y, ante todo, en las tendencias reformistas de la mayor parte del movimiento obrero, que hizo suya la consigna de la Asamblea Nacional, desplazando así voluntariamente el centro de gravedad político de las agitadas masas de la capital a las fuerzas tradicionalistas de las provincias.

Los hechos que ocurrieron en Berlín de noviembre de 1918 hasta marzo de 1919 no significaban tanto el repetido asalto de «los espartaquistas» al poder, sino más bien la resistencia desesperada de los defensores de la «doble autoridad» frente a la unidad, que cada vez se restablecía más, de las consignas de signo «burgués». El camino hacia la Asamblea Nacional pasaría sólo sobre sus cadáveres, había amenazado a fines de noviembre Richard Müller, el presidente del comité ejecutivo; el primer número considerable de muertos se dio entre los espartaquistas a principios de diciembre, porque, a raíz de una protesta contra el golpe de Estado intentado por algunos representantes de la derecha, se habían manifestado en el barrio gubernamental; durante las Navidades, la consecuencia de una decisión de los representantes gubernamentales de los socialistas mayoritarios,

que difícilmente se puede calificar de parcial desde el punto de vista legal, fueron los duros combates contra la división de Marina del pueblo, que había levantado barricadas en el palacio y las caballerizas; el levantamiento de enero fue el resultado del relevo del cargo al jefe de la policía berlinesa, que era un radical de izquierdas, por parte del gobierno que se había formado entre tanto y que era ya puramente socialdemócrata. El curso de este levantamiento mostró que las fuerzas de extrema izquierda eran las más poderosas en la calle: durante horas y horas marcharon cientos de miles de manifestantes por el centro de la ciudad, durante horas y horas esperaron pacientemente la decisión de sus jefes, que por sus vacilaciones perdieron la oportunidad y por añadidura quedaron fuera de la ley por la destitución que, sobre el papel, decretó el Gobierno. Este gobierno de momento había sido protegido sólo de una manera insuficiente por la agrupación de unos cuantos miles de partidarios en la Wilhelmstrasse, pero finalmente dominó la situación gracias a la energía de Gustav Noske, quien con los restos del ejército imperial había organizado en los barrios occidentales de la ciudad una tropa armada, logrando así aniquilar o expulsar a los pocos manifestantes que se habían hecho fuertes en el barrio de la prensa. Para el recién fundado Partido Comunista, las consecuencias fueron mucho más graves de lo que lo fueron las consecuencias del levantamiento de julio para los bolcheviques: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, descubiertos en su escondrijo, fueron muertos por soldados de la división de la guardia de caballería, bajo el mando del capitán Pabst. Pocos días después se abrió en Weimar la Asamblea Nacional, muy lejos del alcance de los comunistas berlineses, quienes a principios de marzo aún se volvieron a levantar en el intento desesperado de ofrecer resistencia a la progresiva «normalización» de la situación; su derrota sangrienta hizo ver que los militares se habían hecho con el mando supremo en una medida que algún día podía volverse peligrosa también para Noske y los socialdemócratas.

Por muy cerca que Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg estuvieran del triunfo en los días de enero —¡desde luego solamente en Berlín!—, igualmente evidentes son, sin embargo, las razones de su derrota. En Alemania, la paz había sido ya asegurada con el estallido de la revolución, y el problema agrario no era central. La burguesía era mucho más fuerte que en Rusia, y las ansias de orden, tan enraizadas en el

pueblo alemán, se volvieron pronto contra los revolucionarios —para el I Congreso de los consejos de obreros y soldados de Alemania, que tuvo lugar del 16 al 20 de diciembre en Berlín, Liebknecht y Luxemburg no habían podido conseguir ni un puesto. El Partido Comunista acababa de ser fundado y era inexperimentado; pero el factor más decisivo fue seguramente de carácter exterior: el ejemplo de Rusia, que también intimidó a los socialdemócratas. En última instancia, esa derrota fue una victoria del sistema liberal, que demostró su potencia transformadora a sus enemigos de ayer. Pero en su naturaleza específica determinó el curso del destino alemán por muchos años: llenó a los comunistas de un odio insaciable contra los traidores socialdemócratas, los asesinos de «Karl y Rosa», y obligó a los socialdemócratas a una estrecha alianza, aunque de ningún modo basada en el respeto mutuo, con el cuerpo de voluntarios del Ejército, cada vez más numeroso. Quebró además los principios posiblemente positivos del movimiento de los Consejos, que no era en absoluto idéntico con el comunismo o con el bolchevismo.

En todo caso, los acontecimientos de *Budapest* demostraron también que el triunfo de la revolución radical no representaba una garantía de su supervivencia. En este caso se habían unido socialdemócratas y comunistas, mientras que el débil gobierno del conde Michael Karolyi trataba de jugar con la carta de Wilson y la Entente, con la esperanza, de pocas perspectivas, de salvar así el reino plurinacional del rey San Esteban de las pretensiones de rumanos, yugoslavos y checoslovacos. Cuando el fracaso de este intento se hizo manifiesto, Karolyi dimitió de su cargo de presidente provisional de la República, y el poder cayó en manos de los partidos socialistas aislados, entre cuyos representantes desempeñaba un papel sobresaliente Bela Kun, el cual acababa de regresar de Rusia como ex prisionero de guerra. Uno de los primeros manifiestos del nuevo régimen anunció alegremente la solidaridad con el régimen soviético. Se decidió la eliminación de rangos y títulos, la separación de Iglesia y Estado, la socialización de las propiedades agrarias, grandes y medianas, se introdujeron tribunales revolucionarios y la obligación general al trabajo. Pero la ocupación principal de la nueva república soviética fue la guerra, y, al invadir de nuevo una parte considerable de Eslovaquia, consiguió un gran éxito, si bien no duradero, ya que la Entente la forzó a la desocupación con una nota amenazadora.

La autoridad, al principio bastante suave, del Gobierno soviético fue endureciéndose más y más, y a fines de junio ya sólo había comunistas en el Gobierno. Como se había sido lo suficientemente ortodoxo como para no distribuir entre los campesinos los bienes confiscados de los grandes terratenientes, se hizo considerable el descontento en el campo, y surgieron dificultades en el aprovisionamiento de Budapest. Trataron de solventarlas mediante el envío de comisiones especiales, que en general sólo se distinguieron por su dureza inútil y por las imprudentes ofensas al sentimiento religioso de la población campesina; de entre sus jefes, Tibor Szamuely se ganó pronto la fama de una brutalidad especialmente desconsiderada. Entre tanto, en Szegedin, que, como toda la parte sudoriental de Hungría, estaba ocupada por tropas francesas, se formó un contragobierno, al que afluyeron numerosos oficiales jóvenes y cuyo hombre más importante fue pronto el almirante Horthy. Sin embargo, el Gobierno soviético no cayó ante sus enemigos internos, sino a consecuencia del ataque de los rumanos y de la actitud enemistosa de la Entente. Bela Kun dejó el poder de una manera tan incruenta como lo había tomado, y huyó a Austria con la mayoría de sus colaboradores, entre los cuales se contaba el antiguo comisario del pueblo para la Educación, Georg Lukács. El gobierno de transición de los socialistas no duró mucho tiempo; ya antes de retirarse los rumanos, las fuerzas tradicionales de la grande y de la pequeña nobleza tomaron de nuevo el poder, y cuando el 16 de noviembre de 1919 el Ejército Nacional entró en Budapest festivamente, aunque no victorioso, Horthy dirigió a la capital un severo sermón, porque había renegado de su pasado, había tirado su corona al polvo y se había vestido con harapos rojos. El «Terror blanco» que siguió sobrepasó al «Horror rojo» en la misma cuantía con que las despiadadas medidas represivas que Noske llevó a cabo en marzo dejaron en la sombra las acciones de los espartaquistas. Pero pronto pareció olvidar que la república soviética había sido una obra del proletariado de Budapest, y se volvió encarnizadamente contra los judíos, que dentro de la aristocrática nación húngara representaban principalmente a la burguesía, pero a los que, a pesar de ello, se hacía responsables de los actos de Kun y Szamuely.

Pero en el campo del enemigo repercutía precisamente entonces de la manera más intensa el acontecimiento revo-

lucionario de estos meses, que en comparación con Berlín y Budapest poseía las características más inofensivas: la *República soviética de Munich.* En sus comienzos estaba muy alejada del comunismo; representaba más bien una solución alternativa para los extremos que se habían desarrollado en Berlín. La fe de Kurt Eisner era la de Wilson, la fe en la ilustración: que podía conseguir, por medio de la persuasión y la razón, eliminar el feudalismo y el nacionalismo, bajo el signo de la democracia, y preparar una era de paz entre los pueblos. Pero el tan denostado «iluso» veía con gran realismo que sólo la derrota en Alemania podía hacer posibles tales cambios y que, recíprocamente, si se llevaban a cabo estos cambios con decisión y convencimiento, podría obtenerse para Alemania una posición tan favorable en la conferencia de paz que le permitiría empezar de nuevo. Desde el punto de vista de la política interna, el buen camino le parecía que era el hacer evolucionar la estructura de los consejos en un sistema con mayor participación política y económica de las masas, pero respecto de la política exterior le parecía que era la exclusión de todos los individuos «comprometidos», entre los cuales contaba también a Erzberger, quien, a causa de su propaganda en el extranjero, era responsable del «envenenamiento de la opinión mundial». Por eso hizo publicar documentos del Archivo bávaro sobre el estallido de la guerra, los cuales, según su concepción, si bien no demostraban la culpa de «Alemania», sí la de su capa dirigente, documentos que difícilmente estaban más abreviados que el telegrama de Ems, pero que, a pesar de ello, provocaron la ira desbocada de sus enemigos. Una indignación aún mayor y que iba a tener efecto por muchos años produjeron sus declaraciones ante la primera conferencia socialista internacional de Berna, porque en ellas manifestó una supuesta renuncia a los prisioneros de guerra alemanes. En realidad, lo contrario fue la verdad; el discurso de Eisner fue el primer discurso de un alemán después de la guerra que hizo una impresión declaradamente favorable a un público internacional, incluso por lo que respecta a la cuestión de los prisioneros de guerra. Pero si el país, de carácter católico-campesino, le hizo saber al primer ministro su repulsa ya en las elecciones parlamentarias del 12 de enero de 1919, no fue sino más tarde que la propaganda sin escrúpulos de sus enemigos cayó en suelo fértil, y dos semanas después de la conferencia de Berna, cuando se encami-

naba hacia el Parlamento, al que quería presentar su dimisión, Eisner fue asesinado por la espalda por el joven conde Von Arco-Valley. Este suceso dio nueva vida a los consejos y a la doble autoridad; el gobierno del socialdemócrata Hoffmann, que acababa de ser votado por el Parlamento perentoriamente, se convirtió rápidamente en una pura sombra, y el 7 de abril fue proclamada la República de Consejos. Durante los primeros ocho días fue regida por anarquistas bienpensantes y reformadores mundiales como Enrich Mühsam, Gustav Landauer y Silvio Gesell, pero, después de un golpe fracasado, vino un viento más fuerte, y a partir del 13 de abril los comunistas tenían el poder en las manos, dirigidos por dos rusos germanizados de origen judío, Max Lewien y Eugen Leviné; este último entraba frecuentemente con botas de montar y un látigo, marchaba a toda velocidad a través de Munich con una escolta de automóviles y ejercía sobre la multitud un influjo fascinador. Fue lo bastante imprudente como para iniciar su autoridad con una huelga general de ocho días que arruinó al pequeño comercio, y para hablar de la «socialización de los grandes campesinos», lo que le quitó la simpatía de la población del campo, una parte considerable de la cual había estado originariamente al lado de la República de Consejos. Ciertamente, se creó un tribunal revolucionario, pero no sentenció ni una sola pena de muerte. El Ejército Rojo era, en las manos de su general en jefe, el poeta Ernst Toller, algo muy distinto de un instrumento de terror, y la República de Consejos cayó desde fuera, ya que el Gobierno central, atendiendo principalmente a los aliados, dirigió contra aquélla poderosas fuerzas militares, totalmente desproporcionadas. En la memoria de la posteridad se grabó sobre todo el «asesinato de rehenes en el instituto Luitpolt», no en poca medida gracias al efecto de una propaganda muy unilateral, pues en realidad no se trató en su mayoría de rehenes, sino de los miembros de una organización contrarrevolucionaria, la sociedad de Thule, que habían sido detenidos, y en cambio se extendió el manto de un olvido interesado sobre los centenares de víctimas, en general inocentes, de las tropas y voluntarios invasores. De aquí en adelante, Munich vivió bajo la férrea disciplina del Ejército, pero pronto empezó a creer que en los terribles días del poder de los Consejos había sido violentado y aterrorizado por un grupito de judíos y extranjeros.

El ejemplo de Austria muestra que el modo como Eisner

quería plantear la cuestión de la culpabilidad contenía una posibilidad política realista; también muestra, naturalmente, el alcance de las consecuencias que había traído consigo. Pues en este caso había surgido un Estado que, según las palabras de su canciller, no quería saber nada de «las llamadas tradiciones austríacas»,[13] que, por lo tanto, podía afirmar sin vacilaciones la culpabilidad de los gobernantes y la podía confirmar mediante la publicación de documentos; un Estado, ciertamente, que no reafirmaba su propia existencia y que quería desarrollarse lo más pronto posible, junto con otro Estado, en un todo distinto. Pero, también en este caso, un reproche más generalizado suplantaba con frecuencia la tesis limitada de la culpabilidad, reproche que se dirigía contra la «capa dirigente»: la política equivocada de la burguesía hacía necesario, decía un diputado socialista ante la Asamblea Nacional, un recorte radical del poder económico del capitalismo austríaco, que por dos veces se había permitido el lujo de cometer locuras históricas.[14] Con todo, la fuerte dependencia del país de la buena voluntad de los aliados retuvo a los socialistas austríacos de tomar medidas recortantes.

La acusación de culpabilidad universal estaba también muy extendida en los países aliados, y esto tuvo un efecto favorable para Alemania. En la prensa socialista de Inglaterra y Francia, el Tratado de Versalles fue atacado tan violentamente como en Alemania. El Consejo Nacional de los socialistas franceses manifestaba en julio que saludaba la victoria de los revolucionarios húngaros sobre las «hordas» de la Entente; inmediatamente después del fin de la guerra llegó a haber agitaciones revolucionarias incluso en Holanda y Suiza. Ciertamente, en los países aliados y en los Estados neutrales, los gobiernos permanecieron firmes en sus asientos: pero en general hay que decir que la insurrección contra los responsables de la guerra fue un fenómeno extendido por todas partes en la primera postguerra y los comunistas sólo representaron su forma más marcada. El fracaso de éstos, sin embargo, preparó el camino para una inversión de esa acusación, inversión que pronto iba a ganar más y más terreno en todos los países.

La revolución de momento había precipitado a los partidos de derechas de Alemania en un estado de total confusión y disolución —el lamento desesperado del jefe de los conservadores prusianos, Von Heydebrand, «Hemos sido burlados y engañados», puede considerarse sintomático. Cuando a fines de noviembre se fusionaron los restos de todos los partidos conservadores, incluidos los antisemitas, formando el Deutschnationalen Volkspartei (Partido Nacional Alemán del Pueblo), el nuevo partido se colocó en el terreno de la nueva forma estatal con una notable capacidad de adaptación, y sus exigencias habrían sido propias de un partido moderado de izquierdas unos años antes: libertad individual y de conciencia, libertad de opinión, promoción del tipo de empresa cooperativa, participación laboral de la mujer. El objetivo más importante era, naturalmente, la lucha contra la «dictadura de una única clase de la población», y los representantes de la derecha encajaron sin resistencia en el antes tan detestado frente democrático, con una ganancia positiva por lo demás, pues, según la opinión general, tuvieron que agradecer al derecho a voto femenino recientemente introducido una buena parte de los 44 escaños que ganó la derecha en las elecciones para la Asamblea Nacional. El DNVP representaba, pues, para la República el mismo peso a nivel político que la jefatura suprema del Ejército y las distintas asociaciones de voluntarios en el campo militar.

Pero ya en los primeros meses hubo también dentro de la derecha esfuerzos que permitían ver curiosas evoluciones nuevas y también retrógradas.

El 1 de diciembre de 1918, ya antes de las primeras grandes demostraciones de los espartaquistas, Eduard Stadtler fundó el Secretariado General para el Estudio y Combate del Bolchevismo y al mismo tiempo la Liga Antibolchevique. Stadtler había sido secretario general de la Unión Windthorst y durante la guerra había caído prisionero de los rusos. Después de su regreso, había entrado en contacto con Helfferich y con Friedrich Naumann, quienes sustentaron la planeada campaña antibolchevique con sumas modestas, naturalmente. Junto con algunos amigos, en su mayoría jóvenes oficiales, desplegó una actividad extraordinaria, hizo imprimir cierto número de folletos de gran tirada y dio incansablemente conferencias en reuniones bastante frecuentadas,

convocadas en primer lugar por el Consejo de Ciudadanos del Gran Berlín. En ellas anunció él, como idea salvadora, un «socialismo nacional», que no tenía nada que ver con el viejo socialismo o los viejos partidos. No se cansaba de poner en guardia frente a la «catástrofe política y económica de los bolcheviques», tal como había creído verla en Rusia, manifestando, empero, una aguda comprensión para el concepto de «revolución mundial», que hasta entonces había sido tabú en los círculos de la derecha. Pronto se fijó en él la atención de influyentes círculos financieros. El 10 de enero de 1919, según su propia referencia, tuvo lugar en la casa del Círculo del Aire una reunión de «los grandes jefes de la economía», en la cual participaron unos cincuenta señores, entre ellos Hugo Stinnes, Vögler, Borsig, Siemens, Deutsch, Salomonssohn, etc. La ponencia de Stadtler causó un impacto tan grande que los señores presentes siguieron la propuesta de Stinnes de aportar una «prima de seguro» de no menos de 500 millones de marcos, que como «fondo antibolchevique» pasó, por todos los canales posibles, al poderoso movimiento antibolchevique que se puso en marcha a principios de 1919, hasta llegar a «las arcas del Partido Socialdemócrata». Aun cuando estos datos no son verificables con detalle, son, no obstante, suficientes para mostrar que en la hora del peligro la derecha supo reaccionar también con métodos distintos de la simple adaptación. Tendía manifiestamente a convertirse en un singular movimiento de confluencia, que se prolongaba hasta las filas del centro, renegando fundamentalmente del sistema de partidos presente, mientras que trataba de sobrepujar a su principal enemigo en gastos de propaganda y de robarle al mismo tiempo su nombre y su atractivo para las masas. Pero tan cierto es que Eduard Stadtler pudo desempeñar un papel importante durante cierto tiempo, como que no era el hombre capaz de mantener unido un movimiento semejante y dirigirlo. Ciertamente que sus descripciones podían levantar el pánico en sus oyentes y lectores, pero la vaga generalidad de su antidoctrina no era una fuerza de choque compuesta de fe y odio, sino que sólo estaba sustentada por un febril deseo de actividad. Por eso el principio que él puso no le fue favorable a él mismo, y se consumió como portavoz de una dictadura nacional de la revolución social, la de Hugo Stinnes.

Las dificultades que tenía la derecha alemana, orientada

hacia el esplendor insulso del Imperio, para encontrar un nuevo lenguaje adecuado a los nuevos tiempos se hacían manifiestas también en el Deutschen Arbeiterpartei (Partido Obrero Alemán), cuya significación, por la época de su fundación, no se hallaba ciertamente muy alejada de la Liga Antibolchevique, pero que por lo menos presentaba un síntoma muy interesante, en el sentido de que en este caso un grupo de tendencias derechistas se autodenominaba Partido Obrero, y de hecho estaba compuesto predominantemente de trabajadores. Así dicen las «directrices» del 5 de enero de 1919: «El DAP quiere el ennoblecimiento del trabajador alemán. Los trabajadores instruidos y aposentados tienen el derecho a ser contados en la clase media. Entre trabajadores y proletarios debe trazarse una profunda línea divisoria. Los salarios deben ser ajustados por medio de un convenio internacional con los sindicatos de otros países, de modo que por principio sea imposible la deflación de salarios de los trabajadores de cualquier país... Debe protegerse al gran capital como proveedor de pan y trabajo, siempre y cuando la explotación desconsiderada del obrero no le prive a éste de su dignidad humana... El DAP lucha con todas sus fuerzas contra la usura y la especulación de precios; contra todos aquellos que no producen bienes, que tienen grandes beneficios sin trabajo intelectual o corporal. La lucha se dirige contra los zánganos del Estado, que en su mayor parte son judíos; éstos se dan una buena vida, cosechan donde no habían sembrado. Nos dominan y gobiernan por medio de su dinero. Alemania y su pueblo entero ha sido para esos zánganos solamente una especulación, y lo mismo vale para los latiguillos de los partidos. Se habla mucho, no se hace nada... Cada uno debe sentirse como alemán libre. No sirven de nada las frases y discursos vacíos de las reuniones, manifestaciones y elecciones. Nuestro esfuerzo va dirigido a la alegría con libertad en el buen trabajo, la olla llena y los hijos que han de ir adelante.» [16]

¿Cómo habían de poder competir esas torpes frases, esa divertida mezcla de resentimiento pseudosocialista e ingenuidad pequeño-burguesa, con las ideas precisas de Marx, con la firme seriedad de los sentimientos de Rosa Luxemburg, con la pasión transparente de Lenin? Pero precisamente lo eminente está sujeto a la posibilidad del gran error, y frente a él lo mezquino y mediocre afirma en miles de casos su derecho trivial. ¿De qué servía la deducción más rigurosa

a partir de las premisas de Ricardo, si una parte considerable de los obreros alemanes pensaba como el cerrajero Anton Drexler? Aquel que hubiera sabido intuir futuros desarrollos, habría predicho, incluso en los oscuros días de enero del año 1919, un gran futuro al principio de ese diminuto partido, aunque ciertamente sólo bajo el supuesto de que encontrase el modo de incorporarse a aquella porción de la derecha que no sólo mantenía sus posiciones tradicionales, sino que las robustecía con obstinación y decisión.

Éste era el caso del Alldeutsch Verband (Unión Panalemana). Durante el Imperio había tratado de mantenerse un poco por encima de los partidos, si bien el libro anónimo de su presidente, Heinrich Class, del año 1912, titulado *Wenn ich der Kaiser wär* (Si yo fuera el Káiser), había dado ya una formulación clásica del totalitarismo de derechas —ahora la Unión se había también convertido definitivamente en un partido. En la llamada «Declaración de Bamberg», del 16 de febrero de 1919, anunció la Unión la lucha más dura contra el «Estado de Noviembre», porque éste había sido el culpable de la derrota, estaba dispuesto a doblegarse, había abierto a los judíos la puerta de los puestos más elevados, y porque creía en cosas tan utópicas como la Unión de los Pueblos y la Paz Eterna, y en oposición creía ver en la futura guerra de nacimientos, de selección y de colonización, una consecuencia de la situación alemana. Se trataba de una tremenda inversión de la tesis de culpabilidad que todavía era aceptada casi universalmente, pero también tenía una fuerza poderosa a su lado: la fuerza del presente, que aprecia lo palpable y se resiste a la mirada retrospectiva y crítica hacia el pasado.

Así fue como la derecha alemana creó, ya en los primeros meses después del derrumbamiento, las bases para su contraataque: envió una patrulla de fuerza contra el campo enemigo, cambiando de faz entró en la vía de los movimientos populares y de masas, se aproximó al enemigo en lenguaje e ideología, pero también se retrotrajo con la misma brusquedad a las bases tradicionales. La cuestión era ver si, a partir de esa dispersión, podía volver a reunirse en una fuerza de choque unitaria.

En todo esto había de pesar decisivamente la actitud de las asociaciones de voluntarios, que en cuanto tales no pueden incluirse en las derechas, ya que no eran formaciones políticas, sino productos de la voluntad estatal en la gue-

rra civil y fronteriza. Sin embargo, estas asociaciones sólo en muy pocos casos eran realmente apolíticas, y hasta las meras «Defensas de habitantes», dado que ante todo querían proteger «vida y propiedad», tenían en general una tendencia anticomunista. Este anticomunismo genérico se concretaba muchas veces en una ideología de tipo inconfundiblemente derechista, pero que con bastante frecuencia contenía una enemistad brusca contra toda la «vieja política» e incluso contra los «viejos generales». El destino político de esos hombres tenía que decidirse a partir del momento en que retornaran a la vida civil.

En comparación con Alemania, es pálido el desarrollo de las derechas en el resto de Europa, durante esos primeros meses. En Francia y en Inglaterra la derecha dominaba los Parlamentos; fuera de este marco sonaban a lo sumo los gritos rabiosos de la Action Française, propugnando un tratado de paz aniquilador para Alemania y los primeros testimonios de la aversión que sentía la joven generación de participantes en la guerra contra los «viejos políticos». El movimiento fascista recién creado en Italia les parecía a muchos observadores que era de tendencia izquierdista. Pero también en Hungría, Austria y en el Báltico se crearon formaciones de voluntarios para la lucha contra el bolchevismo (y naturalmente, en muchos casos, también para la lucha por las fronteras). Mientras, por una parte, los partidos derechistas tradicionales mostraban al máximo, de la manera acostumbrada, las contradicciones nacionales, por otra, aparecían al mismo tiempo los comienzos de una solidaridad internacional en aquellas manifestaciones que todavía no habían encontrado su centro definido entre el combate militar y la política civil.

Organización y fragmentación de la insurrección por parte de la Internacional Comunista

Pero, de momento, en el primer plano de la escena actuaba un internacionalismo incomparablemente más autoconsciente y poderoso. En este sentido en la primavera de 1919 manifestaba Grigori Sinowjew, el presidente del Comintern, en el primer número de la revista «La Internacional Comunista»: «En el momento en que escribimos estas líneas, la Tercera Internacional tiene ya como base primera tres repúblicas so-

viéticas: en Rusia, en Hungría y en Baviera. Pero nadie se sorprenderá si, en el momento en que aparezcan impresas esas líneas, tenemos ya no tres, sino seis o un número mayor de repúblicas soviéticas. La vieja Europa acomete a toda marcha la revolución proletaria.»[17] Aunque esta esperanza quedara muy pronto defraudada, el optimismo y la confianza en la victoria perduraron en Moscú aún por casi dos años, y había suficientes razones para ello.

La creación de la Tercera Internacional en los primeros días de marzo de 1919 no fue la *causa* de las revoluciones de Munich y Budapest. Cierto que se habían dado felicitaciones mutuas, Moscú y Budapest habían intercambiado emisarios, y Lenin había dirigido a la República de Consejos de Munich un escrito exigente y apremiante, pero se trataba sólo de manifestaciones secundarias. En la primavera de 1919, los bolcheviques estaban todavía en lo más duro de la guerra civil, las vías de comunicación y de información entre Rusia y el Occidente eran muy defectuosas y no fue sino un puñado de delegados con representatividad muy insuficiente los que se reunieron en Moscú para la fundación de la Internacional. Lenin había acelerado las cosas, porque estaba inquieto por la reunión de socialistas en Berna para su congreso y quería salir al paso de una eventual renovación de la Segunda Internacional. Pero por poco representativo que fuera el Congreso, por graves que fueran los reparos que se formularan en el círculo de los delegados en contra de esa apresurada fundación, los diversos manifiestos de este encuentro, redactados por las mejores inteligencias del partido ruso, o sea, Lenin, Bujarin y Trotsky, estaban traspasados del gran soplo de una fe apasionada y formulaban, como había de mostrar el triunfo, los convencimientos y esperanzas de muchos millones de hombres de todo el mundo. «Ha nacido la nueva época —se dice en las "directrices" de la Internacional Comunista—, la época de la revolución comunista del proletariado.» A la Humanidad la amenazaba el peligro de una aniquilación total y sólo la clase obrera podía traer la salvación. Tenía que romper la autoridad del capital, hacer las guerras imposibles, acabar con las fronteras entre los Estados, transformar el mundo en una comunidad que trabajase para sí misma, realizar la fraternización y liberación de los pueblos: «La victoria definitiva del proletariado del mundo significa el comienzo de la verdadera historia de la Humanidad liberada.»[18] La reafirmación de la acusación de cul-

pa universal contra «todas» las clases dirigentes sin más, «que en los campos de batalla han asesinado a diez millones de hombres y han mutilado a muchos más», va de la mano con el rechazo de la tesis limitada de culpabilidad que anticipa los argumentos de la derecha: Inglaterra no tenía menos culpa en la guerra que Alemania, se había dado una provocación directa y consciente por su parte; no era más que rastrera adulación el que los patriotas socialistas alemanes acusaran a la monarquía derrumbada de ser la principal culpable. Lenin pone de relieve con todo el énfasis, que la alternativa dominante de la época es la oposición entre *democracia burguesa* y *dictadura proletaria,* que no significa la diferencia entre libertad y coacción, sino al contrario, la diferencia entre una libertad meramente formal y una libertad real, pues todos los socialistas eran de la opinión de Marx, de que hasta la república burguesa más democrática no es otra cosa que una máquina para la opresión de la clase obrera por la burguesía. Lenin no toma en consideración una tercera posibilidad histórica, a pesar de que el Congreso había redactado una resolución sobre el «Terror blanco» la cual, al informar sobre los terribles hechos de Hungría, Finlandia y otros países, trataba de levantar la indignación universal contra «el mar de crímenes y crueldades del decadente canibalismo burgués». Pues es evidente que ese «Terror blanco», a pesar de todo su horror, se lo tomaban tan poco en serio desde el punto de vista histórico, como el argumento posible de que se hallaban en un invernadero; en la lucha final por el milenio, parece ser justamente una prueba de que la victoria es inmediata el hecho de que el enemigo luche con gas venenoso, en lugar de hacerlo con las granadas habituales. Y esto concuerda con la predicción de la aniquilación total de los socialdemócratas: la consigna con respecto a los socialdemócratas blancos debía ser, según escribe Sinoviev en el citado artículo: «Coger por la garganta al enemigo y clavarle la rodilla en el pecho»; los traidores participarían del destino de la burguesía europea, que ya se despedía en el sentido histórico. Un paradigma clásico de esa confianza en el triunfo es el llamamiento para el 1 de mayo, que lanzó el Comité Ejecutivo del Comintern, el 20 de abril de 1919 «a los trabajadores de todo el mundo»: «...Los trabajadores de todos los países han comprendido que ha llegado el momento decisivo... Empieza la tormenta. El ardor de fuego de la revolución proletaria llamea con fuerza irresistible por toda

Europa. Se acerca el momento que habían esperado nuestros predecesores y maestros y que habían previsto los fundadores geniales del socialismo científico, Marx y Engels. El sueño de los mejores representantes de la Humanidad se hace realidad. Nuestra bandera roja, que ha sido coloreada con la sangre de varias generaciones de grandes luchadores y mártires de la clase obrera, esta bandera ondea en todo el mundo. Ha sonado la hora final de nuestros opresores. El 1 de mayo tiene que ser el día del ataque, el día de la revolución proletaria en toda Europa.» [19]

Con esta confianza se manifestaban unas docenas de hombres andrajosos en medio de una capital que pasaba frío y hambre, los cuales ni siquiera podían controlar el territorio de su propio Estado, agitado por la guerra civil. Pero, aun habían sufrido no pocas derrotas, las esperanzas todavía no estaban rotas, sino hasta confirmadas en algunos aspectos, cuando en julio y agosto del año 1920 se reunió el II Congreso Internacional Comunista. Habían ganado definitivamente la guerra civil en Rusia, y en el Congreso se encontraron los representantes llenos de fe de algunos de los partidos socialistas más importantes. Una oleada de entusiasmo por la Internacional había atravesado casi toda la clase obrera de Europa: a ella se inclinó la mayoría en Italia, Francia, Checoeslovaquia, Noruega y Suecia, mientras que en Alemania, Austria e Inglaterra se le adhería una minoría poderosa. En extensos sectores de Europa la situación era todavía, según toda apariencia, revolucionaria: en Alemania, después del golpe de Kapp, los comunistas habían demostrado una fuerza asombrosa en la lucha por la región del Ruhr; en Italia se estaba preparando entonces la gran ocupación de fábricas, y el II Congreso tenía que estar seguro de más adhesiones, cuando decía en su manifiesto: «La Europa oficial, estatal, nacional, civilizada, en el estado en que ha quedado después de la guerra y de la Paz de Versalles, se parece a una casa de locos.» Y sus propuestas parecían dictadas por la razón misma: «La cuestión de los medios de calefacción y del suministro de materias primas es una cuestión internacional, que únicamente puede solucionarse sobre la base de la producción socialista universal y planificada ... Hay que eliminar las fronteras estatales, el desmenuzamiento de la economía mundial ... Hay que acabar con el imperialismo, para que el género humano pueda seguir viviendo.» [20] Pero, sobre todo, el Ejército Rojo avanzaba sobre Polonia, y el

Comintern estaba en situación de decir a los proletarios europeos, y de decirlo con éxito: «Vuestro deber es mantener vigilancia en todos los puertos, en todas las fronteras, para que ni un solo tren, ni un solo barco parta hacia Polonia con alimentos o armas.» [21]

En ese momento, Lenin consideró que había llegado la hora de hacer del Comintern un partido mundial centralizado y transformar la vaga simpatía vagamente difundida en auténtica eficacia. Éste fue el sentido de las *21 condiciones* votadas por el II Congreso para poder ser miembro de la Internacional Comunista. Significaban una ruptura radical con los «reformistas de todos los matices», sometían todos los partidos comunistas al principio del «centralismo democrático» y en último término al Comité Ejecutivo residente en Moscú, exigían una entrega sin escrúpulos, que no reparara en la traición activa al propio país, a la causa de «las repúblicas soviéticas», o sea de Rusia, y definían explícitamente la Internacional Comunista como una organización que «había declarado la guerra a todo el mundo burgués y a todos los partidos socialdemócratas amarillos».[22]

A partir de aquí se organizó la insurreción contra los responsables de la guerra y se estableció con base a una determinada interpretación; pero con esto también quedó agrietado y, al quedar cada vez más lejano el final de la guerra, perdió su fuerza primitiva. Desde este momento tenía que aparecer como la causa de un único Estado, el cual, con sus continuas declaraciones de guerra al mundo entero, ponía perversamente en peligro la normalidad que por fin había sido restablecida; así aparecía incluso para aquellos que ayer todavía eran simpatizantes, pero que no se querían someter a los mandatos de un cuerpo central, en el que los representantes de una única nación ejercían el influjo dominante. De hecho, la situación había cambiado completamente, cuando la Internacional Comunista se reunió en Moscú, en junio y julio de 1921 para su III Congreso.

En Polonia se había perdido la guerra y el invierno había traído a la desangrada Rusia una catástrofe económica, a la cual Lenin supo enfrentarse sólo por medio de una reintroducción limitada del capitalismo, la llamada Nueva Política Económica. Los marineros de Kronstadt, los héroes de la revolución de octubre, que se habían sublevado contra el sistema de la autoridad burocrática del Partido y habían exigido el retorno de la Constitución soviética, fueron degolla-

dos por un ejército que desde hacía tiempo ya no conocía los soviets de soldados. En los congresos de Halle, Tours y Livorno se habían adherido al Comintern solamente fracciones de la USPD, de la SFIO y del PSI. En marzo de 1921, los comunistas alemanes, instigados por enviados del Comintern, habían tratado de tomar la iniciativa en un levantamiento desesperado, seguido de brutales excesos criminales, la llamada Acción de Mayo, y habían sido derrotados; su antiguo jefe Paul Levi, empero, con su protesta contra ese «golpismo», empezó el inacabable movimiento de defección de comunistas prominentes, que durante dos decenios sería la característica principal del Comintern.

Por eso Trotsky tuvo que plantear la siguiente cuestión, que para el Congreso llegó a ser central: «El capital sigue sentado en su trono en casi todo el mundo y debemos preguntarnos si nuestra postura en general, la postura ante la revolución mundial, aún sigue siendo correcta ahora, bajo las circunstancias presentes.»[23] Es cierto que su respuesta es afirmativa, pero solamente bajo el presupuesto de un cambio radical de táctica, a saber, una futura colaboración con los socialdemócratas en la lucha cotidiana por los salarios de los obreros, una aceptación más comprensiva de elementos pequeño-burgueses y otros actos de adaptación, que inmediatamente fueron denunciados como oportunistas por los representantes presentes del KAPD (Partido Comunista Obrero de Alemania). Pero a esos ilusos revolucionarios contrapone Trotsky una idea autocrítica y de gran alcance: «La revolución no es tan obediente, tan mansa, que pueda ser guiada con un hilo, como nos habíamos imaginado. También ella tiene sus alzas y sus bajas, sus crisis y su coyuntura máxima.»[24] ¿Pero no sería el caso que la coyuntura máxima para una revolución del tipo de la comunista, que no podía negar su carácter violento y enemistoso para todos ni siquiera con una alianza poco sincera con los socialdemócratas, que esa coyuntura *únicamente* pudiera darse en la época posterior a una derrota bélica, por lo menos en Europa? Y el marxismo no es el adalid de un ideal intemporal, por el que uno pudiera luchar en todo tiempo. Su prestigio depende tan directamente de una determinación temporal concreta, que un fallo en ese punto esencial tiene que derrumbar el edificio entero. Trotsky lo expresó pocos años después muy claramente: si el capitalismo puede reconstituirse constantemente en la mayor parte del mundo (como

presupone la doctrina del socialismo en un solo país), entonces es que se ha estado equivocado en la caracterización total de la época, entonces se ha llegado demasiado pronto, entonces, hay que añadir, es que se ha creado algo muy distinto de lo que se quería crear. Y exactamente esto, en su sentido, fue lo que dijo Lenin en el último gran discurso que pronunció ante el III Congreso de la Internacional: la revolución rusa «en cierto grado» había sido una revolución burguesa, había creado un capitalismo de Estado y sólo así podía sobrevivir «en la época del equilibrio, en la época en que los camaradas extranjeros preparan sólidamente su revolución».[25]

Pero, ¿acaso puede permanecer en equilibrio un sistema en el cual uno de los elementos, al valorar erróneamente el momento histórico, había querido quitarle al otro la existencia? ¿Y no era la Unión Soviética, como decía el propio Lenin, cien veces más débil que sus enemigos? ¿Debía seguir pretendiendo la dirección del movimiento obrero en países que, según todos los conceptos marxistas, estaban más avanzados? ¿No era una ilusión creer que, después de la división del movimiento obrero, que provenía de una falsa evaluación del carácter de la época, la revolución proletaria podía ser reemprendida en cualquier momento contra el poder restablecido de un Estado? La vinculación, que llegaba hasta la abulia, del movimiento revolucionario activista de países muy distintos a un Estado de estructura burocrático-«burguesa», ¿no era un gran peligro para ambos? ¿Acaso ese Estado, que se hallaba en una tal equivocación sobre su esencia y su significación, no se alejaría todavía mucho más en su aislamiento de los principios socialistas?

En el molino de esos problemas se fue triturando pronto la consistencia de la fe marxista, y al fin también la existencia de sus creyentes. Pero una fe no cambia tan rápidamente como una opinión, y nuevos desarrollos le dan con bastante frecuencia un fortalecimiento inesperado. El Comintern pervivió y ejerció un gran influjo, pero nunca más recuperó el aspecto y la iniciativa que había tenido en la época del II Congreso, y la rutina y el formalismo fueron ocupando el lugar de la vitalidad de antes.

En 1921 quedó claro que la revolución proletaria, tal como la había anunciado Sinoviev, había fracasado. Lo que la había llevado al fracaso había sido la capacidad de resistencia inesperada del sistema liberal, que había demostrado

ser una estructura mucho más compleja y potente de lo que podía reflejar aquel «capitalismo» químicamente puro del que partía la teoría marxista. Pero en más de un momento se habló ya en el III Congreso de los fascistas italianos.

La reordenación de Europa en el sistema de Versalles

Por «sistema de Versalles» entenderemos la ordenación de la situación europea que se creó por los acuerdos que se hicieran en aquel suburbio de París, en los años 1919 y 1920, o también en conexión inmediata con ellos. También agrupamos bajo esta denominación el Tratado de Paz de Riga, en la medida en que fijaba el territorio del Estado polaco y la nueva forma de la estructura política interna alemana, pero no la de la Rusia soviética, que se sustrajo al espíritu y a la jurisdicción de esos acuerdos. En el presente contexto sólo interesa la cuestión de si el sistema de Versalles surgió, y en qué medida, del espíritu del sistema liberal, de si favoreció su extensión y de si aseguró su existencia.

La primera parte de la pregunta puede responderse con referencia a dos hechos negativos: la Paz de Versalles (para usar una descripción abreviada) no fue una paz promovida por la justicia, pero tampoco fue una paz que sólo atendiera al poder puro; reflejaba, pues, un carácter de compromiso típico del sistema liberal.

No era una paz justa ya sólo por el hecho de que muchos pueblos e innumerables hombres se sintieron tratados injustamente. Pero el ejemplo de los alemanes y de los húngaros, que en incontables mapas y en discursos todavía más incontables presentaban las regiones separadas como miembros sangrantes de la patria mutilada, mostró de una manera muy visible el carácter dudoso de un concepto de la justicia tan psicológico. Uno se consideraba mutilado, tanto si se trataba de Alsacia y Lorena, cuya devolución se había reconocido alegre y voluntariamente al aceptar los 14 puntos, como del Schleswig del Norte, cuya posesión había que agradecer a una promesa rota, o del Tirol del Sur, cuya anexión a Italia no se podía justificar desde ningún punto de vista, puesto que el país era puramente alemán y la frontera del Brenner * no era necesaria para Italia estando en vecindad

* Puerto de montaña en los Alpes del Tirol. (*N. del T.*)

con la pequeña Austria, y en cambio era inútil frente a una Alemania eventualmente engrandecida. Lo mismo vale, *mutatis mutandis,* para las regiones perdidas por la Corona de San Esteban húngara, o sea, Eslovaquia, Croacia y Transilvania. Cualquier otro tratado de paz habría sido sentido como una injusticia por parte del mismo número de hombres, por lo menos, y con motivos igualmente buenos. Y la Paz de Versalles no fue tampoco una paz justa, en la medida en que no derivó todas las decisiones singulares rigurosamente a partir de grandes principios. Pero, ¿cómo se habría podido hacer que los principios dominaran sin restricciones, ya que ni siquiera se pudo imponer el principio más elemental, el de la reparación completa? ¿Cómo podía decidir un principio si para el destino futuro de las ciudades de Danzig y Fiume había de ser decisivo su carácter étnico, su historia o su situación geográfica? Únicamente un legislador infinitamente sabio, disponiendo de poderes ilimitados, habría podido dictar una paz justa, juzgando cada caso según los principios, la equidad y las circunstancias: los Cuatro Grandes ciertamente no tomaron sus decisiones siguiendo el espíritu de la democracia (la cual abomina de las reuniones secretas), pero sí siguiendo el espíritu del sistema liberal, cuya esencia reside en el conflicto entre múltiples puntos de vista.

Dado que una guerra es la forma más extrema de solventar las contradicciones de poder, no puede darse una paz que no tome decisiones respecto a las cuestiones de poder, en la cual el vencedor no imponga su voluntad al vencido. El interés más elemental del vencedor consiste en no haber hecho la guerra inútilmente, es decir, en no tener que volver a hacer la misma guerra al cabo de algún tiempo. En la Paz de Francfort, Bismarck había hecho imposible para Francia el volver a realizar un ataque autónomo contra Alemania, como había sido la guerra de 1870 —por lo menos formalmente. La Primera Guerra Mundial fue —objetivamente, aunque no premeditadamente— una lucha de Alemania por la hegemonía en Europa y por conseguir un imperio mundial en Oriente. La repetición de este intento solamente se podía imposibilitar si se pensaba en puras categorías de poder, rompiendo la unidad política de Alemania, integrando las partes en sistemas supraordenados, de modo que se interesasen por la existencia de éstos. Una solución alternativa, mucho menos eficaz, consistía en desarmar totalmente a Ale-

mania y garantizar sus fronteras con el bloque constantemente unido de sus enemigos. Pero los Cuatro Grandes estaban muy lejos de pensar en tales categorías, porque no podían pensar de otro modo que como la opinión pública de sus países, de la cual dependían. Incluso en Francia, la solución de poder extrema sólo era defendida por pequeños grupos de derechas, y Wilson había llegado a París con la voluntad de firmar una paz de derecho. Este deseo suyo estaba íntimamente relacionado con su idea peculiar de la culpabilidad en la guerra, idea que se diferenciaba tanto de la acusación de culpa universal de los comunistas, como de la tesis de culpabilidad limitada de los nacionalistas y los socialdemócratas. Para Wilson había una culpabilidad histórica del sistema europeo, que en las luchas de poder de las dinastías había creado fronteras injustas y además una filosofía falsa; esto se había dado sobre todo en Alemania, pero también en otros países. Estaba convencido de que las cuestiones de seguridad se regularían por sí mismas si Europa y el mundo mantuviesen fronteras racionales, según el principio «natural» de la autodeterminación, y se uniesen en una Liga de pueblos para defenderse de eventuales atavismos.

La expansión del sistema liberal, que abreviadamente se definía como «democracia», era, pues, el deseo expreso de Wilson. Tenía suficiente sentido histórico como para considerar que la Europa oriental era el lugar apropiado para esa expansión. Las pequeñas naciones de la Europa oriental y de los Balcanes habían estado hasta 1918, o bien hasta 1912, en su mayor parte bajo el dominio de los austríacos, los rusos y los turcos, pero desde hacía tiempo se habían creado una vida cultural propia y el deseo de autonomía estatal. Si se veía en la maduración progresiva de los pueblos para formar su propio Estado el contenido esencial de la historia universal, entonces evidentemente había llegado el momento para los checos, polacos, sudeslavos, después de que sus vecinos occidentales, alemanes e italianos, habían alcanzado la unidad nacional hacía medio siglo. Seguramente así se comprende que, en el caso de los difíciles problemas que planteaban Danzig, Fiume-Dalmacia y los sudetes alemanes, Wilson se decidiera en contra de alemanes e italianos, pues se trataba de cuestiones vitales para Polonia, Yugoeslavia y Checoeslovaquia. Desde este punto de vista se puede justificar incluso la denegación del derecho a la autodeterminación para Austria: cincuenta años antes los alemanes habían to-

mado su decisión, no debían aprovecharse, a la sombra de la derrota, de un acontecimiento que debía desearse y procurarse en el momento apropiado. Hay que añadir que Wilson veía muy claramente que en Europa oriental no podía haber Estados nacionales completamente homogéneos. De ahí que impusiera a los Estados recién creados la aceptación de acuerdos de protección de las minorías, que al mismo tiempo representaban cierta garantía del funcionamiento del sistema liberal, puesto que sólo en él puede hablarse con sentido de los «derechos políticos» de una minoría. En su efectividad práctica, esos estatutos internacionales protegían en primer lugar a las minorías alemanas fusionándolas con los judíos, la otra minoría diseminada por todas partes, en una unidad de destino. En general, hay que decir que, desde el punto de vista de la «autodeterminación» en su significado genuino, que implica independencia de la nación de cara al exterior y libertad de sus miembros históricos en el interior, la situación en Europa oriental fue, después de 1918, mucho más satisfactoria que antes. Naturalmente, no se podía determinar de antemano si ese punto de vista era el decisivo en última instancia, si la nueva situación de aquellos Estados nuevos habría madurado lo bastante para ser puesta a prueba seriamente. La existencia continuada de este sistema expandido tan rápida y extensamente tenía que estar tanto mejor asegurada cuanto más los miembros individuales se garantizasen mutuamente la existencia y un mínimo indispensable de comunidad política interna, cuanto antes pudieran volver a tomar aliento los vencidos, porque no se les hubiera arrancado violentamente cualquier posibilidad de desarrollo. Al servicio del primer objetivo estaba la creación de la Sociedad de Naciones; al servicio del segundo, la llamada cláusula de revisión del artículo 19 del estatuto de la Sociedad de Naciones. La primera debía asegurar la estabilidad del sistema; la segunda, su flexibilidad. Pero la fuerza de la Sociedad de Naciones quedó debilitada de antemano al no ingresar en ella los Estados Unidos, y la cláusula de revisión estaba siempre en peligro de hacerse inaplicable por las exigencias de los vencidos de cambios esenciales de las fronteras. Por esto apareció muy pronto claro que el sistema de Versalles pendía de un clavo demasiado débil, o sea, Francia, y que estaba lleno de un contenido demasiado mezquino, a saber, la confirmación del sistema francés de alianzas. Como vivía de la opinión pública y en ella, debía poner

al descubierto y describir incesantemente sus heridas. A pesar de esto, el sistema mostró tener más vitalidad de lo que le habían profetizado sus enemigos. No dio a ninguno de sus miembros el sentimiento orgulloso de superpotencia, pero tampoco pisó los intereses vitales de nadie. Devolvió Alemania al círculo de las potencias importantes y le abrió precisamente posibilidades espirituales y políticas que el Imperio no había tenido. Demostró ser lo bastante fuerte, como para no hacer concesiones al ataque de la última fe social sin hacer una guerra de aniquilación. Pero era de suponer que la prosecución de su existencia estaría puesta en gran peligro cuando, en el complicado juego de sus múltiples relaciones, se le opusiese y se impusiese una voluntad autónoma de autoafirmación estatal y social.

III. Los comienzos de los movimientos fascistas

Contra Lenin y Wilson: los comienzos del fascismo en Italia[1]

Es un hecho notable que la primera oposición agria en contra de Wilson proviniera de un país que, todavía en enero de 1919, había dispensado al presidente un recibimiento frenético, y que estaba representado por su primer ministro en el círculo más cerrado que tomaba decisiones, el Consejo de los Cuatro Grandes. Además, Italia había hecho oficialmente la Cuarta Guerra de Independencia para la liberación de los «hermanos irredentos» del Trentino y de Trieste —nada concordaba mejor con los principios de Wilson. Pero el antiguo país del principio nacional había conocido entretanto, aunque más tarde que las otras grandes potencias, las ventajas del imperialismo y el valor de las posiciones estratégicas. Por eso, en el acuerdo secreto de Londres del 26 de abril de 1915 se había hecho asegurar por parte de los aliados, antes de entrar en la guerra, además del Trentino y Trieste, algunos territorios más, cuya herencia no podía justificarse por el principio de las nacionalidades, en primer lugar, todo el Tirol del Sur hasta el Brenner y la mayor parte de Dalmacia. La delegación italiana y particularmente el ministro del Exterior, Sonnino, se mantuvieron en las cláusulas de ese acuerdo con gran terquedad, aun cuando Wilson había declarado públicamente que no reconocería acuerdos secretos. Por añadidura, los italianos formularon también sus pretensiones sobre la ciudad de Fiume, el único puerto de un enorme territorio croata interior, a pesar de que en el acuerdo de Londres habían renunciado a ella explícitamente. Así chocaron con un doble «No» de Wilson, y a fines de abril, Orlando y Sonnino abandonaron espectacularmente la conferencia de paz. Ciertamente volvieron pronto, pero la prensa nacionalista tenía ahora un tema inagotable, y pronto se empezó a hablar de la «victoria mutilada», empleando una expresión acuñada por D'Annunzio, y a cubrir de injurias al presidente norteamericano por su su-

puesta injusticia contra Italia. Surgió con gran rapidez un clima de aguda excitación nacional y, bajo este clima, Gabriele d'Annunzio, que durante la guerra había llevado a cabo una serie de acciones heroicas y teatrales, emprendió el 11 de septiembre de 1919, con unas cuantas divisiones desertoras del Ejército, su famosa marcha sobre Fiume, haciéndose con el poder sobre la ciudad, gracias a que las tropas francesas e inglesas de ocupación abandonaron el campo incruentamente, por orden de sus Gobiernos. Con sus «legionarios», que acudían de toda Italia, desarrolló el poeta-comandante, durante los dieciséis meses de su poder sobre la ciudad del Quarnaro, un estilo hasta entonces desconocido de vida y de pensamiento: desde el balcón del palacio municipal dirigía discursos excitantes a masas delirantes, que hacía más variados por medio de diálogos con la multitud y más efectivos con gritos de guerra recién inventados, tales como «A noi» o «Eia, eia, alalà»; los legionarios formaban con camisas negras tras la pequeña bandera puntiaguda con la calavera, el puñal en el cinturón y un *vitore* para el comandante en los labios; se dio a la ciudad una nueva Constitución, que era una mezcla romántica de elementos medievales y sindicalistas, y no tuvo otra pretensión que la de representar, frente a los decadente mundos de París y Moscú, el futuro de la Humanidad. Verdad es que la mitad de la población era enemiga suya, pero la mantuvo en jaque mediante las amenazas de muerte de sus leyes de excepción; cierto que se vanagloriaba de defender la milenaria cultura italiana contra las «hordas de eslavos sin historia» que cercaban Fiume, pero con todo apelaba a los pueblos oprimidos del mundo entero para que se sublevaran contra los «pueblos ladrones» que se habían reunido en París para la subasta. El Gran Consejo aguantaba el desafío con paciencia; al Gobierno de Roma, como murmuraban algunas voces, no le desagradaba en absoluto, pues contribuía a fortalecer su posición en las discusiones, a pesar de que de vez en cuando se oían desde Fiume tonos más revolucionarios acerca del Adriático y no pocas veces se hablaba de una futura «marcha sobre Roma». No obstante, seguramente puede afirmarse que la indignación nacionalista contra Wilson habría alcanzado una menor intensidad y que, en consecuencia, la empresa de D'Annunzio no habría tenido tanta significación si en Italia no hubieran estallado tantos vítores por Lenin. Pues la excitación por la victoria supuestamente mutilada fue eficaz en función

de la magnitud de los problemas políticos y sociales, a los que Italia se vio enfrentada después de la guerra.

Ningún país de Europa había entrado en la guerra por motivos menos forzosos, en ningún país se podía responder con mayor decisión a la cuestión de la responsabilidad. Habían sido los llamados intervencionistas los que habían impuesto la guerra a una mayoría reticente: su núcleo activo lo formaban principalmente estudiantes y sindicalistas. De ellos muchos habían caído, otros volvieron sólo de mala gana a una existencia burguesa, en la cual se enfrentaban a la enemistad abierta o disimulada de las masas socialistas o católicas.

Entre los socialistas se había impuesto la fracción maximalista, la cual exigía muy ruidosamente, aunque con poca decisión, una inmediata revolución violenta según el modelo de la rusa, para eliminar, junto con los causantes de la guerra, también el sistema que les había dado vida. Por toda Italia se oía el grito «Viva Lenin», se veía escrita la divisa en las paredes. Pero en la mayoría de los casos, con todo, era sólo la expresión de una vaga protesta social, que se plasmaba igualmente en manifestaciones contra el encarecimiento y en incontables huelgas por todas las causas posibles, graves o triviales. Simultáneamente, las masas de millones de campesinos sin tierra exigían el cumplimiento de las promesas que el Gobierno había hecho durante la guerra, y que habían ido a parar en la realización de la antiquísima demanda: *«La terra ai contadini»* («La tierra para los campesinos»). Era el temor al carácter espontáneo, desorganizado, múltiple, del movimiento social lo que contenía a los socialistas de emprender una revolución seria; junto a ello, sin duda, también la comprensión de que Italia dependía totalmente de los suministros de los aliados. Pero también se sentían lo bastante unidos a esas masas, para que se les pusiera en su cuenta una serie de violencias inútiles y sobre todo las frecuentes ofensas a oficiales licenciados e incluso a soldados mutilados en la guerra. Finalmente, a su lado había surgido un gran partido de masas no revolucionario, el partido católico de los *popolari*, cuya influencia en el campo sobrepasaba la de los socialistas. Sin embargo, algo era común a ambos partidos: la oposición contra el partido liberal, que estaba en el poder, pero mal organizado, compuesto a menudo de cliques personales, el partido que había creado el reino de Italia contra los rojos y los negros. Y cuando

los *popolari* optaron decididamente en contra de Lenin y a favor de Wilson, exigieron, con todo, reformas tajantes y su política era considerada como «bolchevismo negro», sobre todo por los terratenientes. Pero con uno de los dos «bolchevismos» tenían que pactar los liberales si querían mantener un régimen parlamentario normal, pues las primeras elecciones que se hicieron a raíz de instituirse el derecho electoral proporcional, y que tuvieron lugar el 16 de noviembre de 1919, habían aportado a ambos partidos de masas más de la mitad de los escaños. Dadas las circunstancias, tenían que ser incluidos los *popolari* en el Gobierno; en definitiva, la entrada de los católicos en la vida política era precisamente, después de décadas de boicot enemistoso, un triunfo del sistema liberal, e incluso en la fracción socialista del Parlamento había cierto número de hombres que creían llegado el momento de colaborar con el Gobierno. Pero ese triunfo fue demasiado súbito y demasiado grande para que pudiera ser hecho efectivo por sus favorecidos. Los liberales no abandonaron la esperanza de poder crear de nuevo una situación «normal» en el Parlamento por medio de nuevas elecciones; los maximalistas hablaban incansablemente de la revolución, oponiendo, no obstante, una terca resistencia al apremio del Comintern de que se separaran inmediatamente de los reformistas; los *popolari* desconfiaban de los dirigentes liberales, y los nacionalistas (que correspondían más o menos a los panalemanes) odiaban a todos los partidos parlamentarios. Los débiles gobiernos que se formaban parecían estar destinados a seguir siendo espectadores impotentes de las convulsiones sociales; incluso en los casos en que su acción era inteligente, muchos la veían como signo de debilidad. Así era considerada particularmente la prudente conducta de Giolitti, el nuevo primer ministro, frente al punto culminante y final de la ola revolucionaria de agosto y septiembre de 1920, la ocupación de las fábricas por los obreros. Pensaba que los trabajadores debían hacer «su propia experiencia»; realmente se mostraron dispuestos a un arreglo, después de haberse hecho patente que no podían seguir manteniendo la producción con la resistencia del personal técnico y de los bancos. Pero industriales y banqueros, pequeños comerciantes y agricultores, intelectuales y oficiales, todos empezaban precisamente ahora a buscar a un hombre o una fuerza que fueran capaces de poner fin a la inseguridad de la existencia pública; en

el senador Luigi Albertini, director del «Corriere della Sera», encontraron un portavoz especialmente influyente.

No es de extrañar que Albertini viera con mucha benevolencia el nuevo movimiento que había sido fundado por Benito Mussolini, el 23 de marzo de 1919, en el edificio de la Cámara de la Industria y del Comercio, sito en la plaza milanesa de San Sepolcro. En los años anteriores a la guerra, Mussolini había sido el hombre más influyente del socialismo italiano, el jefe del ala revolucionaria del partido y director de «Avanti!», el periódico del partido. Luego, después de dos meses de vehementes conflictos de conciencia, se había decidido por la causa del intervencionismo y había sido expulsado del partido, a pesar de que había podido aportar razones marxistas para su decisión por lo menos tan buenas como las de sus contrarios. Organizó sus «Fasci di combattimento» (uniones de combatientes), ante todo y explícitamente, para la defensa de «la victoria», esto es, de la causa del intervencionismo, y, conforme a esto, los pocos partidarios que pudo ganarse se componían principalmente de antiguos sindicalistas y oficiales licenciados. Desde el principio se opuso Mussolini de la manera más decidida a la tendencia bolchevista dentro del socialismo italiano, a la cual combatía con un resentimiento personal claramente visible, pero también con notables argumentos realistas. Naturalmente, entre los argumentos se incluyó pronto la fuerza bruta: ya en abril de 1919, algunos partidarios de Mussolini pusieron fuego al edificio de «Avanti!». El nuevo movimiento se diferenciaba de los nacionalistas por su programa declaradamente izquierdista, de modo que potencialmente también podía atraer a las masas de las ciudades industriales. Desde luego, durante el primer año y medio de su existencia, o sea justamente durante el período propiamente revolucionario, sólo hizo progresos relativamente escasos, y durante la ocupación de las fábricas, que Mussolini llegó a ensalzar como el comienzo de una nueva época social, se mantuvo completamente pacífico. Aunque no sin cierta prevención, durante ese tiempo Mussolini se identificó a sí mismo y a los suyos con la empresa de D'Annunzio; pasó por ser su propagandista durante cierto tiempo y de él tomó la enemistad contra Wilson y el «Consejo Supremo de los lobos, zorros y chacales de París».[2] Aproximándose a D'Annunzio fue como el movimiento alcanzó también sus primeros éxitos importantes, y justamente en la lucha de nacionalidades contra la

población eslovena de Istria y Triestre, lucha que llevó a cabo con gran brutalidad, a modo de policía auxiliar de las tropas italianas. Pero su verdadera subida empezó totalmente sin el concurso de Mussolini, y para gran sorpresa suya, durante el invierno de 1920-21, en la fértil región agrícola del Potal.

En esta región, los socialistas habían unido en poderosas ligas a la masa de los *braccianti* (jornaleros), que había estado sometida sin protección alguna a la explotación despiadada de los terratenientes. Estas ligas tenían el poder de dictar a los propietarios agrícolas hasta el número de fuerzas laborales que habían de emplear; sobre todo, una cantidad considerable de comunas se hallaban en manos de los socialistas. Después de que los dañados por esas medidas habían pedido en vano al Estado durante meses el restablecimiento de la «libertad de trabajo», el asesinato en Bolonia, la «capital roja de Italia», de un diputado nacionalista de las comunas, fue la ocasión para que los hasta entonces relativamente débiles fascistas obtuvieran cada vez más clientela, de modo que con sus «Squadre d'azione», pequeños grupos de jóvenes escasamente armados, provocativamente uniformados con camisas negras y polainas, pudieron llevar a cabo una brutal campaña de aniquilación contra las numerosas organizaciones e instituciones socialistas de la ciudad y del campo: incendiaron casas del pueblo y cámaras de trabajo, círculos culturales y oficinas de las ligas, mientras que numerosos dirigentes socialistas eran apaleados, asesinados o «purgados» con aceite de ricino; no obstante, los órganos estatales observaron una neutralidad benevolente en esa guerra civil, que no era muy distinta de una matanza.

Mussolini vio que se disparaba ese «Fascismo agrario» con asombro y no sin cierto horror, pero le debía el entrar de nuevo en la gran política, ya que era aclamado desde todas partes como el único jefe del joven movimiento, cuyo nombre era conocido y que disponía de un diario. Y Giolitti estaba decidido a utilizar la nueva fuerza; durante la Navidad había hecho expulsar a D'Annunzio de Fiume, pues éste había llegado a ser una carga para la política exterior italiana, y creía llegado el momento de desplazar también a socialistas y *popolari* de su posición demasiado fuerte. Por esto anunció nuevas elecciones y acogió a los fascistas en el llamado bloque nacional, el rótulo común para todos los partidos «fieles al Estado». Le falló el plan: los *popolari* volvie-

ron fortalecidos al Parlamento, los socialistas sólo algo debilitados, y por ende en la extrema derecha tuvieron su puesto, junto a los nacionalistas, ahora treinta y cinco fascistas, que aprovecharon la primera oportunidad para negar la confianza a su protector, Giolitti, por su «débil política exterior»; así fue como el viejo hombre fuerte de la política italiana fue derrocado por una coalición de fuerzas totalmente heterogéneas.

Contra el «Apóstol salvador del mundo» y contra el «Redentor judío»: Adolf Hitler y los comienzos del nacionalsocialismo

El fascismo había tomado su primer impulso sin su fundador, y, en cierto modo, en *contra* de él; el DAP habría permanecido seguramente en su oscura existencia, si en uno de sus actos poco concurridos no hubiese aparecido un hombre de confianza de los comandos del Ejército Imperial, llamado Hitler, que tomó interés en los principios del joven partido y que, una vez admitido como su jefe de propaganda, hizo en poco tiempo del partido un acontecimiento político conocido en todo Munich.

Adolf Hitler provenía, como Mussolini, de la pequeña burguesía católica provinciana, pero hasta los treinta años había llevado una vida oscura y apolítica; según toda apariencia era un artista fracasado al borde del proletariado miserable. La guerra mundial le había arrancado de su letargo soñoliento, pero ya cargado de odio contra «la judería» por sus experiencias en Viena; había combatido como voluntario en un regimiento bávaro, y en el momento de la revolución había tomado conciencia de sus ideas políticas. Siendo aún soldado había vivido la República de Consejos en Munich, sin manifestarse de modo alguno, y después había sido encargado por la recién creada dirección de prensa y propaganda de la división bávara del Ejército de dar los llamados cursos de instrucción, por medio de los cuales se había de infundir en algunas de las secciones desmoralizadas de las tropas un espíritu más positivo. Al finalizar esta misión, en la cual se había hecho notable por su extraordinario talento oratorio, fue empleado como «hombre de confianza» en la vigilancia de las agrupaciones políticas de Munich. En calidad de tal acudió en septiembre de 1919 a aque-

lla reunión del DAP que había de determinar su destino y el del partido. Con celo infatigable llevó al obscuro grupo a la escena pública y con su oratoria logró el asentimiento entusiasta en reuniones cada vez mayores. No pasó mucho tiempo hasta que puso como modelo el ejemplo fascista, siendo tachado por sus enemigos de «cabecilla fascista». Pero eran considerables las diferencias entre ambos movimientos.

En primer lugar, es de considerar el mayor alejamiento del grupo de Munich respecto de la realidad de las luchas sociales de la época. En Bolonia los socialistas dominaban de hecho, y los fascistas tuvieron que imponerse en luchas serias y sangrientas. En Munich había habido la República de Consejos, pero, en realidad, desde mayo de 1919 gobernaba el Ejército casi sin restricciones; y desde los días del golpe de Kapp, que tuvo en Munich un éxito completo —ya que el Ejército había obligado a dimitir al primer ministro, el socialdemócrata Hoffmann, el 11 de marzo de 1920 y había colocado a Von Kahr, el presidente del Gobierno bávaro, en el cargo de jefe de gobierno—, también los socialistas habían sido empujados a la oposición. Cierto que en su libro hace Hitler muchos aspavientos del terror rojo, que sólo había sido roto por la SA,* pero en verdad de eso no hubo nada. Claro que la autoridad militar no era tan absoluta, que se hubiera prohibido la expresión de la oposición, y los informes existentes cada vez más numerosos sobre los primeros actos públicos del NSDAP (Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista) dejan ver que no pocas veces debían de darse réplicas e interrupciones por parte de sus contrarios comunistas y socialdemócratas. Pero esto eran restos del estilo de los mitines en la época liberal. Fue Hitler el que introdujo un nuevo estilo, al prohibir que se tomasen notas escritas de sus discursos, haciendo que los guardias de la sala echaran fuera a los que interrumpían, o incluso haciendo apalear a grupos enteros de contrarios. Por lo demás, su combatividad concreta se limitaba a dar empellones a los judíos, a cantar «canciones de progroms» después de los mitines y a una imitación lo más exacta posible de la táctica enemiga, tal como se la conocía de la época de la revolución y los consejos: carteles de color rojo chillón, desfiles de

* SA = Abreviación de Sturmabteilung, la fuerza de choque del NSDAP. (*N. del T.*)

masas, paseos propagandísticos en camiones con banderas y lemas. Este nacionalsocialismo temprano no creó nuevos hechos sociales, sino que se asentó sobre un campo que ya había sido abonado por el Ejército y los cuerpos de voluntarios y cultivado por el «bloque del orden» bávaro: protegido por el capitán Röhm y por el jefe de policía Pöhner, luchaba más contra un enemigo imaginario que contra uno real.

Tanto más radical era el conflicto verbal con ese enemigo. Por los informes citados se hace claro, sin embargo, hasta qué punto surgió sobre todo de una posición defensiva y creció con el intento de debilitar las cuestiones planteadas por la revolución, por medio de su inversión o desviación.

Que se atribuyera a los pangermanistas la culpa de la guerra era todavía tan evidente para Hitler que sólo puede atajar esa idea con una estratagema audaz: no eran los pangermanistas los que habían dirigido la política antes de la guerra, sino los panjudíos. El otro objetivo principal de la tesis de la culpabilidad limitada, los Habsburgo, lo arroja bajo el título de «criminales», naturalmente criminales por su perseverancia.

Evidentemente todavía está muy extendida la creencia de que Alemania no tenía ningún derecho a protestar contra Versalles, puesto que en Brest-Litowsk había dictado un tratado de paz igualmente duro. Hitler se esfuerza muy especialmente en demostrar que Brest-Litowsk, en verdad, había nacido de la buena voluntad alemana y que tenía que ser el modelo de un arreglo justo.

Que el capitalismo representa un poder odioso es todavía tan indiscutible en 1920 que Hitler puede soslayar las consecuencias revolucionarias únicamente distinguiendo el capital industrial alemán de carácter productivo del capital prestamista de carácter especulativo y de origen internacional (judío). Mucho menos puede declarar inexistente la lucha de clases, sino que solamente le señala un nuevo objetivo: a partir de ahora ya no deberán estar alemanes contra alemanes, sino alemanes contra no alemanes (judíos), pues la causa del innegable descontento social está, según él, en los panzudos judíos.

A la cuestión, levantada poderosamente después de la revolución, del «derecho» y la «justicia», le da una solución sorprendente, al identificar llanamente el derecho con el poder. En este contexto se pueden fijar los orígenes de sus doc-

trinas de la pureza de raza, del espacio vital y de la política de conquista hacia Oriente.

Se mueve a sus anchas sobre todo cuando, sin necesidad de referirse apologéticamente a Brest-Litowsk, puede describir, con palabras conmovidas y exposición de muchos detalles, las infamias del dictado de Versalles. Con Wilson se muestra sin piedad: el presidente americano es para él «archicanalla», «criminal» y «apóstol salvador del mundo»; la propia decisión es, empero, de firmeza inconmovible: «Obtengamos primero el poder que ya lo haremos trizas [el tratado de paz].»[3]

Pero la misma cantidad de tiempo y una pasión casi mayor emplea en pintar los horrores rusos, producidos por judíos, y para recordar a sus oyentes el regimiento de judíos de la República de Consejos. Del propio Lenin todavía no se habla, pero el mentor y amigo íntimo de Hitler, el poeta Dietrich Eckart, había hablado, en su publicación de corta vida «Auf Gut Deutsch» («En Buen Alemán»), de «la dictadura matacristianos del redentor judío Lenin y de su Elías Trotsky-Braunstein»;[4] él y el estoniano-alemán Alfred Rosenberg, que acababa de regresar de Rusia, dirigen el «Völkischen Beobachter» («Observador Popular»), diario que el movimiento había adquirido a fines de 1920; cuando más emigrantes rusos blancos y financieros alemanes se apiñaban alrededor de Hitler, lentamente se aclaraba su concepción de la política alemana, que desarrollará dos años más tarde en su libro. En sus líneas fundamentales, esta concepción ya era visible en 1921.

Se basaba subjetivamente en una enemistad radical contra Versalles, que no quería contentarse con el simple restablecimiento de la situación de preguerra, y en el odio contra «la judería», en cuanto esencia de todas las tendencias «subversivas» y principalmente del comunismo. Ambos sentimientos eran en Hitler lo bastante intensos para tomar la violencia y la fuerza de persuasión de una fe, en realidad de una anti-fe, que no disponía siquiera de una modesta base teórica. Consistía en la conciencia de una posibilidad histórica única, que es aprovechada por Hitler con toda la energía del simplificador y soñador irreflexivo: la posibilidad de eliminar la revolución rusa con la simpatía burguesa y europea, para crear para una Alemania unificada en un pueblo férreo, una situación política completamente nueva y que asegurara incondicionalmente su futuro. Su oportunidad estaba en que

el intento revolucionario bolchevique había fracasado y la burguesía europea estaba profundamente consternada, en que la Unión Soviética era débil, el sistema de Versalles frágil, y Alemania potencialmente muy fuerte.

Indiscutiblemente, todo esto permanecía en los primeros tiempos oculto bajo una espesa capa de tipismo local de Munich y de juerga bávara, pero en vista del fascismo italiano con su sobriedad pragmática, su inconfundible carácter de lucha social, probablemente podía uno ya darse cuenta en ese momento de que en Alemania se desarrollaría un movimiento que llegaría a tener consecuencias históricas incomparablemente más importantes, siempre y cuando se abriese paso hasta la alta política. A pesar de todas las diferencias, ambos movimientos pertenecían, sin embargo, evidentemente al mismo tipo: el de los partidos de derechas militantes y demagógicos que, por lo menos en sus inicios, se habían dado ya antes de la guerra.

La ascensión del fascismo y la marcha sobre Roma

Lo que era innegable desde el principio en el caso del nacionalsocialismo alemán —que no era una mera tropa auxiliar de la burguesía en su lucha de clases contra el proletariado— quedó claro en el caso del fascismo únicamente al cabo de un proceso largo y penoso. La comisión parlamentaria que había sido encargada de investigar los sucesos de Bolonia, lo definió todavía como una *jacquerie* burguesa, y esta impresión pudo haberse confirmado más cuando, poco después de la apertura del nuevo Parlamento, estallaron acaloradas disputas entre Mussolini y una gran parte de sus seguidores. Mussolini había puesto de relieve la «tendencia republicana» del fascismo y había tratado de impedir a los parlamentarios fascistas su participación en la llamada «Seduta reale»: fue derrotado en la votación; la mayor parte de la facción parlamentaria había expresado su orientación monárquica. Mussolini había pedido una alianza entre los tres grandes partidos: los *popolari*, los fascistas y los socialistas salidos del bolchevismo; pero el clamor de indignación de la derecha y de gran parte de sus propios seguidores le había forzado pronto a mantenerse en prudente reserva. Mussolini favorecía por todos sus medios la conclusión de un acuerdo de paz entre fascistas y socialistas, dado que,

según su opinión, el terror fascista hacía tiempo que había cumplido su misión y desde entonces había degenerado en una violencia superflua contra las organizaciones laborales en cuanto tales; pero numerosos subdirigentes sabotearon ese acuerdo tanto como pudieron, de modo que por cierto tiempo Mussolini se inclinó hacia una ruptura con «ese» fascismo, que tanto se había alejado de sus ideas iniciales. En todos esos hechos, los observadores interesados creían poder percibir una desviación del fascismo de sus tendencias izquierdistas iniciales y, por lo tanto, una integración más plena en el frente clasista antiproletario. Pero era incorrecto sacar esta consecuencia. Como los fascistas del Potal siguieron llevando a cabo «expediciones de castigo» contra las instituciones comunales y las cooperativas, en contra de la voluntad de Mussolini, parecía que sólo obedecían a los deseos de los propietarios agrícolas, pues éstos les daban la gasolina para sus camiones y el dinero para sus tropas, y, como todo el mundo sabía, temían más el trabajo silencioso de las organizaciones reformistas que las grandes palabras de los revolucionarios; pero en todo esto se hizo patente una voluntad de triunfo total, que a partir de cierto punto ya no era compatible con el sometimiento a un «mandante». Y aunque es indudable que en las «Squadre d'azione» se infiltraron algunos elementos criminales, el hecho es que su núcleo firme, no obstante, se componía de estudiantes, liceístas y ex oficiales, cuyo convencimiento de que estaban actuando en el interés nacional de la patria amenazada era demasiado sincero para que pudieran ser comparados con los *mazzieri*, que los grandes terratenientes del Sur acostumbraban a alquilar desde hacía décadas, para que hicieran entrar en razón a palos a los campesinos descontentos. Y, en fin, los izquierdistas, los antiguos sindicalistas y socialistas revolucionarios, no se habían separado del partido, y el propio Mussolini, después de vencer ciertas resistencias, se hizo aclamar como «Duce» en el congreso de Roma de noviembre de 1921. La necesidad que tenían las izquierdas de coherencia confluía con el impulso de las derechas hacia la totalidad: los fascistas que se paseaban por Roma obligaban a la población, tanto a la burguesa como a la proletaria, a sacarse el sombrero ante los *gagliardetti*, y una indignación casi unánime fue la respuesta de la burguesía a esta provocación. Por esta época hizo Mussolini por primera vez la pregunta: «¿A quién le corresponde el poder en Italia?»; y respondió a ella con la

expresión de D'Annunzio: «A nosotros» (*A noi*); al mismo tiempo aceptaba cada vez más la doctrina del enemigo, que el nacionalismo italiano había desarrollado en conexión con la Action Française, y que hacía derivar tanto el anarquismo como el socialismo de las doctrinas democráticas de la Revolución Francesa y de la Enciclopedia.

Con qué rapidez aquella aparente policía auxiliar se convirtió en una fuerza automática bajo el efecto conjunto de esos factores y del soplo vivificante del éxito, se puso de manifiesto en el año 1922. Las «Squadre d'azione» fueron agrupadas en un ejército rigurosamente organizado, y las expediciones de castigo tomaron el carácter de campañas de guerra. Comarcas enteras fueron conquistadas por los fascistas, las organizaciones comunales socialistas fueron obligadas a retirarse, se castigó a los diputados socialistas con el «destierro». Pero la violencia hacía ya tiempo que no se dirigía exclusivamente contra los socialistas, fueran del matiz que fueran. También fueron atacados y destruidos periódicos de los *popolari* que se habían manifestado contra los fascistas; Italo Balbo condujo a decenas de miles de camisas negras sobre Ferrara, los cuales en general eran campesinos sin trabajo que, después de la caída de las organizaciones socialistas, se habían adherido al fascismo, y que exigieron trabajo al Estado. Bolonia fue ocupada durante varios días por tropas fascistas, para obligar a la destitución del prefecto. Los socialistas o anarquistas nunca habían sabido organizar algo que pudiera compararse al éxito de esa sublevación. Pero el jefe de este movimiento se manifestaba más y más como un conservador de la vieja escuela: que el mundo iba hacia la derecha, que el ejemplo de Lenin y de la Unión Soviética daba de ello un ejemplo aplastante, que el Estado era un sistema de jerarquías, que la antigua Roma debía ser el modelo para la Italia del futuro, etc., y describió correctamente la esencia del nuevo fenómeno, al observar, no sin cierta sorpresa, la «contradicción paradójica»: «Se puede ser y al mismo tiempo no ser. Se puede ser al mismo tiempo revolucionario y conservador.»[5]

Pero, con todo, el Estado amenazado siguió mostrando su amistad para con el fascismo. Evidentemente, los círculos competentes temían, más que a éste, determinados desarrollos en el campo enemigo. Los comunistas, que habían formado su propio partido en enero de 1921, habían sido los primeros en hacer un arma de su nuevo concepto de «anti-

fascismo», atribuyéndoselo a sí mismos y aumentando así su fuerza de atracción para el núcleo activo del proletariado, al que repugnaba la actitud pasiva del Partido Socialista. Las duras derrotas del año 1921 y los efectos del III Congreso del Comintern condujeron más tarde a una aproximación de las facciones enemigas del movimiento obrero, y el antifascismo adquirió por primera vez un significado suprapartidista en la Alleanza del Lavoro, a la que aquéllas se adhirieron a principios de 1922. Esta reactivación del movimiento obrero, el cual había sido primero paralizado y luego derrotado, produjo considerable inquietud entre los industriales y los propietarios rurales. Al mismo tiempo, entre los parlamentarios reformistas, era cada vez más fuerte la tendencia a entenderse con los *popolari* y con los demócratas de izquierda, para llevar así al Gobierno un antifascismo socialdemócrata-burgués de izquierdas. Pero esta tendencia chocó tanto con la resistencia del Vaticano como con la de Giolitti, quien en una carta abierta a Malagodi hacía la pregunta despreciativa: «¿Qué puede salir de bueno para el país del casamiento don Sturzo-Treves-Turati?» Es evidente que Giolitti no creía en una seria amenaza al sistema liberal por parte del fascismo, y por eso no pensaba que un antifascismo conjunto burgués-socialdemócrata fuera posible y que únicamente éste podía ser suficientemente fuerte para la defensa del sistema. Sin embargo, no era sólo la permanencia de viejas inclinaciones y enemistades lo que era determinante en la actitud de Giolitti y de muchos de sus correligionarios, sino también la confianza en la moderación de Mussolini, el cual era considerado, no sin razón, como opuesto al extremismo fascista, puesto que en sus manifestaciones podían observarse aún, junto a la nueva pretensión de totalidad, tonos más antiguos y más conciliadores. Por consiguiente, a una gran parte de la burguesía (aunque de ningún modo a «la» burguesía sin más), la mejor alternativa le parecía una inclusión de Mussolini y del ala moderada del fascismo en un gobierno dirigido por los liberales.

La etapa final se decidió con la caída del primer gobierno de Facta (un partidario de Giolitti), en julio de 1922, y con la segunda marcha de Balbo contra Ravena. Mientras *popolari* y socialistas conspiraban para formar un gobierno antifascista, el joven jefe de escuadras (quien, dicho sea de paso, era masón) tomó la decisión de desafiar de manera inaudita la autoridad del Estado. Con unos cuantos miles de hom-

bres entró a sangre y fuego en el suburbio del movimiento cooperativista socialista y, en una noche, aniquiló la obra de toda una generación, sin chocar con la menor resistencia por parte de las autoridades. La Alleanza del Lavoro proclamó una huelga general de protesta, que al mismo tiempo debía provocar la formación de un gobierno antifascista, pero consiguió lo contrario: se reconstituyó el gobierno sobre la base de un débil compromiso, y los fascistas, movilizados, destrozaron con la violencia la huelga general.

A partir de este momento, se constituyó en gran parte de Italia una doble autoridad de nuevo cuño. La autoridad del Estado continuó existiendo, pero sólo en estado latente, por así decirlo, mientras que el panorama exterior de campiñas y ciudades quedó dominado por las acciones de los camisas negras. Los legionarios de D'Annunzio y los camisas azules de los nacionalistas se confundían más y más con ellos; a comienzos del octubre, algunas divisiones, bajo el mando del antiguo capitán Achille Starace, ocuparon la ciudad de Bozen, obligaron a retirarse al comisario del Estado y enseñaron a los alemanes recalcitrantes a temer a la Italia victoriosa. Mientras tanto, Mussolini negociaba con los principales políticos, sobre todo con Giolitti; despertó la impresión de que estaba dispuesto a la colaboración: pero simultáneamente preparaban Balbo y Bianchi la marcha sobre Roma. Monarquía, Ejército y Vaticano fueron tranquilizados por medio de declaraciones de lealtad, los industriales obtuvieron graves promesas, y el país, harto de cuatro años de intranquilidad, escuchó sin espanto la declaración de Mussolini: «Nuestro programa es simple. Queremos gobernar Italia.»[6]

Así se movilizó el fascismo, el 27 de octubre, contra un Estado que, por miedo a la pasada revolución, no quería reconocer como tal a la presente revolución; así surgió una amenaza, hasta entonces desconocida, contra un sistema que no había sido capaz de armonizar elementos nuevos y viejos. Y, de hecho, no fue la violencia de sus legiones lo que abrió a Mussolini el camino hacia Roma y la presidencia del Gobierno, sino la negativa del rey a sancionar el estado de sitio ya proclamado. Cuando las columnas de los camisas negras entraron por las puertas de la Ciudad Eterna, ya le estaban abriendo el camino órdenes de arriba, y el mundo había trabado conocimiento con un nuevo tipo de revolución.

Peculiaridad y posible universalidad del fascismo italiano de 1922

La marcha sobre Roma, la revolución antirrevolucionaria de los conservadores subversivos, estaba destinada a ser un mito en Italia, y, fuera de Italia, un sueño dorado y una pesadilla. Creemos oportuno detenernos por un momento en la narración y preguntarnos por el carácter peculiar del movimiento político que fue el protagonista de aquel acontecimiento. Parece que seis de sus rasgos característcos son de una importancia sobresaliente y, conjuntamente, son suficientes para denotar la individualidad del nuevo fenómeno.

1. El fascismo brotó del suelo de la crisis más grave sufrida hasta entonces por el sistema liberal, la cual se produjo, sin embargo, no a partir de una derrota, sino de una victoria hiperbólica. Desde hacía décadas, se podía prever que un día irrumpirían en la vida política las grandes masas de los «rojos» y de los «negros». Esto era la ley del propio sistema liberal, independientemente de los deseos de muchos liberales, que con gran placer habrían contemplado cómo medidas temporales de represión se transformaban en instituciones duraderas. Pero el camino que había sido inaugurado con la reforma electoral de 1882 no fue abandonado, las primeras elecciones con derecho electoral casi universal habían tenido lugar en 1913, y el sistema de elección proporcional de 1919 fue sólo un paso más. Pero éste se dio en un tiempo incomparablemente breve y a continuación de acontecimientos inauditos. De este modo se consumó lo que había sido esperado tanto tiempo, quemando unas cuantas etapas y sin un intervalo de adaptación suficiente. La consecuencia fue que los grandes grupos del Parlamento se dispusieron a la mutua paralización en vez de colaborar entre sí. Del terreno en el cual se dio rienda suelta a esa mutua paralización surgió el fascismo.

2. El fascismo había nacido como efecto directo de la guerra y, en su expresión más primitiva, no era otra cosa que una unión de participantes en la guerra para defender el sentido de *esa* guerra, contra su negación tan difundida. Recibió un apoyo decisivo con el ingreso de los legionarios de las ligas de voluntarios que habían sido las primeras en tratar de solucionar una de las cuestiones de la paz, Fiume, por medio de los métodos de la guerra. Se organizó según el modelo militar: desde el principio se consideró idéntico el

ser miembro del partido y el pertenecer a los grupos de combate; el principio del jefe se originó de la tropa, lo mismo que la pompa se originó de los desfiles; ya antes de la marcha sobre Roma, la jefatura de las milicias repartió toda Italia en zonas militares para las operaciones e introdujo algunos distintivos, así como su propio código penal. Asimismo, los nuevos métodos de la lucha política eran prestados de la guerra: ataques de las fuerzas de choque contra puntos clave enemigos, campañas militares en tierras enemigas, bombardeos de propaganda con tendencia aniquiladora. Todo esto contradecía el estilo habitual en la vida política y llevó a su clímax a algunos de los desarrollos que estaban presentes en sus principios en el enemigo.

3. Con respecto a la burguesía, el fascismo se hallaba en la singular relación de una identidad no idéntica. Quiso ser el campeón de la principal intención burguesa: la lucha contra el intento revolucionario marxista frente a la sociedad burguesa en su totalidad. Pero emprendió esa lucha con métodos y fuerzas que eran extrañas a las tradiciones intelectuales y vitales burguesas. Su ilegalidad no halló nunca una aprobación de principio en la prensa burguesa y sí frecuentemente duras críticas; los cuadros de sus tropas no procedían de «la» pequeña burguesía, sino de determinadas capas limítrofes de ésta, de los «mercenarios», así como de la juventud universitaria de tendencia irracionalista; el apoyo financiero provino en una medida mucho mayor de los propietarios rurales que de los industriales; partes considerables de la burguesía siguieron siendo antifascistas y, a la inversa, importantes organizaciones obreras entraron muy pronto ya en contacto con Mussolini y aún más con D'Annunzio. La característica esencial de la sociedad liberal, de que las líneas de separación política tienden a corresponder sólo aproximadamente a la estructura económica de clases, que en sí misma ya es fluida, se conservó también para el fascismo, en el cual tanto los dirigentes como la masa de los partidarios pertenecían mucho menos a una única clase (o mejor dicho: pertenecían a muchas más clases) de lo que tendría que haber sido según la teoría marxista.

4. El fascismo muestra una proximidad peculiar respecto a su contrario. Un número considerable de sus principales jefes habían sido, antes de la guerra, socialistas revolucionarios y sindicalistas. Mussolini, no sin razón, se sentía con orgullo el padre del comunismo italiano; Michele Bian-

chi había organizado las grandes huelgas campesinas de la región de Parma; Sergio Panunzio había sido uno de los teóricos del sindicalismo. En su gran mayoría, estos hombres no habían sido sobornados o corrompidos, sino que se habían encontrado en determinadas situaciones, especialmente al comienzo de la guerra, y habían tomado, por motivos honrados, decisiones distintas de las de sus camaradas. Su deserción misma había sido expresión de la crisis y de las contradicciones internas del socialismo. Al nuevo movimiento traían una buena parte de sus antiguas ideas, simpatías y sentimientos, pero sobre todo su experiencia en el trato con las masas. A través de ellos fue mucho más acusada la autonomía del fascismo respecto de la burguesía; y la teoría comunista sobre el carácter de agentes que tenían los fascistas tenía un núcleo racional sólo en la medida en que los jefes fascistas nunca pudieron proponerse ocupar el lugar de los comunistas, expropiando a la burguesía. Pero en ninguna otra parte era tan clara y evidente como en Italia la no identificación de la capa política dirigente con la burguesía.

5. El nacionalismo, ya conocido de antiguo, es asumido por el fascismo y llevado a su clímax práctico; no se trata del nacionalismo de Mazzini, sino del nacionalismo imperialista de Enrico Corradini, que no tiene escrúpulos por lo que respecta al Tirol del Sur o a Istria, ve en la antigua Roma el modelo para la Italia moderna, y en el Mediterráneo, «*il mare nostro*».

6. La tendencia hacia la ideología ya es detectable incluso en el primer fascismo italiano, a pesar de que le gusta declararse con énfasis antiteórico y expresión de la acción pura. Dado que en su comportamiento práctico, y en contra de la primitiva intención de Musolini, incluye a las organizaciones del socialismo reformista en sus campañas de aniquilación, se ve obligado a forjar un concepto lo más amplio posible del «marxismo» y a situar a su propio antimarxismo en contra del sistema liberal, en cuanto que éste es el terreno abonado para el enemigo; asimismo, tiene que prolongar su antimarxismo hacia el pasado, para aproximarse así al antisemitismo y a un catolicismo anticristiano, todo lo cual ya estaba presente en la doctrina de Corradini. Por muy en germen que permanezca esta tendencia en Mussolini durante muchos años, con todo, no puede negarse su presencia, y, como es algo muy distinto de una tendencia puramente na-

cional, no puede excluirse la posibilidad de que la ideología se separe un día de su vínculo con la nación.

Todos estos caracteres no son italianos, sino completamente comunes a Europa. Con la expansión del sistema liberal, su crisis también había alcanzado hasta las fronteras de Europa: ligas militarizantes de voluntarios, de orientación antibolchevique, se dieron casi en todas partes y, aunque sólo fuera en la forma inofensiva de «Unions civiques» y análogas, en muchos lugares una tendencia irracionalista había desplazado al positivismo imperante, mientras que la lucha de clases se había intensificado en todas partes. En comparación, las peculiaridades italianas son relativamente insignificantes: el papel de los «agrarios» (es decir, de los terratenientes que no vivían en el campo), la lucha por la «libertad de trabajo», etc. En principio, pues, la existencia de movimientos análogos era posible en todos los países de Europa; las condiciones específicamente italianas no explicaban el fascismo como tal, sino únicamente su temprana victoria.

Es fácil comprender que, dentro del mismo tipo, eran posibles diferencias considerables: la crisis del sistema liberal podía ser más grave o más superficial; el jefe supremo podía no proceder del socialismo, sino del conservadurismo o del nacionalismo; el papel de la ideología podía ser mayor (difícilmente menor); el grado de irracionalidad y la medida del retroceso hacia el pasado podía ser más importante; la réplica al marxismo, más consecuente. Pero, siempre que las diferencias se mantengan dentro del marco de las seis características apuntadas, puede considerarse justificada la aplicación del concepto general de «fascista».

La fracasada marcha de Hitler sobre Berlín y la derrota definitiva del comunismo alemán en 1923

«El Observador Popular» había presentado primero la marcha sobre Roma muy despectivamente como una «obra de los masones», pero el tono cambió muy pronto, y, en sus «conversaciones de sobremesa», Hitler ha relatado la gran impresión que le causó la marcha sobre Roma. De hecho, su «golpe» de 1923 no fue otra cosa que el comienzo de su «marcha sobre Berlín», que fracasó en sus fases ini-

ciales debido a diferencias y malententidos entre sus protagonistas.

La constelación dentro de la que se llevó a cabo era mucho más complicada que la situación correspondiente en Italia. En 1923 Hitler ya había dejado de ser una mera curiosidad de Munich, y Baviera desempeñaba un papel central en la política alemana. Hitler se había convertido en el jefe indiscutible de un gran movimiento popular y había organizado el ejército del partido, la SA, el cual se diferenciaba netamente, por su carácter marcadamente político, de las restantes uniones armadas, que en general se habían montado sobre la base de la instrucción premilitar. En mayo de 1921 había sido recibido por primera vez oficialmente por el primer ministro, Von Kahr, y bajo el mandato de los sucesores de éste, Von Lerchenfeld y Von Knilling, las relaciones con la autoridad estatal siguieron siendo estrechas y cordiales, a pesar de algunos roces. Como «refugio del orden», Baviera ofrecía un amparo a los oficiales y revolucionarios nacionalistas, para los cuales el suelo de Prusia era demasiado ardiente después del asesinato de Erzberger y Rathenau; al mismo tiempo esta expresión precavía de las tendencias separatistas, de carácter totalmente distinto, que eran fuertes dentro del Partido Popular Bávaro y de las organizaciones que sucedieron a la «Orgesch».[7] Pero el odio contra la «república de judíos» berlinesa era común a ambas alas del «movimiento nacional», y logró superar, por lo menos temporalmente, las contradicciones entre Hitler, Ludendorff y Ehrhardt por un lado, y el doctor Heim, Von Kahr y Pittinger, por otro. Al mismo tiempo, a consecuencia de sus constantes enfrentamientos con el Reich, Baviera empezó a tener interés para la política francesa: en Munich un delegado francés, el coronel Richert, metía mano en todos los asuntos de la política bávara, y los subsidios franceses iban a parar, por caminos embrollados, a las cajas de ligas muy «nacionales».

Así fue como, en 1923, Hitler parecía ser una buena carta en el juego de aquellas potencias que querían aprovechar una oportunidad única de rematar el Reich alemán. Quizá nunca en la Historia contemporánea se ha encontrado un Estado en una situación más difícil que la de Alemania en 1923.

El golpe de Kapp y la historia de su represión habían demostrado nuevamente que en la República alemana había demasiados republicanos radicales, para que ésta pudiera pres-

cindir de la ayuda de los monárquicos: los comunistas decidieron proseguir la huelga general proclamada por los miembros socialdemócratas del gobierno nacional, hasta convertirla en una revolución proletaria, y se dieron hechos tan contradictorios como el de que el Gobierno pagara al principal sostenedor del golpe, el brigadier de Marina Ehrhardt, las primas que Von Kapp le había asegurado como recompensa, para que pudiera empezar la lucha contra los comunistas. Y así fue también pronto sellado el destino de la tesis de culpabilidad de Eisner, que había sido recogida de nuevo por el canciller del Reich, Bauer, inmediatamente después del golpe: las fuerzas antirrepublicanas obtuvieron una victoria moral de consecuencias incalculables, al hacer que se reconociera generalmente la concepción de que la acusación de culpabilidad se dirigía contra «Alemania». Naturalmente, ellos mismos evitaron cuidadosamente identificarse con aquella Alemania a la que Poincaré presentaba sus exigencias inexorables y a la que pensaba asestar un golpe mortal cuando el 11 de enero de 1923, debido a una pequeña contravención de los acuerdos de reparaciones a sus tropas, hizo que éstas entraran en la región del Ruhr-Rhin. Desde luego, por un corto instante pareció que la protesta nacional y la social iban a discurrir por un mismo cauce: los comunistas participaron con gran energía en la defensa contra el «saqueo imperialista»; en el verano Karl Radek hizo su famoso discurso de Schlageter, en el cual mencionó con respecto al oficial del cuerpo de voluntarios que había sido fusilado y que era miembro del partido de Hitler; y en algunos círculos de la derecha se consideró seriamente la posibilidad de un acuerdo con la Unión Soviética. Pero era improbable de antemano que los asesinos de Rosa Luxemburg y los hombres que durante la acción de marzo habían querido echar, por todos los medios, «arena en las fábricas capitalistas» pudiesen llegar a una sincera unidad de acción. Por el contrario, los comunistas, de acuerdo con su nueva táctica, pusieron sus esperanzas en un «gobierno de trabajadores», y ya en marzo dieron los primeros pasos, al apoyar en Sajonia el gobierno del socialista de izquierda doctor Zeigner, e induciendo a los socialdemócratas a formar organizaciones proletarias defensivas. Con el doctor Zeigner apareció el segundo gran conflicto con que tuvo que enfrentarse el gobierno nacional durante ese año, dentro de su propio marco estatal: mientras que el gobierno nacional representaba el cen-

tro burgués (desde el 13 de agosto con inclusión de los socialdemócratas), la extrema derecha y la extrema izquierda se crearon posiciones fuertes en los Estados miembros de Baviera y Sajonia. En Leipzig se sucedían uno tras otro manifiestos excitados para la «Defensa contra el peligro fascista», mientras que, en Nuremberg y en otras ciudades bávaras, en los «Días Alemanes» desfilaban las uniones defensivas negra-blanca-roja y blanca-azul, en armonía aparentemente inalterable; en la frontera junto a Coburgo estaban las centurias proletarias y las tropas de Ehrhardt frente a frente con las armas a punto. Pero al mismo tiempo, en la Alemania occidental, y bajo la protección de los franceses y belgas, los separatistas desplegaban una actividad considerable; éstos se componían en su ala extremista, en buena parte, de elementos criminales y comprados, pero no sin el apoyo de un viejo sentimiento popular antiprusiano y el nuevo convencimiento de la necesidad de una colaboración franco-alemana. Su fracción moderada alcanzaba hasta los círculos de la gran industria, los cuales consideraban inútil y peligroso el violento esfuerzo del gobierno nacional para apoyar la resistencia pasiva, con lo que la economía monetaria alemana era arrastrada hacia abismos cada vez más profundos, a pesar de que ellos se aprovechaban bastante y no siempre de manera legal de esa situación. Sin embargo, lo más grave era que ese Estado vacilante no disponía de un ejército de confianza. Su jefe militar, el general Von Seeckt, lo consideraba un instrumento apolítico al servicio de fines superiores, por encima de la lucha de partidos: con esto él mismo se convirtió, en definitiva, en el supremo juez político, y de ahí que el Gobierno no pudiera contar con él confiadamente.

Estos múltiples conflictos estallaron violentamente cuando el gobierno nacional se vio obligado, a fines de septiembre, a hacer público el fin de la resistencia pasiva. El Gobierno bávaro entró entonces por el camino de la alta traición: declaró su propio estado de excepción e hizo comisario general al ex primer ministro Von Kahr. Cuando el ministro de Defensa del Reich prohíbe, el 19 de octubre, «El Observador Popular», el comandante de la división bávara, Von Lossow, se niega a cumplir la orden, y el Gobierno bávaro pone las tropas bajo su propio mando, con el pretexto de que Baviera quería ser el «centro de la germanidad asediada». Casi simultáneamente, el Partido Comunista decide entrar en el Gobierno de Turingia y de Sajonia; esta decisión se

halla ya completamente bajo el signo del «antifascismo» —los consejos de fábrica de Turingia decretan la movilización de obreros, empleados y funcionarios, así como la formación de centurias proletarias «para defensa contra la reacción fascista que desde Baviera marcha sobre Alemania Central».[8] Al mismo tiempo se preparan los golpes separatistas en las zonas de ocupación francesa y belga, los cuales, a fines de octubre, arrancan del Reich parte de la Renania y todo el Palatinado. En esta situación tan complicada y preñada de desgracias, el gobierno nacional asesta el primer golpe a su enemigo más próximo y débil —es improbable que sólo fuera por motivos tácticos, pues no hay duda de que Von Seeckt se sentía mucho más próximo de los «fascistas» bávaros que de los «antifascistas» sajones: expresa al Gobierno sajón la exigencia de retirarse, y, sin resistencia digna de consideración, el ejército del Reich ocupa las principales ciudades del país. En los mismos días, la policía militar aplasta un levantamiento de los comunistas hamburgueses, y con esta ocasión la opinión pública en general oye por primera vez el nombre de Ernst Thälmann.

Estos éxitos del Gobierno no impiden que Kahr y Hitler sigan preparando febrilmente la «marcha sobre Berlín». Kahr planea evidentemente, por medio de la inversión de las relaciones de poder originarias, forzar a Seeckt a que se adhiera al ejército bávaro en marcha y obligar luego al presidente del Gobierno a la instauración de una dictadura de derechas. Adolf Hitler, por el contrario, quien desde hace poco es el jefe político de una unión de ligas patrióticas que adopta el nombre de Unión de Combatientes (¡«Fascio di combattimento»!), quiere derrocar todo el sistema y confiar primordialmente en sus propias uniones. La concepción de Kahr corresponde a la forma de lucha contra el enemigo radical de izquierdas, hasta entonces tan extendida en Alemania, es decir, la puesta en acción de uniones militares regulares e irregulares. La concepción de Hitler, por el contrario, es fascista: opera con fuerzas políticas, aun cuando estén organizadas militarmente —que su objetivo sea mucho más radical que el de Mussolini proviene de la diferente situación. Pero es precisamente la falta de unidad de concepción lo que condena al fracaso esa marcha sobre Berlín: el golpe contra su colaborador, que da Hitler en la noche del 8 de noviembre, no es un buen punto de partida, y al día siguiente, la marcha sobre Berlín termina en la capitanía general

de Munich, sin pena ni gloria, con la pelea entre los aliados de ayer.

Así fue como en Alemania, que precisamente en la tensa prueba por la que pasaba estos años volvía a ser el «punto crucial de la situación internacional», habían fracasado sucesivamente un intento revolucionario comunista y uno fascista. Pero el futuro iba a mostrar que el principio de la revolución bolchevique, el de la conquista violenta del poder del Estado por una parte del proletariado bajo la dirección de un partido ideológicamente homogéneo, cuyos jefes procedían en su mayoría de la burguesía, no tenía ya perspectivas de éxito en una Europa estabilizada, mientras que el principio fascista, la conquista del poder por un movimiento unitario antimarxista de matiz primordialmente pequeño-burgués, con el apoyo del Estado o de grupos dirigentes de la sociedad, demostraría tener más adaptabilidad y perspectivas. Pues la burguesía no olvidó la amenaza y el terror de los años de postguerra, sino que más bien los cubrió de un ideario, los elevó a la categoría de lo mitológico y los fusionó con el nuevo temor ante una Rusia lejana y espantosa. Ciertamente, los partidos comunistas eran en todas partes demasiado débiles para poner de nuevo en marcha por sí mismos el proceso revolucionario, pero siguieron siendo lo bastante fuertes y conscientes como para poner en contra suya una y otra vez el todo múltiple de la sociedad liberal, con sus irradiaciones que alcanzaban profundamente al proletariado.

Y no sólo el Partido Comunista alemán sufrió una grave derrota en 1923, sino también el Partido búlgaro, a pesar de que en las últimas elecciones había obtenido más votos que todos los partidos burgueses juntos y de que no era mucho más débil que el Partido Agrario de Alexander Stambulijski, que era el que estaba en el poder y era muy radical. Este partido fue derrocado en junio por un golpe de la burguesía de la capital, dirigido por el profesor Zankoff; el Partido Comunista no se movió, porque consideraba este conflicto como una lucha entre «dos alas de la burguesía», hasta que en otoño llevó a cabo un intento de resistencia desesperada conjuntamente con los restos del Partido Agrario, siendo sometido y destrozado sangrientamente. Ante la noticia del golpe de Estado, declaró Karl Radek en la reunión del Ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista: «Por primera vez entraba en acción un gran partido comunista. Ha per-

dido la batalla y, lo que es mucho más triste, ni siquiera se da cuenta.»[9] De lo que tampoco se daba cuenta el propio periodista más notable de la Internacional, era del hecho de que poco después el aislamiento de los comunistas iba a ser el grito de guerra en toda Europa del ala izquierda del Partido, triunfante en todas partes, y que él mismo, junto con Sinóviev, Trotsky y Bujarin, iba a caer pronto en aquel mortal torbellino, en el cual se perdieron las esperanzas de la Internacional y en el cual aparecieron las realidades de la Rusia staliniana.

La consolidación del sistema de Versalles y la creación de las primeras dictaduras

Por el momento, el paso del tiempo dio al sistema de Versalles su oportunidad y con él también a la República alemana. A partir de 1924 se dio un sensible recobramiento de la economía mundial, y en 1925 la producción mundial era casi en un quinto superior a la de 1913. Se fue extinguiendo la desesperación económica, contrapartida de las emociones de la postguerra, que aparentemente perpetuaba la situación anterior; se fueron eliminando sus causas políticas. El triunfo de los sindicatos de la izquierda en las elecciones francesas de mayo de 1924 dio fin a la línea Poincaré y abrió el camino a la política de entendimiento de Briand y Stresemann. Con el plan Dawes, un arreglo negociado del problema de las compensaciones de guerra sustituyó los anteriores dictados, un arreglo que provocó ciertamente la apasionada resistencia de la «oposición nacional», pero cuya aprobación en el Parlamento quedó asegurada cuando una fracción considerable de los nacionalistas alemanes votó a su favor. Claro que el problema de las compensaciones siguió siendo ocasión para perturbaciones constantes, ante todo debido a su relación con la cuestión de las deudas interaliadas; una conferencia tras otra trató en vano de llegar a una solución global: no pudo romperse la resistencia de América en anular el saldo a su favor. Por ello, es comprensible que prosiguiera la presión de Francia sobre Alemania y el profundo trastorno del mercado financiero internacional. Pero el problema fue perdiendo intensidad, porque no iba unido a amenazas militares y porque Alemania recibía créditos elevados sobre todo por parte de América. A la distensión política contribu-

yó el tratado de Locarno, cuyo contenido era la garantía de las fronteras occidentales existentes por parte de Alemania, Francia, Bélgica e Italia, así como el reconocimiento de la desmilitarización de la Renania por Alemania. Con respecto a las fronteras orientales, Alemania se substrajo a un arreglo semejante, pero declaró su renuncia al uso de la fuerza. Aquel tratado, así como la aprobación del plan Dawes, significaba la estabilización de la estructura de Versalles, pero también una cierta modificación a favor de Alemania. Prepararon el terreno para el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones en septiembre de 1926, en donde se dispensó al vencido de ayer un recibimiento extraordinariamente caluroso y un lugar permanente en el Consejo de las grandes potencias. Esto significaba no sólo que, en el futuro, los alemanes podían ganarse todo el favor de la opinión pública mundial en pro de deseos de revisión que se mantuvieran dentro del marco del sistema, sino también que podía considerarse asegurado el futuro de las minorías alemanas de Europa oriental. Pues la Sociedad de Naciones ya no era ni para los realistas un objeto de burla, como en los primeros años de postguerra: a pesar de todas las debilidades de su constitución se había ganado un notable prestigio. Ciertamente, era probable que, en cualquier momento, no pudiera detener conflictos muy graves de las grandes potencias soberanas que quedaban, pero su misma existencia contrarrestaba el surgimiento de tales conflictos, hasta tanto la comunidad de esperanzas e ideas que le habían dado la vida fuera un bien, aunque frágil, fundamentalmente intacto. La concesión de los premios Nobel de la Paz a Stresemann, Briand, Chamberlain y Dawes en diciembre de 1926 y la conclusión del pacto Briand-Kellog, por el que había de ser proscrita la guerra, pueden considerarse los puntos culminantes de un período que era fuerte por sus ilusiones, porque nadie tenía la suficiente fuerza para desenmascararlas como tales ilusiones: ni la Unión Soviética, que naturalmente no se cansaba de acusar a la Sociedad de Naciones de ser una alianza imperialista contra los pueblos que se despertaban en el Este de Europa y en Oriente, ni la Italia fascista, que no creía en la Paz Eterna, se burlaba de las instituciones democráticas y propugnaba el revisionismo, pero que, de momento, no poseía el poder suficiente como para ser algo más que un elemento de agitación dentro del sistema.[10] Ilusiones disimuladas son, empero, realidades, y toda esperanza puede

ser convertida en ilusión por aquel que no la quiere. Fue necesaria nada menos que la crisis económica mundial para transformar en ilusiones las esperanzas de los años 1924 a 1929. Entonces se vio con horrible claridad que cada hombre de Estado había tenido sus objetivos egoístas: Austen Chamberlain había hecho desprender los protocolos de Ginebra de 1924 de la autorreferencia al imperio de los *tories* británicos, Briand había querido fortalecer el sistema de alianzas francés y Stresemann había querido modificar las fronteras orientales alemanas. Pero en semejante desilusión se olvidó con facilidad que egoístas a los que se obliga a justificarse constantemente ante un foro público y reconocido alcanzan otros objetivos que los que ellos pretenden y que, por tanto, el sistema de Versalles, *en cuanto* sistema, era más que la suma de sus elementos. Y de hecho se demostraría que no bastaba la crisis económica mundial, en su concreción inmediata, para destruirlo.

Una de las primeras debilidades del sistema consistió en el hecho de que no todos sus elementos podían existir también en sí mismos como sistemas; dicho más simplemente: que la asociación democrática de Estados no estaba compuesta totalmente de democracias. Aunque en casi todos los Estados de Europa, después de la guerra, se había impuesto un sistema democrático más o menos modificado, en varios países se derrumbó, ya en los años veinte, bajo la presión de cargas específicas.

En *España*, después de la guerra, la agitación anarquista había alcanzado una gran difusión, el movimiento catalán significaba una sacudida en el orden centralista tradicional, y las graves derrotas del ejército en Marruecos socavaron el prestigio de la capa dirigente y del rey. Para salir de esta situación, y difícilmente sin la influencia del ejemplo italiano, en septiembre de 1923, tuvo lugar con el consentimiento del rey el golpe del capitán general de Cataluña, general Miguel Primo de Rivera, quien sin derramamientos de sangre instauró la Dictadura. Con gran severidad sometió Primo a anarquistas y catalanes, y restableció la situación de Marruecos. Benevolente y jovial, su intención era vivir y dejar vivir, hasta tanto no se tratase de separatistas y revolucionarios; colaboró estrechamente con el sindicato reformista, la Unión General de Trabajadores, y, por lo general, dejó intacta la libertad de opinión. El partido de coalición que fundó, la Unión Patriótica, tenía poca semejanza con un partido tota-

litario, y la opresión, sin la cual, como cualquier otro dictador, no se podía pasar, tenía un carácter policíaco-estatal. Ésta afectó, sin embargo, precisamente a algunos de los espíritus más notables del país, entre ellos a Miguel de Unamuno, y la construcción de excelentes carreteras no reconcilió a la intelectualidad radical con esa dictadura militar paternalista, que en verdad hizo algunos intentos de volver a un parlamentarismo moderado, pero que no podía zafarse de la sombra de su inmovilidad espiritual, determinada por el clero.

Polonia había recibido en 1919 una Constitución extraordinariamente liberal, que limitaba en gran manera el influjo del fundador del Estado, Pilsudski, y de sus legionarios, pero que también abría la puerta a una enconada lucha de partidos, que había de concluir en una serie de espectaculares puntos culminantes, entre ellos el asesinato del presidente del Gobierno, Narutowicz, en el año 1922. Decidido a acabar con el poder de los partidos, que consideraba el mal de raíz del Estado, Pilsudski marchó en mayo de 1926 sobre Varsovia, con algunos regimientos fieles, y conquistó el poder, después de duras luchas callejeras, que costaron trescientos muertos y que fue un suceso mucho más grave que su modelo, la marcha sobre Roma; Pilsudski estuvo apoyado decisivamente por una huelga general del Partido Socialista, el cual esperaba de su antiguo jefe la formación de un gobierno de obreros y campesinos. Pero Pilsudski defraudó tales esperanzas e instauró una «dictadura militar», de orientaciones cambiantes, pero siendo siempre él el primer hombre del Ejército y del Estado; a base de la actividad de sus legionarios y colaboradores, prometía un «saneamiento» del país, sin que el régimen de partidos fuera totalmente aniquilado, ni suprimida la libertad de prensa.

En el mismo mes de mayo de 1926, el Ejército *portugués* emprendía una «marcha sobre Lisboa» y eliminaba en la capital el «régimen de partidos», es decir, el poder de la intelectualidad anticlerical de la capital, que en ese país católico había conducido a una cadena inacabable de crisis políticas; fue repuesta la autoridad de las fuerzas tradicionales. La dictadura militar tuvo la fortuna de encontrar un civil notable en la persona de Antonio Oliveira Salazar, profesor de ciencias económicas en la Universidad de Coimbra, quien supo estabilizar y estructurar esa dictadura por las vías del pensamiento social católico.

Desde su creación *Yugoeslavia* había sido desgarrada por el enfrentamiento entre servios y croatas, quienes, aunque estrechamente emparentados, están separados por profundas diferencias culturales. Finalmente pudo llegarse, en 1925, a una reconciliación del Partido Campesino Croata y su jefe, Stjepan Radic, con el nuevo Estado, pero en junio de 1928 un fanático servio mató a tiros al dirigente popular croata, en medio de una reunión de la Skupschtina. Al rey Alejandro no le quedó otra alternativa que establecer en enero de 1929 una «dictadura real», que suspendió la Constitución y suprimió las libertades individuales.[11]

Todas estas dictaduras habían nacido de emergencias concretas. Recortaban los derechos del poder legislativo en favor del poder ejecutivo o incluso eliminaban totalmente el Parlamento. Pero, hasta entonces, no habían elevado a los puestos decisivos a ningún partido nuevo, y no hicieron de su triunfo ninguna ideología que pudiera oponerse fundamentalmente al orden presente. Hasta cierto punto, eran cuerpos extraños en el sistema liberal de Versalles, pero no tenían fuerza explosiva. Característica común a ellas era que habían sido establecidas en «países atrasados». De ahí que a fines de los años veinte todavía era usual, por lo menos entre los socialdemócratas, y para dominar teóricamente el inquietante fenómeno fascista, el distinguir una Europa de caballos-vapor y una Europa de caballos vivientes: la última se caracterizaba por las dictaduras, y, entre ellas, por la fascista. Con ello se olvidaba que el fascismo había nacido en el Norte de Italia, y, por tanto, no en un país atrasado. Y así se desfiguraba el hecho de que el fascismo, tan pronto como hubiese superado sus estadios iniciales, tenía que representar un peligro completamente distinto para el sistema liberal, dentro de los Estados y entre los Estados, que el que representaban las dictaduras militares y los regímenes conservadores de las regiones preindustriales.

La formación del poder fascista totalitario en Italia

La vacilación en la fijación de un juicio respecto al fascismo provenía, para todos aquellos que no habían recibido desde el principio los golpes de su puño de acero, del carácter del asunto. La marcha sobre Roma, en cuanto que revolución promovida por el Estado, era un suceso bastante tur-

bio. Por el momento, Mussolini constituyó un gabinete de coalición, compuesto de diversas partidos y de personalidades apolíticas, en el cual los fascistas estaban en minoría; el primer discurso del presidente del Consejo de ministros fue de tono conciliador y moderado, y las descarnadas amenazas que también contenía iban recubiertas de una forma hipotética: «Yo habría podido hacer de esta sala sucia y gris un lugar de vivac para mis manípulos.»[12] No era, por tanto, del todo desaforada la suposición de que el fascismo, al llegar a ser copartícipe en el poder, apartaría de sí a sus extremistas y, como partido entre partidos, se convertiría en una parte del sistema liberal, tal como había ocurrido con los partidos socialistas. Que habría un fascismo «constitucional», que únicamente eliminaría algunas anormalidades del sistema liberal, como por ejemplo la inestabilidad de los gobiernos, era la creencia, o por lo menos la esperanza de los *fiancheggiatori* liberales, que ahora exigían incansablemente la «normalización» y el retorno a una situación constitucional. Algunos indicios, pero no todos, mostraban que estas demandas expresaban los deseos del propio Mussolini, y a lo largo de dos años, una duplicidad y diversidad fundamental dominó la vida de Italia.

Ya en los últimos meses del año 1922 se habían puesto en marcha medidas económicas que parecían satisfacer todos los deseos de los liberales y capitalistas, pero en diciembre Turín fue el escenario de horribles asesinatos de los escuadristas, que no tenían parangon con ningún Estado civilizado, y en marzo Mussolini hablaba con menosprecio en un artículo del «cadáver más o menos putrefacto de la diosa Libertad»,[13] por encima del cual el fascismo volvería a pasar si fuera necesario. Cierto que Mussolini puso fin a la violencia desenfrenada de grupos fascistas en gran parte de Italia, en la medida en que agrupó las escuadras en la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale y les dio una disciplina, pero hizo que esas tropas prestaran juramento a él mismo, y no al rey, de modo que el fascismo disponía, a partir de ahora, de su propio ejército financiado estatalmente. A los católicos se les hizo grandes concesiones por medio de la reforma escolar de Giovanni Gentile, apareciendo de nuevo la cruz en las escuelas públicas después de medio siglo de laicismo; pero, cuando en el congreso de los *popolari* de Turín se criticó claramente el fascismo, Mussolini apartó en seguida del Gobierno a los ministros de ese partido, y en agosto

de 1923, en las proximidades de Ferrara, cayó muerto un sacerdote, don Minzoni, víctima de la violencia fascista. La nueva ley electoral de julio de 1923 obtuvo la aprobación de los liberales, a pesar de que preveía un sistema de privilegios excesivo (al partido más importante, si obtenía por lo menos un cuarto de votos, le correspondían no menos de dos tercios de todos los escaños); no obstante, los fascistas condujeron la campaña electoral de la primavera del año siguiente con un empleo masivo de coacciones, presiones y violencias. Fue el diputado socialista Giacomo Matteotti quien, en un discurso parlamentario lleno de convicción, atacó esos métodos y puso en duda la validez de las elecciones. Su desaparición el 10 de junio de 1924 hizo estallar espontánea y violentamente todo el descontento e indignación que se habían ido acumulando en el año y medio anterior en el seno de la burguesía lo mismo que entre el proletariado. Se puso en claro que Matteotti había sido introducido por la fuerza en un automóvil y, al ofrecer resistencia, había sido asesinado. Desde hacía tiempo se hablaba ya de una «checa» fascista, que, por mandato del jefe del Gobierno o de sus colaboradores más allegados, ejecutaba castigos ilegales, y si bien Mussolini, ante las protestas de los socialistas, con frecuencia les ponía como ejemplo burlescamente la Unión Soviética, este ejemplo se volvió contra él mismo: todo el pueblo italiano, con excepción de los extremistas fascistas, encontró intolerable la existencia de una «checa». De la noche a la mañana se abrió un abismo entre Mussolini y el pueblo, que ayer todavía le había vitoreado, a pesar de que en su discurso inmediatamente posterior a la desaparición de Matteotti había sabido encontrar palabras tan sinceras de queja y lamentación que se hizo muy probable su inocencia personal, incluso su inclinación hacia una solución constitucional de la larga discrepancia. Días y semanas enteras se quedó sentado en el Palazzo Chigi, desesperado y solitario como un leproso. Pero el ejemplo de la Unión Soviética le volvió a ser al fin favorable. Pues sus enemigos no pudieron unirse en una táctica común. Los comunistas propusieron inmediatamente la huelga general, y, si hubiera sido llevada a cabo con decisión, probablemente habría arrojado el fascismo. Pero los representantes de los otros dos partidos obreros, el partido maximalista y el reformista, la rechazaron, sin duda siguiendo la línea de Matteotti, quien, siendo secretario del partido reformista, había declinado repetidos ofrecimientos de los co-

munistas para formar un frente unido, con la observación de que no quería combatir una dictadura a favor de otra. De modo que los enemigos no comunistas del fascismo se decidieron por un procedimiento meramente demostrativo: ya no volvieron a tomar parte en las reuniones del Parlamento y se constituyeron como «Aventino». El poder de este antifascismo burgués de izquierdas socialdemócrata, que dos años antes aún habría podido cortar al fascismo el camino hacia el poder, consistía en el apoyo que encontraba en los grandes periódicos —también Luigi Albertini, con su «Corriere della Sera», hacía tiempo que se había pasado a una oposición más enconada. Su debilidad radicaba en que confiaba en la decisión del rey, en que los *popolari* dependían del veredicto del Vaticano y en que Giolitti prefirió permanecer en el Parlamento, aunque muy pronto estuviera en la oposición. La monarquía, la Iglesia y círculos influyentes de los liberales ciertamente no querían el fascismo, pero temían al comunismo y aborrecían también la alianza entre reformistas y *popolari*. Y Mussolini, tan pronto como se hubo repuesto, supo jugar con gran habilidad la carta del temor al comunismo. Los extremistas fascistas, con Roberto Farinacci a la cabeza, eran partidarios de una solución radical, pero Mussolini, durante el medio año que siguió, operó muy prudentemente y la lucha tuvo sus vaivenes. El partido liberal, que en los últimos años había tratado de vigorizarse organizativamente e incluso había tratado de imitar al fascismo con la formación de sus propios escuadrones, entró oficialmente en la oposición, pero sus ministros se decidieron por Mussolini. De los *popolari* se segregó al fin un ala profascista; por el contrario, las uniones de combatientes, que habían sido antes un apoyo tan valioso para el fascismo, se convirtieron ahora en peligrosos enemigos. Mussolini aprobó que las milicias prestaran juramento al rey e hizo encarcelar, según sus propias indicaciones, a unos cuantos miles de fascistas extremistas. Pero, al fin, debido a los inagotables ataques por parte del Aventino, se vio forzado a ponerse del lado de Farinacci. En la alocución del 3 de enero de 1925 anunció la «limpieza definitiva de la situación», y, durante los días que siguieron, oleadas coordinadas de violencia escuadrística y de presión policíaca arrollaron toda posibilidad de éxito de la resistencia antifascista. Farinacci fue nombrado secretario general del Partido, y en junio, ante el IV Congreso Nacional del Partito Nazionale Fascista, Mussolini habló del

«bloque granítico del fascismo», de su «obstinada voluntad totalitaria» y de la inminente «fascistización de la nación», la cual, a partir de entonces, estaría henchida de desprecio por el pacifismo y de voluntad de crear un imperio.[14] Notables representantes del antifascismo, como el primer dirigente del Aventino, Giorgio Amendola, y el editor de Turín Piero Gobetti, fueron asaltados por fascistas y azotados hasta la muerte, mientras que en Nápoles ni siquiera se avergonzaban de arrasar la mundialmente famosa biblioteca de Benedetto Croce. Albertini fue expulsado de la redacción del «Corriere della Sera», y fue disuelto el partido reformista (Partito Socialista Unitario), después de un atentado contra Mussolini. A los sindicatos fascistas se les encomendó el derecho exclusivo para representar a los trabajadores, y por medio de arreglos entre los sindicatos fascistas y el organismo de empresarios, fascistizado asimismo, se pusieron las bases de aquel «Estado corporativo», cuya construcción aún no había empezado diez años más tarde, pero cuya esencia consistía en la supresión del derecho a la huelga y en una especie de supervisión sobre la totalidad de la industria. Al mismo tiempo, el ministro de Justicia, Alfredo Rocco, que procedía de las filas nacionalistas y había girado bruscamente a la derecha, elaboraba las *Leggi fascistissime,* que fijaban jurídicamente la autoridad totalitaria de Mussolini y de su partido: a Mussolini, como *capo del governo,* se le atribuye la plena posesión del poder ejecutivo y el derecho a promulgar decretos-ley, a los municipios se les despoja del derecho a elegir alcalde, a los funcionarios se les obliga a jurar fidelidad al régimen, a los periodistas a pertenecer a una cámara profesional, etc. Con todo, fueron necesarios todavía tres atentados más contra Mussolini, hasta que todos los partidos fueron eliminados y suprimidos todos los órganos de la prensa de oposición. La introducción de la pena de muerte para determinados crímenes políticos, la fundación de un Tribunal Especial, la anulación de todas las disposiciones de la oposición y la creación de campos de concentración sellaron el fin del sistema liberal.

Cuatro años después de la marcha sobre Roma, Italia era totalmente fascista. Que hubiera sido posible la otra solución, la constitucionalmente fascista, no puede decirse con seguridad. Parece que, durante bastante tiempo, las propias inclinaciones de Mussolini tendían a ello, prescindiendo ya de los deseos del rey y de la industria. Pero desde el principio

había también en Mussolini poderosas tendencias en contra, y éstas al fin se unieron con el propio peso de la milicia y del partido fascista, que eran distintos de los demás partidos no sólo de un modo superficial, sino estructuralmente y por su propia mentalidad. Por importante que fuera, sin duda, el papel de la libertad (sobre todo de Mussolini) y de la casualidad (asesinato de Matteotti), no obstante, se presentó como una conclusión lógica de una evolución necesaria el que en los últimos días de diciembre del año 1926 se introdujera el calendario fascista y el *Fascio Littorio* fuera declarado emblema nacional.

Italia bajo el fascismo y la emigración antifascista

Sin embargo, muchos visitantes extranjeros, precisamente de las democracias occidentales, que estuvieron en Italia durante la segunda mitad de los años veinte, expresaron su viva aprobación al cuadro que se les ofrecía. En incontables referencias se habla con admiración de que, bajo el fascismo, los trenes marchaban puntualmente, de que habían desaparecido los enojosos mendigos de las puertas de las iglesias y de que ya no había huelgas en ninguna parte. Claro que estos juicios, en la medida en que no nacían de un parentesco ideológico, eran el resultado de una mentalidad superficial de turistas: los trenes habían marchado puntuales antes de la guerra y en general también de nuevo durante los años 1921 y 1922; con los mendigos, lo único que se había hecho había sido acorralarlos por medio de la policía en sus barrios sucios, por los que no se perdía ningún extranjero, y la falta de huelgas era común a Italia y a todo tipo de países, exceptuados los Estados industriales de Europa occidental y central. No obstante, tampoco se puede negar que el régimen fascista tenía su cara brillante, que hacía comprensible el odio de sus partidarios contra los «picapleitos» del Aventino. De hecho, una oleada de afán de trabajo atravesó todo el país, y su punto de partida estaba en el propio Mussolini, en cuyo despacho confluían todos los hilos, dando incansablemente nuevos impulsos. Su voluntad superó en poco tiempo los obstáculos burocráticos que suelen interponerse en el camino de las empresas atrevidas: se empezó la construcción de autopistas, la industria del automóvil experimentó un impulso extraordinario, y la rotura-

ción de los pantanos del Pontino levantó la admiración mundial. Y todas estas empresas, gracias al monopolio de la prensa, se llevaron a término dentro de una publicidad hasta entonces completamente desconocida: cuando Mussolini, en la antigua región pantanosa, ayudaba a los campesinos en la cosecha, sentado sobre la trilladora con la parte superior del cuerpo desnuda y brillante por el sudor, la imagen se difundía hasta el último rincón del país; y ¿cómo habría podido el pueblo dejar de amar a un hombre de Estado que, como ninguno de sus predecesores, era manifiestamente un hijo del pueblo? La fuerte popularidad de que disfrutaba Mussolini, sobre todo entre los ámbitos más sencillos, fue siempre incomprensible para sus enemigos, que querían traer al pueblo cambios económicos estructurales y la elevación del nivel de vida, pero que llevaban levitas y no sabían manejar el instrumento de la prensa. En este sentido, Mussolini era, sin duda, el fenómeno más moderno, y se hizo famoso por esta modernidad, al exigir impacientemente que toda Italia debía convertirse en «un astillero, una fábrica»,[15] o cuando anunciaba, lleno de confianza, en enormes mitines: «En diez años Italia será irreconocible.» Y a la popularidad del Duce contribuyó asimismo la circunstancia aparentemente contradictoria de que supiese llegar a una reconciliación con el poder más antiguo del país, con el Vaticano, al cual, por el Tratado de Letrán de 1929, se devolvió la soberanía de derecho, mientras él, por su parte, reconocía las modificaciones del año 1870. De este modo, Italia parecía ser una dictadura progresista bajo la dirección de un jefe genial, una dictadura progresista que había llegado a un acuerdo con las fuerzas tradicionales y había superado el bolchevismo. No es de extrañar que el fascismo gozara hacia 1930 de difundidas simpatías entre los católicos y los conservadores de todo el mundo.

Pero el régimen tenía también evidentemente su lado siniestro, y se podía notar un cierto descontento subrepticio incluso en manifestaciones de alabanza. Debía de tratarse de una popularidad peculiar, la que gozaba el régimen, cuando además del Ejército era necesario un aparato armado —policía y milicia— de una fuerza como ninguno de los gobiernos anteriores había poseído ni siquiera aproximadamente: la consecución de la tranquilidad y la inmovilidad total le costaba más cara al fascismo que a los regímenes liberales de antes la intranquilidad, tan molesta a los ojos de los

turistas. Y en todos los campos aparecieron las nefastas consecuencias de esa inmovilidad. Muy pronto se notaron los comienzos del bizantinismo: la ridícula frase «Mussolini siempre tiene razón» daba testimonio de la abdicación espiritual de todo un pueblo, y fue una simple consecuencia lógica que pronto Mussolini ya no ofreciera un asiento a sus colaboradores más próximos y que el órgano supremo del fascismo, el Gran Consejo, al aparecer el Duce, se pusiera en pie y se cuadrara como una clase de colegiales. Ante el dominio ilimitado de la fraseología propagandística, la vida espiritual se retrotrajo más y más hacia la emigración interior: la conducta de Benedetto Croce, el filósofo más importante, y de Luigi Einaudi, el economista político más sobresaliente del país, fueron ejemplos típicos de una situación que ya solamente en dominios sutiles y en círculos limitados toleraba la libertad del pensamiento y del experimento. Erróneamente se comparó la famosa máxima de Mussolini «Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado» como testimonio de un pensamiento político latino, con las concepciones «populares» del nacionalsocialismo: lo que significaba esa frase no era, en realidad, el Estado administrativo y de derecho de cuño clásico, sino el Estado partidista de un hombre, el cual cada vez tomaba más sus decisiones de modo arbitrario. A Mussolini no le disgustaba perdonar con frecuencia a sus enemigos políticos que se encontraban en las «islas», pero siempre lo hacía sin un principio claro y cuando ellos habían hecho pública su sumisión. Y esta difundida práctica del perdón no cambiaba nada en el hecho fundamental de que grupos enteros de la población, a los cuales la visión de sus destruidas cámaras laborales y de sus casas de la cultura les servía de terrible advertencia, eran sometidas a un terror constante: una institución como la *ammonizione* (algo así como: vida bajo vigilancia policíaca) convertía a las personas afectadas prácticamente en presos dentro de la vida civil, y provocaba un temor tanto mayor cuanto que podía ser infligida por la policía e indirectamente por el Partido, por vía administrativa. Para las víctimas era sólo una pequeña satisfacción que el «Imperio del aburrimiento y la uniformidad» se extendiera inexorablemente y finalmente no se detuviera con sus pretensiones ni siquiera ante aquellas fuerzas a las cuales el fascismo debía su existencia. Al papa debían de asaltarle serias dudas acerca del «hombre de la Providencia»,

cuando, en el debate sobre la ratificación de los acuerdos de Letrán, Mussolini contrapusiera el cristianismo «palestiniano» y el catolicismo «romano», según el estilo de la doctrina que la Iglesia había condenado tres años antes frente a Maurras y la Action Française, y dos años más tarde estallaron disputas muy graves sobre la Acción Católica y los grupos de juventud católica, a los cuales Mussolini impuso en lo esencial la pretensión fascista de totalidad y forzó al papa a una retirada, que fue tanto menos honrosa cuanto que Pío XI, en la encíclica *Non abbiamo bisogno*, había manifestado una dura condena de la doctrina «pagana» de la divinización del Estado. También la monarquía recibió una grave estocada, a saber, por la disposición legal sobre el Gran Consejo (1928), que procuraba al órgano del Partido el derecho a participar en las cuestiones de la sucesión del trono. Pero ya la nueva ley electoral, que preveía solamente una lista unitaria presentada por el Gran Consejo y que provocó al fin la protesta decidida de Giolitti, tenía que despertar en Víctor Manuel III la duda de si con su aprobación no rompía el juramento que antes había prestado a la Constitución de su antepasado Carlos Alberto.

Más importantes que las situaciones de hecho visibles, que podían contraponerse como cara luminosa y oscura y que podían compensarse mutuamente, eran las grandes tendencias, que en el principio no estaban todas en el primer plano: las tendencias a la totalidad ideológica, al antimodernismo y la expansión bélica. La primera se expresó en la anunciada lucha contra todos los principios de la Revolución Francesa; la segunda en la incansable polémica de Mussolini contra la disminución de nacimientos, que no era una mera política de población, sino que únicamente tomaba en consideración la pérdida de futuros soldados y aspiraba a la «repoblación» de Italia; la tercera, en incontables glorificaciones de la guerra y en el recuerdo constante de las acciones de conquista del Imperio Romano. Si estas tendencias habían de ser tomadas en serio, entonces el fascismo no significaba evidentemente, como sugería la contemplación de su aspecto positivo, el triunfo de un movimiento moderno sobre el bolchevismo, sino la movilización bélica de un pueblo que aprobaba sin reservas su propio atraso y los esfuerzos imperialistas de preguerra, en favor de un imperio contra las naciones «plutocráticas».

Que una guerra de conquista por un imperio colonial, en

una época que parecía estar dominada por las ideas de la Sociedad de Naciones, *era* posible solamente por parte de una organización y una ideología fascistas, era ya indudable hacia 1930. Que Mussolini *fuera* capaz de ello, por el contrario, era dudoso. Nada indicaba que Inglaterra y Francia estuvieran dispuestas a hacer concesiones importantes a un país mucho más débil. Pero la crisis económica mundial había de poner a Mussolini entre la espada y la pared. Su prestigio desaparecería si únicamente hacía promesas. Sólo la aparición de una segunda potencia fascista le podía abrir el camino hacia la realización de sus objetivos y promesas. En este sentido, se puede decir: Mussolini apelaba a Hitler, o tenía que dejar de ser un hombre importante.

Era la emigración italiana antifascista la que, mucho antes de que pudieran expresarse esta clase de conjeturas, insistía en prevenir en contra de una infravaloración del fenómeno fascista, incluso en lo que veía en él de manifestación específicamente italiana. Pero esa emigración, ya sólo por su misma existencia, representaba un aviso para aquellos a quienes importaba, puesto que, prescindiendo de la Unión Soviética, antes nunca habían tenido que abandonar un país los representantes de casi todo el espectro político. La vieja capa dirigente liberal estaba representada por el ex presidente del Gobierno, Francesco Saverio Nitti, y por el ex ministro del Exterior, el conde Sforza, mientras que en el interior de Italia un hombre como Vittorio Emmanuele Orlando, se hizo jubilar cuando en 1931 se exigió al cuerpo docente de las universidades la presentación de un juramento de fidelidad al régimen. De entre los *popolari* marcharon al extranjero, entre otros, el secretario del Partido, don Sturzo, y el jefe de redacción del periódico del Partido, Giuseppe Donati; Alcide de Gasperi vivía como pequeño funcionario en el Vaticano, después de haber intentado en vano pasar la frontera. De los demócratas de izquierda, emigraron el importante historiador florentino Gaetano Salvemini y el diputado de Cerdeña, Emilio Lussu; de los republicanos, Eugenio Chiesa y Randolfo Pacciardi; los jefes socialistas abandonaron Italia casi sin excepción, algunos en circunstancias dramáticas: los reformistas Filippo Turati, Claudio Treves y Giuseppe Saragat, así como los revolucionarios Pietro Nenni y Angelica Balabanoff. Los comunistas, de momento, dejaron su Comité Central en el país, pero ahí cayó el dirigente del Partido, Antonio Gramsci, junto con otros miembros, en las

manos de la policía fascista, de la que ya no pudo escaparse hasta su muerte en 1935; en el extranjero actuaban Palmiro Togliatti, Ignazio Silone y Angelo Tasca (los dos últimos se separaron del Partido a fines de los años veinte). Pero no se trataba sólo de la emigración de algunas personalidades dirigentes: ya antes de la marcha sobre Roma, un gran número de obreros dejó Italia debido al terror fascista, y la emigración política tuvo, durante toda la época mussoliniana, un fuerte apoyo en las colonias italianas de Francia y Bélgica. Con excepción de los comunistas y los *popolari* se agrupó en París bajo el nombre de Concentrazione Antifascista, que fue acusada de inmovilismo por parte de sus enemigos. La aparición más reciente fue el grupo demócrata-izquierdista Giustizia e Libertà, cuyo fundador, Carlo Rosselli, había huido en 1929 del archipiélago Lípari. Tuvo éxito sobre todo entre los intelectuales, incluso en la misma Italia; a su iniciativa se deben cierto número de empresas espectaculares, como el vuelo propagandístico de Bassanesi sobre Milán. Nuevo era también el antifascismo monárquico del poeta Lauro de Bosis, quien no volvió de un vuelo propagandístico sobre Roma. En su totalidad, esa emigración constituía, sin embargo, un microcosmos político, cuya movilidad impotente contrastaba singularmente con el poder inmóvil del fascismo, y en su interior se hizo mucho de inútil y se probó mucho de lo venidero. Pero, por lo menos hasta la guerra civil española, no fueron las acciones de esos emigrantes lo más digno de consideración, sino sus aportaciones a la interpretación del fascismo.

Primeras interpretaciones del fascismo

Por mucho que, en su primera época, el fascismo se jactara de ser un movimiento antiteórico, que ponía la acción por encima del pensamiento, también es cierto que en ningún momento careció de una determinada autoconciencia y que su camino estuvo constantemente jalonado de intentos de interpretación que le depararon amigos y enemigos. Para Mussolini el joven movimiento tuvo de momento sólo una significación instrumental y transitoria: debía disolverse tan pronto como hubiera conseguido su objetivo: liberar al Partido Socialista de su «borrachera bolchevique». De un modo enteramente análogo, sus oponentes no vieron en el fascismo,

de momento, otra cosa que un arma de la burguesía en su lucha por la autoafirmación contra el proletariado. Las interpretaciones burguesas, que no faltaron desde el principio, modificaron esta tesis en la medida en que se tomaron más en serio la parte anticapitalista del programa fascista y explicaron el fascismo, como hizo Luigi Salvatorelli en los artículos de fondo de «La Stampa», como un retoño de la «pequeña burguesía humanista», por su tendencia a la retórica, su divinización del Estado y su fe en fórmulas fijas.[16] Esta explicación tuvo su reflejo en las propias aclaraciones de Mussolini, que ponían de relieve el modelo de lo romano. Y cuando Giovanni Gentile alababa el fascismo llamándolo la liquidación del liberalismo, también esta tesis, orientada negativamente, tuvo su eco entre los contrarios: para Piero Gobetti y Gaetano Salvemini, el fascismo era ante todo «neogiolittismo»: «la síntesis llevada hasta sus últimas consecuencias de las enfermedades históricas italianas —retórica, servilismo cortesano, demagogia, transformismo».[17] El último enfrentamiento en cuanto al concepto del fascismo que fue posible en la misma Italia tuvo lugar a principios de 1925 en dos manifiestos, ambos firmados por numerosos intelectuales y redactados respectivamente por los dos pensadores más famosos del país, Giovanni Gentile y Benedetto Croce —antes inseparables, ahora enemigos mortales. Si en uno de los manifiestos se pone de relieve el «carácter religioso» del fascismo y su juvenil voluntad de renovación, que era capaz de hacer suyos los residuos de verdad que había en los programas de los viejos partidos, en el otro, en cambio, se reafirma la fe de la Italia «liberal y moderna», que había impuesto sus ideas humanísticas y políticas al antiguo absolutismo religioso y que asimismo se defendería contra el nuevo evangelio absolutista del fascismo, el cual, para cualquiera observador imparcial, no era más que una «mezcla incoherente y estrafalaria de apelaciones a la autoridad y demagogia, de pretendido respeto por las leyes, de conceptos ultramodernos y reliquias mohosas, de comportamientos absolutistas y tendencias bolcheviques, de irreligiosidad y adulación a la Iglesia católica, de aversión a la cultura y estériles intentos de hallar una cultura despojada de sus premisas, de veleidades místicas y cinismo».[18] Después de esto, en Italia ya sólo se dieron las autointerpretaciones del fascismo, cuyo valor es escaso, dado que parten de una imagen aderezada del desarrollo histórico y sufren de un peculiar fetichismo

conceptual, que se hace manifesto en expresiones como «el corporativismo como liberalismo absoluto y como socialismo absoluto» (Ugo Spirito). Teorías serias del fascismo sólo podían surgir en la emigración; algunas de ellas serán descritas brevemente a continuación.

El libro de Francesco Saverio Nitti, *Bolscevismo, fascismo e democrazia* se publicó en Alemania también en 1926 —Nitti era conocido como amigo de Alemania y como duro crítico de la Paz de Versalles. Con todo, esto no le impide retrotraer el fascismo, en buena parte, a Guillermo II, cuyas ideas antiliberales se habían contagiado a la mayoría de sus enemigos victoriosos y a los fascistas más que a nadie. Para Nitti, reacción y socialismo son las dos formas extremas de negación, mientras que libertad y democracia representan el equilibrio en las sociedades civilizadas. El fascismo es sobre todo un retorno al absolutismo y, por tanto, es la expresión de una civilización inferior —no es sorprendente que la fiebre de dictaduras se adueñara ante todo de los países mediterráneos. El fascismo ha creado en Italia un estado de cosas como no se había vuelto a dar desde la época de los Borbones. En este sentido es semejante al bolchevismo, pero no es un acontecimiento mundial como éste, puesto que no se basa ni siquiera en un ideal falso, sino sólo en la violencia brutal. Precisamente por esta razón, sin embargo, no hay, según Nitti, ningún peligro de que los débiles intentos de imitación que se dan en la mayoría de países de Europa experimenten un desarrollo importante en los grandes países industriales, como Gran Bretaña, Francia y Alemania. Mussolini sería un *condottiere* del siglo XIV; viene de lejos, pero no irá muy lejos: tampoco en Italia tardará el retorno a una Constitución liberal; la crisis determinará el triunfo de libertad y democracia aún más segura y definitivamente.

Con la misma claridad que Nitti, parte Luigi Sturzo, en su libro *L'Italia e il fascismo* (que asimismo fue traducido al alemán poco después de su aparición),[20] de la contradicción entre el principio de la libertad y el totalitarismo, pero su exposición pone de manifiesto que él no considera a los gobiernos de la Italia liberal y, en general, a la burguesía italiana, como representantes plenos del principio de la libertad, pues han descuidado dejar espacio al «espíritu de fraternidad cristiana» que corresponde a aquel principio en un sistema de libertad bien entendida. A pesar de todo, la comunidad de principios crea posibilidades de alianza contra

el enemigo común, que aparece en la doble figura de fascismo y bolchevismo. Para Sturzo, la única diferencia entre Rusia e Italia consiste en que «el bolchevismo es una dictadura comunista o fascista de izquierdas, y el fascismo es una dictadura conservadora o bolchevismo de derechas».[21] Ambos son, empero, fenómenos excepcionales, síntomas de atraso, de modo que está «excluida una bolchevización y una fascistización del Occidente europeo»,[22] tan excluida como lo hubiera sido, en el siglo pasado, una rusificación o turquificación de Europa. El mundo anglosajón representa para Sturzo el paradigma de lo moderno, puesto que se basa enteramente en el principo de la libertad —notable toma de posición para un sacerdote católico. El resto de Europa es para él una mezcla de lo medieval y lo moderno, que siguen generando conjuntamente sus gérmenes buenos y malos, entre ellos el espíritu del paganismo nacionalista y de la glorificación del poder, los cuales apartan a Europa y a Italia de su misión moderna y cristiana, la de ser un segundo gran campo de paz, junto a las naciones anglosajonas. Pero precisamente con ello se expresa también una cierta desconfianza frente a Alemania, desconfianza que no compagina bien con la seguridad de que el fascismo permanecerá necesariamente limitado a Italia y de que incluso allí se podrá sostener únicamente por un tiempo transitorio.

Para Filippo Turati, el viejo gran hombre del socialismo italiano, desde el principio estuvo claro, por el contrario, que los gérmenes del fascismo estaban presentes en *todos* los Estados capitalistas, sobre todo desde la guerra, la cual «es el fascismo entre las naciones, del mismo modo que el fascismo es la guerra que se da dentro de cada nación y contra sí misma».[23] No obstante, el fascismo no es del todo explicable sin la «ola bolchevique», que había embriagado después de la guerra a amplias capas trabajadoras con ideas irreales y fantásticas. Mientras que en los países con una tradición democrática antigua desaparecía rápidamente y sin graves consecuencias, e incluso disminuía en Italia también, en este proceso había dado luz al fascismo, el cual ahora se jactaba de una victoria que no había ganado él. Pero las complejas causas que posibilitaron su triunfo, entre ellas la crisis del parlamentarismo y un cierto neomisticismo, no se hallan en Italia solamente, y en este sentido, el peligro fascista es «eminentemente internacional». Así es como Turati llega a una profecía absolutamente clarividente para el año

1928: «Si el fascismo sigue consolidándose y extendiéndose, es muy capaz de crear en Europa y quizás incluso más allá, un estado de guerra permanente, y dentro de cada Estado, en contradicción con el desarrollo económico considerado normal, una separación no sólo ya entre clases, sino entre castas [*stirpi*], entre una diminuta casta de señores y una enorme [*sterminata*] casta de sometidos, un antagonismo, para tiempo indefinido, entre señores y esclavos —esclavos no en el sentido figurado de la palabra.»[24] La lección que Turati cree que hay que sacar del triunfo del fascismo en Italia y de esa sombría perspectiva es, por una parte, el robustecimiento de su viejo convencimiento de la necesidad de una gradualismo inteligente y activo, pero también la exigencia, antes no tan acentuada, de que todas las fuerzas nacionales que defienden la libertad del hombre y la dignidad de la patria se unan en un frente común, independientemente de la clase a la que pertenezcan y de su ideología.

Sin diferir mucho de Turati, las «tesis» que el Partido Comunista de Italia adoptó en su Congreso del Partido de Lyón y que representan una interesante pieza de análisis sociológico e histórico, ven en la ola bolchevique de los años de postguerra el presupuesto más importante del fascismo, pero con una valoración fuertemente contrapuesta. Pues esa ola hubiera podido y hubiera debido triunfar, precisamente porque en un país industrialmente atrasado, tal como enseña el ejemplo de Rusia, la clase revolucionaria, junto con sus aliados, puede conseguir más fácilmente la victoria. Pero fue justamente la escasa asimilación, por parte del movimiento, de ideas marxistas y la existencia de los reformistas alrededor de Turati lo que permitió que la clase capitalista se impusiera y encomendase luego la tarea de obtener mayor seguridad al fascismo, en cuanto que éste es «la reacción armada que quiere desorganizar a la clase obrera hasta inmovilizarla».[25] De ahí que el Partido Comunista, a partir de ahora, tenga la misión de combatir, con una conciencia más clara y con mayor decisión marxista, la «cadena de fuerzas reaccionarias», que va de los fascistas hasta los antifascistas de todos los matices, incluyendo a los maximalistas tanto como a los *popolari* y a los liberales.[26] En consecuencia, la socialdemocracia reformista debe ser considerada, no como ala derecha del movimiento obrero, sino como izquierda burguesa, y como tal debe ser desenmascarada ante las masas obreras.

Todas estas interpretaciones coinciden en poner fuertemente de relieve, a veces hasta la unilateralidad, las premisas específicamente italianas, ninguna de las cuales, empero, niega fundamentalmente la potencial universalidad del fascismo. Hacen ver cómo el fascismo puede ser interpretado de modos totalmente contrapuestos y cómo las grandes ideologías hacen deducir sus interpretaciones del esfuerzo por caracterizar al fascismo como una forma de manifestación especialmente consecuente y repugnante de su antiguo gran enemigo. Sólo tímidamente se desarrollan los principios de una autocrítica genuina, y con esto llegamos a toda la problemática del «antifascismo», cuyos miembros aparentemente sólo pueden atacar al enemigo, aun cuando también golpean al aliado.

Estas interpretaciones, sin embargo, no son en absoluto italianas solamente, sino que representan también las líneas básicas de las tomas de posición de Europa respecto al fascismo en los años veinte.

La concepción fascista se repitió y se reflejó en numerosos libros y declaraciones, principalmente en el campo alemán e inglés, como el encomio hecho en estilo George por Georg Mehlis en *Die Idee Mussolinis und der Sinn des Faschismus* (La idea de Mussolini y el sentido del fascismo), o también la frase tantas veces citada de Churchill en la declaración dirigida a los fascistas romanos después de su visita a Italia en 1927: «Si yo fuera italiano, hubiera estado sin duda desde el principio hasta el fin al lado de ustedes y junto a su lucha victoriosa contra los intentos de bestialismo y las pasiones del leninismo.»[27] Al igual que Nitti y Sturzo, Erwin von Beckerath defendía en su valioso libro *Wesen und Werden des faschistischen Staates* (Esencia y evolución del Estado fascista), aparecido en 1927, la idea de ver en el fascismo un neoabsolutismo. Lo mismo que Turati, Hermann Heller desarrollaba una crítica profunda, desde el punto de vista socialdemócrata, en su escrito *Europa y el fascismo.* Las tesis de Lyón, en su parte definitoria, son retomadas, aunque más indefinidamente y con mayor generalidad, de la resolución *Sobre el fascismo,* que adoptó el Cuarto Pleno del Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista, en junio de 1923, y que definía el fascismo como «típico fenómeno de decadencia de esta época, expresión de la progresiva disolución de la economía capitalista y de la descomposición del Estado burgués».[28] Y todas estas concepciones encontra-

ron amplio eco en la prensa y en la política: los conservadores británicos, por su odio contra el bolchevismo, eran en gran parte filofascistas, lo mismo que el «Stahlhelm» («Casco de acero») de Alemania y la Action Française en Francia; la izquierda no comunista, desde Léon Blum hasta MacDonald, se declaró antifascista, aunque no con el mismo énfasis en todas partes. Los comunistas acusaban a cualquier anticomunista de fascista, y los católicos estaban desgarrados entre la alabanza enfática y la censura prudente. Finalmente, el fascismo entró como tema en las bellas letras: en 1930 Thomas Mann publicó su novela *Mario und der Zauberer* (Mario y el mago), donde en la figura del hipnotizador Cipolla representa el poder confundente del fascismo frente a todas las resistencias críticas, y el mismo año apareció el original alemán de la novela de Ignazio Silone *Fontamara,* que pinta el cuadro de la secular opresión del Sur de Italia, que el fascismo no había hecho más que agudizar.

Con todo, no sería en absoluto justificable la afirmación de que la cuestión de la interpretación del fascismo habría representado ya para la Europa de los años veinte el más acuciante de los problemas. Más bien, bajo la participación moderada de la opinión pública, únicamente se fijaron las líneas básicas, que de repente fueron puestas a prueba y puestas en cuestión del modo más extraordinario, cuando, bajo los ojos asombrados y consternados del mundo, apareció en el primer plano de la escena alemana un movimiento que había sido olvidado desde el «golpe de la cervecería», y que mostraba rasgos evidentemente fascistas en la misma medida en que se diferenciaba inconfundiblemente del fascismo italiano.

La consolidación de la República de Weimar y el resurgimiento del nacionalsocialismo

Con la superación de la crisis de 1923 había llegado el momento de acreditarse para el sistema de partidos de Alemania. Hasta entonces, la cuestión había sido únicamente la de saber *si* ese sistema conseguiría la autoridad, o bien sería arrojado por una revolución comunista, o reducido en algún sentido por una dictadura militar. Después de noviembre de 1923 se hizo claro que todas las fuerzas políticas e ideológicas del pueblo alemán tendrían voz y lanzarían su decisión

en el platillo de la balanza, sin que por sentido común ninguna de ellas pudiera hacerse ilusiones de obtener una victoria total. Precisamente esto es la esencia del sistema liberal, y en ningún lugar del mundo este sistema liberal era tan completo por la totalidad de sus miembros como en Alemania, el país del Imperio medieval y de la Reforma. Aquí eran los católicos una poderosa minoría, mientras en España dominaban el Estado y sólo eran desafiados por los anticlericales; aquí había un número mayoritario, pero no dominante, de protestantes, cuya falta en Francia e Italia era considerada por una importante corriente del pensamiento liberal de estos países como la causa de la «decadencia latina», cuyo predominio indiscutido en Inglaterra, sin embargo, había producido un cierto conformismo en la vida intelectual; aquí había una tradición genuina, si bien no muy fuerte, que provenía del pensamiento de la Ilustración; aquí había producido el Idealismo Alemán una forma específica de liberalismo, y aquí se hallaba la patria de la última fe, el marxismo, dándose aquí, al mismo tiempo, el punto de partida de su transformación en un puro convencimiento; finalmente, aquí había sido más fuerte y autoconsciente que en ninguna parte, hasta 1918, el elemento político más antiguo de la evolución europea, el Estado feudal-monárquico. Y simultáneamente en Alemania, al revés de los países atrasados como Rusia o España, se daba toda la multiplicidad del desarrollo técnico y social y de su diferenciación, multiplicidad que, como tal, no tiene una conciencia propia, sino que siempre llega a su autoexplicación y autocomprensión pasando primero a través de las formas de las fuerzas político-ideológicas. En ninguna otra parte se planteaba, pues, la cuestión fundamental del sistema liberal con tanta urgencia como en Alemania: ¿Cómo se hace posible que en el conflicto entre tendencias intelectuales e ideológicas opuestas, que originariamente pretenden la posesión total de la verdad, surja tanta cooperación que el desarrollo pueda proseguir y revele también cada vez más que la última fe es una falsedad?

No es de extrañar que ya sólo contra este planteamiento se levantaran numerosas resistencias, pues el sistema, considerado estáticamente no es más que una suma de resistencias contra sí mismo. Así, los católicos tenían que alabar la unidad religiosa y vital de la Edad Media, los protestantes tenían que maldecir al papa, los ilustrados, combatir el oscurantismo a favor de una cientificidad higiénica, los demócra-

tas, exigir la homogeneidad del pueblo, y los aristócratas, atacar al Estado de partidos por el motivo opuesto: como el sistema liberal es la crisis permanente, atrae sobre sí mismo también la crítica inacabable y no sólo en el estadio de relativa culminación que se había alcanzado en el Estado de Weimar. El pensamiento dirigido contra el sistema liberal en la República de Weimar no se distinguía ni por su existencia ni por su contenido de las manifestaciones correspondientes en los demás países, sino sólo por su multiplicidad y por la terquedad de la negación de lo que representaba el verdadero carácter histórico del pueblo alemán. Por su mera existencia, sin embargo, esto señalaba el hecho de que ese carácter no era una circunstancia natural o un don de Dios, sino la dureza de una problemática.

A modo de compensación, el sistema de partidos revelaba, no obstante, ventajas que otros países desconocían. En Italia, la condición previa más importante para la toma del poder por el fascismo había sido la circunstancia de que el enorme Partido Socialista no pudo realizar la revolución y tampoco estaba preparado para una colaboración parlamentaria, pues las masas de fieles y extremistas habrían rehusado seguir a los parlamentarios que hubiesen dado este paso. En Alemania, por el contrario, el partido socialista más importante y más homogéneo se puso en seguida en el terreno de la República. En Italia hacía muy poco tiempo que los católicos habían entrado en la vida política y su partido permaneció bajo la influencia directa del vecino Vaticano. En Alemania, el Centro llevaba medio siglo de efectividad activa y experimentada, y no había obstáculos insuperables para su coalición con los socialdemócratas. La burguesía liberal de izquierdas, que confluyó en el Partido Demócrata, era considerablemente más fuerte que los correspondientes «republicanos» de Italia, y el Partido Nacional Alemán era mucho menos cerrado ideológicamente y mucho menos opuesto al parlamentarismo que los nacionalistas italianos.

De ahí que no es casual que la consolidación de la República de Weimar fuera de la mano del afianzamiento del sistema de Versalles. Es cierto que la socialdemocracia, después de las elecciones parlamentarias, no volvió al Gobierno por casi cuatro años, pero cooperación no tiene por qué significar colaboración en el Gobierno, del mismo modo que el sistema liberal no tiene por qué ser idéntico al dominio exclusivo del Parlamento. Ni siquiera la elección del mariscal

Von Hindenburg como presidente de Gobierno debía ser considerada un golpe a la República: podía muy bien ser el preludio de una aceptación sincera de la República por parte de la mayoría de la derecha. A partir de 1925, Alemania cosechó las ventajas de una «política de realización», que fue el comienzo de una política de adaptación y, con ello, de un período que, por necesidad interna, debía alejarse rápidamente de la mentalidad de guerra y de sus consecuencias, incluida también la «realización». Las elecciones parlamentarias de 1928, en las que el KPD (Partido Comunista Alemán) obtuvo 54 puestos y el NSDAP (Partido Obrero Alemán Nacional Socialista) 12, parecieron confirmar la imagen de una Alemania que había superado la turbulencia de postguerra y que había consolidado su nuevo sistema político, el cual incluso por su Constitución imitada en otras partes debía valer como modelo a lo lejos y se podía vanagloriar de una vida espiritual de riqueza incomparable. La crisis económica mundial no precipitó automáticamente esa Alemania en el abismo, sino que fue precisa la confluencia de tres circunstancias principales, que hicieron cristalizar en fenómenos concretos las emergencias surgidas necesariamente de la depresión, fenómenos que ya no pudieron ser dominados dentro del sistema: la incapacidad de los miembros de la gran coalición para llegar a un acuerdo sobre la distribución de las cargas de la crisis, el creciente prestigio del Partido Comunista como consecuencia de la predicción correcta de la crisis, y la unificación de la nueva táctica legalista y de los antiguos simplismos ideológicos en el nuevamente formado NSDAP de Adolf Hitler.

En la caída del gobierno del socialdemócrata Hermann Müller la cuestión decisiva fue la de si las cuotas para el seguro de los obreros parados debían ser aumentadas en un medio por ciento o no, y esta cuestión parece ser, en una mirada retrospectiva superficial, de una trivialidad e insignificancia insuperables, comparada con las consecuencias resultantes. Pero, ante todo, no se trataba de un aumento del medio por ciento, y por tanto mínimo, de la cuota en sí misma, sino de un aumento del 3,5 al 4 por ciento del salario laboral, o sea, de cantidades bastante considerables, sobre todo para los empresarios afectados. En segundo lugar, los representantes de la industria, que en la coalición estaban representados principalmente por el Partido Popular Alemán, atacaron con tanto encono el principio mismo del segu-

ro del trabajo, que aparece comprensible la actitud negativa del SPD. En última instancia, como en todas las ordenaciones sociales ante situaciones de emergencia, se trataba de la cuestión ineludible de quién había de soportar el mayor peso de la crisis. Por la misma época, Mussolini enviaba un grupo tras otro «a la hoguera», y ninguno osaba moverse, ni siquiera cuando el salario fue disminuido en un tercio. Por la misma época, ya hacía tiempo que Stalin había decidido que las cargas inimaginables de la gigantesca industrialización debían ser soportadas por los campesinos y los peones, mientras que las pocas ventajas visibles de momento redundarían en provecho de una pequeña capa de especialistas y funcionarios. Solamente dentro del sistema liberal bien instruido puede la porción mayor y más pobre de la población escapar hasta cierto punto a los efectos de la viejísima costumbre de que se recurra a su fuerza laboral y no al «capital» para cubrir el déficit. Pero justamente sólo hasta cierto punto, pues una eventual entrega de capital, por lo general, no es una alternativa genuina, sino sólo un slogan demagógico. Al olvidar los socialdemócratas esta simple verdad y provocar la caída del gobierno de Müller, se colocaron en una posición análoga a la de los socialistas italianos por su inmovilidad, y prepararon la clase de situación en la que *un* solo hombre decide sobre la cuantía y el carácter de las cargas que todos los demás individuos tienen que soportar. A pesar de todo, el sello lo puso el siguiente canciller del Reich, Heinrich Brüning, en esta evolución, al disolver el Parlamento en el verano de 1930, provocando así las elecciones catastróficas del 14 de setiembre de 1930, que llevaron al Parlamento a 77 comunistas y a 107 nacionalsocialistas.

Para la evolución del comunismo alemán de 1923 a 1930, la escena soviética había sido determinante. Después de la muerte de Lenin en enero de 1924, en seguida había estallado con toda su fuerza la lucha por el poder entre Stalin y Trotsky, que era al mismo tiempo una lucha entre dos posibilidades futuras fundamentalmente distintas. Stalin era, sin duda, con su doctrina del «socialismo en un solo país», el atrevido innovador, aunque a la vez el ejecutor de la última voluntad de Lenin, mientras que Trotsky, con la doctrina de la «revolución permanente», era indudablemente también el marxista ortodoxo. En esta situación, la Unión Soviética aún no se había alejado lo suficiente de sus orígenes para que la crítica de Trotsky a la burocracia soviética y a su desvia-

ción del sentido de la Revolución de Octubre, crítica que él había recogido de la «posición obrera», no hallara mucho eco entre la juventud y en la Internacional. Pero, como secretario general del Partido, Stalin era el que llevaba ventaja, y más por haber sabido atraerse a Sinoviev y a Kameniev, y por largos años estuvieron llenos todos los órganos de la prensa soviética y todas las publicaciones de la Internacional de la lucha contra los «trotskistas». No obstante, pronto cayó también Sinoviev bajo el fuego, y con él, en Alemania, el grupo «ultraizquierdista» de Fischer-Maslow, el cual, después de los fracasos de 1923, había tomado de momento la dirección del Partido. En Ernest Thälmann encontró Stalin un lugarteniente de confianza, que también le siguió cuando, después de la eliminación de Trotsky, Sinoviev y Kameniev, fue atacada la hasta entonces aliada ala derecha del Partido, con Bujarin y Tomski a la cabeza. Estas luchas y el confuso cuadro de la evolución soviética hicieron aparecer un montón de grupos comunistas de oposición, desde la Comunidad Obrera Comunista de Paul Levi hasta el KPD-O, pasando por la oposición de Weddinger y la de izquierdas, mientras que el más antiguo de estos grupos, el KAPD (Partido Comunista Obrero Alemán), denunció públicamente en 1927 el envío de granadas soviéticas al Ejército del Reich, acusando apasionadamente al Estado soviético de traición a la revolución alemana. Todas estas disensiones, empero, estaban íntimamente conectadas desde 1924 con el problema del fascismo, mejor dicho, del «socialfascismo». Fue el propio Stalin quien en 1924 había definido la socialdemocracia como el «ala moderada del fascismo» y había llamado a ambos fenómenos «no antípodas, sino hermanos gemelos».[29] Cuando en el año 1928, el VI Congreso de la Internacional emprendió el curso decididamente orientado a la izquierda, esta teoría ganó nueva actualidad. Como Stalin quería eliminar a Bujarin y, retomando tardíamente las tesis de Trotsky, llevar a cabo un monstruoso programa de la industrialización acelerada de Rusia, todos los partidos comunistas de Europa tenían que atacar a los socialdemócratas tan duramente como al fascismo, y anunciar el próximo comienzo de la crisis mundial del capitalismo. Pero esta predicción resultó ser correcta, y esta corrección aportó a los profetas, como no era por menos de esperar, beneficios y prestigio, mientras que los socialdemócratas, especialmente en Alemania, donde habían tenido la responsabilidad del gobierno, cayeron en

una situación difícil. Cierto que todos los grupos de oposición, y con ellos el entretanto exiliado Trotsky, prevenían contra los funestos efectos de una teoría que con frecuencia conducía a acusar de socialfascistas a todos los miembros individuales del SPD y, por tanto, a la gran masa del «proletariado», pero no pudieron impedir que, paralelamente a la analogía entre la época de la derrota y la crisis económica mundial, se desarrollara una analogía con las primeras duras luchas entre comunistas y socialdemócratas y que la cosecha de estas luchas fuera llevada al granero de un partido fascista, como había ocurrido una década antes en Italia. Y, lo mismo que en Italia, el término «antifascismo» siguió siendo un lema comunista. El Congreso Antifascista berlinés de 1929 no fue mucho más que una reunión comunista y la Acción Antifascista apenas otra cosa que una continuación de la prohibida Liga de Soldados Rojos.

Adolf Hitler, una vez puesto en libertad, después del suave y breve encarcelamiento a que le había condenado el tribunal popular de Munich, se encontró ante una situación modificada esencialmente. Desde entonces ya no podía contar con la complicidad del Gobierno bávaro en su lucha contra Berlín, aunque tampoco podía hablarse de enemistad contra el liberado culpable de alta traición. En seguida se determinó a cambiar decisivamente de táctica: la marcha sobre Berlín se conseguiría no con la ayuda de las ligas armadas, según el modelo de Mussolini, sino de un modo legal con el auxilio de las papeletas de votación. Pero, si bien en el caso de los partidos socialistas su reorganización sobre la base de una táctica legalista había determinado en ellos un cambio profundo en los modos de conducta y de pensamiento, en el caso del nacionalsocialismo, en cambio, no ocurrió nada comparable. Ciertamente, durante un intervalo de tiempo pareció como si el ala nortealemana del Partido, bajo la dirección de Gregor Strasser, fuese a dominar el grupo bávaro como a una reliquia de los viejos tiempos y siguiese una dirección menos emocional, francamente anticapitalista; pero como Hitler supo atraerse a uno de los exponentes más importantes de esta ala, el joven Paul Joseph Goebbels, se llegó a expulsar del Partido a los «socialistas» de Otto Strasser. El propio Hitler siguió siendo el mismo en lo esencial: en su libro desarrollaba en 1924 y 1926 los principios de los primeros años de Munich hacia una concepción cerrada de preparación política interna de Alemania,

mediante la eliminación del «marxismo», de los judíos y del sistema de partidos, para la lucha política externa de liberación contra Versalles, la cual, en alianza con Italia e Inglaterra, habría de ser simultáneamente la lucha decisiva por el espacio vital contra la Rusia bolchevique. Defendió esta concepción en innumerables discursos, a veces con unas flexiones que representaban el reflejo directo del esquema dialéctico marxista: lo persistente, el espacio, tenía que adaptarse siempre, en choques bélico-revolucionarios, a lo creciente y viviente, el pueblo. Pero parece que muy pocos oyentes tomaron en cuenta la intención principal nunca ocultada, y que, en los ataques y afirmaciones de este incomparable orador popular, cada uno sólo oía lo que quería oír: el conservador, el recuerdo de la autoridad del imperio de Bismarck; el nacionalista, la apelación a la unidad y unanimidad de todos los compatriotas; el industrial, los ataques contra las altas finanzas judías; el obrero, las invectivas contra la incomprensión social de la burguesía. En realidad, Hitler daba también una síntesis de todos los programas e intentos representados en el amplio espectro de partidos, si bien de una manera desnaturalizada y paradójica, y debía tener tanto más éxito cuanto mayores fueran las dificultades de la síntesis genuina. Lo erróneo que era, sin embargo, despachar este movimiento como mero agregado de las más opuestas divisas, lo hubiera tenido que revelar no sólo una mirada a la inconfundible idea central, sino ya solamente la percepción de la estructura propia del Partido.

El NSDAP no era un partido como los otros. Era la propiedad y el complemento místico de su jefe, el cual exigía de cada uno de los miembros fe ciega y entrega incondicional. Ya en el congreso del Partido en Weimar, en 1926, no desfilaron, como antes en los «Días alemanes», ligas armadas y del Partido, poco organizadas, diversamente uniformadas, saludando militarmente a un grupo de notables, entre los cuales Hitler no llegaba siquiera a tener el primer puesto, sino que ahora desfilaban grupos de asalto de las SA, con camisa marrón y el brazo levantado —el saludo de los legionarios de D'Annunzio y de los fascistas de Mussolini— ante el jefe supremo, el cual, de pie en un enorme Mercedes, contestaba al saludo. Y este hombre organiza su pequeño partido como un Estado: crea para él un centro en la Casa Marrón, nombra a sus subordinados por decreto, otorga honores, esboza proyecto futuros por medio de la varita mágica. Probable-

mente él no se da cuenta de que no hace más que llevar hasta su culminación la tendencia organizadora del odiado sistema de partidos, que renueva, en medio de tiempos relativamente normales, el doble poder ruso del año 1917 y el italiano del año 1922; difícilmente es consciente de que puede agradar a una parte del proletariado únicamente porque la labor de décadas de los «marxistas» ha atraído a este grupo hacia la participación en la política; sin duda no quiere reconocer que la lucha contra los judíos y la reacción y en favor de la comunidad nacional encuentra eco solamente porque los conceptos marxistas mucho más claros y radicales de capitalismo, feudalismo y sociedad sin clases están desgastados por su uso durante décadas y desacreditados por el ejemplo ruso, pero no por eso ha sido eliminado de la realidad su contenido. Así fue como los éxitos incompletos del enemigo se convirtieron en la base del triunfo nacionalsocialista: el sistema de partidos había debilitado la última fe hasta convertirla en un mero convencimiento y lo había asimilado, quitando el peligro a los residuos que quedaban; pero no había podido satisfacer la exigencia de seguridad total. La antigua fe había producido, incluso como mero convencimiento, transformaciones muy importantes de la realidad social; pero siguiendo sus huellas, había aumentado la desilusión. Mientras tanto, el paradójico triunfo de la fe marxista en Rusia había creado una nueva realidad aún no comprensible intelectualmente, que en todo caso se apartaba considerablemente del esquema propuesto. Todos estos fracasos, que quizá no eran fracasos en absoluto, operaron a favor de Hitler, quien prometió recoger la totalidad de sus tareas —integración, reforma, revolución— y se aprovechó sin más del resentimiento que había surgido de la actualización de su realización. Por esto a todos pareció ser todo, y en lo que era abiertamente, nadie lo tomó en serio.

La crisis económica fue el presupuesto de su subida. Pero no explica *su* subida. El descontento también vino en ayuda de los comunistas, y la industria apoyaba de más buena gana a los nacionalistas alemanes y al Partido Popular Alemán. Únicamente quien era tan polifacético como el mismo sistema de partidos, pero sin sus raíces históricas, sólo quien tenía una fe tan fuerte como la de Rosa Luxemburg, pero sin una doctrina precisa y discriminatoria, podía atraer sobre sí todas las esperanzas de esa época revoltosa y encarnar en sí mismo todos sus temores.

La historia de los años 1930 a 1932 es la historia de la progresiva autoparalización del parlamentarismo, de una crecida del comunismo, nueva pero insubstancial, porque estaba limitada casi sólo a los desheredados, y de un henchimiento ininterrumpido del nacionalsocialismo, el cual, en las elecciones de julio del año 1932, obtuvo casi el 40 por ciento de los votos y 230 puestos. Este henchimiento era un acontecimiento para el que no se había dado paralelo en Italia, pero parece como una repetición de sucesos conocidos, cuando los conservadores se esfuerzan en atraerse la colaboración del «esperanzador movimiento nacional» y utilizarlo para sus propios fines. La cuestión que se decidió en la segunda mitad del año 1932 no fue, de hecho, la de si el nacionalsocialismo seguiría creciendo o alcanzaría incluso la mayoría absoluta —esto era muy improbable—, sino la de qué conclusiones sacarían los conservadores alemanes del ejemplo italiano y con qué grado de decisión defenderían la Constitución.

Los movimientos fascistas menores y el modelo de Mussolini

Pero no sólo en Alemania se encontraron en 1932 los conservadores ante el difícil dilema de tomar una decisión respecto a un movimiento que seguía el ejemplo de Mussolini: entretanto, toda una serie de movimientos fascistas se habían hecho objeto en mayor o menor grado de la atención nacional o incluso internacional.

En *Hungría,* el regente Horthy se vio en 1932 puesto ante el dilema de si tenía que hacer primer ministro al general Julius Gömbös, joven oficial del Estado Mayor que había desempeñado un papel de primer orden en la oposición derechista radical del «Despertar de Hungría» y de los «Protectores de la raza cristiana», cuando el conde Stefan Bethlen había inaugurado en los primeros años veinte la era «liberal», que había concluido con el período del «terror blanco», había reestructurado la autoridad de la nobleza, había unificado prácticamente los restos del movimiento obrero y, en cuanto a los judíos, aunque no los persiguió, los atemorizaba periódicamente. Por aquel entonces, los radicales de derechas se habían peleado con la mayoría parlamentaria fiel al gobierno, el llamado Partido de Unificación, habían

sostenido relaciones fraternales con las milicias nacionales de Austria y con las ligas armadas de Munich y habían ofrecido asilo a los pistoleros alemanes. No obstante, a medida que Hungría se aproximaba en su política exterior a la Italia fascista, también se iban debilitando rápidamente las contradicciones, y Gömbös manejaba un cierto número de altos funcionarios del Estado. Por esto se decidió Horthy, después de la retirada de Bethlen y del breve gobierno de Julius Karoly, a transferir, sin muchos escrúpulos, la dirección de la política a Gömbös. Gömbös estaba en mejor situación que Mussolini al entrar en el Gobierno, en la medida en que disponía de una mayoría parlamentaria que se le había entregado, justamente el Partido de Unificación, y no se le opuso ninguna resistencia, al introducir en Hungría un «nuevo estilo», atravesando velozmente todo el país en automóvil o avión, para hacer en todas partes discursos programáticos sobre la «propia finalidad nacional». En su política exterior se orientó totalmente hacia Italia, y en el verano de 1933 fue el primer hombre de Estado europeo que hizo una visita a Adolf Hitler. Pero si bien su situación era más fácil que la de Hitler o Mussolini, precisamente por eso su libertad de movimientos era menor. Pues Horthy tenía y conservaba una posición mucho más fuerte que Víctor Manuel o que Hindenburg, y el Partido de Unificación no era un movimiento fascista, sino una fuerza enteramente conservadora, que había impedido tanto una enérgica reforma agraria, como la eliminación de las elecciones públicas en los distritos regionales, y que rechazaba por principio toda «demagogia». Así, pues, la toma de posesión de la presidencia del Gobierno por parte de Gömbös, el 1 de octubre de 1932, no fue propiamente una toma del poder, sino sólo una acentuación más fuertemente filofascista de la política exterior y un estilo de política interna más folklórico; en resumen, fue la consecución del «encuadramiento» de un hombre nuevo, que, por temperamento y procedencia ideológica, era cercano a Mussolini y Hitler, por parte de las fuerzas conservadoras del antiquísimo poder de la nobleza.

Austria no había conocido, como Hungría y Baviera, una República de Consejos. Pero la socialdemocracia era muy fuerte y había conservado más ortodoxia marxista que sus partidos hermanos. Diferentemente a lo que había ocurrido en Alemania, había sabido asegurarse un fuerte influjo en el pequeño ejército y había creado su propia organización ar-

mada poderosa. De este modo, las múltiples organizaciones de autodefensa que se formaron en los meses siguientes a la derrota eran en general suprapolíticas y únicamente encaminadas al restablecimiento del orden, o bien —como en Carintia— a la defensa del territorio patrio contra ataques extranjeros. Sin embargo, dado que Austria era un país agrario con viejas tradiciones militares, en cuyo territorio había quedado como atascada inorgánicamente la capital de un Imperio antes enorme, pronto quedó envuelta la mayoría de las milicias del país en la contradicción política e ideológica entre el campo, socialcristiano, y la capital, socialdemócrata. En especial, las milicias patrióticas del Tirol estuvieron en estrecha relación con las ligas bávaras de Orgesch y Orka, y en sus filas actuó por largos años el comandante Waldemar Pabst, cuyo papel en el Berlín del año 1919 ya es conocido. Con todo, esa contradicción se expresó descarnadamente sólo como consecuencia de los hechos de Viena del 15 de julio de 1927: un tribunal vienés había declarado inocentes a los miembros de una asociación de combatientes, que en enero, en un choque con la liga de defensa socialdemócrata, habían matado a dos personas, y una multitud indignada, desenfrenadamente amotinada, puso fuego al Palacio de Justicia vienés. La dirección del Partido Socialista, para tener de nuevo en sus manos a las masas, tuvo que convocar una huelga general de un día y luego una huelga de transportes; pero el canciller federal, Seipel, no se arredró, y en muchos sitios las milicias nacionales se pusieron al servicio de los órganos estatales como policía auxiliar, consiguiendo reprimir la huelga con cierto esfuerzo. A partir de entonces, la liga de defensa y las milicias nacionales se enfrentaron en una enemistad mortal, cada vez más aguda. Los socialdemócratas dirigieron la lucha totalmente bajo el signo del «antifascismo», que aquí tampoco era un monopolio de los comunistas, sino asunto de la clase obrera unida, y el jefe de la liga de defensa, Julius Deutsch, publicó ya en el año 1928, «por encargo del Comité Internacional Antifascista», una visión global del «fascismo en Europa». Las milicias nacionales, de hecho, se fueron aglutinando inconfundiblemente en un movimiento unitario, que tomó un jefe y pasó a ser, de una tropa auxiliar de Seipel y del Partido Socialcristiano, cada vez más una fuerza autónoma, por estrechamente que permaneciera ligada a los partidos burgueses bajo la bandera del «antimarxismo». Al poco tiempo, y

a pesar de la cuestión del Tirol del Sur, se establecieron múltiples contactos con el fascismo italiano, y el 18 de mayo de 1930, en Korneuburg, la milicia nacional adoptó un programa político que revelaba caracteres declaradamente fascistas, al exigir la creación de un Estado corporativista y expresar la voluntad de conquistar el poder. A pesar del fracaso de un golpe, la importancia de la milicia nacional aumentó casi ininterrumpidamente, debido a que en el Consejo Nacional los dos grandes partidos se atacaban mutuamente y la crisis económica mundial sacudió hasta sus cimientos el pequeño país, débilmente estructurado. Sólo por breve tiempo, ante la creciente amenaza del movimiento nacionalsocialista, surgió la idea de una coalición del Partido Socialcristiano y del Partido Socialdemócrata; como ésta no pudo realizarse, Engelbert Dollfuss, quien el 20 de abril de 1932 se había hecho cargo del Gobierno, buscó francamente el apoyo de la milicia nacional. El dirigente vienés de ésta, Emil Fey, entró en el Gobierno como secretario para las cuestiones de seguridad del Estado, obteniendo así una fuerte posición en el poder. Así fue como, a fines de 1932, en Austria participaba en el poder un movimiento fascista, que se apoyaba en el movimiento fascista que gobernaba Italia y que estaba unido al hombre de Estado, bajo cuya dirección se puso temporalmente, no sólo por el antimarxismo, sino también por la fuerte oposición al tercer movimiento fascista, el nacionalsocialismo.

En cuanto a *Inglaterra*, la mayoría de los titulares de la prensa nacional e internacional los había provocado, después de Hungría y Austria, un movimiento fascista, mejor dicho, un político fascista. Desde luego, sir Oswald Mosley no debía su prestigio precisamente a la British Union of Fascists, que fundó en octubre de 1932. Había sido uno de los miembros jóvenes del Parlamento más prometedores en Inglaterra, se había sentado primero en los bancos de los conservadores, luego en los de los laboristas, y había sido ministro en el segundo gobierno de MacDonald. Después se había separado del Partido, que no quiso seguir sus atrevidas propuestas para la solución del problema de los parados, y, a raíz de una visita a Roma, se había sentido atraído y entusiasmado por el ejemplo de Mussolini y su «movimiento moderno». Al regresar a Inglaterra, reunió seguidores procedentes del Labour Party y de los diversos grupos fragmentarios de carácter fascista que ya existían desde 1923 y pu-

blicó, el día de la fundación del Partido, su escrito programático *The Greater Britain*, que produjo gran sensación. A pesar de que, naturalmente, no podía pensar siquiera en una próxima toma del poder, siguió siendo, con todo, una figura de la política nacional.

En *Rumania*, Corneliu Zelea Codreanu se disponía a ser una figura semejante. Originado en la atmósfera del antisemitismo europeo más antiguo, en el año 1923 había fundado, junto con su maestro, el profesor Cuza, la Liga para la Defensa Nacional-Cristiana, que se puso como objetivo la lucha contra el «veneno judío». Entusiasmado por la marcha sobre Roma, desde el primer momento lleno de simpatía por Hitler, atrajo más atención sobre sí cuando, en el juicio contra el prefecto de su ciudad natal, Jassy, que le había maltratado, lo mató a tiros y fue absuelto en un espectacular juicio por jurados. La Legión del Arcángel Miguel, que fundó después de la separación de Cuza, en junio de 1927, era una creación muy singular, que tenía como primer punto del programa la creencia en Dios y que se declaraba cruzada contra las fuerzas judías de los sin Dios. Apoyado por Vaida-Voevod, el político asimismo antisemita del Partido Agrario Nacional que por cierto tiempo había sido primer ministro, el movimiento, que entretanto se había hecho conocer bajo el nombre de Guardia de Hierro, logró cinco puestos en el Parlamento en las elecciones de julio de 1932 y empezó así el prominente papel que había de desempeñar en la política rumana de los diez años siguientes.

En la *Francia* de 1932, Charles Maurras y Léon Daudet, de la Action Française, seguían siendo las figuras más conocidas de la extrema derecha, pero sólo ejercían una influencia intelectual, no parlamentaria. Antes de la guerra mundial, la Action Française se había adelantado en cierta medida al fascismo, en sus doctrinas y formas de organización, pero, después de la guerra, los hombres de la generación de combatientes la encontraron muy envejecida y entumecida. En 1924, también una gran parte de la ex burguesía republicana se había asustado mucho por las manifestaciones comunistas durante el solemne traslado de las cenizas de Jean Jaurès al Panteón, y se habían formado una serie de «ligas», ante todo la de las Jeunesses Patriotes, bajo la dirección del diputado Pierre Taittinger. En el clima de confianza del gobierno nacional de Poincaré, empero, no habían encontrado terreno abonado, y lo mismo vale para el Faisceau des Com-

battants et des Producteurs, que había empezado a existir en 1925, después de una visita a Mussolini de Georges Valois, el antiguo jefe de la tendencia sindicalista dentro de la Action Française. Con todo, la situación empezó a cambiar en 1932, a consecuencia de la victoria electoral de la izquierda y de la irrupción de la crisis, y, junto a cierto número de asociaciones similares, la «Croix de Feu» del coronel De La Rocque hizo sus primeros progresos importantes; se trataba de una unión de combatientes, por el carácter fascista o no fascista de la cual iban a estallar pronto violentas discrepancias.

En *Finlandia,* la «marcha sobre Helsinki» en 1930 del movimiento campesino Lappo, fuertemente anticomunista, había obligado a la prohibición del Partido Comunista, y había llevado al poder al político conservador Svinhufvud, que simpatizaba con aquél. Pero a pesar de que su jefe, el terrateniente Kosola, se dejaba llamar de buena gana el «Mussolini finlandés», el carácter fascista del movimiento siguió siendo dudoso, y ya en 1932 había provocado su propia disolución a raíz de un imprudente intento de golpe.

En muchos otros Estados de Europa existían en 1932 movimientos de carácter fascista en estado embrionario, como en España, Holanda y Yugoeslavia; casi en todas partes había organizaciones y comités antifascistas, la mayoría de los cuales se hallaban bajo influencia comunista. Había pasado la época de Briand y Stresemann. Pero únicamente el curso de los hechos en Alemania podía decidir definitivamente si la forma de organización política e ideológica más nueva de Europa iba a salir de su aislamiento y marcar con su sello la época.

IV. Fascismo y antifascismo a partir de 1933

El triunfo del nacionalsocialismo y su significación histórica

También en Alemania, el ejemplo de Mussolini fue de gran importancia. Todo el mundo sabía que Hitler había renunciado al Tirol del Sur debido a su predilección por el fascismo; no era un secreto que en su gabinete de trabajo había un busto de Mussolini. Por parte de la derecha más extrema (por ejemplo, Ludendorff, Niekisch, Otto Strasser) se había desarrollado un «antifascismo» muy curioso, que reprochaba a Hitler precisamente su dependencia del modelo romano; incluso a observadores perspicaces, el propio Hitler aparecía como una mera copia del Duce. Es ciertamente discutible que Hitler, después de la victoria electoral de julio, hubiese pedido realmente, en su conversación decisiva con Hindenburg, todo el poder «como en Italia», pero en todo caso Hindenburg así lo entendió, y de ahí procede su negativa. El ejemplo italiano tendría que haber mostrado a Franz von Papen que hombres como Mussolini y Hitler, que están apoyados por un movimiento popular y por un ejército del partido, no son «encuadrables»; pero sin tener en cuenta la experiencia pasada, él y los suyos soñaban los mismos sueños que Giolitti y Salandra. Había sin duda toda una serie de motivos que les indujeron, a él y al pequeño grupo de hombres influyentes alrededor de Hindenburg, a eliminar sistemáticamente todas las resistencias contra el nacionalsocialismo, después de las elecciones presidenciales que habían confirmado en su cargo a Hindenburg, como candidato de un antifascismo burgués de izquierda-socialdemócrata (que, desde luego, no era muy consciente de sí mismo), contra Hitler, Duesterberg y Thälmann. El papel más importante seguramente lo desempeñó la profunda desazón de Hindenburg ante la inversión de frentes que se produjo a su alrededor y que le había puesto en contra del frente unido de sus amigos. Se podía esperar del mariscal de campo imperial que defendiera con dignidad y firmeza una república

conservadora, pero como jefe supremo de los «rojos» y los «negros» se encontraba en una posición aún más insoportable que la de Giolitti frente al Parlamento de socialistas y *popolari*. Por eso se enojó contra Brüning y Groener por la prohibición de la SA y exigió la prohibición también del Reichsbanner («Estandarte del Reich»), a pesar de que esta organización armada suprapolítica, cuyo núcleo en todo caso era socialdemócrata, tenía una actitud respecto a la Constitución muy distinta a la de las tropas de choque de Hitler, y a pesar de que el verdadero paralelo de la SA y las SS, la Unión de Combatientes Rojos, había sido prohibida desde hacía años. Y aunque de este anciano no podían exigirse conocimientos históricos, sin embargo, el general Von Schleicher tenía que haber sabido que el Gobierno italiano había tanteado en 1922 la prohibición de las escuadras fascistas y no había sido capaz de imponerla; que, por tanto, la aceptación sin resistencia de la prohibición de la SA por parte de Hitler probaba la fuerza del Estado y la posibilidad positiva de una autoafirmación airosa. No menos importantes fueron seguramente los motivos puramente egoístas: la aversión hacia el «bolchevismo agrario» de Brüning, que proyectaba la repartición de los bienes empeñados de la región al este del Elba y que Hindenburg consideraba una amenaza personal, desde que «el pueblo alemán» le había regalado el latifundio de Neudeck. Finalmente, también tuvieron peso los temores ante determinados agrupamientos en el campo enemigo: en la reunión del gabinete que precedió a la liquidación del Gobierno prusiano —el llamado «golpe de Prusia»—, el ministro Eltz-Rübenach manifestó que había oído hablar de conversaciones entre socialdemócratas y comunistas, de que en algunos sitios se proyectaba un «frente de unión antifascista»; y el discurso radiofónico de Von Papen, que trataba de justificar el golpe de Estado, estaba completamente traspasado de este tono. Sólo de este modo, por la actitud de estos conservadores —los ataques contra la prohibición de la SA, la caída de Brüning, la convocación de nuevas elecciones por el nuevo gobierno de Von Papen y el golpe de Prusia—, fue posible el arrollador triunfo de Hitler el 31 de julio, aunque también es cierto que este triunfo no fue producido por todo esto. Ciertamente, durante toda la segunda mitad del año 1932, no se puede hablar de una firme voluntad de llevar a Hitler al poder, ni por parte de Hindenburg, ni de Papen, ni de Schleicher, ni de la industria.

Todos ellos deseaban un gobierno fuerte y, a ser posible, el propio, pero no el poder del «liberto austríaco», que les era sospechoso o inquietante. Pero estaban muy lejos de la opinión de que, si bien el sistema liberal —y de todas las formas constitucionales del mundo sólo *éste*— permite la existencia y el desarrollo de partidos anticonstitucionales, no obstante, éstos en ningún caso deben ser admitidos en el Gobierno, hasta tanto la parte de la población fiel a la Constitución disponga de una minoría de contención, que no sólo legitime moralmente, sino que exija imperiosamente la puesta en acción de todos los medios de poder estatal, no contra la existencia, pero sí contra las formas de organización estatal de tales partidos. Pero entonces estaba muy difundida la superchería de que, aunque las leyes constitucionales particulares sólo pueden ser modificadas por una mayoría de los dos tercios, la Constitución en su totalidad, en cambio, incluso toda una ordenación de la vida, debía dejarse derrocar sin resistencia, si un partido anticonstitucional, en su crecida temporal, alcanzaba el 50,1 % de los votos. Fue la tragedia de los conservadores, la de que, a pesar de que estaban instintivamente muy próximos a esta opinión, se dejaron deslumbrar en su capacidad de juicio, de tal modo que —quizá— creyeron en la realidad de un intento de golpe comunista; fue su culpa el tener tan poca conciencia de la necesidad de defender la forma de vida característica de Europa, y el que para ellos fuera más importante, junto a la seguridad social incondicionada, conseguir el rearme de Alemania y la revisión de las decisiones de 1918. En estos puntos, empero, Hitler les era imprescindible, y en este sentido no fue una intriga puramente personal y casual el que Von Papen, después del fracaso de los intentos de Shleicher por formar, con la ayuda de Leipart y Gregor Strasser, algo así como un antifascismo sindical-nacionalsocialista, le abriera a Hitler en enero del año 1933 el camino hacia el poder —según su idea: únicamente hacia la participación en el poder. En realidad, no hizo más que romper el último dique que impedía la inundación —inundación que, aún menos que en Italia, había sido producida por maquinaciones, pero que, lo mismo que en Italia, con decisión y comprensión de lo que estaba en juego, habría podido ser dominada a tiempo.

Cuando el 30 de enero de 1933 Hitler fue nombrado canciller del Reich, ya había pasado esa oportunidad, a pesar de que formase un gabinete en el que los nacionalsocialistas es-

taban en minoría, igual que los fascistas en 1922. Pues entonces se desencadenó algo que el propio Hitler no manipuló y que sólo pudo dominar con esfuerzo: la «revolución nacional», un acontecimiento de fuerza arrolladora; se trató de una revolución en la medida en que se despertaron de nuevo las grandes esperanzas del fracasado vuelco de 1918, aunque fuera en una forma totalmente cambiada: pues fue sobre todo una revolución contra la revolución, que respondía exactamente a la naturaleza de aquella capa de la población alemana tan extensa que se había aterrorizado ante la Revolución Rusa y que, ante la revolución alemana, había permanecido pasiva por mucho tiempo, pero que fue llevada a la acción por los oficiales que antes había descrito Ernst Jünger, y por aquellos que tenían su mismo espíritu: no una revolución caótica, sino un levantamiento disciplinado, no una propuesta proletaria, sino una afirmación militar, no la decretación de lo nuevo y revolucionario, sino la (aparente) confirmación de lo antiguo y tradicional, no la violencia visible, sino la prepotencia triunfante. De ahí el júbilo ante los desfiles, de ahí el entusiasmo en los mítines, de ahí el potenciado sentimiento del triunfo, a pesar de que sólo se había aplastado a un enemigo imaginario y vencido desde hacía tiempo, de ahí, en fin, el precario sentimiento de unidad de esa revolución «nacional», y precisamente no «nacionalsocialista», que afirmó recobrar una «honra» que nunca se había perdido, y conquistar una igualdad de derechos que los enemigos cubiertos de escarnio habían logrado en catorce agotadores años.

Empujada por esta ola de lo primitivo, que en Italia sólo se había dado en germen, la revolución alemana, en comparación con los acontecimientos italianos, adquirió en seguida las características de aceleración, intensificación y mitologización. Lo que en Italia había precisado de cuatro años, la eliminación de los partidos, incluidos los conservadores, la aniquilación de los sindicatos, la uniformización de la vida social y espiritual, la fijación jurídica de la posición monopolista del partido estatal, todo esto se había llevado a cabo en Alemania en apenas doce meses. La lucha contra «todo el mundo de la democracia», que en Italia sólo había empezado después de ciertas vacilaciones y muy prudentemente, tuvo en Alemania, ya durante las primeras semanas, un clímax espectacular en las quemas de libros, y la política de población tomó, con la ley de prevención contra la descendencia

hereditariamente enferma, un giro que en Italia nunca se había imaginado. El antisemitismo, que también estaba presente en el fascismo italiano y que se expresaba en las burlas contra el espíritu «judío» de la Sociedad de Naciones, pasó a ser en Alemania, según el espíritu de Hitler, como catorce años antes, el principio de explicación universal, que atribuía a cada judío individual todas las acciones «subversivas» cometidas por algún judío, de modo que ya el 1 de abril de 1933, como respuesta a las «calumnias de la judería internacional», se llevó a cabo un boicot progrómico a gran escala contra los comercios judíos, que incluso a extranjeros bien intencionados hizo dudar de si Alemania todavía podía ser contada entre los Estados civilizados.

Naturalmente, había *una* palabra que nunca aparecía en los grandes discursos del nuevo canciller del Reich con una significación tan positiva como en los anteriores discursos y declaraciones del Duce: la palabra «guerra». Mussolini nunca había ocultado a su pueblo su profunda desconfianza contra los principios de Ginebra y siempre le dirigía llamamientos para que estuviera preparado para el gran día; Hitler, por el contrario, parecía revelarse como el partidario más convencido de Wilson desde la época de Kurt Eisner, pues se las arregló para afirmar incansablemente, como ningún político de Weimar antes que él, el deseo de paz del pueblo alemán y la condena de la guerra. Tenía motivos para ello, pues no podía permitirse la franqueza de Mussolini. La revolución nacionalsocialista, que de la noche a la mañana transformó todo el pueblo en hombres uniformados y declaró el «campamento» como la suprema forma de existencia, no podía ser, en su sentido objetivo, otra cosa que una declaración de guerra contra el sistema de Versalles y a la vez el sistema liberal, incluso contra todo el mundo. Pues la enemistad contra todos los principios que regían el mundo no fascista era visible, aparte de los discursos del canciller del Reich, en todas las publicaciones doctrinarias del movimiento, y Alemania no era, como Italia, un país de rango medio, cuyas exigencias sólo provocasen cierta intranquilidad, pero no preocupaciones serias. Era el segundo Estado industrial del mundo y en germen la potencia militar más fuerte del mundo; no había conocido los horrores de la guerra y, a través de las privaciones de la población, se había procurado el equipo industrial más moderno. Si se hacía fascista, es decir, sin pérdidas debidas a conflictos por cam-

bios estructurales y por disensiones políticas, empleando todas sus fuerzas en la movilización total, entonces, al cabo de pocos años, una tal hinchazón de poder *tenía* que significar que el mantenimiento del sistema de Versalles se hiciera imposible y que con ello se hiciera inevitable la guerra —suponiendo que consiguiera mantenerse firme en la zona de peligro de esos años, dividir a sus enemigos y ganarse aliados. La pregunta correcta no es, por tanto, «¿A consecuencia de qué acontecimientos estalló la guerra?», sino «¿Por medio de qué estados de cosas o de qué cualidades personales pudo Hitler demorar la ruptura de hecho debida a la guerra declarada silenciosamente con la existencia de su movimiento, sin que los amenazados se uniesen para la defensa frente al peligro político-estatal y social-interno?» Evidentemente, el carácter antibolchevique de su movimiento tuvo un papel decisivo y, junto con él, el filofascismo europeo, pero también el propio bolchevismo, la situación del sistema liberal en los Estados particulares y finalmente el fascismo italiano, así como los movimientos y tendencias fascistas en otros países. Mussolini vio muy claramente lo que iba a significar el triunfo del nacionalsocialismo para el movimiento fascista mundial, del cual se consideraba a sí mismo el promotor, y observaba con orgullo que, a partir de entonces, la iniciativa histórica ya no vendría de París o Moscú, sino de Roma o Berlín; la prensa fascista, empero, saludó también con entusiasmo la toma del poder por Hitler, evidentemente porque ahora se podía contar con grandes posibilidades para una osada política exterior italiana. Con todo, el propio Mussolini no dejó tampoco de aclarar que Italia, en cuanto potencia vencedora de la Primera Guerra Mundial, debía sentirse entre los amenazados respecto a la naturaleza panalemana de este movimiento hermano, y de ahí que una serie de sus afirmaciones (la mayoría, en todo caso, anónimas) sobre el nacionalsocialismo sonaran en esta primera época como si fueran temores y avisos.[1]

La emigración alemana y los comienzos de la resistencia interior

Durante las tormentas de la «revolución nacional», los enemigos alemanes de Hitler habían sido enviados a las cárceles o a los campos de concentración —sobre todo la ma-

yor parte de los funcionarios comunistas después del incendio del *Reichstag*—, o habían emigrado, o bien se habían agazapado prudentemente. Durante los primeros meses de entusiasmo general y de horror no menos general en la otra mitad del pueblo, no se dieron en Alemania ni indicios de resistencia. Pero también los emigrantes se hallaron en una situación difícil, no sólo material. En su gran mayoría, no podían dejar de cargarse a sí mismos y a sus compañeros de emigración de los demás partidos una medida considerable de la responsabilidad por lo ocurrido.

La situación más difícil era la del SPD (Partido Socialdemócrata). Antes de su disolución, los sindicatos habían hecho intentos, en vano y no muy honrosamente, para llegar a un modus vivendi con los nacionalsocialistas, y la fracción parlamentaria, después del gran discurso pacifista de Hitler el 17 de mayo, había votado en favor de la resolución nacionalsocialista —de hecho, con buenos motivos, ya que Hitler justamente parecía hacer suyos los principios de Weimar, pero efectivamente no sin el regusto de una capitulación—; únicamente la enemistad inmodificable de Hitler y la disolución del Partido en junio, aseguraron, como pareció, la autoridad del cuadro dirigente del Partido, que había emigrado a Praga. Pero así como el SPD en los últimos años anteriores a 1933 había tenido que imitar al nacionalsocialismo con la creación del «Frente de Hierro» y el invento del símbolo de las tres flechas, a pesar de que el nacionalsocialismo siguió aventajándole en el terreno paramilitar, del mismo modo pareció ahora que, obligado por los acontecimientos, tenía que adoptar la concepción de los comunistas. El «Neue Vorwärts» cambió hacia un tono declaradamente revolucionario y consideraba que el fallo histórico de la socialdemocracia después de 1918 había sido la incapacidad para disgregar las capas reaccionarias y para llevar a cabo la transformación socialista de la vida entera. A pesar de que la discusión se agudizó, incluso dentro de la Internacional obrera socialista, ante la cuestión de si se había tenido demasiado o demasiado poco marxismo, también es cierto que incluso los que abogaban por un retorno al marxismo, como «Miles» del grupo del Recomienzo o el historiador Arthur Rosenberg, no proponían una cooperación incondicionada con las comunistas: precisamente esta recién estrenada ortodoxia marxista hacía a sus defensores tanto más sensibles respecto a las duras realidades del capitalismo estatal burocrático de Rusia.

Sin embargo, en última instancia la dirección más poderosa siguió siendo la que afirmaba que la primera misión de los partidos socialdemócratas era la defensa de la «democracia», si bien se manifestaba insegura y llena de dudas en la cuestión de hasta qué grupo de la «burguesía» debían llegar las alianzas necesarias. Si bien es cierto que el cuadro dirigente del Partido desplegó una gran actividad desde Praga, especialmente a través de la publicación de innumerables folletos en la propia editorial Graphia Karlsbad, no obstante, la profunda crisis en que había entrado el Partido se pone claramente de manifiesto en las declaraciones ocasionales de algunos colaboradores, como por ejemplo la de que nadie se había imaginado cómo podían ser los hombres en Alemania, país de la cultura; que en el pasado se habían hecho de los hombres una idea muy distinta de la que éstos habían mostrado en realidad durante los últimos años.[2]

En la emigración comunista, estas cuestiones tan inquietantes fueron planteadas, a lo sumo, en secreto. Claro que se estaba dispuesto a hacer reproches autocríticos a la oposición ultraizquierdista de Neumann y Remmele, que había anhelado realmente la toma del poder por el nacionalsocialismo, como antesala inmediata de la revolución proletaria, pero en general, todavía se estaba lejos de abandonar la teoría del «socialfascismo». ¿Acaso no se había propuesto a los socialdemócratas, inmediatamente después del 30 de enero, el llamamiento a la huelga general, y no había sido rechazada esta propuesta? (¡No había que acordarse de la huelga general convocada por la Alleanza del Lavoro en el año 1922 y fracasada en circunstancias más favorables!) Y al cabo de pocas semanas, el incendio del Reichstag puso a toda la emigración comunista en febril actividad, la occidental alrededor de Willi Münzenberg, en París, aún más que la oriental dirigida por Wilhelm Pieck y Walter Ulbricht en Moscú. ¿Cómo habría podido dudarse de que los nazis habían sido los promotores del incendio, dado que todo el mundo estaba de acuerdo en la suposición básica de excluir la responsabilidad individual de Van der Lubbes, y se estaba seguro de la propia no participación en el hecho? Por esto se confeccionó, bajo la jefatura de Münzenberg, el «Libro marrón sobre el incendio del Reichstag y el terror hitleriano», que en la primera parte trataba de demostrar la hipótesis natural de la culpa nacionalsocialista con suposiciones atrevidas y mentiras irreflexivas, y que en la segunda parte documentaba

suficientemente en lo esencial los actos de terror; escrito que tuvo amplia difusión en doce lenguas y que significaba la mayor derrota propagandística del régimen nacionalsocialista, cuanto más que la conducta ridícula de Göring ante el tribunal del Reich pareció dar la confirmación más segura que podía imaginarse.

De la izquierda burguesa pacifista marcharon (o ya se habían marchado) del país hombres como Hellmuth von Gerlach y Friedrich Wilhelm Foerster; de los políticos del centro, emigraron el prelado Kaas y, en 1934, Heinrich Brüning; su actividad, empero, no puede considerarse muy distinta de la de Gaetano Salvemini o de Luigi Sturzo. La comparación tiene signo distinto en el caso de los nacionalsocialistas disidentes, de los cuales, Otto Strasser y más tarde Hermann Rauschning tuvieron audiencia internacional en mucha mayor medida que Massimo Rocca o Alceste de Ambris.

En general, la emigración política alemana no es probable que fuera más extensa y activa que la italiana, pero la aceleración en este caso se expresó en el hecho de que pasaron no cuatro años, sino sólo unos pocos meses, hasta que se hubo reunido; la intensificación, no obstante, tuvo su contrapartida en la emigración en el sentido de que de Alemania emigraron muchos más representantes de la ciencia y de la literatura, de los que habían emigrado de Italia diez años antes.

De los científicos alemanes, buscaron asilo en el extranjero algunos centenares en seguida y unos dos mil con el curso de los años, ante las medidas de los ministerios de Educación, los ataques de algunos colegas y los boicots de la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas —eran hombres famosos o desconocidos, comprometidos políticamente o totalmente apolíticos: Albert Einstein y Hans Kelsen, Erich Kahler y Hajo Holborn, Ernst Cassirer y Waldemar Gurian, Hans Baron y Fritz T. Epstein.

Prácticamente todos los escritores emigrados, por el contrario, estaban políticamente comprometidos: lo mismo Heinrich Mann que Erich Maria Remarque, Bert Brecht no menos que Johannes R. Becher, Alfred Döblin tanto como Theodor Plievier.

La literatura alemana producida por ellos en el extranjero tenía sus propias editoriales (Querido, Albert de Lange, Europa, Malik, Bermann-Fischer, Éditions du Carrefour, la

Cooperativa editorial de obreros extranjeros en Moscú), sus propios periódicos, como el «Neue Tagebuch» y el «Neue Weltbühne», su propia liga de protección. Permaneció más estrechamente unida que la ciencia exilada y consiguió valer en el extranjero como la literatura alemana sin más. En sus bordes se mezclaba con la emigración claramente política, especialmente en el caso de los Informes de los campos de concentración, dados entre otros, por Hans Beimler, Gerhard Seger y Willy Bredel. Los conflictos entre los partidos también se expresaron agudamente en esta literatura, también en ella se daba —como importantísimo síntoma del modo de sentir la significación de los acontecimientos—, junto a una gran actividad autoconsciente, no pocas veces la expresión de una profunda desesperación, que es visible, por ejemplo, en las manifestaciones epistolares de Kurt Tucholsky.

En realidad, para la mayor parte de la emigración no podían establecerse paralelos con los *fuorusciti* italianos: para la emigración de raza, es decir, judía, la consecuencia inmediata de la propensión a la mitología naturalista, que diferenciaba el nacionalsocialismo del fascismo italiano. La emigración literaria, académica y política procedía en mayor o menor medida de la discriminación racial; pero realmente típicos eran únicamente aquellos grupos de judíos totalmente apolíticos, que en parte por esto precisamente eran nacionalistas alemanes, que esperaban temerosamente en el extranjero el fin de la «tormenta», aunque no el fin del nacionalsocialismo, y se preparaban cotidianamente para su regreso a la patria.

En general, la emigración alemana es ya, en su abigarrada composición, una prueba de la específica «enemistad universal» del nacionalsocialismo, que es la contrapartida desesperante y quejosa de la esperanzada enemistad universal del marxismo y que supera en mucho la enemistad universal puramente en potencia del fascismo italiano.

A medida que, después de los abrazos tormentosos de la revolución alemana, se hizo indudable que el puñal pasaba a manos del socio más joven y fuerte, fue ganando terreno en Alemania la «resistencia» interior, aunque no, desde luego, en un sentido cuantitativo. Si las provincias y el Parlamento se dejaron aniquilar sin mucha resistencia y para siempre, las fuerzas más antiguas del sistema liberal se opusieron con determinación tanto mayor, e incluso en parte

con éxito a la transformación de Alemania en un campamento militar permanente, que ya sólo hacía caso de sí mismo y de la voluntad del supremo mandatario.

La Iglesia católica, que en vano había tratado de asegurar su posición por medio de la conclusión del concordato, se halló muy pronto envuelta en una dura lucha por la existencia de sus asociaciones y periódicos, de modo que sólo con gran esfuerzo pudo hacer oír su voz en la lucha por el «neopaganismo» de Alfred Rosenberg.

Las Iglesias evangélicas se vieron amenazadas desde dentro por la aparición de los «cristianos alemanes» y tuvieron que defenderse por medio de la «Unión de sacerdotes en emergencia» y de sínodos especiales contra la «divinización de la criatura»: combatir a la misma había sido durante siglos la razón vital del protestantismo.

Las universidades, según toda apariencia, habían sido no sólo amenazadas, sino conquistadas desde dentro, o sea, por parte del estudiantado. Pero la más elemental de sus exigencias, la de la autonomía de la ciencia, fue hecha pública todavía durante años por hombres como Eduard Spranger y Theodor Litt y defendida por gran número de otros hombres de estudio en una denodada lucha cotidiana y, a pesar de todo, con cierto éxito.

El Ejército afirmaba tercamente su propia autonomía frente al Partido y su privilegio de ser el único estamento armado de la nación, en contra de la SA. Los acontecimientos del año 1934, especialmente el asesinato de los generales Von Schleicher y Von Bredow, así como la obligatoriedad de prestar un juramento personal a Hitler, después de la muerte de Hindenburg, hicieron vacilar la confianza de muchos altos oficiales para con Hitler y plantaron los primeros gérmenes de la resistencia posterior.

Burocracia y jurisprudencia llevaban demasiado claramente el sello del Estado de derecho de Guillermo y de Weimar, para que se hubieran podido transformar sin resistencia en instrumentos de la voluntad soberana del Führer. La dimisión de Carl Goerdeler de su cargo de alcalde de Leipzig, porque no había podido imponer el restablecimiento del monumento a Mendelssohn que el Partido había removido, fue un hecho característico.

También la literatura alemana interior siguió estando muy lejos de corresponder fielmente a las ideas de Adolf Hitler —manifestaciones como las de Ricarda Huch y Ernst

Wiechert fueron sintomáticas por sus «defectos». En importantes casos limítrofes, como los de Stefan George y de Thomas Mann, se acercó a la emigración o se pasó a ella, si es que no conoció los campos de concentración y el silencio forzado, como ocurrió en el dominio de la pintura y de las artes plásticas con el llamado «arte degenerado».

No obstante, en general todas estas «resistencias» estaban lejos de la cooperación y de un entendimiento amplio y básico. Eran más bien posiciones blindadas de compartimientos aislados, resultado inevitable del carácter concreto de la revolución nacionalsocialista, que debía su fácil victoria al hecho de que parecía ser en todos los campos el adalid de las esperanzas conservadoras, y cuyo avance estaba frenado por la supervivencia de estas fuerzas aún relativamente autónomas, pero no impedido, sino que en cierto sentido fue posibilitado sólo por tales fuerzas. De ahí que todas estas resistencias no se declarasen en absoluto «antifascistas», a pesar de que, por lo menos para la Iglesia católica, la Universidad y el Ejército, era palmario el paralelismo con Italia.

Antifascista y básica fue, por el contrario, la resistencia de las pocas organizaciones ilegales restablecidas de los comunistas y socialdemócratas. Esta resistencia era más difundida de lo que el régimen quería reconocer, pero sufrió un extraordinario número de bajas en la lucha sin perspectivas con la Policía Estatal Secreta (Gestapo). En qué desesperada situación se encontraba el antifascismo obrero puro, incluso después de 1933, en países en donde sin haber sido desintegrado todavía podía manifestarse y organizarse con relativa libertad, lo habían de mostrar los acontecimientos de Austria. Fue la política exterior la que tuvo que decidir el destino del régimen, en la medida en que supo conservar su consistencia interna.

Inicios de cooperación entre los fascismos en 1934

Las nuevas directrices de la política exterior europea quedaron trazadas por la existencia de la Alemania nacionalsocialista. Su básica enemistad frente al sistema de Versalles, sobre la que nadie que reflexionara podía equivocarse a pesar de los discursos de paz de Hitler, tenía que provocar, así debía esperarse, la oposición cerrada de los miembros de

este sistema. La consolidación de la política de la seguridad colectiva y el fortalecimiento de la Sociedad de Naciones tenían que ser, por lo tanto, los objetivos sobre todo de Francia. Contra un frente homogéneo de todos los Estados que tenían algo que temer del revisionismo alemán, la Alemania nacionalsocialista habría sido impotente, y no era ni tan enorme ni tan sufrida como la Rusia soviética como para poder afirmarse durante mucho tiempo contra la enemistad de todo el mundo. Pero una premisa fundamental para el funcionamiento de este método era la filiación de Italia. Únicamente a través de Italia podía Francia, en caso de emergencia, llevar ayuda militar a la Pequeña Entente, únicamente Italia podía ser un fuerte apoyo para Austria en su lucha de independencia contra la amenaza interior y exterior. Pero esta Italia era fascista. Cierto que tenía respecto a Austria intereses inmediatos y urgentes, cierto que la afinidad ideológica con la Alemania nacionalsocialista parecía pesar poco: a pesar de esto, todos los precedentes de la política exterior italiana, que desde hacía diez años estaba dirigida contra Francia, debían llevar a la suposición de que a cambio de su colaboración exigiría un precio elevado. No era de antemano seguro que Francia podría pagar este precio. El segundo punto débil era Inglaterra y su tradicional política de equilibrio. Un frente continental contra Alemania significaba la hegemonía de Francia en el continente. Todas las reglas de la política británica prescribían una acción en sentido contrario y, por tanto, un apoyo de Alemania, a pesar de que Inglaterra, no menos que Francia, era una piedra fundamental del sistema de Versalles y, aún más, del sistema liberal, y a pesar de que la aniquilación de los partidos y la persecución de los judíos había provocado una indignación ampliamente difundida. El tercer punto débil de la política de seguridad colectiva era precisamente la circunstancia de que Francia podía aún jugar una buena carta, a saber, una posible alianza con la Unión Soviética. Desde el punto de vista del poder puro, nada era más probable, puesto que la Unión Soviética era sin duda la más amenazada de todas las potencias y la única que estaba amenazada en su existencia misma. Pero por defensiva que pudiera ser la alianza, debía costarle a Francia las simpatías de sus aliados europeos orientales, de los cuales Polonia y Rumania se habían engrandecido a costa de Rusia, y tenía que intensificar la reacción de Inglaterra. Pero, sobre todo, la Unión Soviética era

la ciudadela del bolchevismo y odiada por las capas dirigentes de todos los Estados europeos como la supuesta promotora de las revoluciones sociales. Una aproximación de Francia a la Unión Soviética tenía, pues, que provocar una fuerte oposición tanto en el propio país como en todos los aliados. En los Estados occidentales tenía que intensificar la inclinación a una alternativa política, que trataba de pagarse la propia seguridad a base de dejar a Alemania campo libre contra Rusia, o bien, ofreciéndole simplemente toda la Europa oriental, por mucho que esta política, a su vez, también contradijera los principios de la idea inglesa del equilibrio. Por lo tanto, por orden de probabilidades, había cuatro grandes posibilidades principales de la política europea con respecto a Hitler: la política de la oposición pequeña y de la grande, la política del acuerdo pequeño y del grande. La primera tenía su clave en Italia; su éxito debía depender del precio que Italia exigiera por su colaboración. La segunda estaba determinada por la inclusión de la Unión Soviética; en esta política nadie estaba más interesado que la propia Rusia, pero, en todo caso, sólo podía tener éxito si ésta abandonaba su aparente razón de existencia, la de ser el adalid de la revolución mundial. La tercera consistía en complacer a Alemania hasta la misma medida en que se habría complacido a la República de Weimar si hubiera continuado el viejo curso; esto solamente podía fundamentarse en el presupuesto de que la Alemania de Hitler no era esencialmente distinta de la Alemania de Weimar. La cuarta, finalmente, significaba que Alemania hubiera sido considerada por sus antiguos enemigos ulterior y voluntariamente como el vencedor de la Primera Guerra Mundial; ésta era absurda según todas las reglas de la política, pero tenía también ciertas posibilidades a consecuencia del pánico que había cogido a gran parte de la burguesía europea por los intentos revolucionarios de 1919. Pero la posibilidad que por aquel entonces Sinoviev había tomado en consideración, en un momento quizá muy pesimista, de que hacia 1935 varios Estados socialistas se armarían para emprender la lucha final contra el capitalismo, era totalmente inexistente: había solamente *un* Estado que se llamase socialista y su existencia estaba amenazada de muerte. Pero había una posibilidad, aunque todavía no inmediatamente visible, en la cual en 1919 todavía nadie habría pensado, a saber, la que dos grandes potencias fascistas y varios movimientos fascistas poderosos se aliaran

y diesen así a la política del gran acuerdo, si sabían imponerse, el carácter de una capitulación de la parte contraria, o bien, empero, que, como correspondía a su ideología y a la naturaleza de su formación, fuesen a la guerra contra bolchevismo y democracia, y, de este modo, por propia iniciativa contribuyesen a la política de la gran oposición. Si bien en el año 1934 la luz del reflector de la prensa mundial se dirigía de lleno sobre las dos posibilidades principales más probables, plásticamente representadas por la marcha italiana sobre la frontera del Brenner y por los primeros contactos franceses en Moscú, no obstante, se desarrollaron también los comienzos de la alianza de los fascismos y por primera vez se hizo patente el alcance, aunque también la peculiar dificultad de esta alianza.

Pudo tratarse de una cooperación impremeditada. En los últimos días de diciembre del año 1933, el primer ministro rumano Duca, miembro dirigente de la vieja tendencia liberal y decidido defensor de la orientación francesa, fue muerto a tiros por tres miembros de la Guardia de Hierro en la estación de Sinaja, evidentemente porque había disuelto poco antes la mencionada organización. Pero este acto fue a la vez apropiado para dar énfasis a la exigencia de la Guardia de cambiar la política exterior, y si bien no se consiguió este resultado, con todo, precisamente el sucesor de Duca, Tatarescu, al favorecer cuidadosamente la Guardia de Hierro, puso las bases para su futura grandeza.

No tenía por qué tratarse de una alianza en sentido literal, ni de la situación de los regímenes fascistas. La Polonia de Pilsudski no era fascista, sino una dictadura militar conservadora de características peculiares. Con todo, el pacto de no agresión entre Alemania y Polonia, que había sido firmado en enero de 1934, no sólo significó que la táctica de reacción de Hitler, de relajar las alianzas en el frente enemigo, había tenido un primer éxito. Más bien se concluyó sobre la base del común anticomunismo y, por lo menos en el espíritu de Hitler, tenía raíces que se retrotraían hasta los días de la defensa de Varsovia en el año 1920.

El acuerdo podía tener motivaciones de pura política interna y dirigirse efectivamente contra otro Estado fascista. Así, Mussolini aconsejó al canciller federal austríaco Dollfuss, quien gobernaba sin Parlamento desde marzo de 1933, que acabara con los socialistas, para seguir por la misma línea que Italia y para tener vía libre para la lucha contra los na-

cionalsocialistas, que, a pesar de las medidas más enérgicas, cada vez eran más fuertes y rebeldes. Dollfus siguió el consejo, cuanto más que los socialdemócratas se dejaron provocar, y del 11 al 16 de febrero, la Liga de Defensa fue aplastada, después de duras luchas alrededor de sus puntos de apoyo vieneses, por el Ejército, la policía y destacamentos de la Milicia Nacional, sin que los obreros hubiesen seguido la consigna de la huelga general. El Partido cayó en la disolución, los sindicatos fueron liquidados. Con la firma de los Protocolos de Roma, en marzo, Austria, junto con Hungría, entró totalmente en la esfera de Italia, incluso económicamente. Cierto que Austria seguía sin ser un Estado fascista; la nueva Constitución de abril de 1934 excluía ciertamente los partidos e introducía una ordenación corporativa, pero respondía más al espíritu de las encíclicas sociales papales que a la «Dottrina del fascismo», y las milicias nacionales quedaron todavía bastante alejadas del pleno poder. Incluso los métodos con los que Dollfus atacó a los nacionalsocialistas demostraron, justamente por su dureza, que a Austria le faltaba algo para el fascismo completo, aunque sólo fuera la ausencia de un enemigo decidido a cualquier cosa.

Las tomas de contactos podían ser de momento infructuosas, como en el caso del primer encuentro de Mussolini y Hitler en Venecia, el 14 y 15 de junio. Hitler, con impermeable, apareció junto al brillantemente uniformado Duce como un escolar tímido, pero en la conversación, que sostuvieron bajo cuatro ojos, inundó a su interlocutor evidentemente ya con la misma cascada incesante de palabras que en encuentros posteriores, sin que Mussolini, que estaba orgulloso de sus conocimientos del alemán y que creía poder prescindir de un intérprete, pudiese seguirle en todo. De este modo no se llegó a ningún acuerdo: aparentemente, cada uno creía haber convencido al otro de su propio punto de vista. Tanto más intensamente, los acontecimientos de las semanas siguientes le enseñaron a Mussolini el foso que se abría entre él y Hitler. El aplastamiento del llamado «golpe de Röhm» llenó a Mussolini de horror, y se manifestó del modo más desfavorable sobre los jefes de «los asesinos y pederastas». Al asesinato de Dollfuss el 25 de julio de 1934, contestó con el amenazador envío de algunas divisiones a la frontera del Brenner, y la muerte de Hindenburg hizo crecer al discípulo no sólo en rango protocolario por encima del maestro. ¿Pero qué otra cosa aparecía patente en estos

acontecimientos, sino que el nacionalsocialismo era de la misma clase, aunque más radical, que el fascismo? También Mussolini había tenido que llegar a un acuerdo con la impaciencia del ejército de su partido, y quizá sólo había sido el asunto Matteotti el que le había ahorrado la elección entre ejército y milicia. El fascismo sólo poseía en su imaginación quintas columnas irredentistas en otros Estados, pero Niza y Córcega pertenecían a sus exigencias favoritas. Finalmente, que la monarquía, a pesar de su impotencia de hecho, era un obstáculo serio para la plena realización de la pretensión fascista de totalidad, difícilmente se lo había ocultado Mussolini nunca. La pregunta era si se dejaría atraer por la similitud substancial, o bien le repugnaría la disimilitud modal. De hecho, ni siquiera en el punto culminante de las tensiones permitió que las relaciones llegaran a su punto de congelación; por lo menos, Hitler tenía que servirle para hacer subir su valor a los ojos de Francia e Inglaterra.

Finalmente, era posible que las relaciones permanecieran confusas pero sin duda estaban presentes. Los partidarios del movimiento croata Ustacha, que en octubre habían muerto a tiros al rey Alejandro de Yugoeslavia y al ministro del Exterior de Francia, Barthou, habían sido instruidos en campamentos que sostenían los Gobiernos húngaro e italiano. El grupo creado en 1929 por el abogado Ante Pavelic, que representaba un separatismo croata radical y que había sido expulsado del país por el Gobierno yugoeslavo, tenía de momento, ciertamente, más semejanza con algún grupo terrorista, como el IMRO, que con movimientos fascistas, pero es comprensible que fuera buen amigo de los enemigos de sus enemigos y que viese en Mussolini el gran modelo. Por mucho que se hablara de su connivencia en el asesinato de Marsella, éste dio a Mussolini grandes ventajas en su política exterior, pues llevó a la cumbre del Quai d'Orsay a Pierre Laval.

Sin verdadera importancia fue, por el contrario, el Congreso fascista internacional, que se celebró en Montreux el 16 y 17 de diciembre y que ofreció a muchos grupos fragmentarios insignificantes, como los fascistas suizos del coronel Fontjallaz y los francistas de Marcel Bucard, la oportunidad de aparecer en un escenario bien iluminado. Pero al ensalzar todos casi unánimemente a Mussolini como el fundador y jefe del fascismo internacional, señaló en todo caso una necesidad en la cual alcanzaban su punto culminante todas

las dificultades que aparecerían de uno u otro modo en los intentos de cooperación: ni siquiera el fascismo internacional podía salir adelante sin un jefe, y por otro lado, cada fascismo, por su origen nacionalista, tenía que pensar celosamente en su independencia. Pero por muchas dificultades profundamente enraizadas que obstaculizaran la colaboración de los movimientos fascistas, en todo caso, en el año 1934, esta colaboración era lo suficientemente llamativa para dar nueva fuerza a su enemigo, el antifascismo.

El antifascismo en Francia y el viraje del Comintern

Hasta 1934, la palabra «antifascismo» había sido primordialmente un sinónimo de comunismo; únicamente en la emigración italiana, relativamente aislada, tenía una significación reconocidamente más amplia. A partir de 1934, Francia fue el país clásico del antifascismo como nueva y poderosa fuerza política, pero con ello fue también una prueba viviente de que el fascismo se había convertido en una fuerza histórica. La paradoja consistía en que, precisamente en Francia, apenas podía hablarse de un peligro fascista en sentido propio.

El 6 de febrero de 1934, que (junto con los hechos de febrero en Austria) produjo en los socialistas, comunistas y parte de los radicales franceses un *shock* que les llevó a la colaboración, fue algo completamente distinto de una «marcha sobre París» fascista, a pesar de que la resaca del motín alcanzó el puente frente al Palais Bourbon. Pero los varios miles de manifestantes, que trataron de tomar por asalto el Parlamento al grito de «*A bas les voleurs*», no eran los grupos de choque disciplinados y uniformados de un partido fascista ni los seguidores de un jefe; eran miembros de distintas ligas, que obedecían a diferentes mandatarios y a veces a ninguno; eran manifestantes sin partido, que no tenían otra arma que su vigorosa indignación; y entre ellos había no pocos comunistas, que unieron sus fuerzas a las de sus enemigos para derrocar al enemigo común, la democracia parlamentaria. El motivo de la insurrección fue uno de los numerosos escándalos financieros que bajo la Tercera República salían a la luz pública y que regularmente comprometían a una serie de políticos en general de los partidos gobernantes; la promotora fue la Action Française, la

organización neorrealista del año 1899, que también en esta ocasión volvió a mostrarse mucho más enérgica, y, en este sentido, más fascista, que las organizaciones hermanas más jóvenes y aparentemente más modernas de la extrema derecha: su periódico había descubierto y aprovechado al máximo el escándalo Stavisky, sus Camelots du Roi habían sido los primeros en salir a la calle y los que sufrieron las mayores bajas; la razón fue el viejo conflicto entre las derechas publicísticamente fuertes y las izquierdas, generalmente victoriosas en las elecciones, pero paralizadas por sus diferencias internas; la causa inmediata fueron las elecciones para la Cámara en 1932, que habían proporcionado una gran mayoría de socialistas y radicalsocialistas, sin que hubiera sido posible la formación de gobiernos estables, porque los socialistas rehusaban participar en un gobierno «burgués». La crisis económica, que había irrumpido en Francia tardíamente, pero muy sensiblemente, había agudizado esta vez la archisabida problemática tanto como la subida de Hitler. La vencida derecha temía no sólo medidas sociales radicales, sino sobre todo el descuido del armamento por parte de la izquierda, tradicionalmente filoalemana y dispuesta a una política de reconciliación. Las ligas, hasta entonces bastante insignificantes, crecieron muy considerablemente, en primer lugar, la «Croix de Feu»; el antiguo jefe de gobierno Tardieu llevó a cabo una labor de oposición muy efectiva, la gran prensa atacaba al gobierno continuamente, y, como los gobiernos demostraban ser inestables, se creó rápidamente el tipo de atmósfera antiparlamentaria que era habitual en Francia desde el escándalo de Panamá y el caso Dreyfus. Pero en ningún caso la atmósfera cargada de tormenta se condensó en la nube tempestuosa de la que sale el relámpago certero y destructor: el coronel De La Rocque era un hombre nacionalista y un valeroso oficial, como, por ejemplo, el teniente coronel Duesterberg, pero no un resentido ni un ideólogo como Hitler. Había dejado que sus tropas operaran divididas el 6 de febrero, y muy pronto se hicieron oír acusaciones de traición contra él. Pero, en realidad, los demás jefes de ligas no habían demostrado mayor decisión, y no podían mostrarla porque no tenían un plan común. Por eso también todos quedaron muy contentos cuando el 7 de febrero el primer ministro, el radicalsocialista Daladier, dimitió y poco después se formó un Ministerio de Unión Nacional, bajo la dirección del antiguo presidente Doumergue, que

en lo esencial estaba orientado hacia la derecha. Pero la izquierda estaba convencida de que se había tratado de un golpe fascista y de que Doumergue quería ahora reconstruir el Estado según el modelo fascista.

El 9 de febrero los comunistas todavía se manifestaron solamente con las divisas de la táctica de izquierdas que sólo tenía en cuenta la *massa perditionis* «fascista» de todos los no comunistas y bajo cuyo signo habían conseguido, desde el congreso de Tours, pasar de ser la mayoría del movimiento obrero a ser una pequeña minoría de desaparición. Fueron dispersados por la policía. Pero cuando, tres días más tarde, la Confédération Générale du Travail convocó la huelga general, el resultado fue, si bien no un éxito completo, sí una imponente demostración de voluntad, y en muchos casos los obreros comunistas se adhirieron —de manera espontánea, evidentemente— al movimiento huelguístico; cuando en la noche del 12 de febrero tuvo lugar en Vincennes un gran mitin «*pour la défense des libertés, contre le péril fasciste*», también se dejaron oír los oradores comunistas. Claro que cuando Jacques Doriot, el diputado parlamentario comunista, y alcalde de St. Denis, pidió abiertamente la formación de un frente unido con los socialistas para la lucha contra el fascismo, el Partido, fiel a la táctica prescrita en el VI Congreso Mundial, le expulsó de sus filas. Tal como es frecuente en Francia, los intelectuales tomaron la iniciativa, y el Comité d'Action Antifasciste et de Vigilance, fundado en marzo, representó ya, más allá del antifascismo obrero, el próximo Frente Popular antifascista, ya que uno de sus miembros dirigentes fue el conocido filósofo radicalsocialista Alain. A pesar de todo, en junio los comunistas siguieron oficialmente el ejemplo del expulsado Doriot, igual que antes Stalin había adoptado el programa del desterrado Trotsky, e introdujeron la nueva política de frente unido con los socialistas, que ya no se puso como objetivo el «desenmascaramiento de los socialfascistas traidores», sino que preveía explícitamente la suspensión de todos los ataques y que, por tanto, a fines de julio, condujo a la firma oficial del Pacte d'unité d'action con los socialistas, quienes de momento desconfiaban bastante, pero que habían sido presionados por sus miembros. En octubre, Thorez propuso la inclusión de los radicales en la alianza, y en enero de 1935, en la Salle Bullier, un mitin enorme y entusiasta reunió a socialistas, comunistas, radicales, la Liga para los Derechos

del Hombre y el Comité d'Action Antifasciste et de Vigilance. La dificultad para esta alianza, que fundamentalmente se había formado de un modo espontáneo desde la base, consistía, no obstante, en que los comunistas se aferraban a su tradición antimilitarista y combatían apasionadamente todos los intentos de defensa del «Estado burgués», por mucho que parecieran imponerse con respecto a Hitler. Sin embargo, en esto la gran política apartó este obstáculo, y justamente la gran política de Laval, cuyas simpatías por las ligas y por Mussolini no eran ningún secreto. Pero Laval intentaba hacer una política exterior de «gran resistencia», aunque fuera de mala gana y con ciertas reticencias, y por esto marchó a Moscú, para concluir un pacto defensivo entre Francia y la Unión Soviética. Después de la rúbrica, Stalin hizo una declaración, en la cual dio a conocer su aprobación de las medidas de defensa francesas. A partir de este momento, los comunistas franceses olvidaron su odio contra el «instrumento de opresión del Estado burgués» y se convirtieron seriamente en asociados de los partidos burgueses más importantes; una gran parte de la derecha, empero, superó con la misma rapidez asombrosa su aversión contra Alemania, descubrió en Hitler el anticomunista y atacó duramente y con indignación el supuesto «curso hacia la guerra» de los comunistas. El día de Fiesta Nacional, el 14 de julio de 1935, mostró lo dividida que estaba Francia. Mientras en los Champs Elysées tenía lugar el desfile oficial, las ligas se reunieron para hacer su propia fiesta y, en la zona oriental de la ciudad, cientos de miles de hombres marcharon hacia la Bastilla, encabezados por Thorez, Blum y Daladier, saludando con el puño en alto y con el nuevo lema en los labios «*La paix, le pain, la liberté*». En octubre, el Congreso de París de los radicales acordó su entrada en el Frente Popular. Por primera vez se había formado un antifascismo socialista-burgués de izquierdas con inclusión de los comunistas, sin que apenas pudiera sobrevalorarse el alcance de este acontecimiento.

Este alcance no podía aparecer de manera más plástica que en el escenario del VII Congreso Mundial del Comintern, que en julio y agosto de 1935 más bien ratificó que puso en marcha esta evolución. En el primer momento, el triunfo de Hitler no había podido hacer vacilar la concepción de sí mismos de los partidos comunistas: cuando el jefe del Partido estaba ya en el campo de concentración, cuando John Schehr

y sus camaradas habían sido muertos «en la huida», cuando miles de funcionarios eran torturados y muchos cientos de miles de partidarios habían hecho defección, ante todo esto se seguían asegurando a sí mismos y a los demás que en realidad nada había cambiado, que no había ninguna diferencia esencial entre democracia parlamentaria y fascismo y que el proletariado entraría muy pronto en la lucha final revolucionaria. No quería verse que, no sólo los acontecimientos, sino incluso los discursos y declaraciones que siguieron, habían sido anticipados con exacta correspondencia diez años antes en Italia. No se avergonzaron de dar, en el decimotercer pleno en diciembre de 1933, una definición del fascismo, según la cual, Hitler era adornado con la grotesca etiqueta de ser un «elemento del capital financiero» especialmente reaccionario y chauvinista. Pero en 1934 tuvo que aparecer claro a Stalin que Hitler no era un episodio y que el capítulo sobre Rusia en el *Mein Kampf* no era una fantasía. De repente se hizo evidente que desde hacía una docena de años ya no podía hablarse del derrocamiento revolucionario del capitalismo, por lo menos por parte de los partidos comunistas, pero que en el terreno del «capitalismo» había brotado un enemigo, que amenazaba con la aniquilación no sólo al propio comunismo, sino a la patria de la revolución comunista. Así fue como la revisionista Unión Soviética pasó de la noche a la mañana a ser un adalid del sistema de Versalles y, desde septiembre de 1934, un importante miembro de la Sociedad de Naciones; la potencia proletaria contrajo alianzas militares con Estados burgueses como Checoeslovaquia y Francia, y de repente la alternativa decisiva ya no fue «democracia burguesa o dictadura proletaria», sino «fuerzas de la paz y fuerzas de la guerra», «fascismo y antifascismo». No era otra cosa que el reconocimiento fundamental de que no era la revolución proletaria lo más nuevo, la fuerza de la época que obligaba a una toma de posición a todas las demás potencias, sino el fascismo.

Pero todavía había algo más que podía embrollar las ideas: esta Unión Soviética antifascista borraba de sus libros de texto la interpretación marxista de la Historia de Pokrowski, glorificaba la tradición nacional rusa, elevaba el jefe del Partido a la categoría de *Voshdj* y le rodeaba de un culto bizantino, bajo el rótulo de «trotskismo» llevaba a cabo una campaña de exterminio inexorable contra casi todos los antiguos colaboradores de Lenin, se disponía a enviar ante los

fusiles de los pelotones de ejecución a Sinoviev y Kameniev, a Bujarin y Piatakov, a Tujachevski y Blücher. ¿Iba a convertirse ella también, por definición, en fascista?

Pero una fe es una estructura resistente. La Unión Soviética no se hizo fascista, y los comunistas siguieron siendo comunistas. Siguieron creyendo, igual que antes, que había sonado la hora final del capitalismo, y no ocultaban a sus aliados que, después del triunfo conjuntamente logrado, pensaban enterrarlos a ellos. Y por esto el viraje hacia la política de frente popular, que había culminado en el VII Congreso, llevaba en su regazo posibilidades de desarrollo contrapuestas: la alianza quedó amenazada por la desconfianza entre ambos miembros, fortaleció las tendencias fascistas y filofascistas, ganó las simpatías de muchos liberales, a quienes repugnaba el fascismo, y llenó a los revolucionarios tenaces de voluntad de oposición. Pero el primer acontecimiento que iluminó claramente el nuevo frente formado fue la pretensión de Mussolini sobre Etiopía, cuyo reconocimiento exigía como precio por su participación en la política de resistencia contra Hitler y cuyos efectos provocaron la alianza de los fascismos.

La evolución del fascismo italiano y la conquista de Etiopía

Que Mussolini exigiera precisamente este precio no era ni casual ni se desprendía inmediatamente de la consideración del marco de los usos políticos europeos. Hacia Etiopía se habían dirigido, cincuenta años antes, los primeros sueños imperialistas de un hombre de Estado italiano, Crispi; ante Etiopía había sufrido la potencia más joven y recién llegada la derrota de Adua, en 1896, y la vergüenza de este recuerdo no había dejado de afectar los sentimientos de la nación, más allá de las filas de los nacionalistas italianos. El hecho de que después de la guerra los aliados se hubiesen repartido entre sí las colonias alemanas sin ofrecer a Italia una participación, había contribuido a aumentar el descontento de los que creían que se les había estafado un «lugar en el sol», cuanto más que celosos periodistas influyentes difundieron la creencia poco fundamentada de que Italia solamente podría solucionar el problema de su superpoblación obteniendo una colonia en Africa. En los primeros años de su

poder, Mussolini no había dejado que se desbordara el clamor por el «imperio», que había sido aportado al fascismo principalmente por los nacionalistas, porque él mismo, durante cierto tiempo, quizá recordando la resistencia que él, en su época de joven socialista, había ofrecido a la empresa colonial de Libia, se mantuvo en el convencimiento de que en la propia Italia, y sólo en ella, se encontraría, mediante una política decidida, espacio para la colonización interior de diez millones de italianos. Pero hacia 1934 necesitaba, como el pan cotidiano, un gran éxito de política exterior. Los años posteriores a 1929 habían sido el período de la fascistización interior: todos los funcionarios habían tenido que entrar en el Partido y había quedado establecido que la expulsión del Partido significaba al mismo tiempo el destierro de la vida pública; a los profesores se les obligó a prestar un juramento de fidelidad al régimen fascista; la posición del Secretario del Partido cada vez era más fuerte; se habían creado grandes unidades acuarteladas de la milicia fascista, que habían recibido su bautismo de fuego en los combates largos y duros por la reconquista de todo el territorio de la colonia de Libia, que había sido perdido hasta la costa durante la Guerra Mundial; pero, sobre todo, hacía tiempo que el fascismo había superado los modestos comienzos de su autoafirmación y ahora tenía la pretensión de ser, mediante su economía corporativa y el lema «autoridad, orden, justicia», la forma de vida del futuro y el remedio para el enfermo mundo. De hecho, con esta base Italia había salido airosa de la crisis económica, por la que había sido afectada tan duramente como los demás países, sin huelgas ni agitaciones sociales; pero cada vez con mayor frecuencia tenía Mussolini que hacer insinuaciones de que esta tranquilidad interior era sólo la condición de éxitos exteriores, y en su discurso de Florencia en 1930 había replicado con frases de desafío a una Europa que todavía creía en la Sociedad de Naciones: «Las palabras son una cosa muy bonita, pero fusiles, ametralladoras, buques, aviones y cañones son cosas aún más bonitas.»[3] No obstante, sólo fue la toma del poder por parte de Hitler, que hizo aumentar tanto su valor para las potencias occidentales, lo que le permitió pensar seriamente en procurar a su pueblo disciplinado, pero sufriente y rezongón, el imperio prometido desde hacía tiempo. A fines de 1934, llegó en buen momento un incidente, la maquinaria propagandística contra el «Estado esclavista» etió-

pico subió pronto de tono, y a través del canal de Suez fueron llevadas unidades del ejército cada vez mayores hacia Eritrea y la Somalia Italiana.

Mussolini encontró mucha comprensión para sus planes entre las potencias occidentales. A principios de enero de 1935 llegó a Roma el ministro del Exterior francés, Laval, y le hizo a Mussolini promesas muy amplias, aunque no exactamente fijadas. Cuando en marzo Hitler introdujo el servicio militar general y los representantes de Francia, Inglaterra e Italia se reunieron un mes más tarde en Stresa, también los ingleses parecieron dar tácitamente su aprobación. El hecho de que pocas semanas después los ingleses firmaran con Hitler el acuerdo sobre flotas, sancionando así la ruptura que había hecho Hitler del tratado, hizo a Mussolini todavía más valioso para los franceses. Había, pues, cierta probabilidad de que por acuerdo entre las potencias participantes Etiopía fuera transformada en un protectorado, lo mismo que, antes de la Primera Guerra Mundial, habían pasado a ser protectorados Túnez y Marruecos.

Pero los tiempos habían cambiado. Desde que Wilson había impuesto en Versalles el reconocimiento del principio del protectorado, se había terminado la época colonial europea. Cierto que las potencias coloniales se mantenían tenazmente en sus posesiones: a pesar de eso, con la aceptación del principio se había llevado a cabo un cambio fundamental; a partir de entonces, para la ampliación de las posesiones les faltaba a aquéllas la ingenuidad de la buena conciencia. Gracias a su gran influencia podían ahogar fácilmente una discusión en la Sociedad de Naciones sobre los métodos empleados en el interior de sus protectorados o colonias; pero justificar una guerra de conquista ante el «foro de la conciencia mundial» ya no era imaginable, cuanto más que una gran parte de la opinión pública de sus países se habría solidarizado sin duda con la concepción de la Sociedad de Naciones. Todavía en mucha mayor medida valía todo esto si se trataba de un Estado como Etiopía, el cual era también miembro de la Sociedad de Naciones. Que un miembro de la Sociedad de Naciones se propusiera no sólo atacar a otro miembro de la misma, sino engullírselo y convertirlo en una colonia, tenía que provocar una tempestad de indignación en todo el mundo. En esta situación, una guerra de conquista para obtener una colonia sólo podía ser llevada a cabo por una potencia que había hecho ideología

de las realidades imperialistas, que no había de temer una opinión pública independiente en el propio país y que daba pruebas de una unidad incondicionada de la voluntad; por lo tanto, sólo podía hacerlo una potencia fascista. Y lo que primeramente se había presentado como un compromiso lleno de confianza entre las potencias, fue de hecho la primera guerra fascista, y no sólo debido a la ideología y a la situación interna específica de la que surgió. Dado que Inglaterra y Francia, por las buenas o por las malas, ciertamente sólo con reticencias e incluso con resistencias, tuvieron que tomar en consideración la aplicación de las sanciones previstas en los estatutos de la Sociedad de Naciones, el *decidirse* por esa guerra fue de una osadía extraordinaria. Así como trece años antes Mussolini había lanzado sus legiones mal equipadas sobre Roma contra todos los cálculos de probabilidad militares, así también esta vez transportó sus tropas a través de la ratonera del canal de Suez, tropas que, si bien estaban bien equipadas con armas modernas, precisamente por esto dependían completamente del reabastecimiento de gasolina y municiones. El cierre del canal de Suez, la extensión de las sanciones a una prohibición de los envíos de petróleo, habrían obligado a Mussolini a la capitulación inmediata o a una acción desesperada sin posibilidades. En tal situación sólo podía afirmarse un hombre que no tenía que rendir cuentas a ningún parlamento y que podía impedir que llegara a su pueblo toda información que le pareciera peligrosa. Sin precedentes, como antes las grandes concentraciones de Fiume o Bolonia, fue el *primer acto* de la guerra: ninguna declaración pública de guerra, pero tampoco ningún levantamiento popular espontáneo en una hora extraordinaria como en 1914, sino una manifestación gigantesca cuidadosamente escenificada, el 2 de octubre de 1935, en todas las ciudades y pueblos de la «Italia proletaria y fascista», en la cual participaron más de 20 millones de hombres en un entusiasmo dirigido. En cuanto a la *guerra* en sí misma, fue de una brutalidad y una eficiencia hasta entonces desconocidas, igual que antes lo habían sido los métodos de lucha política interna del fascismo: hasta entonces, nunca se habían empleado ejércitos masivos con el armamento más moderno y con la utilización de gases venenosos contra un enemigo prácticamente desarmado; hasta entonces, nunca se habían vanagloriado con tanto orgullo y placer personalidades prominentes como los hijos de Mussolini, Bruno y Vit-

torio, de haber batido con éxito en una caza a muerte sin piedad a cientos y miles de hombres, mujeres y niños con bombas incendiarias y fuego de ametralladoras. Y no había ocurrido nunca antes que las unidades del ejército del Partido, bajo las órdenes personales del secretario de éste, ejecutaran notables hechos de armas independientemente del ejército regular.[4] Finalmente, totalmente fuera del marco de lo hasta entonces acostumbrado, cayó el *acto final* de la guerra, que no incluyó ningún tipo de negociaciones de paz y no conservó ni siquiera la apariencia de un Gobierno indígena, sino que anexionó sin más el país conquistado y disfrazó al impotente rey de Italia con el brillo de la categoría del emperador etíope.

Y decisivos para que Mussolini pudiera imponerse fueron motivos completamente análogos a los que habían permitido el éxito de la marcha sobre Roma. Poderosos amigos entre sus enemigos temían su derrota más que su victoria. ¿Acaso aquélla no traería consigo, quizá, la caída de la monarquía y en definitiva el triunfo del bolchevismo? ¿Y no tenía que reconocerse que Mussolini solamente había llevado a cabo con métodos más duros lo que uno mismo había practicado una generación antes? Una tendencia filofascista poderosa desempeñó su papel directo en Francia e incluso en Inglaterra. Un gran número de intelectuales franceses firmó un manifiesto a su favor, Charles Maurras amenazó abiertamente con la muerte a los parlamentarios que se habían declarado por una intensificación de las sanciones. A fines de septiembre, las Jeunesses Patriotes fijaron por todo París carteles en los cuales se decía que los socialistas, bolcheviques y similares trataban de arrastrar a Francia a la guerra con el fin de derrocar a Mussolini y el fascismo, y erigir el poder de los soviets.[5] Una propaganda secreta ampliamente difundida planteó la pregunta: «¿Morir por el Negus?» Así se añadieron oportunamente los luchadores contra la decadencia de Francia, encarnando en sí mismos el máximo punto de decadencia que consiste en preocuparse únicamente por uno mismo y no por la totalidad. Pues evidentemente no se trataba del Negus, sino del principio de la seguridad colectiva y de la liquidación de la ley de la jungla. Pero la parte opuesta marchaba con ellos de la mano. Para un marxista como sir Stafford Cripps, la Sociedad de Naciones era un retoño del espíritu capitalista tanto como Mussolini, y por tanto no merecía la pena optar por uno de los dos bandos. Con otros

fundamentos, los pacifistas radicales de George Lansbury llegaron a un resultado parecido, y es asombroso que altos oficiales profesionales inclusive se expresaran de una manera totalmente derrotista.

Las reflexiones sobre política nacional señalaban la misma dirección —aquí, no obstante, era decisivo un elemento nuevo: no la existencia del bolchevismo (por mucho que Baldwin y casi todos los conservadores británicos odiaran y menospreciaran la Unión Soviética), sino la existencia de Hitler. Esta dirección hizo que los franceses sabotearan las sanciones, porque no querían perder a Italia como piedra fundamental de la política de resistencia; hizo que los ingleses se arredrasen ante la única posibilidad que hubiese tenido otro sentido para los franceses: la asunción de obligaciones claras en el caso de similares contravenciones de los acuerdos en Europa. Así fue como lo que consolidó el triunfo de Mussolini otra vez no fueron tanto los propios méritos como un complicado juego de acciones y reacciones dentro del sistema liberal, en este caso, el sistema de los Estados y de la opinión pública. Y si en 1922 Mussolini no había estado dispuesto a eliminar inmediatamente el sistema liberal en Italia, así en 1936 no estaba capacitado para hacer algo parecido en el contexto internacional. Pero había asestado al sistema de la Sociedad de Naciones un golpe del que no se recuperaría nunca más. Cuando el 15 de junio de 1936 se levantaron en Ginebra las sanciones, apareció ante su pueblo y a los ojos del mundo como un triunfador. No muchos sabían que el triunfo había sido pagado con la pérdida de una gran parte de las reservas de oro de la Banca d'Italia y con el debilitamiento permanente de Italia por la hipoteca africana; muy pocos sospechaban que el premio gordo de este proceso no le favorecía a él y a su fascismo, sino a Hitler y al nacionalsocialismo, por una parte, y al antifascismo internacional, por otra.

Hitler había aprovechado la situación favorable que se había establecido con la guerra etíope y las inminentes elecciones francesas, para ocupar de nuevo la Renania desmilitarizada, bajo el pretexto de que la ratificación del pacto de asistencia franco-soviético había puesto fuera de efectividad los acuerdos de Locarno. La decisión fue aún más atrevida que la orden de ataque de Mussolini, pues afectaba los intereses más vitales de Francia y un punto central del sistema de Versalles. Pero Hitler jugó con el mismo éxito que

Mussolini con las oposiciones políticas internas en Francia e Inglaterra, así como con las diferencias políticas entre ambos Estados. Si Francia no tenía en cuenta su derecho por tratado a tomar contramedidas inmediatas, Hitler podía considerar potencialmente a cada Estado de la Europa oriental como su Etiopía, siempre y cuando consiguiera poner fuera de juego a la Unión Soviética otra vez.

El golpe de Hitler lo habían esperado y temido los Gobiernos desde hacía tiempo. Lo que no se habían esperado había sido el alboroto de la opinión pública en Inglaterra, que en diciembre de 1935 expulsó al ministro del Exterior, Hoare, al concluir éste en París un acuerdo con Laval, que preveía la cesión de gran parte de Etiopía a Italia. El sistema liberal, por bien que supieran Mussolini e Hitler utilizar sus debilidades, no es un yunque que se ofrezca a todos los golpes con una pasividad inconmovible. Reacciona, y de una manera ciertamente imprevista. ¿Acaso no había sido también el primer fascismo una reacción sorprendente del mismo? Esta vez, el nuevo reto condujo otra vez al reagrupamiento de las fuerzas y a la formación de una nueva conciencia: el pacifismo profundamente enraizado del Labour Party inglés se pasó a la resistencia decidida, y en Francia y en España alcanzó el poder temporalmente un antifascismo que pocos años antes todavía había sido un parámetro desconocido.

El Frente Popular en Francia

La formación del antifascismo francés del Frente Popular se dirigía fundamentalmente contra las ligas, pero, al mismo tiempo, se llevó a cabo paralelamente al progresivo desarrollo de éstas. También las ligas trataban de coordinar su acción, y las Jeunesses Patriotes, la Solidarité Française y diversas organizaciones de combatientes y de contribuyentes constituyeron el Front National, cuya fuerza motriz fue de nuevo la Action Française, que no participaba en él, pero que quedó debilitado por la ausencia de los cruzados de fuego. El clima político interno se iba cargando visiblemente; pero ya pronto muchos síntomas indicaban que el movimiento de aglutinación de las izquierdas era más fuerte que el de las derechas. Las elecciones comunales de 1935 dieron un notable triunfo a los comunistas; en febrero, al ataque físico

de algunos Camelots du Roi a Léon Blum replicó el gobierno de Sarraut con la disolución de la Action Française y de los Camelots; en marzo, se unieron los sindicatos socialistas y comunistas (CGT y CGTU) según las condiciones de los socialistas y con grandes ventajas para los comunistas. Las elecciones parlamentarias del 26 de abril y del 3 de mayo proporcionaron de hecho un gran triunfo del Frente Popular, un triunfo, de todos modos, que por el número de los votos era esencialmente más modesto que por el número de puestos. Los socialistas se habían convertido en el partido más fuerte, evidentemente en gran parte a costa de los radical-socialistas aliados, pero aún más intensamente habían crecido los comunistas. Léon Blum formó un gabinete de socialistas y radicalsocialistas, mientras que los comunistas se mantuvieron fuera del mismo por motivos egoístas. Pero de mucha más importancia y consecuencias que el hecho parlamentario de que por primera vez en la historia de Francia tomase la presidencia del Gobierno un socialista fueron los sucesos casi revolucionarios que se dieron en el país: al igual que en Italia en 1920, los obreros ocuparon las fábricas, y esta vez exigieron de su propio Gobierno los frutos del triunfo. Mortalmente asustada, la industria francesa, conocida por su especial dureza de oído, se prestó a negociaciones inmediatas, y a principios de junio, pocos días después de la entrada en funciones del gobierno de Blum, se firmaron los llamados Accords Matignon, los cuales preveían la introducción de la semana de cuarenta horas, los acuerdos colectivos, vacaciones pagadas, así como un considerable aumento global de los salarios; estos acuerdos fueron ratificados por la Cámara poco tiempo después con una unanimidad que recordó a algunos observadores la famosa noche del 4 de agosto de 1789, cuando la nobleza de Francia, bajo la impresión de sus palacios incendiados, prometió la renuncia a sus derechos feudales. Pero a renglón seguido empezó una intensa huida de capitales hacia el extranjero, las finanzas internacionales operaron con éxito contra el franco (contra el marco alemán no habían hecho nada parecido cuando la toma del poder por Hitler; a pesar del antijudaísmo de Hitler, del origen judío de Blum y de la propia naturaleza supuestamente judía de las finanzas, siempre habían sido más sensibles a las mermas de beneficios que a las ideologías), y a mayor abundamiento continuaron aún durante cierto tiempo las huelgas, atizadas por las izquierdas socia-

listas, hasta que fueron desinfladas por los comunistas. Así, pues, ya se habían hecho evidente las grandes dificultades con las que se veía enfrentado un gobierno antifascista, cuando el Frente Popular organizó el 14 de julio de 1936 la enorme fiesta triunfal, en la cual participó más de un millón de hombres. Cierto que Léon Blum era lo bastante socialista como para recuperar con ardor y pasión las décadas de negligencia en política social; pero al mismo tiempo era demasiado jurista y hombre de orden para querer prestar oído a los apremios de los socialistas de izquierdas de Jean Zyromski y Marceau Pivert hacia decisiones revolucionarias; era lo bastante antifascista como para decir, en las discusiones sobre el levantamiento de las sanciones, que no podía olvidar que Mussolini era el asesino de Matteotti; pero era demasiado amante de la paz para buscar un arreglo de cuentas con Alemania y para no ofrecer un recibimiento muy amistoso al director del Banco del Reich, Schacht, a pesar de una carta de protesta de Maurice Thorez; era lo bastante decidido como para disolver las ligas, pero respetaba demasiado la Constitución para que pudiera pensar en tomar medidas radicales contra las derechas. Y la derecha supo aprovecharse de la libertad que le quedó. Dirigió una campaña de prensa extremadamente salvaje y brutal, con fuertes acentos antisemitas, contra el gobierno, sobre todo después del estallido de la guerra civil española, cuando los comunistas promovieron un apoyo activo al Frente Popular español, y, de la manera más insconsciente, favoreció de tal modo las ansias de paz del pueblo francés, que tenía que desacreditar cualquier tipo de política exterior y de alianza. Durante meses, la hoja militar de la Action Française[6] estuvo llena de consejos para la conducta a seguir en la guerra civil, y a través de una desvergonzada campaña de calumnias, en conjunción con las hojas masivas de las derechas, consiguió llevar al suicidio al ministro del Interior del gobierno del Frente Popular, Roger Salengro. Llegaron ahora los tiempos en que se hacía cada vez más frecuente y aceptado el suspiro «Se necesitaría un Mussolini para poner orden en Francia», en que había diputados que entablaban contactos con diplomáticos alemanes y que incluso hacían viajes secretos a Berlín, para exponer allí a los ojos de altas personalidades sus preocupaciones por el peligro bolchevique en Francia. Y en los días de las grandes huelgas, Jacques Doriot, que ayer todavía era iniciador del antifascismo, fundaba su Parti Po-

pulaire Français, el cual, por su programa y composición, tenía mucha mayor analogía con el primer fascismo italiano que cualquiera de las disueltas ligas. Pero si a Blum se le mantuvo bajo fuego de artillería desde la derecha, desde la izquierda le dispararon por lo menos salvas de ametralladoras. El ala izquierda de su partido se organizó, trató de prevenir a los obreros en contra de las tímidas medidas de rearme que comenzaban, y a favor de la revolución o por lo menos de un «pacifismo revolucionario», y no pocas veces ofreció un oído predispuesto a los consejos de Trotsky, quien se imaginaba que se había repetido la situación rusa del año 1917 y no veía la injusticia nunca en sí mismo, sino que clamaba contra todos y cada uno, llamándolos traidores. Los comunistas ya no manifestaron, ciertamente, exigencias revolucionarias; por el contrario, llegaron a impulsar una ampliación del Frente Popular hacia la derecha, convirtiéndolo en un Front National de Cachin à Reynaud; pero como no tomaban parte en las responsabilidades del Gobierno, debilitaban el Frente Popular desde el interior, porque trataban de aprovecharse tanto de su proximidad al Gobierno como de la oposición contra él.

Los propios obreros, empero, en su mayor parte, se dejaron llevar manifiestamente por motivos en absoluto políticos: cuando el 1 de mayo de 1937 tenía que inaugurarse en París la exposición mundial, algunas de las construcciones francesas no estaban terminadas ni siquiera en su armazón, porque los trabajadores habían impedido la prosecución de las obras con huelgas e interminables demandas salariales. Los pabellones alemán y soviético, en cambio, habían sido terminados con la máxima puntualidad. Esto parecía ser la prueba más evidente de la derrota del antifascismo frentepopulista.

También en política exterior chocó Léon Blum con fuertes oposiciones. La alianza con la Unión Soviética y el creciente influjo del comunismo en Francia fueron una causa esencial del desarrollo meteórico del *rexismo* en Bélgica, que, a su vez, representaba el preludio del retorno de Bélgica a una neutralidad incondicional. Los aliados claramente anticomunistas de Francia en Europa oriental, incluida Checoeslovaquia, no disimularon en absoluto su despecho y desconfianza.

A fines de septiembre, Blum se vio obligado, en contra de sus promesas explícitas, a devaluar el franco en un tercio; se elevó el coste de la vida y pronto se consumieron las ele-

vaciones de salarios, la producción retrocedió, y a mediados de febrero de 1938 se anunció una «pausa»; a principios de marzo, el Gobierno del Frente Popular tuvo que hacer disparar sobre obreros en Clichy, cuando una manifestación de protesta de comunistas y socialistas contra una marcha «provocadora» de los antiguos cruzados de fuego terminó en tumultos desenfrenados; el 21 de junio, Blum, casi en una crisis nerviosa, dimitió cuando el Senado le negó los plenos poderes para sanear las finanzas. Había sido quebrantado el impulso del gran experimento debido a la oposición externa e interna, si bien siguieron todavía algunos gobiernos frentepopulistas y el propio Blum hizo un nuevo intento en los días de la crisis de Austria. Pero ya, al aconsejar —sin éxito— la formación de un gabinete de todos los partidos «sin fascistas», reconocía él mismo que el Frente Popular ya no estaba a la altura de las circunstancias. Se disgregó en sus partes componentes, y lo que quedaba aún de su espíritu lo aniquiló uno de sus tres padres, Daladier, pocas semanas después del acuerdo de Munich, al derogar buena parte de las leyes sociales del Frente Popular y al reprimir la huelga general de protesta de socialistas y comunistas.

A pesar de su fracaso, el Frente Popular francés es uno de los acontecimientos más instructivos de la época de entreguerras. Debía su surgimiento a una situación de crisis análoga a la que impulsó el nacionalsocialismo en Alemania. Pero el descontento similar de las «masas pequeño-burguesas» no condujo en Francia al triunfo de las ligas derechistas, sino a un giro izquierdista del partido burgués más importante. Lo decisivo para esta diferencia de comportamientos no fue en primer lugar la diferencia en la situación económica, sino el distinto carácter de la tradición política francesa. Las medidas gubernamentales del Frente Popular tenían ciertas analogías con las medidas nacionalsocialistas y correspondían, por tanto, a una tendencia general, que no era ni fascista ni antifascista: la política de créditos estatales, la promoción de la familia y de la juventud, etc. Pero la debilidad determinante del Frente Popular consistió evidentemente en que provocó en las fuerzas conservadoras de la propiedad privada y de la finanza una desconfianza mucho mayor de la que habían provocado Hitler y Mussolini, a pesar de que Hitler y Mussolini estaban mucho más alejados de las categorías del mundo vital y cultural burgués que Blum, Daladier y Alain. Las reformas del Frente Popular exi-

gían de las fuerzas conservadoras, en el avance del frente, concesiones limitadas, aunque importantes; la revolución nacionalsocialista, en cambio, hizo a las mismas fuerzas promesas tranquilizadoras y concentró su voluntad de aniquilación revolucionaria en un sector débil de ese frente, el capitalismo financiero judío, al que, por añadidura, se le podían atribuir contactos con el verdadero enemigo. Así fue como Hitler encontró amistad y Blum enemistad. A pesar de ello, Hitler (y Mussolini igualmente) debieron su consolidación únicamente a la destrucción del sistema liberal. Podían encarcelar a sus enemigos y, en caso necesario, hacer fusilar a sus amigos de voluntad. Blum no podía ni quería hacer nada parecido. Su fracaso demostró lo imposible que era, hacia los años treinta, llevar a cabo dentro del sistema liberal tan sólo la analogía reformista de una revolución de izquierdas. Quedó probado que el antifascismo era lo bastante fuerte como para impedir la toma del poder por parte de su enemigo, pero no lo suficiente como para llevar a término un número considerablemente mayor de reformas, en un tiempo considerablemente más breve, de las que se hubieran podido imponer sin él.

Naturalmente, también se podría buscar el fallo en la dirección opuesta. Quizás el Frente Popular fracasó no por demasiada, sino por demasiado poca decisión. Quizá no se había tomado suficientemente en serio la vieja tesis socialista y comunista de que el fascismo sólo podía ser derrotado aniquilándolo de raíz. El intento práctico de una solución revolucionaria del dilema del Frente Popular antifascista fue hecho por el mismo tiempo en España, pero aun cuando no fue él mismo el que se hizo fracasar, su éxito se echó a perder por los mismos comunistas, quienes, además, fueron temidos en todo el mundo como los promotores de esta solución.

El nacionalsocialismo y sus oponentes hasta 1937

Si Hitler, durante sus años de lucha, hubiese dado a conocer claramente en todo momento lo profunda que era la contradicción que le separaba de todos los partidos no nacionalsocialistas, le habría sido sin duda imposible imponerse. No obstante, si sólo hubiera simulado amistad, habría sido pronto desenmascarado. Lo decisivo fue que mostró algo

parecido a la amistad para con oponentes importantes, y con ello los desarmó e incluso los enganchó a su carro: porque tenía el mismo enemigo que ellos. Que quería aniquilar a ese enemigo mucho más radicalmente que ellos, que, desde este punto de vista, los aliados tenían que aparecer como promotores del enemigo, quedó disimulado bajo los secretos de su concepto del judío, el cual, por lo general, se consideró como un efluvio del antisemitismo normal; pero, en realidad, para Hitler este concepto era el punto de confluencia evidente y el origen mitológico de toda la decadencia y descomposición milenaria que era propia del catolicismo y del protestantismo, del liberalismo y del socialismo, así como del comunismo marxista. La cuestión radicaba en si sus oponentes y colaboradores políticos del interior se enterarían de la verdad, y en tal caso, cuándo y con qué consecuencias, y por cuanto tiempo podría Hitler volver a jugar de nuevo su viejo juego con los oponentes y colaboradores del exterior.

En el campo de los enemigos políticos internos de Hitler, los hechos se desarrollaron, después de 1933, en buena parte en la emigración: en su totalidad ya no tenían ninguna importancia para la existencia del régimen, pero, a pesar de esto, no eran en absoluto sin relevancia para el presente y para el futuro.

La oposición comunista y socialista no quedó en Alemania en ningún momento completamente muerta, a pesar de que no tenía ni siquiera el débil núcleo de cristalización legal que le ofrecían en Italia ciertas publicaciones «fascistas de izquierdas». Así, en el llamado proceso del sindicato de Wuppertal, en 1935, más de 600 acusados tuvieron que responder de actividades ilegales antiestatales. La emigración comunista se unió al viraje del Comintern y en el Congreso del Partido en Bruselas, en 1935, anunció su nuevo programa de colaboración con todas las fuerzas antihitlerianas. Esta tendencia a la colaboración no fue, empero, la mera consecuencia de una resolución de Moscú; por el contrario, precisamente en la emigración literaria independiente encontró muchos promotores: el *Llamamiento por el frente popular alemán, por la paz, la libertad y el pan,* del año 1937, lleva, entre otras, las firmas de Heinrich Mann, Anna Siemsen, Wolfgang Hallgarten, Klaus Mann, Kurt Kersten, E. J. Gumbel, y consiguió también el apoyo de numerosos socialdemócratas, como Rudolf Breitscheid, Siegfried Marck, Alfred

Braunthal, Siegfried Aufhäuser y Otto Friedländer. Verdad es que la dirección del Partido Socialdemócrata permaneció escéptica y no sin buenos motivos; pero que, en el pensamiento comunista algo había cambiado de hecho, que tampoco podría ser eliminado sin más por un nuevo viraje eventual, se desprendía de una resolución del Comité Central de mayo de 1938, que contenía la frase: «El derrocamiento del fascismo hitleriano es la gran tarea decisiva, para cuya realización deben unirse en una lucha común todos los amigos de la paz y de la democracia, todos los comunistas, socialdemócratas, católicos, protestantes y otros enemigos de Hitler. Ninguna de estas fracciones del pueblo alemán es capaz de llevar a cabo sola esta empresa; ninguna de estas fracciones puede quedarse apartada en esta lucha o ser eliminada.»[7] Incluso si en tales declaraciones no se veía más que un timo de tontos, con todo demostraban irrefutablemente una cosa: si concepciones y categorías como ésta eran en el año 1938 correctas o ya tan sólo ineludibles, entonces es que las concepciones y categorías comunistas del año 1919 («el» proletariado contra «la» burguesía, la «democracia burguesa» o la «dictadura proletaria», la «era de la revolución proletaria») no podían haber sido correctas.

Las relaciones de la Iglesia católica con Hitler conservaron su vieja ambivalencia, pero por parte de aquélla se redujeron a sus líneas básicas más simples. En el acuerdo del Sarre de enero de 1935, la Iglesia se puso claramente en contra del antifascismo practicado por primera vez por los socialdemócratas y comunistas y también en contra de una fracción de los católicos del Sarre, a favor de Alemania y con ello, inevitablemente, a favor de Hitler. Por este tiempo, el enfrentamiento ya había estallado con toda su fuerza en Alemania, con el *Mythus des 20. Jahrhunderts* (El mito del siglo XX), libro que era mucho más anticatólico de lo que correspondía a la concepción fascista e incluso a la de Hitler, pero que por esto retaba todavía más a los escritores católicos a entablar una polémica de principios contra la fe racista del nacionalsocialismo y su antiuniversalismo; los medios de coerción policíaca contra esta polémica sólo pudieron ser aplicados limitadamente, dado que el libro había sido declarado oficialmente un «trabajo privado». Hasta qué punto, sin embargo, el propio nacionalsocialismo se sintió aludido, lo puso de manifiesto la reacción extremadamente dura contra la publicidad de la encíclica *Mit brennender Sorge,*

que asimismo había tratado prudentemente de encontrar diferencias entre el fuertemente criticado «neopaganismo» y el Estado nacionalsocialista. De hecho, habría brotado una definición clara de la relación de la Iglesia católica con el fascismo si no se hubiera encontrado esa diferencia insubstancial y no se hubiera creado una conexión con la encíclica *Non abbiamo bisogno*. En realidad, empero, cinco días más tarde siguió la encíclica *Divini Redemptoris* redactada en latín y ya, por ello mismo, puesta más de relieve, que renovaba la condenación dogmática del comunismo y la intensificaba, de modo que la alianza fáctica con el nacionalsocialismo, que no podía ser descuidada por ninguna de ambas partes de cara a los acontecimientos españoles, fue renovada con más fuerza.

Los defensores aún numerosos, pero aislados, de las tradiciones liberales y jurídicas recibieron, con el decreto racista de las leyes de Nuremberg, un golpe que fue tanto más acusado por ellos cuanto que tuvieron que contribuir a dárselo. Con estas leyes, que arrebataban la ciudadanía a un grupo de ciudadanos sin culpa alguna y por añadidura los colocaban en una situación de excepción discriminatoria, que afectaba el campo individual más íntimo, el nacionalsocialismo cumplió uno de los primeros de sus puntos programáticos, pero al mismo tiempo reveló definitivamente su profunda aversión contra los principios comunes de la evolución jurídica europea desde el fin de la Edad Media y rebajó a las minorías alemanas a la categoría de existencia meramente fáctica, sin base moral.

Ya antes habían tenido que comprender los conservadores que las esperanzas de la revolución nacional habían sido falaces. Si bien el aplastamiento del llamado golpe de Röhm, desde el punto de vista interno del Partido, no representó en absoluto un enfrentamiento casual con la última fracción «socialista» y algo autónoma del movimiento, con todo fue al mismo tiempo una liquidación de cuentas con la «reacción», la cual en el discurso de Marburgo del vicecanciller Von Papen había levantado la voz, aparentemente sólo contra Röhm, aunque, en realidad, fue contra el nuevo totalitarismo en cuanto tal. El redactor de este discurso, Edgar J. Jung, que había sido uno de los jóvenes conservadores protagonistas de la lucha contra Weimar, y algunos otros colaboradores del vicecanciller, fueron muertos a tiros, y el propio vicecanciller fue amenazado y puesto bajo arresto domiciliario.

Hugenberg hacía tiempo que había sido reducido a la impotencia, Hindenburg estaba muerto, Blomberg se había pasado a Hitler; el férreo cuadro de antes, que había de domar a Hitler, había sido pulverizado. Pero, a pesar de esto, los conservadores no habían sido eliminados, ni siquiera apartados de todas las posiciones de influencia: desde 1934 muchos alemanes de la vieja derecha nacionalista contemplaban el futuro preocupados y apesadumbrados, cuando todavía un año antes habían visto en el «canciller del pueblo» el cumplidor de sus deseos.

Una posición intermedia entre la de los oponentes de Hitler del interior y los del exterior la adoptaron las fuerzas políticas de las regiones de habla alemana que en 1933 todavía no habían caído bajo Hitler. La existencia de verdaderos territorios irredentos constituía una diferencia fundamental del nacionalismo respecto al fascismo italiano y por ello representaba una contrapartida al marxismo como no existía en ninguna otra parte: así como en todo el mundo había proletarios, a los cuales podía apelar el comunismo, así también había en toda Europa grupos cerrados de alemanes que eran accesibles a las pretensiones del nacionalsocialismo.

La situación más clara era la del Sarre. Por el Tratado de Versalles había sido separado del Reich sólo temporalmente y, a principios de 1935, tenía que decidir, por votación popular, si quería volver a unirse a Alemania, o bien conservar el *statu quo;* la tercera posibilidad, la anexión a Francia, puede desconsiderarse por irrelevante. Una coalición de los partidos que Hitler había oprimido en Alemania habría podido provocar una decisión en favor del *statu quo* y con ello una gran manifestación contra Hitler. Pero en ninguna otra parte se hizo más claro que Hitler cabalgaba sobre una gran ola nacional, que habría estado presente sin él igualmente, pero cuyas posibilidades de realización se dieron casualmente en la época de su poder. Así fue como el Centro se disolvió voluntariamente en octubre de 1933 e ingresó en el Frente Alemán, y los esfuerzos del Frente Popular antifascista, así como de la fracción católica de la Liga Popular, consiguieron únicamente lo suficiente para que la mayoría en favor de la anexión a Alemania no fuera tan aplastante como habría sido en circunstancias normales.

En Danzig, a la conclusión lógica de una evolución análoga, que había aportado la mayoría absoluta en el Senado a los nacionalsocialistas, se opuso el fuerte interés de Po-

lonia por su «puerta al Báltico», y el pacto de amistad de Hitler con Polonia obligó a las autoridades de Danzig a una política prudente.

En Austria se daban fuertes tradiciones que se oponían a un curso análogo de los hechos, y con la ayuda de Mussolini, Dollfuss y Schuchnigg resistieron firmes contra la oleada del nacionalsocialismo, que era la oleada de los antiguos panalemanes y de la mayoría de los jóvenes electores contra el cerrado frente político de los católicos y socialistas. Por ello, la «anexión», de cuestión nacional pasó a ser una exigencia política, y los socialdemócratas borraron de su programa los párrafos que se referían a la anexión. Pero después del contragolpe que se dio a consecuencia del asesinato de Dollfuss, el acuerdo del 11 de julio de 1936 trajo una especie de tregua, en la cual Hitler reconocía la soberanía de Austria explícitamente, mientras que Schuschnigg legalizaba las actividades de los nacionalsocialistas, aun cuando sólo fuera dentro del marco del partido unitario, el Frente Patriótico.

En los Sudetes, el Partido Nacionalsocialista era más antiguo que en Alemania. Pero desde 1933 era sometido por el gobierno checoeslovaco —en el cual desde 1926 también había ministros alemanes— a través de medidas severas, y en su lugar se constituyó el Frente Patriótico de los Alemanes Sudetes, que, bajo la dirección del profesor de gimnasia Konrad Henlein, quien originariamente no era nacionalsocialista, se declaró explícitamente partidario del «activismo», es decir, de la colaboración leal con el Estado checoeslovaco.

Entre todas las demás minorías alemanas también se impusieron más o menos los partidarios de Hitler, a veces después de duras luchas, de modo que la lealtad de tales grupos, por muy cacareada que fuese, chocó muy pronto con serias dudas.

Incluso en Suiza, el cambio alemán había traído notables consecuencias. Verdad es que el llamado «movimiento de frentes» estaba muy dividido y sin duda sólo pequeñas fracciones de él pensaban en una anexión a Alemania; pero la modificación del clima político interno fue lo bastante sensible, a pesar de la firmeza de la tradición que se le oponía, para que se extendiera una inquietud considerable en esta región, la más alejada respecto de Alemania, de todos los países de habla alemana fronterizos con el Reich alemán.

Que Hitler aprovecharía sus éxitos entre las minorías alemanas para hacer saltar por los aires el sistema de Versalles,

era un convencimiento muy extendido a partir del momento en que había tomado el poder. Si este convencimiento se mantenía, aquél no podría conseguir libertad de movimiento alguna, pues la consecuencia inevitable habría de ser una política de oposición. El no dejar que esta política se pusiera en marcha era la máxima más ineludible de Hitler en su trato con sus oponentes exteriores.

La primera de sus ventajas frente a la inminente y poderosa coalición, que conservó de hecho durante el primer año de su poder y que llevó a Alemania a un aislamiento casi completo después de su retirada de la Sociedad de Naciones, consistía en que él no era un simple nacionalista del tipo tradicional, sino que desde el principio se declaró dispuesto a una política de renuncia. Por su renuncia al Tirol del Sur se había ganado desde hacía ya años acérrimos enemigos por parte de la vieja derecha —como canciller no se cansó de repetir que Alemania no quería en absoluto cambiar las fronteras europeas. Y en este caso no se trataba de burdas mentiras o de un mero juego para ganar tiempo: de la lectura de *Mein Kampf* se podía desprender por qué a Hitler le era tan fácil renunciar a las fronteras de 1914, por las cuales se esforzaban terca y ciegamente todos los simples nacionalistas. Y con el mismo acto, con el que quitaba sustento a la política de oposición, expresaba su fe en el núcleo más esencial del sistema de Versalles, núcleo que había hecho de este sistema una consecución, aunque incompleta, del sistema liberal, es decir, el principio de la autodeterminación. Porque se adhería a este principio, Alemania quería ver eliminadas las medidas discriminatorias del Tratado de Versalles, quería los mismos derechos en el armamento, se trataba de su «honra», el ser reconocida como igual entre iguales. Cierto que se habría podido plantear la pregunta de si una ideología política tenía derecho a apelar al principio de autodeterminación, cuando la esencia de esta misma ideología no era otra que la negación más radical de todas las doctrinas e ideales que le habían conferido al principio de autodeterminación su sentido; pero el hecho de que Hitler hablase con un convencimiento inconfundible de renuncia y autodeterminación era para sus enemigos un motivo de tranquilidad más que deseado; así podían liberarse del pensamiento, fácilmente justificable, de que Hitler quería la autodeterminación sólo para *su* Alemania y que expresaba su renuncia únicamente para obtener una ganancia incomparablemente mayor.

Pero el sistema de Versalles no sólo no era idéntico al sistema liberal, sino que en el continente europeo aparecía además como sistema francés, y en esto consistía la segunda ventaja para Hitler. Por esto tenía que ganarse de antemano las simpatías de aquellos que estaban intranquilos por la hegemonía francesa. Cierto que nadie llevaba una mayor responsabilidad en este desacuerdo que los anglo-americanos, al haber negado a Francia, después de la guerra, las garantías de seguridad que hubieran representado para ella el verdadero beneficio de la guerra y cuya carencia trataba de compensar por medio de una política de hegemonía demasiado estirada. Pero en la política inglesa con respecto a Hitler el acento antifrancés y, con él, el interés real político eran tan innegables como un motivo moral, el de sentirse tocados por las acusaciones de Hitler contra la injusticia de Versalles. Si el primer motivo apareció a la luz del día con el acuerdo sobre flotas anglo-alemán, el segundo se puso de manifiesto en las declaraciones de algunos políticos ingleses ante la reocupación de la Renania, que no querían ver en este acontecimiento más que el retorno de Alemania «a su propio jardín». Pero la llamada política de *appeasement* inglesa sólo se hace del todo comprensible por la profunda aversión de los conservadores gobernantes y de muchos liberales contra el comunismo y contra la inclusión de la Unión Soviética en la política europea a través de Francia. Ni Baldwin ni Neville Chamberlain disimularon nunca esta antipatía suya, el viejo Lloyd George fue el prominente portavoz de la repugnancia inglesa a aliarse de algún modo con los «*bolshies*», y lord Halifax, por entonces Lord President of the Council, en su visita a Obersalzberg en noviembre de 1937, saludó a Hitler como el salvador de Europa frente al bolchevismo. El componente filofascista fue seguramente el hilo más fuerte en el trenzado de la política de *appeasement*, y en las discusiones de los años que siguieron a 1935, sobre la posibilidad de dejarle a Hitler «vía libre en el Este», esa política pareció desprenderse temporalmente, apoyada en lo efectivo por los pacifistas radicales, de las tradicionales ideas del equilibrio, que naturalmente también en el Partido Conservador seguían teniendo decididos defensores. El antifascismo cobró importancia paulatinamente sólo en el Labour Party; por otra parte, el horror ante las «*nazi-atrocities*» y el convencimiento de que en el caso de Hitler se las habían con un gángster también pesaron mucho en los círculos conservadores.

Nada aparecía tan manifiesto como que Hitler trataba de aprovechar las dificultades con que tropezaba la política de la gran oposición; el hecho de que esto lo realizara con un gran apasionamiento genuino le trajo éxito tras éxito. Nunca se había escrito tanto en Europa acerca de la amenaza de la Internacional Comunista como en esos años, en que el Comintern era ya sólo el instrumento de una política exterior rusa claramente defensiva. El Congreso del Partido de Nuremberg, en el año 1936, y el pacto anti-Comintern firmado poco tiempo después entre Alemania y Japón acumularon un gran capital de valor internacional gracias a las acciones de los anarquistas españoles. De político de la renuncia y último wilsoniano, Hitler pasó paulatinamente a ser, sin negar su faz anterior, el candidato que, a pesar de ser autonombrado, era ya ampliamente reconocido para capitanear una cruzada europea anticomunista contra la Unión Soviética.

Lo fuerte que era la posición de Hitler se puso de relieve con las vacilaciones de Francia ante la inminente posibilidad de su política. Es muy probable que Laval inaugurase la política de alianza con la Unión Soviética únicamente como medio táctico para llegar a un acuerdo con Alemania; en todo caso, demoró tanto como pudo la ratificación, y ni siquiera el gobierno del Frente Popular de Léon Blum se mostró capaz, ni tan sólo dispuesto, a convertir en una realidad la alianza con la Unión Soviética. El sector filofascista de la opinión pública era lo suficientemente fuerte como para hacer fracasar todos los intentos encaminados a este fin. Las contradicciones ideológicas demostraron su fuerza incluso por encima de las tradiciones aparentemente más naturales de la política exterior francesa. Pero como, por otra parte, Blum era demasiado antifascista para intentar, después del fin de la campaña abisinia, un acuerdo en gran escala con Italia, y como las alianzas con la Europa oriental habían sido desvalorizadas con la remilitarización de Renania, cayó Francia ya a fines de 1937 en una situación extraordinariamente difícil, por la conjunción de los más diversos factores, todos los cuales operaban en su contra.

En la Unión Soviética no había ninguna oposición que hubiera podido influir o interferir en la política del gobierno. Pero la política de los muertos demostró ser un obstáculo insuperable para los esfuerzos del dictador viviente. No fue la línea política que de hecho seguían los partidos comunistas, sino el recuerdo de la confianza revolucionaria de Sino-

viev en el año 1919 y del discurso de Lenin sobre la cuerda que sostenía al ahorcado, lo que fue sobre todo la causa de las humillaciones que tuvo que sufrir la nueva política de seguridad colectiva en Ginebra, en el Comité de no intervención de Londres y más tarde en Munich.

En los Estados Unidos se daba ciertamente una fuerte corriente antifascista, que halló su expresión tanto en el discurso de Roosevelt sobre la cuarentena, en octubre de 1937, como en el hecho de que un gran número de americanos luchó del lado de la España republicana, pero ni uno en las tropas de Franco. Con todo, el aislacionismo (en unión con la Iglesia católica) siguió siendo lo bastante fuerte como para impedir cualquier medida proyectada contra Mussolini y Franco, y para atar las manos al Gobierno por largo tiempo, por medio de un decreto sobre la neutralidad.

Mussolini, después de la conquista de Etiopía, tenía dos caminos ante sí. Podía declararse satisfecho y buscar un nuevo acuerdo con Francia e Inglaterra, para mantener alejado el vuelco de las relaciones europeas, que él mismo había empezado, y para asegurar el bastión austríaco. Se expresó en este sentido repetidas veces. Pero también podía marchar por el camino «más fascista» e intentar seguir por la vía triunfal de la victoria. Por esta dirección le empujaban su propio temperamento, la adulación sin límites de que se le hacía objeto, la tendencia de la ideología fascista, para la cual la lucha contra las «democracias» era tan esencial como para el nacionalsocialismo (a pesar de todas las confluencias anticomunistas fuertemente acentuadas), y finalmente el propio Hitler, cuyos emisarios aparecían en Roma cada vez con mayor frecuencia y trataban de sugerir a Mussolini la idea de un predominio italiano en el Mediterráneo. Mussolini se precavió con bastante antelación contra la idea, aparentemente inmediata, de una alianza entre las dos potencias fascistas, cuyas fatales implicaciones para Italia él difícilmente se podía ocultar; pero el ejemplo de España, donde él había sido el hombre fuerte en la cooperación, tuvo para él una gran importancia, y cuando en su viaje a Alemania, en mayo de 1937, pudo conocer todo el parentesco de los regímenes y la precisión de la maquinaria bélica alemana, empleó en su discurso del Campo de Marte berlinés la expresión muy poco política de que creía en la buena máxima antigua de que, una vez se ha hallado un amigo, hay que marchar junto a él «hasta el fin».

Así fue como un gran número de hechos y circunstancias interoperantes, de los cuales ninguno fue más importante que la interacción de sistema liberal y comunismo, hicieron posible que Hitler superara la dura etapa de los primeros años y ganara la partida a sus oponentes políticos del exterior, lo mismo que se la había ganado antes a los partidos del interior. Pero lo que era nuevo y sin precedentes en la política interior era que se hubiera aliado con otro fascismo, en vez de atraerse, como única espada, todas las simpatías filofascistas de las fuerzas conservadoras. La manifestación clara de su propia voluntad en política exterior había de hacer no menos dudosa la repetición de la constelación victoriosa en política interna, voluntad que dio a conocer a sus colaboradores más íntimos a fines de 1937 y que, sin embargo, ya había inculcado desde hacía quince años a millones de lectores de su libro: «El objetivo de la política alemana es el asegurar y conservar la masa popular y su multiplicación. Con ello se trata del problema del espacio. La masa del pueblo alemán dispone de más de 85 millones de personas; por el número y la homogeneidad del espacio que habitan, representan en Europa un núcleo racial tan firmemente cerrado como no puede encontrarse en ningún otro país, y que, por otra parte, tienen derecho, más que otros pueblos, a disponer de un mayor espacio vital... Que cada ampliación de espacio sólo puede darse a través de un quebrantamiento de resistencias y con cierto riesgo, esto lo ha demostrado la historia de todas las épocas —Imperio universal romano, Imperio inglés... Ni antes ni ahora ha habido nunca espacio sin propietario, el atacante choca siempre con el propietario...» [8] ¿Hasta cuándo lo que había de ideólogo en Hitler ocultaría lo que tenía de político del espacio vital, y hasta cuándo, por tanto, podría hacerse creer, lo cual era la premisa para la victoria en política exterior, como había sido la premisa para el triunfo político interno?

Viena, Munich, Praga y la unidad de acción de los fascismos

El año 1938 vio el triunfo del Hitler wilsoniano, pero le siguieron hechos singulares. Austria, que en 1919 había declarado su anexión al Imperio alemán, que en 1931 había querido firmar una unión aduanera con Alemania, fue puesta en

febrero de 1938 bajo una dura presión, ya totalmente antidiplomática; en marzo fue enfrentada a un ultimátum y, poco tiempo después, fue ocupada militarmente, con despliegue de medios de coacción violentos. Cierto que la presión se dirigía contra un jefe de Gobierno que al mismo tiempo era jefe de un partido y que no quería otorgar libertad de movimientos ilimitada a otro partido, el nacionalsocialista; cierto que el ultimátum trataba de impedir una votación popular que, en el modo de llevarse a cabo, revelaba una gran analogía con las votaciones populares de Alemania; cierto que se puso de manifiesto que las tropas invasoras no sólo no chocaron con resistencias, sino que fueron recibidas por los vítores de las masas —todo esto no cambiaba nada en el hecho de que la fuerza militar había contribuido al triunfo de una causa política, que por sí sola no hubiera podido convertirse en una causa popular universal. Y de un modo muy partidista se comportó el hombre que aparentemente no había hecho más que liberar la voluntad del pueblo unido de los obstáculos exteriores: destruyó toda huella de las tradiciones propias del país y lo dividió en los cantones de una amorfa Ostmark (Marca Oriental), trató al ex canciller federal como a un criminal y lanzó a la policía secreta en una vasta empresa de persecución. Ni el fulgor del éxito ni el hecho básico de la capitulación de la Iglesia podían ocultar que en Austria la revolución nacionalsocialista no había conseguido su objetivo por sí misma, sino que había tenido que ser puesta en marcha por medio de la violencia exterior. Pero el hecho de que la resistencia también había tenido que adoptar formas fascistas era naturalmente un indicio claro de qué velas soplaba el viento de la época.

La caída de Checoeslovaquia había de retrotraerse precisamente al hecho de que ésta no era fascista y había confiado en potencias no fascistas. Verdad es que era todo lo contrario de una democracia modélica y, hasta 1926, la coalición de partidos checos «pannacional» había dirigido un régimen muy duro en un Estado en que las diferentes minorías formaban la mayoría y se esforzaban con mayor o menor decisión por apartarse de un Estado que, a pesar de todo, teniendo en cuenta la situación, era la mejor posibilidad, si se aceptaba la suposición básica de que la maduración de las naciones eslavo-occidentales en una autonomía estatal había sido uno de los principales resultados de la guerra mundial. Pero desde 1926 también habían participado en el Gobierno parti-

dos eslovacos y alemanes, y se habían incorporado más y más en un Estado que verdaderamente nunca llegó a ser la «Suiza del Este», pero que, con todo, garantizaba a sus ciudadanos una medida mucho mayor de libertad política y de participación que cualquier otro Estado de la Europa oriental. Por esto tampoco había podido impedir la formación del Frente Patriótico de los Alemanes Sudetes, y esta organización había logrado arrastrar tras de sí a la mayoría de los alemanes de Checoeslovaquia. Después de la anexión de Austria se convirtió rápidamente en un Estado dentro del Estado, que cada vez aumentaba más sus reivindicaciones, hasta exigir finalmente la separación de las regiones alemanas. Pero, como democracia que era, la República Checoeslovaca contenía también una tendencia política que, por miedo ante el influjo creciente (en considerable medida) del Partido Comunista, era partidaria de un entendimiento con Hitler, y en este caso se trataba justamente de un ala del Partido Agrario checo que gobernaba. De ahí que el encono tan notable que desplegó Hitler en el conflicto con Checoeslovaquia sólo puede explicarse en medida muy pequeña por la compasión que le merecía la suerte de la población sudete alemana: difícilmente ignoraba Hitler que la terrible penuria económica de las regiones sudetes alemanas tenía causas estructurales y que Benes era considerado por los nacionalistas checos como proalemán; mucho más decisivo debió de ser en Hitler, junto a la profunda aversión que sentía desde su juventud hacia los checos, el hecho de que Checoeslovaquia era una democracia, cuya voluntad de resistencia podía ser soterrada por medio de palabras y gestos, y que era una democracia antifascista, que había ofrecido asilo a sus enemigos y por cuyas fronteras entraba una y otra vez en Alemania material propagandístico. Pero, en fin, Checoeslovaquia era el punto de apoyo más seguro del sistema de alianzas francés en Europa. Si le obligaba a la capitulación, dejaba de existir el «sistema francés». Y él sabía que gran parte de la opinión pública francesa estaba dispuesta a esta renuncia, tanto más cuanto que disponía del argumento poderoso de que la República Checoeslovaca era un «portaaviones de la Unión Soviética». Esta renuncia significaba para Francia, sin embargo, el quebrantamiento de una promesa escrita y sellada solemnemente. El acuerdo de Munich fue, por ello, únicamente bajo un aspecto muy subordinado un triunfo del derecho de autodeterminación: significó, en primer plano, la eliminación de

una avanzada antifascista en la frontera alemana y la castración moral de Francia.

Pero que el sistema francés, abandonado por Francia sin lucha, bajo la presión inglesa, había representado algo más que la mera veleidad de un intento casual de una gran potencia, que más bien había sido a la vez un arma defensiva del sistema de Versalles y del sistema liberal en Europa, es algo que se le hizo claro incluso a Neville Chamberlain, cuando, seis meses después del acuerdo de Munich, Hitler entró en Praga; el mismo hombre que en septiembre había considerado «horrible, fantástico e increíble»[9] que Inglaterra debiera mezclarse en los distantes conflictos de alejadas nacionalidades. Pero ahora tampoco él podía ya reconocer el rostro del wilsoniano bajo el casco de tanques del señor de la Gran Alemania, y, contemplando la ondeante bandera con la cruz gamada sobre el castillo de Praga, pudo darse cuenta de que en Europa estaba a punto de imponerse un nuevo principio, que había tomado las injusticias de las regulaciones de la Guerra Mundial de 1914-1918 únicamente como pretexto para erigir un orden de poder que desechaba y eliminaba precisamente los principios más fundamentales de toda regulación y, con ello, se rechazaba la totalidad del sistema liberal.

De hecho, los éxitos de Hitler no habían sido sólo sus propios éxitos, y la oposición a ellos no estaba localizada únicamente fuera de Alemania. Difícilmente se hubiera atrevido Hitler a ocupar siquiera Austria en 1938, si no hubiera podido contar con el apoyo de Mussolini. Cuando en mayo devolvió al Duce la visita que éste había hecho a Alemania, ya nadie podía dudar de la firmeza de la alianza entre ambos regímenes, y el papa abandonó en señal de protesta la Ciudad Eterna, en cuyos muros se había pintado una cruz que no era la cruz de Cristo. Pero Mussolini se aproximó a Hitler todavía más por propia decisión: en julio se publicó el *Manifesto della razza*, el cual introducía una política antisemita, que era totalmente extraña a las tradiciones de la Italia moderna y que, con todo, podía apelar justificadamente a algunos precedentes en el primer fascismo. Poco tiempo después publicó Mussolini anónimamente en su periódico una «Carta a Runciman», en la cual apoyaba sin condiciones las reivindicaciones de Hitler, y la conferencia de Munich se debió a su iniciativa. Cierto que en Munich fue sólo Hitler quien impuso su voluntad; a pesar de esto, la conferencia podía con-

siderarse un triunfo de los dos jefes fascistas uniformados que impusieron su ley a los lánguidos jefes civiles de las envejecidas y desanimadas democracias, y, no obstante, obtuvieron de ellos, con la exclusión comúnmente acordada de la Unión Soviética, el permiso para posteriores acciones. Por lo menos así lo entendieron sin excepción los movimientos fascistas menores, los cuales, desde Doriot hasta Mosley, desde Degrelle hasta Mussert, entraron en campaña con la máxima violencia contra la Checoeslovaquia masona y contra los compromisos de alianza o amistad de las potencias occidentales. Y en todas partes fueron apoyados por la gran prensa filofascista, que supo aprovechar soberanamente para sus fines el profundo cansancio de guerras de los pueblos occidentales. Pero incluso la prensa gubernamental de Francia e Inglaterra no era precisamente «antifascista», por muy sin escrúpulos que se llevara ahora en Alemania e Italia la lucha contra la «democracia». Todavía se seguía intentando evitar la ideologización del enfrentamiento, que de hecho ya se había dado desde hacía tiempo, y muchos todavía se aferraban desesperadamente a la esperanza de un «acuerdo», que habría presupuesto una semejanza de voluntad y objetivos, que no existía, y cuya inexistencia no podía ser demostrada más patentemente que con los progroms dirigidos (se produjeron en noviembre de 1938), cuyas llamaradas excluyeron innegablemente a Alemania de la comunidad de la «civilización occidental».

Es comprensible que el año 1938 fuera para el antifascismo un año de profundo desaliento. Cierto que en Austria, inmediatamente antes de la anexión, se había esbozado una especie de colaboración antifascista entre las organizaciones católicas y socialistas, pero no se había podido desarrollar ante la prepotencia de las armas. La oposición al ataque de Hitler a Checoeslovaquia estaba ciertamente muy extendida, pero sobre todo bajo la forma del pacifismo, el cual favoreció directamente a Hitler. Grandes masas saludaron emocionadas en Inglaterra a Chamberlain antes y después de su partida, pero sólo pocos manifestantes gritaron: «*No concessions to Hitler! Stand by the Czechs*» («¡Ninguna concesión a Hitler! Apoyad a los checos»).[10] La oposición militar alemana, que ahora por primera vez estaba dispuesta a actuar, no era antifascista en absoluto: en ella se conjugaba la preocupación ante una guerra insuficientemente preparada con el temor a las ventajas que la Unión Soviética sacaría de la falta

de unidad de Occidente. En los periódicos de los emigrantes se expresaban repetidamente el derrotismo y el desánimo: las derrotas en Francia y en España no podían dejar de tener los mismos efectos que la inconcebible carrera homicida de las grandes purgas soviéticas. Frente a esto, el hecho de que una serie de escritores muy «progresistas» desarrollara en esta situación una comprensión hasta entonces desconocida por los valores de la tradición, y por la diferencia entre capitalismo y fascismo, parecía ser de poco peso. Verdad es que Munich significó una cierta recuperación del antifascismo, sobre todo porque ahora aparecía la posibilidad de una alianza de la oposición conservadora contra el acuerdo. Pero sólo fue Praga lo que rehabilitó una dirección de pensamiento cuyos principios esenciales habían demostrado ser correctos. Con todo, su influencia práctica sobre la gran política siguió siendo escasa, ya que Inglaterra se dispuso ciertamente a resistir, pero no a resistir al fascismo, sino sólo al pragmáticamente supuesto intento de Hitler *«to dominate the world by force»* («para dominar el mundo por la fuerza»).

Teorías sobre el fascismo hasta 1938

Nunca podrá evaluarse con cierta seguridad el gran papel que desempeñó la literatura sobre el nacionalsocialismo en los enfrentamientos de los años que van de 1934 a 1938. Por lo menos es seguro que sus manifestaciones literarias, hacia la mitad de los años treinta, ya no eran casos excepcionales, como *Fontamara* de Silone o la novela de Lion Feuchtwanger *Erfolg* (Éxito), a principios de la década. Para el gran número de escritores emigrados, la Alemania nacionalsocialista era la experiencia y prueba terrible a la que dedicaban sus reflexiones, incluso cuando escribían novelas históricas. Pero precisamente la fuerza del sentimiento personal confiere a la mayor parte de esta literatura un carácter tan intenso de acusación y de narración de experiencias, que no da mucho de sí para la comprensión del fenómeno general del «fascismo» y, por lo general, no alcanza tampoco el nivel de la gran literatura, prescindiendo de *Furcht und Elend des Dritten Reiches* (Terror y miseria del Tercer Reich) de Bert Brecht y de su pieza dramática *Die Rundköpfe und die Spitzköpfe* (Los cabeza redonda y los cabeza puntiaguda).[11] Thomas Mann se comprometió de manera muy sutil y hermética con

la novela sobre la historia de José,* pero, en cambio, de manera polémica y directa con artículos como *Dieser Friede* (Esta paz); la época del *Doktor Faustus* aún no había llegado. No obstante, puede decirse, sin mucha exageración con respecto a la literatura universal, que en los años de 1935 a 1939 dominaron en ella tres temas de interés general y estrechamente relacionados: el nacionalsocialismo, la guerra civil española y el stalinismo.

Algo semejante vale para la literatura política, pero ésta también es de provecho para el tema del fascismo, hasta cuando sólo se ocupa del nacionalsocialismo. Su característica general es que, en cualquier caso, el nacionalsocialismo pasa a primer plano —prescindiendo de unas pocas publicaciones de los emigrantes italianos— y que ya no vuelve a surgir la tesis tan difundida en 1928 de la inmunidad de los Estados industriales modernos ante el fascismo. Del cúmulo de publicaciones, vamos a escoger para su interpretación escueta cuatro libros, que, por procedencia nacional y política de sus autores, pueden jalonar el marco, dentro del cual se movía la discusión sobre el problema del fascismo, que ciertamente estaba comprometida políticamente, pero que tendencialmente era científica.

R. Palme Dutt había pertenecido en 1920-21 al grupo de los fundadores del Partido Comunista de Inglaterra; su libro *Fascism and Social Revolution,* publicado en 1934, es un documento característico de la línea que el Comintern abandonó en 1935, pero que sólo fue superado por algunas expresiones autocríticas, no por una nueva teoría general. Por esto, para Palme Dutt es totalmente evidente que el fascismo no es un fenómeno aislado, ni autónomo, sino «la expresión más completa y consecuente —posibilitada por determinadas condiciones de máxima descomposición— de las más típicas tendencias y rasgos políticos del capitalismo moderno».[12] La característica diferencial del fascismo «abierto» la ve él, no en ciertas estructuras y contenidos nuevos, sino exclusivamente en los medios que hallan su aplicación para alcanzar los mismos fines. El fascismo sólo puede ser, por lo tanto, el disfraz de algo archiconocido, y para demostrar esto Palme Dutt no se arredra siquiera ante afirmaciones

* El autor se refiere a la novela «arqueológica» de Thomas Mann *José y sus hermanos,* llena de detalles históricos sobre la Antigüedad oriental. (*N. del T.*)

falsas, como la de que la marcha sobre Roma había sido dirigida por seis generales del Ejército. Según él, es completamente erróneo hablar de una toma fascista del poder; en todas partes «el fascismo había sido llevado al poder desde arriba por la dictadura burguesa».[13] En cualquier caso, la premisa de esto es siempre, para Palme Dutt, el hecho de que el reformismo ha ejecutado su papel de traidor y ha arrancado a la pequeña burguesía la creencia en el triunfo del proletariado. Entre los jefes del reformismo se hallan, empero, también «todos los hombres de Estado imperialistas, Roosevelt y MacDonald, Henderson y Paul-Boncour, Mussolini y Hitler»,[14] que forman una única *massa perditionis*. Tanto más sorprendente es que Palme Dutt tome lo bastante en serio algunas manifestaciones ideológicas y medidas aisladas, como por ejemplo una prohibición del Gobierno de Turingia de usar máquinas para soplar vidrio, para sacar la conclusión de que la consecuencia lógica del fascismo es el abandono de las máquinas en el trabajo y el regreso de la Edad de Piedra.[15] El odio utópico contra «todos los canallas, miserables, oportunistas de la guerra, gángsters, los Kreuger, Mussolini y Romanov y todos los que viven de la explotación de sus prójimos»[16] se une a la habitual supervaloración comunista de la unidad e inteligencia de las clases capitalistas, que supuestamente «detrás de los fanfarrones megalómanos, perdonavidas, toxicómanos y bohemios depravados, que constituyen la fachada externa del fascismo»[17] pagan con toda claridad los costes y mueven los hilos, para señalar a lo específico del fascismo un campo de acción lo más estrecho posible.

Que esta tendencia de pensamiento no era, con todo, meramente una peculiaridad de la línea del Partido Comunista hasta 1935, lo prueba el libro de *Robert A. Brady*, profesor de la Universidad de California, *The Spirit and Structure of German Fascism*, publicado en 1937, que, a pesar de todas sus exageraciones, puede valer como un antídoto útil de una contraposición demasiado tajante entre la democracia angloamericana y el fascismo germano-italiano. En la parte descriptiva de su obra, el objetivo de Brady es mostrar el íntimo engranaje de la organización industrial-financiera y de la del Partido, en Alemania, mientras que el apartado final, titulado *The Looming Shadow of Fascism over tre World* (La creciente sombra del fascismo sobre el mundo), aporta cierto número de pruebas documentales, algo gasta-

das, para la tesis de que «casi todo el programa del nazismo alemán y su modo de argumentar es idéntico, por su contenido y puntos de vista, al mundo de negocios americano»,[18] y no duda en formular la afirmación de que, si la situación americana madurase hasta ser la de Alemania en 1933, tambien en los Estados Unidos se daría el terror racista, y éste se dirigiría contra los negros, judíos, mejicanos y japoneses. También para Brady, por tanto, Roosevelt no es esencialmente distinto de Hitler y Mussolini.

Ignazio Silone, por el contrario, partiendo del alejamiento de América y de su familiaridad con el fascismo italiano, aprecia más correctamente la diferencia esencial que existe entre el New Deal y el fascismo. Pues es con el *futuro* dictador de América, con el que su segundo *ego* entabla el diálogo de la *Escuela de dictadores* (1938). En el fondo, naturalmente, es él mismo, es decir, lo que hay del antiguo comunista en él, el instruido, cuando «Tomás el cínico» afirma que el fascismo no puede quedar suficientemente caracterizado por el hecho de que se apoye en esta o aquella clase, sino por el hecho de que «despierta, revaloriza, aprovecha y moviliza todos los instintos primitivos y bárbaros que aún dormitan en el hombre moderno, sea plebeyo o aristócrata»,[19] con lo cual puede pasar por encima de la división en clases, que para el marxista es el dato último. Pero, él afirma, esto no es precisamente en el sentido de la autointerpretación fascista, según la cual «la nación» es la substancia por debajo de todas las divisiones superficiales en clases, sino con el convencimiento de que los «complejos arcaicos» de las masas, a los que apelan los fascismos, son mucho más originarios que cualquier nacionalidad, de modo que así se explica sencillamente la internacionalidad del fascismo. El fascismo es para él, no un método racional para alcanzar objetivos racionales, sino una nueva idolatría, con sus propios símbolos y fetiches, que trata de liberar al hombre de la carga de la razón y de la responsabilidad.

Para *Hermann Rauschning,* el antiguo presidente del Senado de Danzig, quien a diferencia de los restantes autores había estado personalmente en buenas relaciones con Hitler por cierto tiempo, la singularidad del objeto de su estudio aparece tan claramente en el primer plano que en largos párrafos se hace dudoso que se tratara, ni en principio, de un fenómeno general. Pues el libro de Rauschning sobre la *Revolución del nihilismo* (1938) trata casi exclusivamente del

nacionalsocialismo, que aparece como una fuerza esencialmente anticonservadora, progresivamente destructura de todas las instituciones tradicionales. Esta destrucción no se detiene ni ante la Iglesia, ni ante el cuerpo de oficiales, ni ante el «capitalismo»; en último término, sólo puede comprenderse metafísicamente, como el salto hacia lo sin límites, o sea, como la «revolución del nihilismo». Partiendo de esta perspectiva, Rauschning interpreta el dinamismo de la política exterior hitleriana, con sus planes sobre el espacio oriental y la colonización, más claramente de lo que en 1938 podía ser creíble. Pero también predice la alianza con el bolchevismo, dado que considera efectiva en Hitler y en Stalin (y hasta cierto punto también en Mussolini) la voluntad de una revolución mundial, y, en este sentido, en la base de su argumentación también yace la concepción de que el nacionalsocialismo es sólo un aspecto de un fenómeno global.

Así se habían manifestado hasta el año 1938 las grandes ideologías sin excepción, también sobre el nacionalsocialismo, en estudios generales, y a pesar de todas las diferencias, e incluso oposiciones, en los resultados, no podía ocultarse que concordaban en el reconocimiento del concepto general y en la negatividad del juicio. En el enfrentamiento de los espíritus se había anticipado la lucha de las armas que se avecinaba.

V. La guerra y la caída de los fascismos

El estallido de la guerra: casualidad y necesidad

Que con la creación del «protectorado de Bohemia y Moravia» la política del «pequeño acuerdo» había fracasado lo mismo que tres años antes la política de Francia de la «pequeña oposición» había fracasado por el ataque de Italia a Etiopía, era evidente. Parecía existir ahora únicamente la alternativa entre el «gran acuerdo», es decir, la cesión de todo el Este a Hitler, y la línea, que se debería emprender más enérgicamente, de la «gran oposición», es decir, la conclusión de una alianza militar entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética. El gran acuerdo era el verdadero objetivo de Hitler, el sueño de su vida, y su contenido no era otro que el establecimiento, en el plano internacional, de la situación de toma del poder típicamente fascista: el lograr que las potencias establecidas le encargaran la campaña de aniquilación contra el enemigo marxista común. Que se podía alcanzar este objetivo por medio de una mezcla de sinceridad y de amenaza, era la experiencia fascista más antigua: Mussolini la había hecho en 1922 y Hitler en 1933; se puede decir, incluso, que en la unidad de sinceridad y amenaza, de amistad y enemistad, consiste el hábito fascista fundamental con respecto a las fuerzas conservadoras. Sin embargo, no se trataba de una receta infalible: Víctor Manuel se habría podido decidir por la oposición en 1922, lo mismo que Hindenburg en 1933, y esta oposición tenía que ser tanto más probable cuanto más claramente aparecía la naturaleza peculiar, no instrumental, de todo fascismo genuino, y cuanto más inquebrantable fuera la fuerza conservadora de que se tratase. La monarquía italiana había estado al borde del abismo, Hindenburg se había sentido directamente amenazado: Inglaterra poseía una tradición política ininterrumpida, y aunque su política del equilibrio había permitido la subida de Hitler al poder, también tenía que volverse en contra suya algún día.

Pero esta necesidad no era absoluta. Todas las reglas de

una política realista habrían prescrito forzosamente la alianza con la Unión Soviética. Cierto que Chamberlain hizo algunos pasos en esta dirección, pero únicamente con tan escasa decisión y con una repugnancia tan patente, que el fracaso de las negociaciones no fue una sorpresa. Sólo en situaciones extremas se habían mostrado hasta entonces dispuestos los partidos burgueses a formar un Frente Popular antifascista, el cual había superado la tan arraigada desconfianza siempre sólo muy incompletamente y por motivos de mucho peso. La situación de Inglaterra no era lo bastante extrema para seguir una de estas dos vías extremas, pero lógicas.

Que el Gobierno inglés se dispusiera a ofrecer resistencia, incondicionalmente y sin seguridades, le aportó, incluso en el propio país, los reproches de los realistas, de los antifascistas dogmáticos y de los defensores filofascistas del gran acuerdo, si bien por motivos totalmente contrapuestos; pero esta decisión rompió el hechizo que los fascismos habían ejercido sobre las fuerzas conservadoras. Justamente de su quebrantamiento habían salido aquéllos, de sus debilidades se habían aprovechado, hasta convertirse en los amos, que en el mejor de los casos todavía concedían al padre adoptivo una existencia simbólica. Que partiendo de la nada, con sus abrazos de enemigo, pudiesen avanzar hasta la más antigua y poderosa de las fuerzas políticas conservadoras, demuestra su significación histórica; que en este punto culminante, inmediatamente antes del triunfo definitivo, fracasaran, pone de manifiesto que el conservadurismo europeo todavía no había perdido completamente su valor y su conciencia. Pero, como toda verdadera decisión, también ésta dependió del momento, de la casualidad.

Por esto fue casual el lugar del estallido de la guerra. Inmediatamente después de Praga, Inglaterra había dado garantías también a Rumania y a Grecia: de hecho, a Inglaterra no le interesaba Polonia en sí misma. En este sentido, está justificada la frase sobre la guerra «impuesta» o forzada. Pero, con todo, la premisa evidente fue la del *hecho* de que Hitler atacase. Quien ataca al aliado de un país, ataca a este mismo país —por consiguiente, no existe, en el caso de la Segunda Guerra Mundial, la cuestión jurídica de la culpabilidad de la guerra. La llamada historiografía neorrevisionista pretende ciertamente plantear un problema de culpabilidad; sin embargo, en realidad, no es más que la con-

tinuación de la tendencia filofascista hacia el «gran acuerdo» y vuelve a atribuir, sin rodeos, la culpa a la guerra de coalición contra la Unión Soviética, que no estalló, pero que supuestamente era «justa».

Las exigencias de Hitler a Polonia fueron relativamente muy modestas, totalmente al revés de las dirigidas a Checoeslovaquia. Hacían esperar, además, compensaciones importantes y no pueden ser valoradas más que como la base de la guerra común contra la Unión Soviética. El hecho de que el Gobierno polaco rehusara un tal ofrecimiento parece casual, es decir, no fundamentado por necesidad. Pero así como Hitler, a pesar de toda su admiración por Inglaterra, no comprendía la específica situación inglesa, tampoco comprendió la situación polaca, a pesar de todas sus simpatías por la Polonia anticomunista. Pues, justamente porque Polonia tenía cierta tendencia hacia el fascismo, los recuerdos históricos le aparecían, lo mismo que al propio Hitler, como una realidad: el corredor no era para ella un «corredor», sino una secular posesión polaca; y Danzig no era para ella una ciudad alemana cualquiera, sino la valiosa llave de la casa, cuya pertenencia no había sido discutida nunca en los siglos de grandeza.

Y así, no obstante, por encima de todas las casualidades reinó a su vez una necesidad superior, la que no permite que un nuevo fenómeno histórico consiga el poder absoluto sólo por medio de la amenaza y el engaño. Ambos fascismos habían prolongado la guerra de la que habían surgido, en la paz, y con ello habían alcanzado éxitos inauditos: la verdadera cuestión no es la de por qué estalló la guerra al fin, sino la de por qué no había estallado ya antes. En este sentido, esta guerra casual fue la guerra necesaria desde hacía ya tiempo, y toda la investigación de las causas y motivos inmediatos de la guerra ofrece sólo un interés histórico estrechamente limitado, a no ser, en cambio, que sirva de ocasión para exponer juicios de principio ético-políticos. Los acontecimientos esenciales no son los múltiples intentos de los partidos diplomáticos para atribuirse los unos a los otros la «cabeza de turco», ni siquiera las intervenciones bienintencionadas de Göring o las tendencias inglesas a recaer en la política de *appeasement*, sino la conclusión de la alianza bélica de los dos fascismos gobernantes y la firma del pacto de no agresión alemán con la Unión Soviética.

El llamado Pacto de Acero, concluido el 22 de mayo en-

tre Alemania e Italia, se definía ya en el preámbulo como la alianza ideológica de dos regímenes muy emparentados y, en sus artículos, significaba la adhesión incondicional de Mussolini a Hitler, ya que no hacía depender la terminación de la alianza de ninguna cláusula. A este pacto correspondió la incondicionalidad con que todos los movimientos fascistas hicieron en verano de 1939 de la causa de Hitler la suya propia. En Francia, que apenas seguía existiendo conscientemente como gran potencia, después del desastre moral de los acuerdos de Munich, la pregunta del jefe de los neosocialistas, Marcel Déats, «Mourir pour Dantzig?», tuvo eco en millones de corazones desanimados, y Mosley se desató en declaraciones que rozaban la traición a la patria.

A pesar de todo, Hitler difícilmente se hubiera atrevido a la guerra sin el viraje de Stalin, insinuado por primera vez en una declaración ante el XVIII Congreso del Partido y más firme luego con la destitución de Litvinov. Este viraje era, después de Munich y de las varias declaraciones que políticos ingleses habían hecho sobre el desvío de Hitler hacia el Este, más que comprensible desde el punto de vista de una política realista, y la tesis de antiguos comunistas, según la cual Stalin desde el principio había trabajado por lograr esta alianza, no tiene muchas probabilidades de ser correcta en sí misma. No obstante, el pacto de no agresión, concluido el 23 de agosto, significó un vuelco de todas las posiciones.

Para la Unión Soviética y para los partidos comunistas que dependían completamente de ella, fue el fin de la política de Frente Popular y de coalición con las democracias; por comprensible que pudiera ser desde los aspectos realpolíticos, era indigno de un movimiento ideológico que afirmaba tener la visión más profunda del proceso de la Historia y que había iniciado hacía veinte años la revolución comunista y, hacía cinco, la política de defensa antifascista. Por consiguiente, la reacción de los comunistas del extranjero varió desde la perplejidad silenciosa hasta el fatigoso intento de dar al acuerdo el sentido de un seguro de paz. Al no ser ya posible esta interpretación después de la ocupación común de Polonia por Alemania y Rusia, los comunistas retornaron osadamente a sus comienzos y a las acusaciones contra «las» potencias imperialistas y los traidores socialdemócratas. ¿Pero, después de todo lo que había ocurrido, tenía este modo de hablar aún cierto grado de credibilidad?

No menor fue la perplejidad en los partidos fascistas. Rosenberg y, poco tiempo después también, Mussolini hablaron —aunque sólo en diarios y cartas— de traición a los principios; pero el propio Hitler se justificó con la afirmación de que la Unión Soviética se había deshecho del elemento judeo-internacionalista y se había transformado en un Estado autoritario nacional, con el cual podía colaborar bien y por largo tiempo. Pero tal evolución ¿no se había hecho visible desde hacía ya tiempo? ¿Acaso no se había basado, pues, toda la propaganda de los últimos años en una mentira? ¿Y tenía que abandonarse la doctrina central de la necesidad de conseguir nuevo espacio vital en el Este?

En la emigración italiana se quebró la alianza del Frente Popular antifascista. Ante la nueva situación, solamente se ofrecía una salida ideológica: se había de reemplazar el antifascismo por el antitotalitarismo y unirse decididamente a la causa de las democracias occidentales y sólo a la de ellas. ¿Pero no se abandonaban con ello todas las ideas, que hasta ahora siempre se habían mantenido firmes como núcleo racional del pensamiento marxista, y que afirmaban que no era admisible una equivalencia de movimientos, que eran tan distintos por su substrato, ideología y tendencias?

Los políticos del *appeasement* se despidieron de sus esperanzas y se apropiaron una ideología que falseaba si bien no sus antiguos ideales, sí en cambio su valoración de las fuerzas políticas, y Neville Henderson, que, como embajador en Berlín, había trabajado tanto como nadie por el entendimiento germano-inglés, escribía en 1940: «Somos los cruzados en una guerra por ideales cristianos y contra doctrinas paganas; queremos obligar a la fidelidad y a la fe y a la confianza en los acuerdos internacionales; queremos demostrar que la agresión se paga más pronto o más tarde, y que la guerra y la amenaza de guerra no deben ser la empresa última y más importante de la política.» [1]

Así fue como el 1 o el 3 de septiembre todos los bandos fueron a la guerra con la conciencia desgarrada y contra sus propios deseos, una guerra que aún estaba muy alejada de su constelación completa e ideológica, debido a la no beligerancia de Italia y a la neutralidad de la Unión Soviética. Pero, con todo, se había dado la más importante de todas las decisiones previas, y la más fatal para Hitler: éste estaba en guerra con los conservadores, antes de haber derrotado a los revolucionarios, y con ello se le había escu-

rrido de las manos la baraja más fuerte, la propiamente fascista.

El desarrollo de los movimientos fascistas hasta la creación de un frente de guerra «antifascista» por el ataque de Hitler a la Unión Soviética

En una campaña victoriosa sin precedentes, los ejércitos de Hitler arrasaron no sólo Polonia, sino, en el curso de los dieciocho meses siguientes, casi toda Europa —en mayo de 1941, las banderas con la cruz gamada ondeaban en Varsovia y en París, en Oslo y en Atenas, en Belgrado y en Bruselas—, pero lo que Hitler deseaba más ardientemente no lo obtuvo a cambio: el apoyo o, por lo menos, la neutralidad de la principal potencia conservadora. Sus ofrecimientos de paz a Inglaterra después de la victoria sobre Polonia y después del triunfo en Francia eran sinceros, y en apariencia justos, pero él, que había sabido apelar a lo irracional mejor que todos sus contemporáneos, esperaba de Inglaterra una actuación racional en sentido estrecho, y se equivocó. El hecho de que en Inglaterra, incluso en las horas más negras de abandono aparentemente sin perspectivas, siguió despierta la conciencia, mejor dicho, todavía se agudizó más y se hizo más segura, de defender algo más que la propia existencia sin más y de combatir por algo más que pequeños intereses, fue el acontecimiento más importante y con mayores consecuencias de estos años. No se referirán aquí con detalle los hechos de todos conocidos —la «campaña de los dieciocho días» contra Polonia, la ocupación de Dinamarca y Noruega, la victoria triunfal sobre Francia, la entrada de Italia en la guerra, las campañas en el Norte de África y en Grecia o Albania, la ocupación de Yugoeslavia y Grecia—; únicamente se planteará la cuestión de si hubo en ellos rasgos fascistas, y en qué medida, y qué consecuencias tuvieron para los movimientos fascistas particulares y su colaboración.

La guerra relámpago en Polonia demostró la capacidad de ese movimiento político nacido de la guerra y continuador de la guerra en la paz, y de su jefe, para transformarse inmediatamente en acción bélica directa. Ante el moderno Estado industrial organizado de manera fascista, con su nuevo método de llevar la guerra, en el cual se empleaban todos

los medios de la tecnología bélica y de la propaganda, del modo más eficaz, el régimen militar autoritario de un Estado agrario deficientemente armado no podía ofrecer seria resistencia. En este sentido, Polonia fue la Etiopía de Hitler. Pero la situación era completamente distinta, en la medida en que Hitler no reconoció al pueblo vencido ni siquiera la apariencia estatal de un «protectorado» y, con ello, asestó definitivamente el golpe mortal al sistema de Versalles, cuyo punto clave era la mayoría de edad de los pueblos eslavos occidentales. Al hacer de Polonia el campo de experimentación de un régimen que con sus acciones de despoblamiento en gran escala, la eliminación de toda enseñanza superior, la exterminación sistemática de la intelectualidad, dejó muy tras de sí todos los métodos coloniales del pasado, llevó a realidad la característica fundamental del fascismo, incluso respecto de un pueblo europeo, que le hace aparecer como la potenciación del imperialismo colonialista. Lo que existía en la misma Polonia de fuerzas filofascistas y fascistas no podía manifestarse ante esta voluntad de exterminación; de todos modos, el ampliamente difundido antisemitismo fue un pasivo apoyo para las medidas contra los judíos, los cuales dentro del esclavizado pueblo todavía formaban una casta de parias destinados a la muerte.

La campaña contra Francia fue no sólo una victoria militar, sino un triunfo de la charla, común a los fascistas, sobre la decadencia francesa. De hecho, durante la *«drôle de guerre»*, se habían mostrado en Francia fuertes indicios de cansancio y desmoralización, y gran parte del pueblo francés atribuyó la culpa, después de la derrota, al parlamentarismo de la Tercera República, de modo que el mariscal Pétain pudo erigir su régimen autoritario sin chocar con oposición parlamentaria. Pero cuando el régimen de Vichy pareció ser un tardío triunfo de las doctrinas de Charles Maurras, entonces se reunieron en París los grupos de las derechas francesas más radicales y más decididos a colaborar con la Alemania nacionalsocialista, no sólo por oportunismo, agrupándose en torno a Jacques Doriot y Marcel Déat, quienes no se cansaban de clamar contra el *«attentisme»* de Vichy y de exigir una incorporación sin reservas de Francia al «Nuevo Orden» de Hitler.

Un renacimiento análogo al del Parti Populaire Français de Doriot experimentó en Bélgica el Partido de los *rexistas* de Léon Degrelle, el cual pronto se atribuyó el «valor» de

decir «Heil Hitler» y de sentar la afirmación de que el espacio belga había vivido su época de máximo florecimiento cuando se llamaba «Germania inferior».[2] La resurrección de tendencias todavía más antiguas, a saber, las del separatismo flamenco de la Primera Guerra Mundial, determinó el crecimiento de la Unión Nacional Flamenca bajo Staff de Clercq.

En Holanda, la ocupación alemana trajo consigo inmediatamente el fortalecimiento del NSB del ingeniero Anton Adriaan Mussert, quien ya a principios de mayo se había manifestado muy derrotista y, con su gente, se había convertido en objeto de la ira popular.

En Noruega, el jefe del Nasjonal Samling, que simpatizaba con Hitler, y que había sido ministro de la Guerra, Vidkun Quisling, tomó la presidencia del Gobierno inmediatamente después del 10 de abril; pero pocos días después tuvo que dejarla de nuevo, para entrar con su movimiento en la lucha, promovida por la potencia ocupante, pero nunca muy afortunada, contra el «marxismo», los ingleses, el gran capital y el rey Haakon, que había huido.

Mucho menos éxito tuvo el Partido Nacionalsocialista Danés, del médico Frits Clausen, que no podía ser muy promovido por Alemania, dada la prosecución de la integridad estatal de Dinamarca, y cuyos pocos miembros pasaron a ser una especie de expulsados, debido al repudio silencioso de la gran mayoría.

Para los fascistas británicos de Mosley, los hechos de la primavera del año 1940 significaron la caída: el *leader*, con casi todos sus seguidores, fue detenido preventivamente. Hasta el último momento, Mosley no había disimulado sus simpatías declaradas por la causa de Hitler: lo mismo que Quisling y Mussert, era una prueba viviente de que la ideología fascista podía crear una solidaridad supranacional, incluso contra las tradiciones y los intereses de la propia nación —naturalmente, una solidaridad que no brota, como en todas las grandes tendencias ideológicas y, en último término, en el comunismo, como consecuencia de los primeros principios, sino que es un resultado suplementario y paradójico.

Nadie tuvo que sufrir la paradoja fascista más intensamente que Mussolini. Los intereses de su pueblo sugerían imperiosamente la neutralidad: en ningún caso una guerra contra Inglaterra, esto había sido la máxima fundamental de

la política exterior italiana desde que el reino existía. Italia, además, no necesitaba ya en absoluto afirmarse en el rango de gran potencia con la participación de la guerra, como había sido el caso en la Primera Guerra Mundial. ¿Pero cómo habría podido el fascista Mussolini eludir por tanto tiempo el ejemplo de Hitler y la obligación de solidaridad creada por el Pacto de Acero, él, que desde hacía décadas había preparado a su pueblo para la «gran hora» y lo había sometido al máximo infantilismo de una instrucción premilitar? Así fue como entró en la guerra, contra la voluntad del rey, del Vaticano, de la industria y de poderosos miembros del Gran Consejo, y con ello probó qué gran medida de autonomía puede adquirir un jefe fascista respecto de las fuerzas e intereses, cuyo «lacayo» debía ser, según ciertas teorías. Pero no era suficientemente fuerte, como para afirmar frente a Hitler algo más que una veleidad impotente de esta autonomía —después del fracaso de la campaña contra Grecia, Italia quedó rápidamente rebajada a la categoría de Estado satélite de los alemanes, y Mussolini estaba desgarrado entre su solidaridad fascista con Hitler y su autoidentificación con los intereses de su pueblo, lo que, sin embargo, había sido el comienzo de su fascismo.

En el resto de la zona de poder alemán, las conversaciones de Salzburgo de Hitler con los representantes de Eslovaquia, en julio de 1940, representaron un duro golpe para la línea ciertamente autoritaria, pero en ningún modo fascista, del presidente Tiso y una parcial toma del poder para los extremistas «nacionalsocialistas» del doctor Vojtech Tuka y Sano Mach.

También una parcial toma del poder de los grupos fascistas fue lo que trajo consigo la reducción de la Gran Rumania al territorio de la época anterior a la Primera Guerra Mundial, con la cual Rusia, Hungría y Bulgaria recobraron las regiones perdidas en 1919 (o 1913). El rey Carol tuvo que abandonar el país, y el general Antonescu, aliado con la Guardia de Hierro, estableció un «Estado nacional-legionario». Con todo, muy pronto sobrevinieron tensiones entre el «Konductarul» y el jefe de la Guardia, Horia Sima, y en enero de 1941 Antonescu tuvo que aplastar una insurrección de la Guardia, a la cual habían seguido horribles carnicerías. Hitler se puso de la parte de Antonescu, igual que antes se había puesto de parte de Blomberg contra Röm, y Antonescu eliminó del país, por medios sangrientos, el mo-

vimiento fascista, lo mismo que Franco antes, de una manera pacífica, había puesto bajo su control a la Falange.

La derrota de Yugoeslavia realizó el viejo sueño de Mussolini, el fraccionamiento del competidor del Adriático. Naturalmente, en este caso sólo podía adscribirse una pequeña ganancia, y si bien ahora fue hecho jefe de la pequeña Croacia su viejo protegido, Ante Pavelic, la realización del sueño italiano determinó que el nuevo Estado y el movimiento Ustacha, que estaba en el poder, se orientasen más y más hacia Alemania.

Así fue como, hacia mediados del año 1941, en la mayor parte de Europa se había impuesto, aunque en buena parte sólo tras las huellas de los éxitos militares alemanes, un tipo de organización político-estatal y de pensamiento político, cuya forma no habría sido ni siquiera intuida por nadie antes de la Primera Guerra Mundial. El complemento a su triunfo fue el hecho de que sus enemigos, los antifascistas de todos los matices, pasaban ahora por su hora más negra. Con su propaganda derrotista, los comunistas habían contribuido no poco, durante la «guerra ridícula», a la derrota de Francia; después de la derrota, trataron de congraciarse con las fuerzas de ocupación alemanas, y, con su lucha contra la democracia y el imperialismo burgueses, hicieron directamente el juego a la propaganda nacionalsocialista. Los emigrantes alemanes e italianos trataron desesperadamente de alcanzar la parte no ocupada de Francia o la salvadora costa de América; muchos de ellos se suicidaron o cayeron en poder de la Gestapo. Los españoles «rojos», que habían llevado una vida miserable en los campos de internamiento del sur de Francia, pasaron en su mayor parte a los campos de concentración o de trabajo alemanes. El antifascismo europeo había sido humillado, derrotado y dispersado. Pero las fuerzas que se habían reunido en él no estaban sólo organizadas internamente. Y ésta ya no era la hora de la lucha política interna.

No obstante, por brillante que pudiera parecer la posición de los fascismos en verano de 1941, se caracterizaba, a pesar de todo, por una profunda ambivalencia. La guerra contra la democracia solamente era posible gracias a la alianza con el bolchevismo: en este momento aparecía del modo más agudo la «vecindad del enemigo», que en política interna se había mostrado por ejemplo en la huelga berlinesa de los transportes, en 1932, y que ahora llevaba a toda clase

de planes para unirse con la Unión Soviética en un gran bloque colonial y acabar definitivamente con el Imperio inglés. Pero no puede desconocerse que Hitler, ante tales planes y consideraciones, nunca se sintió cómodo y que, por lo menos *él*, a pesar de un dejo de admiración por Stalin, no estaba en absoluto convencido de la identidad de ambos regímenes, en la cual se basaban las hipótesis de la teoría del totalitarismo. Es indudable que se conjugaron una serie de motivos que, a partir del verano de 1940, le hicieron considerar la idea de un ataque a la Unión Soviética; pero es igualmente indudable que actuó de acuerdo con el núcleo más íntimo de su ser político, cuando tomó definitivamente la decisión de atacar y, ya con las primeras medidas preparatorias, no dejó lugar a dudas de que en este caso no se haría una guerra como otras, sino una lucha de conquista y de aniquilación como el mundo todavía no había visto nunca. Así como antes había arrancado el marxismo de Alemania, así lo eliminaría ahora de la faz de la Tierra y, a la vez, aseguraría para siempre jamás el porvenir espacial del Imperio Alemán. Pero lo gran diferencia que existía respecto de la situación política interna en Alemania e Italia, y que se había insinuado en 1939, se convirtió en una realidad indestructible, a partir del momento en que los ejércitos alemanes, el 22 de junio de 1941, atravesaron las fronteras de la Unión Soviética sin declaración de guerra. Ahora se encontraba Hitler, y con él muy pronto todo el fascismo, en guerra contra dos grandes enemigos, el bolchevismo y la democracia, es decir, el sistema liberal de partidos, sin la posibilidad de aprovecharse de las simpatías de una de las partes y hacer la guerra en paz. Las contradicciones debían resolverse ahora en el nivel último y más decisivo, en el cual, a la larga, no podían darse ventajas político-organizativas ni técnico-militares, pues ambos bandos luchaban con el mismo esfuerzo totalitario. Que se agruparan bajo las banderas de «fascismo» y «antifascismo», se explica mucho más por iniciativa del primero que por la voluntad y la consistencia del segundo. Si el fascismo, como habría de resultar, se firmó con esta acción su propia sentencia de muerte, actuó, no obstante, de acuerdo con su esencia y confirmó su carácter histórico, al obligar a las fuerzas hasta entonces opuestas a unirse en contra suya.

Triunfo y caída de las alianzas de guerra de los fascismos

Los terribles acontecimientos de los cuatro años siguientes, que sobre todo después de la entrada en la guerra de los Estados Unidos y del Japón hacen de los años de 1941 a 1945 el primer período auténticamente histórico-universal, es decir, el período que incluye al mundo entero en una verdadera unidad de acontecimientos, se pueden presentar desde una multiplicidad de puntos de vista y, correspondientemente, con una plenitud inagotable de detalles. En el presente contexto, vamos a esbozar sólo cuatro tesis, cuya contenido parece ser poco relevante en sus aspectos técnico-militares, pero sin el cual no es comprensible el carácter básico —ideológico— de la Segunda Guerra Mundial.

1. El ataque a la Unión Soviética fue una empresa común de todos los movimientos o regímenes fascistas y filofascistas de toda Europa; en esta empresa alcanzaron los fascismos el supremo grado del desarrollo de su fuerza y de su «idealismo».

2. El salto «europeo» estuvo, a pesar de todas las apariencias en contra, íntimamente ligado a la concepción típicamente radical-fascista de Hitler y Himmler, que hacía increíble la supuesta «lucha defensiva en favor de Occidente».

3. La aniquilación de los judíos europeos fue asimismo una obra común de los fascismos o de los regímenes autoritarios filofascistas, y es solamente un tercer aspecto de un todo unitario.

4. La «resistencia» a Hitler fue un fenómeno variado y carente de unidad; no obstante, su tendencia más fuerte puede definirse como «antifascista».

Para concluir, vamos a describir en pocas palabras el fin de los movimientos fascistas.

El ataque a la Unión Soviética no fue ciertamente una empresa común en *el* sentido de que hubiera sido discutida o tan sólo planeada con los jefes de los demás movimientos fascistas —que Adolf Hitler, y él solo, había tomado las resoluciones decisivas quedó claro a todo el mundo, lo más tarde después del desastre de Mussolini en Grecia. Con todo, el Duce se enteró del inminente ataque antes que cualquier otro hombre de Estado extranjero, y ya cuatro días después del comienzo del ataque se decidió a enviar un cuerpo auxiliar al frente ruso, al que pronto siguieron más unidades

poderosas, de modo que a mediados de 1942 todo un ejército italiano se hallaba en el frente oriental bajo el mando del general Messe. Los motivos del general Antonescu para adherirse inmediatamente a Alemania con fuerzas bastante importantes fueron más bien de carácter real-político que ideológico; los contingentes de Hungría y de Eslovaquia tuvieron de momento sólo una significación simbólica. En cambio, en Francia fueron determinantes motivos exclusivamente ideológicos, cuando a principios de julio se publicó un llamamiento, firmado por cuatro grupos fascistas,[4] para formar una legión de voluntarios franceses con el fin de participar en la «cruzada contra el bolchevismo». De manera similar, en todos los países de Europa, los partidos fascistas organizaron formaciones de voluntarios: en Bélgica, el batallón «Valonia», bajo el mando del propio Léon Degrelle, en Dinamarca, el cuerpo de voluntarios «Danmark», en Holanda el regimiento «Nederland», etc. En su mayor parte, en el curso de la guerra crecieron hasta ser divisiones, y, finalmente, casi una quinta parte de las SS armadas, que hacia el fin de la guerra habían aumentado hasta un millón, consistía en voluntarios de otras naciones. El espíritu «europeo» se convirtió paulatinamente en el espíritu de las SS sin más, que empezaron a sentirse las campeonas de un imperio «pangermánico», incluso un imperio «ario». Fue el triunfo de la orientación internacional, que desde el principio había estado presente, o por lo menos se había insinuado, en los fascismos de todos los matices, como momento, reflejo y contraposición del internacionalismo marxista, y que implica un importante rasgo diferencial con respecto a todo simple nacionalismo. Pero este momento originario se había convertido en exclusivo para los voluntarios de las SS, los cuales eran antibolcheviques totalmente primarios, en el sentido de que se preocupaban poco del futuro destino nacional del propio país, cuanto más que, entre ellos, los europeos occidentales y nórdicos frecuentemente estaban llenos del espíritu de oposición contra la atmósfera «burguesa» de la patria. Por muy cierta que fuese la aparición en ellos de determinadas tendencias a evolucionar y por muy cierto que fuera el que su continuidad de lucha fuese uno de los efectos más sorprendentes de la anticreencia fascista, también es cierto que no representaban precisamente la multiplicidad y la peculiaridad de sus naciones, que no debían quedar destruidas o superadas por una unificación genuina. Este modo

peculiar de desprenderse los voluntarios de las tradiciones y de lo común de sus países de origen correspondía, por parte de las SS armadas alemanas, en la medida en que no se tratase meramente de soldados incorporados o añadidos por otras divisiones del Ejército, a una agudizada conciencia de *élite* y, con ello, al sentimiento de oponerse al ejército usual, que no era precisamente una tropa con una «concepción del mundo» y que no conocía toda una serie de innovaciones muy modernas. Justamente por esto fue posible a las SS armadas convertirse en una fuerza de choque sin parangón, cuya temeridad, que despreciaba la muerte y no se arredraba ante las pérdidas más terribles, era el terror enemigo. Si en todos los países los fascismos habían sido principalmente la obra de los luchadores (no de los simples soldados) de la Primera Guerra Mundial, estos luchadores criaron en las SS armadas los retoños de su corazón: según toda previsión humanamente posible, los últimos hijos legítimos del dios de la guerra que la Tierra ha visto.

Pero si bien jóvenes oficiales de las SS se burlaban a veces de las parrafadas demagógicas de «Adolf» y de la superstición germánica de su «Heini del Reich»,* sin embargo nada justificaría la suposición de que hubiesen sido capaces de enfrentarse a los hombres a los que habían jurado fidelidad absoluta con ideales y concepciones propias. Las SS armadas lucharon, por el contrario, como en último término también y no sin graves escrúpulos todo el Ejército, exclusivamente por las intenciones de Adolf Hitler: nada habría podido impedir al victorioso Führer del Imperio Pangermánico ponerlas en acción. Su núcleo esencial se había puesto ya de manifiesto en el edicto fechado el día que comenzó la guerra, sobre la aniquilación de vida carente de valor; también ahora puede examinarse con detalle, después de haber sido puestas a la luz del día las «charlas de sobremesa» de Hitler y las conversaciones de Himmler con su médico Felix Fersten, así como un gran número de órdenes, discusiones y planes secretos.

Se trataría en todo esto de la curación de una secular enfermedad universal, pero la esperanza de recobrarse está infinitamente alejada de todo mesianismo y utopismo. Por el contrario, es justamente la existencia del utopismo, con

* Con este mote se referían los oficiales de las SS a su jefe Heinrich Himmler: Heini es el diminutivo de Heinrich (Enrique).

sus doctrinas igualitarias y sus ansias de paz, lo que debe considerarse como una manifestación especialmente peligrosa de la enfermedad. Sus síntomas son todos los acontecimientos que habían sido puestos de relieve, valorados negativamente, por la crítica cultural conservadora de los últimos ciento cincuenta años: el crecimiento de las ciudades, la pérdida del modo de vida natural, la complicación del pensamiento jurídico, las ansias de provecho del capitalismo, las conspiraciones de los masones, la decadencia de los grandes valores, el retroceso de la aristocracia ante la burguesía, la emancipación de la mujer, la creciente dependencia de Alemania de la economía mundial, pero, antes que nada, la aparición del marxismo. La curación únicamente puede tener éxito si Alemania se extiende hasta los Urales, recobrando así tanto la autarquía natural como la capacidad incondicionada de defensa; si el excesivo aumento de sangre mala es compensado por la crianza cuidadosa de la buena raza; si a la antinaturalidad se le contrapone una nueva radicación en el suelo. Para alcanzar estos objetivos, tiene que crearse, en los vastos espacios del Este, lugar para el poblamiento de los pueblos germánicos; las razas inferiores que habitan este espacio deben ser debilitadas biológicamente y, bajo el látigo de una voluntad de dominio despiadada, ser mantenidas en su estado actual de incultura. Entre las medidas concretas que se prevén, están la creación de un amplio cinturón campesino defensivo en la antigua Rusia; el favorecer la buena sangre, demostrada por su bizarría, mediante la permisión de los matrimonios dobles; la formación de una nueva capa aristocrática, asentada en los bienes del Estado; la crianza de «mujeres superiores» y la «renacionalización» de portadores de sangre valiosa de los pueblos eslavos en favor de «la» germanidad. De la mano con estos planes, va un odio rabioso contra el cristianismo como primera forma de bolchevismo, contra la nobleza degenerada, contra los juristas, contra los literatos, etc. Nunca se habla de trabajadores, industria, universidades, ciencia o literatura de calidad; por el contrario, con mucha frecuencia, se habla de actores y actrices, de Richard Wagner y mitología germánica, de Karl May y Dietrich Eckart.

Está bien claro que, en este caso, los caracteres fundamentales del pensamiento conservador se han unido a modos de pensar que hasta entonces siempre habían sido considerados como anticonservadores: la total falta de respeto hacia

lo «presente» y hacia los «mayores», una voluntad de cambio radical, la manía del «poder hacer». Precisamente esta unidad inconsistente de lo más antiguo y lo más moderno, empero, es el rasgo básico esencial de todo fascismo, el que lo diferencia del conservadurismo más apasionado y decidido. En el caso de Hitler y de Himler ocurre sólo que está agudizado de una manera específica, trastocado con los efectivos de la semieducación histórica tan difundida precisamente en Alemania. La síntesis, que se lleva a cabo en el sistema liberal con penas y luchas, pero sin el total olvido de los elementos, encuentra aquí su reflejo como ordenación de los *disjecta membra*. Sea como sea que se juzguen las posibilidades de efectividad de semejante ideología esto debería ser indudable: el que así piensa, para él y dentro de él se ha dado ya desde hace tiempo la «decadencia de Occidente». La típica predilección de Hitler y de Himmler por el Estado guerrero turco, o árabe, la cual ocasionalmente les lleva a lamentar que fuera rechazado el asalto de turcos y árabes sobre Occidente, es un indicio externo, pero en absoluto casual.

También el «antisemitismo» de Hitler consistía en un complejo de elementos, que hasta entonces nunca se habían conjugado de este modo. Excesos antijudíos los había habido durante toda la Edad Media; tras ellos había siempre motivos tanto religiosos como económicos, y fueron siempre estallidos locales. En el siglo XIX, cada una de las grandes ideologías había desarrollado su propia clase de antisemitismo: para los conservadores, los judíos eran los promotores de la revolución; para los liberales, una reliquia inmóvil de una oscura época anterior; para los socialistas, un representante especialmente repulsivo del capitalismo. En las ideologías protofascistas de la época anterior a la Primera Guerra Mundial, se acumularon sincréticamente estas diversas acusaciones, y «el espíritu judío» pasó a ser sinónimo de calamidad, sin más. Bien es verdad que, con esta universalización del antisemitismo, puede ir de la mano también el llamamiento a la «extirpación», pero, hablando en líneas generales, hay que decir que el antisemitismo puramente ideológico era, en los países occidentales, demasiado espiritual y demasiado genérico para haber hecho de la expulsión o eliminación de las partes judías de la población, que eran relativamente escasas, su exigencia principal. Ejemplos característicos son el antisemitismo de los nacionalistas italianos

y el de la Action Française. En lo fundamental, el antijudaísmo tiene en estos casos la función de un símbolo y manifiesta solamente la aversión mucho más profunda hacia la Revolución Francesa, el liberalismo, el marxismo, etc. Por el contrario, una especie mucho más realista de antisemitismo era la que se daba en los países de la Europa Oriental, puesto que en ellos se daba en una medida mayor un verdadero problema judío. En Polonia, Hungría y Rumania, los judíos ocupaban el lugar de la burguesía nacional, que sólo se hallaba en sus inicios, y, por su actividad, eran, en el ambiente determinado todavía por representaciones y realidades feudales, el elemento moderno y capitalista, semejantemente a los alemanes, con los cuales generalmente colaboraban y con los cuales se les veía juntos. A partir del surgimiento de una capa burguesa y académica indígena, las tensiones serían naturales; tenían el mismo carácter histórico que las tensiones entre obreros y empresarios, entre pueblos coloniales y colonizadores. No fueron de ningún modo en todas partes solamente movimientos políticos de tendencia fascista los que se hicieron promotores de este antisemitismo social siempre dispuesto a los progroms, pero en ningún caso se apartaron demasiado de ellos. En comparación con los excesos de la Guardia de Hierro, las vulgares ofensas a transeúntes judíos, que la SA se permitía de vez en cuando, no eran más que gamberradas. Sin embargo, ya de las primeras declaraciones de Hitler se habría podido desprender que, para él, la explicación espiritual de toda calamidad moderna por el espíritu judío se identificaba con una «lucha de razas» muy realista: desde este punto de vista, Hitler significaba la irrupción de los Balcanes en la política europea. Una vez en posesión de la maquinaria prescriptiva más perfecta del mundo, podía empezar la política que, siguiendo las tradiciones protofascistas, tenía por objetivo la eliminación del «espíritu» judío, es decir, en definitiva, de lo substancial de la tradición occidental, y siguiendo las costumbres balcánicas, la eliminación, es decir, consecuentemente, el exterminio de la población judía. Esta política se extiende, por lo que se sabe, desde el boicot antijudío del 1 de abril de 1933, pasando por las leyes de Nuremberg y la noche del 8 de noviembre de 1938, hasta las matanzas del «comando de ataque», tras el frente de Rusia, la introducción de la estrella judía y las deportaciones en masa a las cámaras de la muerte de Auschwitz, Treblinka, Sobibor y Belzek. Tal política im-

plicó incontables tragedias, también por parte de los ejecutores, pues, según toda apariencia, la totalidad del hecho sólo había sido querido y actualizado por el espíritu de un solo hombre. En el presente contexto, vale la pena establecer que, en el conjunto europeo en el cual se llevó a cabo realmente, no habría sido posible si, en sus aspectos singulares, no hubiera sido favorecida y sostenida por la simpatía y el apoyo de los regímenes o movimientos fascistas y filofascistas de toda Europa.

Rumania estaba en la cumbre. No fue necesaria la *organización* de la Guardia de Hierro para mantener vivo su espíritu: los decretos del general Antonescu contra los judíos fueron más radicales que los de Hitler, al quitar la nacionalidad a la gran mayoría de la población judía, haciéndola así objeto sin derechos de cualquier arbitrariedad. Los grandes progroms que se desencadenaron, inmediatamente después del estallido de la guerra con la Unión Soviética, en Jassy, Kichinev y en muchos otros lugares, no dejaron mucho trabajo por hacer a los comandos de acción que les siguieron.

En *Croacia,* para el Ustacha, la lucha contra los judíos quedó muy por detrás de la lucha contra servios y pravoeslavos bosnios. No obstante, se emprendió rápidamente la expropiación de todos los bienes judíos, y, para llevar a cabo las deportaciones hacia el Este, los encargados de Hitler no se encontraron con ninguna resistencia muy efectiva.

En *Eslovaquia,* el enfrentamiento entre la tendencia católico-autoritaria de Tiso y los esfuerzos fascistas de Sano Mach, quien después de las conversaciones de Salzburgo había pasado a ser ministro del Interior, no permitió tampoco que se llegara a una clara decisión respecto de la cuestión judía. En que la participación de los judíos en la economía del país debía ser equivalente a su participación en la población, en esto no había discusión alguna; quedaba, no obstante, la cuestión de si judíos bautizados debían ser considerados como judíos. Se dieron deportaciones, en cuya preparación participó la Guardia de Hlinka, pero en líneas generales la participación directa se mantuvo dentro de estrechos límites.

En *Hungría* había desde 1938 una legislación antijudía propia, y la existencia de un secretariado estatal para asuntos judíos, que era muy antisemita, facilitó la mayor deportación de la guerra, que a partir de mayo de 1944 condujo a cientos de miles de judíos húngaros a Auschwitz y, por

tanto, a la muerte. Pero, en lo esencial, fue un asunto de Eichmann, y únicamente la toma del poder por los cruzados flechados, después del 15 de octubre de 1944, expuso a la población judía al tormento ejecutado por manos húngaras.

El régimen de Vichy en *Francia* decretó muy pronto una legislación considerablemente dura, dirigida sobre todo contra los judíos extranjeros y sin nacionalidad; creó también su secretariado propio para asuntos judíos, dirigido por un conocido antisemita. Pero según la prensa fascista de París no hacía bastante, porque trataba de proteger a los judíos de ciudadanía francesa, y también las habituales campañas de Maurras contra metecos y judíos contribuyeron a endurecer la situación.

Las zonas de ocupación italiana en Francia y en Croacia, por el contrario, fueron refugios para los judíos. La razón, empero, no fue el fascismo en cuanto tal, sino la falta de tradiciones antisemitas en la historia italiana. De ahí que la legislación antijudía de Mussolini, en el año 1938, hubiese chocado al principio, ciertamente no con la oposición, pero sí con la aversión de una parte de los dirigentes del Partido: esta legislación ocasionó verdaderamente bastantes sufrimientos, pero, sólo después de la constitución de la República di Salò, antisemitas extremistas, como Giovanni Preziosi y Roberto Farinacci, tuvieron la sartén por el mango, de modo que también en Italia se dieron cierto número de deportaciones al Este.

Resistencia de la población contra la política judía de Hitler se dio únicamente en aquellos Estados en los cuales los movimientos fascistas no tenían una influencia digna de mencionarse: en Holanda, Bélgica, Bulgaria y sobre todo en Dinamarca.

Aunque no se conociesen las ideas y planes secretos de Hitler ni se penetrase el tenue velo tendido sobre la gran persecución de judíos, ninguna persona que reflexionase podía desconocer a mediados de 1942, cuando Hitler estaba en la plenitud de su poder, que un nuevo principio había llegado a regir sobre la mayor parte de Europa. Cuando los fascistas italianos hablaban a fines de los años veinte de restaurar el Imperio Romano, había suficientes razones para burlarse de tales sueños románticos: quince años más tarde se extendía una zona de dominio no italiana, pero sí alemana, o mejor, pangermánica, desde el Cabo Norte hasta las orillas de Africa, de Biarritz al Cáucaso, y se interpretaba a sí mis-

ma con categorías sacadas de la época de las migraciones de pueblos. La declaración de guerra del fascismo al mundo entero de principios democráticos pareció, en sus comienzos, una ridícula fanfarronada: en 1942, en casi toda Europa era ya sólo un lejano recuerdo todo lo que tres lustros antes parecía establecido para toda la eternidad, salvo en algunas regiones atrasadas: partidos y opinión pública, sindicatos autónomos y movimientos obreros, jurisprudencia independiente y pensamiento marxista. ¡Cuán lejos estaban los tiempos en que aún se podía considerar al nacionalsocialismo un movimiento revisionista pacífico y estrechamente limitado en sus objetivos, como lo habían considerado los *appeasers* y como lo había afirmado Hitler largo tiempo! ¡Cuán insensata aparecía la opinión de que Mussolini era un hombre de Estado de la clase de Chamberlain y Daladier! Si se podía reprochar algo a los antes embromados antifascistas, sólo era que, incluso en sus predicciones más negras, habían infravalorado en mucho la potencia y la voluntad de cambio de sus enemigos.

De hecho, el antifascismo se vio definitivamente, por la fuerza de los hechos, establecido en su concepto más amplio, el de una coalición de todos los partidos, que en el nivel político interno correspondía a lo que fundamentaba en política exterior, o sea, la constelación de la alianza de las potencias democráticas con la potencia comunista, y, si estaba expuesto a alguna objetivación, no era la de proferir agüeros inútiles y peligrosos, sino la de ignorar el carácter esencialmente alemán del nacionalsocialismo. El otro reproche, el de pasar por alto la semejanza del fascismo, o del nacionalsocialismo, con el bolchevismo, quedó naturalmente muy relegado, pero siguió presente en potencia. Lo mismo valía para la concepción soviética originaria, que había puesto de relieve la igualdad esencial de democracia y fascismo. La alianza de guerra entre las tres potencias mundiales no se concibió, por lo tanto, clara y unívocamente como «antifascista», pero tenía, sin duda, una tendencia creciente en esta dirección. La oposición entre la concepción de política de poder y la concepción antifascista apareció, por ejemplo, en la discusión que tuvo lugar en el Parlamento inglés, con ocasión de la puesta en libertad de Mosley y su gente; en América, el sentimiento de solidaridad con la Unión Soviética, propugnado por los liberales de izquierda y por el propio Roosevelt, suplantó la opinión, al principio muy difundida,

de que había que dejar que ambos enemigos totalitarios de la libertad se aniquilasen mutuamente; finalmente, en la Unión Soviética fue disuelto en 1943 el Comintern, y en este caso se trataba no de un simple camuflaje sino del fin, a partir de entonces confirmado también en el exterior, de las esperanzas y propósitos de 1919.

Lo nuevo y, naturalmente, frágil de este complejo de tendencias se expresó con mayor o menor claridad también en los movimientos de resistencia, que empezaron a desarrollarse después de 1941, incluso en los principales países enemigos.

Claramente antifascista se declaraba el movimiento de resistencia italiano. En los preparativos para derrocar a Mussolini, participaron también políticos antifascistas; el primer gobierno regular, después de la conquista de Roma, se formó bajo la presidencia del ex primer ministro Bonomi, con los seis partidos antifascistas (liberales, republicanos, Partito d'Azione, Democrazia Cristiana, socialistas y comunistas); la Resistenza Armata se consideraba a sí misma, a pesar de algunas tensiones entre los garibaldinos comunistas, que eran muy fuertes, y las demás formaciones, una unidad, y los comunistas siguieron en el campo político tan fielmente la línea del antifascismo, que durante la guerra hasta defendieron a la monarquía por cierto tiempo y, después de la guerra, hicieron posible el cumplimiento de los deseos del Vaticano de admitir los acuerdos de Letrán en la nueva constitución. Que el antifascismo tenía que cumplir la importante función político-nacional de impedir la identificación del pueblo italiano con el fascismo, no puede dudarse; después de la guerra le dio la posibilidad algo pretenciosa de festejarse a sí mismo como «segundo *Risorgimento*».

El movimiento de resistencia alemán, por el contrario, no puede caracterizarse de antifascista. Fue esencialmente cosa del Ejército, que era la única fuerza no nacionalsocialista capaz de actuar; de sus tres motivos principales, la aprensión de política de poder ante la irresponsabilidad de Hitler, el temor político interno ante la amenazante bolchevización, y la indignación ética ante las crueldades perpetradas en el Este, sólo el último era apto para un desarrollo ideológico en la dirección del antifascismo. No obstante, se fue preparando en la conducta práctica una aproximación de los representantes de todos los partidos, incluidos los comunistas, la cual, empero, hasta el 20 de julio de 1944 no

logró ninguna realización y que más tarde ya no podría tener ninguna efectividad.

Los demás movimientos de resistencia se hallaban entre estos dos polos, con lo cual unas veces predominaba una motivación político-nacional, otras una motivación social, hasta llegar a la unilateralidad.

El crecimiento de los movimientos de resistencia data del giro de la guerra, que puede señalarse en los últimos meses del año 1942, cuando Hitler, ante el desembarco angloamericano en el Norte de África y el asalto soviético al Sexto Ejército, en Stalingrado, perdió definitivamente la iniciativa y comenzó el gran movimiento de retroceso, en cuyo curso cayeron casi todos sus aliados. Es notable, empero, que entre estos aliados, los fascistas, en su inmensa mayoría, siguieron hasta el fin del lado de Hitler, hasta algunos sólo entonces entraron en campaña. Después de la caída de Mussolini el 25 de julio de 1943, algunos fascistas prominentes, entre ellos Roberto Farinacci y Alessandro Pavolini, habían huido a Alemania, y si Mussolini no hubiera sido liberado, sin duda se habría formado con ellos un gobierno al mismo tiempo dependiente y fanáticamente fiel en las partes de Italia aún ocupadas por Alemania. Por esto, el propio Mussolini tuvo que desempeñar en Italia el indigno papel de «legado» hitleriano. Pero no fue él quien desplegó la máxima actividad en la nueva república fascista: hombres como el secretario del Partido, Pavolini, el comisario para judíos, Preziosi, el comandante de la tristemente célebre «Decima Mas», el príncipe Borghese, fueron los principales responsables de que el fascismo italiano terminase como había empezado un cuarto de siglo antes: una milicia terrorista en medio de un pueblo indignado.

Todavía más extremas fueron las cosas en Rumania. Después de que el rey Miguel había hecho detener a Antonescu el 23 de agosto de 1944 y había anunciado la capitulación ante el avance de las tropas soviéticas, Horia Sima, quien junto con otros jefes legionarios había pasado los años de guerra en Alemania e Italia, publicó un llamamiento desde Berlín («La traición significa la muerte de la nación») y constituyó en Viena un gobierno rumano en el exilio, que, con los pocos hombres armados que tenía a su disposición, siguió hasta el fin del lado de Hitler.

De manera análoga, pero más afortunada por algunos meses, alcanzaron el poder en Hungría Ferenc Szálasi y sus cruza-

dos flechados, después del intento de capitulación de Horthy el 15 de octubre de 1944, y lo defendieron todavía con fanatismo detrás de las fronteras húngaras.

También un gobierno fascista francés en el exilio se formó en suelo alemán o, por lo menos, estaba en proyecto de formarse: en Sigmaringen, la parada obligada del mariscal Pétain, donde se encontraron Doriot y Déat, Rebatet y Céline, Marin y Bonnard por última vez juntos. Pero la casual salva de ametralladora de un avión inglés mató a Jacques Doriot, al mismo tiempo que al Comite de Libération Française, el cual tenía su fuerza motriz más potente en el antiguo funcionario comunista y cofundador del antifascismo francés.

No es éste el lugar de seguir en detalle el destino de todos los regímenes y movimientos fascistas al final de la guerra. Sobre todos los que se habían unido a Hitler en la guerra y para la guerra cayó el martillo de la derrota con ímpetu destructor, ya fuera por la voluntad de aniquilación de un enemigo exterior, como en el caso del Ustacha croata, o bien en la sangrienta turbulencia de la limpieza antifascista, la cual a veces se limitó a hacer sentir a pequeños grupos, por medio de sentencias de muerte y proscripciones, la separación voluntaria de la vida de la nación que habían elegido, pero que más frecuentemente se esforzaba además por golpear con la máxima generalidad a toda la derecha del país. Las disputas acerca de quién debía ser considerado fascista hicieron aflorar con bastante frecuencia ya entre los antifascistas las contradicciones cuya formación y endurecimiento había de caracterizar la postguerra. De los jefes de los movimientos fascistas sobrevivieron solamente —en el exilio o escondidos— Pavelic, Degrelle y Déat. En la medida en que el sistema europeo de partidos fue reconstituido, éste les dio a sus seguidores muy pronto la libertad de acción. Pero a pesar de la liquidación de las alianzas de guerra de las potencias mundiales, con la cual fue de la mano la liquidación del antifascismo, ninguno de los movimientos fascistas reorganizados experimentó un renacimiento político digno de consideración: con el fin de la Segunda Guerra Mundial, había llegado también a su fin la época del fascismo —una época entre dos guerras, que había tenido que dar la iniciativa histórica a aquellos que más decisivamente habían vivido de la primera guerra y pensado en la segunda.

¡Cuán radicalmente se habían equivocado Woodrow Wilson y Giovanni Giolitti, después de la Primera Guerra Mundial, al considerar que había llegado el fin de los imperios militares y de las guerras, y que se había asentado duraderamente el predominio de la democracia liberal! Ellos mismos tuvieron que echar mano de mentiras, corrigiendo su convencimiento: Wilson, al acceder en Versalles a una solución de compromiso entre su ideología y los intereses particulares de sus socios, solución que, a la clara luz de la opinión pública y de la agudizada conciencia de las naciones, fue el punto de partida de disputas, que demasiado se prestaban a la radicalización ideológica; Giolitti, al promover, contra la doctrina de Lenin que estaba pasando a Italia, una nueva fuerza que no podía contentarse con ser meramente un peso equilibrador en el complicado juego del sistema liberal, porque desde sus orígenes llevaba consigo demasiada incondicionalidad y fuerza de voluntad. Al sistema liberal, los que menos le correspondieron fueron precisamente sus partidarios: tomaron por progreso lineal hacia la «democracia» lo que, en realidad, era crisis perpetua, un inagotable juego de luchas, interacciones y adaptaciones de un número creciente de elementos espirituales y políticos, que constantemente trataban de abarcar y aprovechar una evolución económica y cultural que había entrado en un curso rapidísimo, pero que, con todo, no era una fuerza autónoma y divina. Y a estos elementos les faltó frecuentemente la conciencia de que sólo la lanza que hería podía curar al mismo tiempo: que, en conjunto, todos dependían del escenario, sobre el cual chocaban unos con otros, pero que les era imprescindible para transformarse unos en otros y permanecer a la altura del proceso. En vez de eso, cada uno esperaba para sí una dirección exclusiva y duradera, y trataba de bloquear así la relativización, que es la esencia del funcionamiento de la opinión pública y del sistema liberal. Con ello, empero, se introdujo la automutilación, que a partir de 1919 fue innegablemente la contrapartida de la inclusión demasiado rápida de nuevos elementos, y esto significó, a su vez, el advenimiento de nuevos sistemas de gobierno, que, a pesar de toda dinámica externa, eran, en el fondo, formas de solidificación: sistemas autoritarios, bolcheviques, fascistas.

Entre ellos, hay que atribuir al intento bolchevique la

primacía en la medida en que estaba dispuesto a llevar a realidad la última creencia que había aparecido dentro del sistema de partidos europeo, una creencia, además, que representaba una crítica consecuente de las debilidades de la ideología «democrática». Pero este intento permaneció, por así decirlo, detenido en los laberínticos pasillos del sistema liberal, y, a modo de recriminación, el fascismo le demostró *ad oculos* hasta qué punto eran débiles los fundamentos en que descansaba la doctrina de Marx y Lenin.

El proletariado europeo —por lo menos en el sentido que dominaba exclusivamente en la praxis bolchevique— se demostró que *no* era el único productor: el hecho de que los empleados de comercio y el personal técnico medio y superior no participaran en 1920 en la ocupación de las fábricas italianas fue la causa decisiva de la derrota del movimiento; el que el fascismo y el nacionalsocialismo fueran capaces de ganarse una gran parte de la nueva pequeña burguesía y de la intelectualidad técnica fue el presupuesto más esencial de su victoria.

Tampoco se mostró homogéneo: si de esto ya era un indicio importante la existencia de partidos socialdemócratas y de sindicatos cristianos, el fascismo, además, consiguió por lo general hacer estallar una buena parte de los obreros y la petulancia nacional fue, entre los simples soldados del victorioso ejército alemán, apenas menos difundida que entre los oficiales.

No se sentía aplastado desesperadamente: las migajas del *dopolavoro* y de las «marchas de fuerza con alegría» fueron recibidas voluntariamente y con orgullo; el odio contra el bolchevismo, que penetró profundamente en el Ejército, hasta el más inferior de los grados, procedía esencialmente del horror ante la miseria rusa, que se consideraba la consecuencia del bolchevismo, en vez de su premisa.

En fin, este proletariado no era en absoluto revolucionario, prescindiendo del año 1919 y de las capas marginales que estaban organizadas en los partidos comunistas: muchos millones de proletarios alemanes y europeos siguieron construyendo, incansablemente hasta los últimos días de la guerra, los cañones y los tanques destinados a destrozar el centro de la revolución mundial. La detención de las *élites* de funcionarios había significado en Italia y en Alemania la decadencia del movimiento comunista de masas y había puesto bajo clara luz la ignorada preeminencia del problema de la

jefatura. Las desesperadas constataciones de Rosa Luxemburg aún no se habían hecho inválidas veinticinco años después, y falló por segunda vez la esperanza en la dialéctica de la Historia. La dialéctica se cumplió más bien de un modo que Rosa Luxemburg había previsto hasta cierto punto y que, en todo caso, había temido: el país de la revolución proletaria, que, según todas las premisas doctrinales, no debería haber permanecido aislado, siguió solo y se alejó, cada día más, de la sociedad sin clases, del autogobierno de los productores, del espíritu del internacionalismo, de todo aquello en lo que parecía estar basado.

Es fácil ver que en la mayoría de los países de Europa el tiempo estaba maduro para una nueva formación política, con respecto a la específica situación de crisis del sistema de partidos después de la Primera Guerra Mundial, con respecto a los intentos revolucionarios bolcheviques y con respecto a las debilidades, evidentes desde hacía tiempo, de la creencia marxista, que ya tenía cincuenta años a cuestas. La época exigía justamente un conservadurismo, demagógico y revolucionario, un nacionalismo con tendencias internacionalistas, una organización paramilitar que conservase las experiencias de la guerra y, no obstante, fuera dirigida por políticos civiles. Era inimaginable que al bolchevismo, como violencia de una parte del proletariado, no se le opusiese la violencia de una parte de la burguesía. En el cuadro de la época, a tales organizaciones no les estaba en absoluto reservado un lugar contingente. Probablemente tenían que cumplir una función útil: dieron a conocer a los partidos no comunistas qué clase de síntesis paradójica era inminente, si se perdía la síntesis genuina, y fueron una dura prueba para la solidez del poder estatal y para la fidelidad de los partidos a la Constitución; demostraron al Partido Comunista que no estaba bien asesorado, al orientarse en la dirección de los sucesos rusos del año 1917, enfrentándose al sistema de partidos liberal. El carácter que tomó cada uno de estos movimientos fue considerablemente función de las particulares condiciones nacionales; que llegaran a la posibilidad de tomar el poder, dependió en medida esencial de la determinación del contrario y del grado de comprensión real o posible de su naturaleza. Que, en el curso de una década, tomasen el poder movimientos fascistas en dos grandes Estados europeos y que pudieran hacerse poderosos en otros varios países, demuestra que debían de tener profundas raí-

ces en el carácter de la época; no demuestra, sin embargo, que este proceso fuese inevitable. Pero, después de que el nacionalsocialismo hubo llegado al poder, se encarnaron y radicalizaron en él casi todos los rasgos esenciales del fascismo de la manera más evidente, y todos los juicios debieron referirse a él en primer lugar.

Puso de relieve una supremacía de la voluntad análoga a la del tipo de oficial que Ernst Jünger había descrito en contraste con los «burguesotes» que había entre su gente, que en la guerra añoraban la comodidad de la paz. Como partido joven tenía la «ventaja de lo nuevo» y, con ello, la posibilidad de lanzar apasionadamente contra todos los partidos viejos y «usados» las acusaciones que desde siempre han lanzado los jóvenes contra los viejos, y que, por cierto tiempo, son irresistibles. Al no estar limitado por consideraciones heredadas, podía servirse de todos los medios que una época en transformación le ofrecía con tanta profusión. Por la combinación de estas ventajas, fue posible el fascinante drama de que un partido, que se oponía a todos los demás partidos y que, hasta en su momento culminante, era objetivamente más débil que la fuerza unida de los enemigos y del Estado, conquistase ese Estado y como potencia estatal repitiese el mismo drama, hasta llegar al umbral del dominio del mundo. Pero quien alcanza el umbral, quiere también atravesar la puerta. Y si Hitler, a lo largo de veinte años de temeridades irreflexivas, había impedido o destruido en sus comienzos una oposición combinada, a la que habría tenido que someterse, sin embargo la creó necesariamente a partir del momento en que quiso lograr el premio que todavía no se ha logrado nunca en la historia mundial sin luchas sangrientas: el vuelco total de las relaciones de poder existentes y con ello la realización de la idea del espacio vital, que era el motivo apenas disimulado de toda su actuación. Pero, tan pronto como hubo entrado en una de esas luchas, después de algunos éxitos iniciales las ventajas de ayer tenían que transformarse en otras tantas desventajas: la improvisación genial, hasta entonces siempre airosa, tuvo que fallar ante el orden de magnitud de la guerra mundial; la «fe» fanática tuvo que ajustarse a las realidades; la ventaja de las instantáneas decisiones del Führer había de convertirse en la faltal soledad del jefe absoluto separado de toda información segura. Y ante todo, iba a demostrarse que el inaudito y triunfante «principio de guerra en la paz», que es

el fascismo, por su propia naturaleza, era incapaz de producir un «principio de paz en la guerra», como Wilson y Lenin habían sido capaces de desarrollar anteriormente. El cuadro del «nuevo orden», por muy confusamente que estuviera bosquejado, hacía aparecer claramente las líneas principales de un imperio mundial alemán o pangermánico, que estaba totalmente construido según el modelo del Estado espartano y que tenía un parecido mucho menor con la multiplicidad de la realidad moderna europea, que incluso el sueño de Lenin de las Repúblicas Soviéticas Unidas de Europa: eran las líneas de una ordenación jerárquica de capas ahistóricas de señores y esclavos; ante ellas retrocedían horrorizados incluso los voluntarios europeos de las SS armadas, en la medida en que no hubieran perdido completamente el contacto con las peculiaridades históricas de sus naciones.[4]

Pero al llevar consecuentemente su propia voluntad hasta el punto culminante, Hitler no sólo abandonó las fundamentales premisas fácticas de la victoria, sino que pagó al odiado enemigo un tributo, que revela el carácter internamente inauténtico del radicalfascismo de cuño nacionalsocialista. En su principio, el nacionalsocialismo había sacado su fuerza de la solidez de las tradiciones nacionales frente a las fuerzas «desarraigadas» del internacionalismo: en su punto culminante destruyó la madurada singularidad y limitación de la nación alemana, en favor de una solidaridad antihistórica de raza. Antes había despertado todos los sentimientos conservadores del pueblo alemán contra la amenaza de la revolución: después de una década de poder, había transformado Alemania y Europa hasta hacerlas irreconocibles. Así, pues, de manera desfigurada, dio testimonio de lo que había de verdad en la doctrina marxista de la homogeneidad revolucionaria del proletariado internacional. Pero con esto no se convirtió en bolchevismo, lo mismo que el bolchevismo no se había convertido en fascismo, a pesar de la formación de hecho de una división en clases y la aceptación temporal del principio autoritario.

Así fue la coalición de guerra antifascista de democracia y bolchevismo, la alianza —forzada precisamente por el fracaso de sus pretensiones totales— de las dos ideologías sólo aparentemente más opuestas, contra la antiideología, que había surgido en el vacío de la postguerra y que, a pesar de toda su eficacia moderna, aparece como un destructor salto atrás, hacia maneras de pensar y de vivir del pa-

sado. No obstante, si bien el triunfo de esta coalición representa la condición previa para acometer adecuadamente los terriblemente complicados problemas del presente, que ya no son controlables por el principio del mando y la autoridad, ante los cuales se siente la unidad del mundo, justamente en el estallido de las contradicciones también es cierto, empero, que este presente es la tumba de *todas* las ideologías existentes.

Pero con ello todavía no se ha decidido que inaugure una era «sin ideologías». La ideología, como actitud mental común a cierto número de hombres hacia los principales problemas de la vida social del momento, ha sido, desde el comienzo de la Edad Moderna, en sus tres formas de manifestarse, como creencia, ideal y retórica, la fuerza más poderosa en la existencia humana; incluso una era «sin ideologías» no podría darse sin un acuerdo común acerca de lo que debe ser denominado ideología. Se tratará más bien del traslado de viejas creencias a nuevos convencimientos, de la liquidación de toda retórica y de la apertura mutua de los ideales. Por muy cierto que sea el hecho de que este proceso hace ya tiempo que ha empezado, también es cierto que no puede llegar a la autocomprensión si elude las enseñanzas que deben sacarse de la época del fascismo.

Segunda parte

LOS MOVIMIENTOS FASCISTAS EN DETALLE

Para considerar los movimientos fascistas en detalle y, por lo tanto, siguiendo un orden determinado, se nos ofrecen diversos caminos. Puede preferirse la ordenación según la importancia y empezar, por ejemplo, con el nacionalsocialismo, para acabar con la Rodna Saschtita. La dificultad consiste en que no está fijada una medida de importancia. También se puede proceder, empero, según el criterio cronológico. En tal caso, debería empezarse con el fascismo italiano y al final se hallaría quizás el movimiento de los cruzados flechados. Lo precario en tal división radica en que lo más antiguo no siempre demostró ser lo más poderoso y que manifestaciones emparentadas quedan demasiado separadas, como, por ejemplo, los British Fascisti y la British Union of Fascists. Como tercera posibilidad, puede tomarse en consideración una división geográfica cuyo procedimiento depende de determinadas condiciones naturales y sociográficas. Dado que el primero y el segundo métodos, en sus líneas generales, fueron la pauta para la construcción de la primera parte de la obra, el tercero será el determinante en lo que sigue. Se tratarán, pues, los movimientos fascistas particulares, según los países, en una sucesión fija. El punto de partida lo constituyen los Estados de los Balcanes y de la Europa sudoriental, siguen «Europa oriental y los Estados bálticos», y la vía atraviesa luego la Europa central, hacia «Europa occidental y Escandinavia». En líneas generales, ésta es la dirección de la industrialización creciente y de la disimulación de la proporción de la población campesina, que, hacia 1930, comprendía en Albania y Yugoeslavia aproximadamente el 80 por ciento de la población total, mientras que en Inglaterra apenas sobrepasaba el 10 por ciento. Casi puede decirse que en el primero y el segundo grupo todavía no se habían dado las premisas sociales del fascismo, en el cuarto ya no se había dado, y que únicamente en el centro de la Europa central había encontrado el fascismo las condiciones básicas para su desarrollo pleno. En todo esto, se denominarán fascistas, según los criterios expuestos en la

Primera Parte, todos los partidos, movimientos y tendencias que de una manera clara están mucho más a la derecha, es decir, son sobre todo anticomunistas de una manera más radical que los partidos derechistas conocidos en la época anterior a la guerra mundial, pero que, al mismo tiempo, contienen en su seno elementos izquierdistas en una medida mucho mayor que éstos. De una manera totalmente pragmática y externa, pueden reconocerse por su debilidad hacia los uniformes, su inclinación al principio de jefatura y su simpatía innegable por Mussolini o Hitler, o bien ambos a la vez. En el caso en que sólo se manifiesten claramente algunos de estos caracteres, deberá hablarse de filofascismo o semifascismo; en el caso de que en un partido de origen distinto aparezca intensamente uno solo de estos aspectos (por ejemplo, el principio de la fuerza armada del partido), se empleará, en ciertas circunstancias, la denominación de pseudofascismo. Cuando todos los momentos esenciales estén presentes tan sólo en sus inicios, es aconsejable el término protofascismo. Con ello, la ordenación geográfica propuesta podría interpretarse como una línea que va del proto y semifascismo, pasando por los diversas estadios de un fascismo plenamente formado, hacia un filofascismo tibio. En realidad, la situación no fue tan sencilla. Había países agrarios en Europa occidental y regiones altamente industrializadas en Europa oriental. Pero, incluso si se prescinde de semejantes discrepancias, las cuentas no salen bien. En Rumania existió un movimiento fascista muy fuerte y autónomo, mientras que no fue así en Yugoeslavia, país estructuralmente semejante. Alemania fue el horno que coció un movimiento fascista; Suiza, vecina no sólo geográficamente, sólo acusó unos pocos impulsos débiles. En Dinamarca, el partido nacionalsocialista fue siempre una *quantité négligeable;* en Bélgica, el rexismo sufrió una crecida relampagueante. No obstante, la concepción según la cual la causa esencial de los movimientos fascistas radica en una cierta situación de mezcla social sigue siendo lo bastante notable e importante para que, por medio de la ordenación prevista, pueda crearse la posibilidad de una comprobación implícita. En todo caso, la exposición que sigue no pone el acento principal en la plena aplicación de las diferenciaciones antes mencionadas: que un movimiento pueda denominarse fascista o semifascista, sólo podrá mostrarse por una investigación especial. Todavía menos tiene la pretensión de ser com-

pleta, de nombrar hasta al grupúsculo más insignificante. Por el contrario, en los capítulos sobre los países respectivos, se tratarán únicamente aquellos movimientos a los que puede atribuirse cierta relevancia histórica. Todas las demás agrupaciones serán citadas, en todo caso, en las introducciones a los cuatro capítulos. Finalmente, interesará siempre situar los movimientos fascistas, por lo menos en un esbozo muy grosero, dentro del marco de la situación política correspondiente. En caso contrario, la exposición se convertiría en la fotografía de un gabinete de curiosidades, y, para esto, hasta los más inofensivos de los movimientos fascistas fueron demasiado serios y tomados demasiado en serio por su entorno.

VI. Los Balcanes y la Europa sudoriental

Geográficamente, los Balcanes y la Europa sudoriental son una unidad problemática: el mundo mediterráneo griego en el sur, tierras montañosas continentales en la parte central, vastas depresiones en el noroeste y en el noreste, que terminan en la Cordillera de las Beskides o en las proximidades de la desembocadura del Danubio pasando casi sin transición a las llanuras de Europa oriental. Sociográficamente, se trata de un todo no indiferenciado, ni claramente separado de la Europa oriental: predominio de población agrícola, pocas ciudades, en su mayoría pequeñas, industria escasa, que trabaja casi exclusivamente para las necesidades nacionales, y por consiguiente una gran superpoblación campesina y, con ello, la preeminencia política del problema agrario, incluso cuando este problema no estaba agudizado por la existencia de grandes terratenientes. Pero lo que realmente daba unidad a esta zona hasta la Segunda Guerra Mundial era el común pasado histórico: el dominio turco, que arrojaba su sombra hasta sobre países como Hungría, que se habían liberado de él hacía ya dos siglos, y que en Bulgaria, que al fin de la Guerra Mundial tenía una independencia formal de sólo diez años, representaba una realidad casi presente todavía.

Grecia

En 1919, Grecia era independiente desde hacía casi cien años, pero únicamente con la Guerra de los Balcanes de 1912-13 había podido liberar su región norte del dominio turco; asimismo poseía la isla de Creta desde hacía poco antes. Fue como culatazo por la larga falta de libertad, que renacieron viejos sueños aún más intensamente: ¿Acaso no había sido antes la costa de Asia Menor una región griega y Constantinopla la capital del Imperio bizantino griego? Pero la decisión de una cuestión muy del momento estuvo antes que el intento de realización del sueño: respecto a la

Guerra Mundial, lo mismo que en Italia, todo el país se dividió en los bandos de intervencionistas y neutralistas, y de este conflicto, por la fuerte presión de la Entente, no salió victorioso el rey Constantino, que era filoalemán, sino el cretense prooccidental Elefttherios Venizelos, y después de 1918 el irredentista de anteayer, el intervencionista de ayer, fue el campeón del imperialismo panhelénico. Era una posición que tenía similitudes innegables con la postura de Mussolini, entre irredentismo, intervencionismo e imperialismo nacionalista. Pero Venizelos *estaba* en el poder, y no precisaba de un movimiento popular organizado; el comunismo no representaba en el país una fuerza atemorizadora, y los sueños panhelénicos sufrieron, en la catastrófica derrota en Asia Menor contra los tropas de Kemal Pachá, un golpe tan terrible, que tuvieron que ser abandonados para siempre y ser substituidos por la preocupación totalmente realista por los varios cientos de miles de griegos expulsados de Asia Menor. Venizelos arrastró en la caída además al rey Constantino, al que había tenido que ablandar en 1920: dado que el rey no se había atrevido a interrumpir la empresa en Asia Menor, se hizo a la monarquía responsable del fracaso, y en 1924 Grecia pasó a ser una república. Las viejas luchas entre intervencionistas y neutralistas prosiguieron, con pequeños cambios, en forma de enfrentamientos entre republicanos y monárquicos, entre venizelistas y antivenizelistas, que generalmente se solventaron por la vía del parlamentarismo de facciones típicas de países subdesarrollados, aunque a veces también lo fueron por el camino de la dictadura,[1] hasta que en el año 1935 la República estaba tan desacreditada que por gran mayoría se instauró de nuevo la monarquía. Pero tampoco el rey pudo arregláselas sin la dictadura, y el régimen del general Metaxas pareció estar en sus comienzos bajo el signo del modelo alemán,[2] aunque en definitiva no se apartó del tipo de dictadura real y militar. El individualismo del pueblo, fácilmente excitable y prontamente fatigado, así como las tensiones con Italia y la tradicional tendencia prooccidental desempeñaron su papel en no dejar que surgiera un movimiento de tipo fascista. Un informe de la embajada alemana de mayo de 1934[3] pudo enumerar sólo unos pocos grupos insignificantes: la Ethniké Enosis Ellados (EEE), que tenía su centro en Salónica y que sacaba su poco de fuerza del descontento de los fugitivos y del antisemitismo; el Partido Nacionalsocialista Griego, de Georg Merkuris, pue-

de definirse como un mal intento de imitación; la Sidera Irini, compuesta de partidarios del antiguo dictador general Pangalos, así como la Unión Estudiantil, que quería ser un contrapeso de los comunistas, fuertes en la Universidad de Atenas. Cierto que también hubo un antifascismo griego, cuyo jefe se llamaba Costas Athanatos, pero tuvo tan poca significación como sus oponentes «fascistas» (que, sin duda, en todo caso eran semifascistas).[4] Por otro lado, la época de la ocupación italo-alemana fue para Grecia una época de tanto sufrimiento que precisamente los esfuerzos fascistas no pudieron imponerse.

Bulgaria, Albania

Una prueba segura de la debilidad de los fascistas griegos es que en las publicaciones del Comintern prácticamente nunca se habla de ellos. Cosa muy distinta es la que ocurre con lo que respecta a *Bulgaria*. La prensa comunista de todo el mundo no se cansó, después del golpe de junio de 1923, de clamar contra las «fechorías de las fascistas búlgaros», que, sobre todo después de los levantamientos comunistas de otoño de 1923 y del funesto atentado en la catedral de Sofía, Sveta Nedelja, sacudieron el país como una «orgía de sangre».[5] En este caso, no se podía comprender a primera vista por qué precisamente Bulgaria había de ser «más fascista» que Grecia: un país fundamentalmente democrático de pequeños campesinos, sin latifundios ni industria, que volvía la vista hacia un *risorgimento* lleno de ideas liberales y cuya nobleza había sido extirpada por los turcos. Pero las circunstancias históricas habían creado de hecho una gran diferencia entre Grecia y Bulgaria. Bulgaria pertenecía a los vencidos de la Guerra Mundial, y la Paz de Neuilly había añadido más pérdidas a las ocasionadas por la Segunda Guerra de los Balcanes. Pero no sólo se perdieron provincias valiosas y la salida al Mar Egeo, sino que la derrota significó al mismo tiempo un transtorno interno de graves consecuencias. El partido militarista filoalemán, que había llevado el país a la guerra, obtuvo en las elecciones de Sobranje, en 1919, un solo escaño; los grandes vencedores, en cambio, fueron, en las ciudades, los comunistas y, en el campo, el Partido Agrario (Semledelzi) de Alexander Stambolijski, quien, poco tiempo después, tomó la jefatura del Gobierno, hizo

comparecer ante los tribunales al gabinete Radoslavov, responsable de la entrada en la guerra, y emprendió una política clasista sin contemplaciones a favor de los pequeños campesinos y en contra de la burguesía numéricamente débil de las ciudades. Sus Semledelzi disponían de una especie de ejército del Partido (la llamada Guardia Anaranjada)[6] y supieron también imponerse a los comunistas con una violencia sin escrúpulos. Pero para sus enemigos, el propio Stambolijski era un «bolchevique», y entre estos enemigos estuvo pronto no sólo la monarquía, sino también la IMRO, la poderosa Organización Revolucionaria Macedónica Interior, la más famosa y la más interesante de las organizaciones políticas terroristas de los Balcanes,[7] porque habían intranquilizado a la primera por sus discursos sobre la república, a los segundos por sus inclinaciones panyugoeslavas. Por esto, en junio de 1923, las débiles fuerzas burguesas del país, apoyadas por la Unión de oficiales reservistas y la IMRO, dieron con éxito un golpe de Estado contra el jefe de los campesinos. La resistencia fue aplastada violentamente, y la historia búlgara de los dos años siguientes fue de hecho un inventario de atrocidades.[8] A pesar de todo, el gobierno del profesor Zankoff y el de su sucesor Liaptchev no pueden denominarse fascistas, dado que gobernaron con una mayoría parlamentaria (naturalmente, conseguida por métodos dudosos) contra una minoría parlamentaria, a la que después de cierto tiempo de ocultación transparente también se unieron los comunistas.[9] La duradera existencia del partido comunista es, no obstante, una prueba todavía mejor del carácter no fascista de un régimen que la (relativa) prosecución de elecciones libres y de una oposición quizá domesticada. Es cierto, sin embargo, que en los bordes del partido gubernamental hubo asociaciones de carácter fascista, y aunque nunca fueron fuertes, tuvieron, con todo, un papel más importante que los correspondientes grupos griegos. En primer lugar hay que nombrar la Rodna Saschtita (Defensa de la Patria), que ya antes del golpe de 1923 había sido fundada como organización ilegal. Estaba bajo la jefatura del general Schkoinoff, quien había estado en la vanguardia de la lucha contra agrarios y comunistas. Exigía la disolución de todos los partidos políticos y la creación de un Parlamento corporativo, y su tendencia era claramente antisemita,[10] ya que identificaba bolchevismo, masonería y judaísmo. Sus miembros llevaban con preferencia camisas negras y saludaban con el

saludo fascista; entre sus fórmulas propagandísticas se encontraban expresiones tan pintorescas y, con todo, típicas, como «ama todo lo que es búlgaro, compra sólo a búlgaros», etcétera.[11]

Todavía más acusadamente seguía el ejemplo italiano el Nationale Zadruga Fascisti, partido fundado por el doctor Alexander Staliyski, sobre el cual la prensa italiana informaba con orgullo que acudía a Roma como a la luz y que ignoraba la falsa vergüenza.[12]

Si bien afirmaba contar con 26.000 partidarios, incluso un éxito semejante le fue negado a la contrapartida que imitaba al NSDAP, es decir, al Partido Obrero Búlgaro Nacionalsocialista, fundado en 1932 por Christo Kuntcheff.

Mucho más en serio que estos grupos había que tomarse el Movimiento Nacional Social, que el ex primer ministro Zankoff fundó en 1931, después de separarse el partido gubernamental, la Unión Democrática. Cierto que es dudoso su carácter fascista, a pesar de las acostumbradas expresiones autoritarias y de una visita de Zankoff a Hitler,[13] pero es probable que el temor ante el «golpe fascista de Zankoff» contribuyese a la organización, aprobada por el rey, del régimen autoritario del general Georgieff, en 1934.[14] Este régimen disolvió también los grupos de extrema derecha, y, después de la estabilización realizada bajo el gobierno del primer ministro Kjösseivanoff, este régimen se consideró a sí mismo no más que como la solución transitoria previa a una restauración mejorada de la vieja y democrática Constitución de Tirnovo. Este régimen permitió a Bulgaria estar durante la Segunda Guerra Mundial del lado de la Alemania nacionalsocialista y, a pesar de ello, eludir tanto la declaración de guerra a la Unión Soviética como una persecución seria de sus judíos.

Si había un Estado europeo del que se podía decir que sus relaciones sociales no estaban «maduras» para empresas fascistas, éste era *Albania*. Independiente gracias a las ambiciones contrapuestas de los vecinos y de las grandes potencias, premedieval en su inmovilidad, luchaban entre sí tribus, y no partidos, credos, y no confesiones plasmadas a través de la opinión pública: los católicos del norte se enfrentaban a los ortodoxos del sur, y ambos a los mahometanos del centro, dirigidos por poderosos terratenientes, y cada uno de los grupos frecuentemente no parecía ser más que un jugue-

te en las manos de los vecinos rivales, Italia y Yugoeslavia. Cuando en junio de 1924 los «nacionalistas», es decir, las tribus cristianas del norte y del sur, que cooperaban temporalmente, entraron en Tirana dirigidas por el obispo ortodoxo Fan Noli, el hasta entonces primer ministro, Achmed Zogu, huyó a Yugoeslavia. Allí reunió bandas, que, por lo que parece, se componían en su mayor parte de ciudadanos yugoeslavos, y en diciembre expulsó de nuevo a Fan Noli, quien, por su parte, huyó a Italia. El agradecimiento que debía a Yugoeslavia no le impidió a Zogu concluir pocos años más tarde un acuerdo con Italia, que ponía a Albania prácticamente en la situación de protectorado italiano; Fan Noli, empero, mostró no ser tampoco un fiel protegido de Mussolini, ya que en los congresos antifascistas inspirados por los comunistas, que tuvieron lugar en los años siguientes, figuró como luchador contra el fascismo. Pero en realidad no se trataba ni de amistad ni de enemistad, sino de incompatibilidad: Albania habría estado madura, en todo caso, para una dictadura progresista y modernizante al estilo de Kemal Atatürk, y esta incompatibilidad entre Albania y el fascismo también siguió presente cuando, después de la espectacular empresa de conquista de abril de 1939, Achmed Zogu, rey por la gracia de Mussolini, fue sustituido por Víctor Manuel, emperador por la gracia de Mussolini, y el Fascio Littorio ondeó por unos pocos años extraordinarios e inquietantes en los edificios públicos de Valona y Tirana.

Yugoeslavia

Aunque estructuralmente estaba en una gran parte estrechamente emparentada con Albania, Yugoeslavia era sin duda un caso completamente distinto. Por lo que respecta a su unidad nacional, tenía en Servia un núcleo firme, y las regiones cercanas a su frontera norte mostraban ya mucha analogía con la Europa central, a la que estaban muy unidas por la secular pertenencia a Austria-Hungría. Pero precisamente de esto resultaba la debilidad del nuevo Estado, el cual tenía que agradecer su existencia más al golpe de los húsares del regente servio Alexander, y a la voluntad de emigrantes aislados y de políticos del país, que al deseo libremente expresado de la mayoría de servios, croatas y eslovenos. Ciertamente, estas nacionalidades estaban muy emparentadas por

el origen y la lengua, pero pertenecían a diferentes círculos culturales: los servios al griego-ortodoxo, los croatas y eslovenos al latino-católico. Es verdad que el romántico «despertar de las naciones europeas orientales» en el siglo XIX había favorecido la «idea yugoeslava» y había conducido a la creación de una lengua escrita servo-croata unificada, pero no había podido superar realmente las profundas contradicciones. Durante la Guerra Mundial, los croatas, como siempre habían hecho en su historia más reciente, lucharon valerosamente del lado de Austria, y los políticos servios tenían tendencias panservias, más que yugoeslavas. Y si bien el nuevo «reino de los servios, croatas y eslovenos» dio a conocer con su nombre su voluntad de unificación federativa, no obstante siguió siendo un Estado muy débil, cuya ruina era esperada de un día para otro por sus numerosos enemigos. Pero justamente estas esperanzas demostraron también la necesidad de su existencia. Pues, ante la ambiciosa mirada que Italia dirigía sobre la costa dálmata, incluso sobre Ljubljana, una Croacia autónoma, después de la caída de Austria, no habría encontrado protección más que en Servia. Así fue desarrollándose una dialéctica, de momento funesta, pero con el tiempo posiblemente fructuosa. Los dirigentes servios Pasic, Protic y Pribicevic creían que el fortalecimiento del Estado sólo se podría conseguir por medio de una intensificación del centralismo, es decir, del predominio servio, y con ello desde el interior empujaban a los croatas hacia fuera del Estado; los políticos croatas, a cambio, con su política de obstrucción, debilitaban el Estado, sin cuya existencia su pueblo sería necesariamente una vacilante caña en el viento. En esta lucha de resistencia de los croatas, quien desempeñó el primer papel no fue el viejo Partido del Derecho Croata,[15] fundado por Ante Sarcevic, sino un hombre que antes de la guerra había hecho aportaciones esenciales a la promoción de la idea eslava meridional, Stjepan Radic, quien fundó el Partido de los Campesinos Croatas y se convirtió, en el plazo de poco tiempo, en algo así como el jefe de su pueblo. No era precisamente delicado en el uso de sus medios, y ni siquiera temió hacer un viaje a Moscú y entrar en la Tercera Internacional. Esto fue una manifestación extrema del simple hecho de que en el pueblo campesino de los croatas el mando lo llevaba un partido campesino fuertemente izquierdista, comparable a los *zaranistas* rumanos de Mihalache y a los *semledelzi* búlgaros de Stambulijski. Naturalmente, con

esto Radic ofrecía a sus enemigos de Belgrado muchos puntos de ataque, de modo que fue detenido varias veces y su partido fue prohibido temporalmente. Pero, a pesar de todos los excesos retóricos, siguió habiendo en programa un empate entre los intentos hegemónicos panservios y las tendencias autonomistas croatas: un intento serio fue emprendido por el primer ministro Jjuba Davidovic, otro tuvo lugar pocos años después, cuando el propio Radic entró en el Gobierno de Belgrado. Pero siempre volvían a darse retrocesos, no en poca medida por culpa del veleidoso Radic, y cuando en 1928 Radic murió a consecuencia de un atentado perpetrado contra él en el Parlamento, el Estado pareció haber entrado en un desfiladero del que no había salida. La actitud croata se hizo más tensa: el sucesor de Radic, Macek, rechazó de momento cualquier colaboración con los servios. Pero esta actitud también se polarizó: del Partido de Derecho surgió el movimiento Ustascha, fundado por el doctor Ante Pavelic,[16] un abogado de Zagreb, que estaba dispuesto a una lucha despiadada contra el Estado yugoeslavo y que muy pronto pasó a la ilegalidad terrorista. El rey Alejandro solucionó la crisis estatal mediante la instauración de una «dictadura real», que de momento interrumpió toda actividad política y, con ello, sobre todo, cualquier movimiento autonomista croata. Pronto quedó claro, sin embargo, que Macek no estaba dispuesto a seguir a Pavelic, no sólo debido a una preocupación real-política ante los propósitos italianos de anexión, sino también por su aversión ideológica hacia el fascismo. Mientras Pavelic hacía que sus seguidores se instruyeran en Hungría e Italia y asesinaran finalmente al rey Alejandro en Marsella, Macek se acercaba imperceptiblemente al Estado yugoeslavo, hasta que en el año 1939 se llegó a un acuerdo que satisfacía la mayoría de los deseos croatas. Dado que por la misma época también Italia y Alemania buscaban un entendimiento con Yugoeslavia, el Estado yugoeslavo se hallaba en 1939 mucho más consolidado que diez o incluso veinte años antes, mientras Pavelic vivía horas oscuras en su exilio italiano.

Se comprende que en el Estado yugoeslavo sólo podía tener eficacia en potencial fascista aquello que apoyase a ese Estado, incluso lo que lo defendiese con especial terquedad. Debido a las fuertes tensiones con Italia, no tenía ninguna posibilidad un movimiento que tomase a Mussolini como modelo; fueron únicamente los acontecimientos en Alemania los que despertaron tendencias fascistas también en Yugoesla-

vía.[17] Así, en 1932, apareció en el órgano del Gobierno «Vremje», un artículo de fondo titulado: *Yugoeslavia: ¡despierta!*, que, con alusión explícita al nacionalsocialismo, se declara contra el «derrotismo» y apenas oculta el deseo de ver surgir en Yugoeslavia también una organización según el modelo nacionalsocialista.[18] Después del 30 de enero de 1933 se publicaron informes entusiastas sobre la «revolución nacional» en toda la prensa yugoeslava. A partir de este momento se definieron y ganaron en importancia organizaciones nacionalistas extremistas, que en parte ya existían desde hacía algunos años, como la Jugoslavenskaja Akcija, la cual publicaba el semanario «Novi Put» y propugnaba un régimen corporativo-autoritario. En noviembre de 1934 se unió con grupos de análogas tendencias y tomó el nombre de Zbor (Reunión), Movimiento Popular Yugoeslavo. Sus fuertes simpatías hacia el nacionalsocialismo eran manifiestas, y también en política exterior propuso un acercamiento a Alemania. Sus partidarios saludaban con la mano derecha levantada y como distintivo llevaban la cruz de Kosovo, un símbolo eclesiástico de los antiguos eslavos.[19] El informe según el cual poseía 400.000 miembros era sin duda considerablemente exagerado. Pero su tendencia en política exterior se impuso, hasta cierto punto, bajo la presidencia de gobierno de Stojadinovic, y en 1941 Yugoeslavia parecía estar en el mejor camino para pasar a ser una parte del «nuevo orden» de Hitler. Pero el golpe del general Simovic, así como el ataque alemán que resultó de él, crearon una situación completamente distinta, y en el desmoronamiento del Estado yugoeslavo supo Ante Pavelic encontrar su oportunidad, de modo que con el Estado-Ustascha tuvo su corta vida la primera y única formación indiscutiblemente fascista de los Balcanes.

Croacia

A primera vista no es obvio que pueda considerarse al Ustascha como fascista. Fundamentalmente corresponde, sin duda, al grupo de asociaciones secretas terroristas y nacionalrevolucionarias de los Balcanes, tales como la Mano Negra servia o la IMRO macedónica. Semejantes organizaciones se esfuerzan primordialmente por formar la nación y no intentan salvar la nación ya existente del «ataque internacionalista» de comunismo y plutocracia, como pretenden el fas-

cismo y el nacionalsocialismo. En cuanto organizaciones secretas, no conocen precisamente el elemento de la opinión pública, que en todas partes fue la raíz vital de los movimientos fascistas. Desde el punto de vista histórico-ideológico, pertenecen, pues, a un estadio anterior y corresponden, por ejemplo, a la Giovine Italia de Mazzini. Pero ni siquiera las asociaciones secretas balcánicas podían sustraerse totalmente, en el siglo XX, a los influjos del resto de Europa, y estos influjos ya no eran, hacia 1930, democráticos y humanitarios, como cien años antes, en el caso de Mazzini. El Ustascha cayó aún más que la IMRO en la zona de influencia del clima histórico que ya era fascista. Un factor muy importante para ello fue que, para Pavelic, Yugoeslavia era una obra de los masones; por esto no era difícil completar la serie de enemigos, de modo que se alcanzara el número normal: masones, liberales, judíos y bolcheviques.[20] En su aspecto positivo, la ideología de sangre y suelo tenía un correlato adecuado; una ideología para la cual había, sin duda, más fundamentos reales en Croacia que en la Alemania altamente industrializada, pero que, al mismo tiempo, por su romanticismo innegable, se diferenciaba de las doctrinas mucho más realistas de los verdaderos partidos agrarios. Y así fue como Ante Pavelic, al volver de Italia el 10 de abril de 1941, tomó el poder en Zagreb como *Poglavnik*, y desde el principio pudo configurar el nuevo Estado según la imagen que él poseía, que no era muy distinta de la de la SS. En Croacia no hubo «revolución nacional», ni una colaboración patética con fuerzas políticas más antiguas, sino que el Estado fue concebido y construido desde el principio como Estado-Ustascha. En todas las manifestaciones dominaba el uniforme verde-oscuro del movimiento, mientras que el gris verdoso del ejército croata apareció sólo paulatinamente. Ya en verano de 1941 se habían organizado las siguientes subdivisiones: la Guardia-Ustascha del Poglavnik, la Milicia-Ustascha (que correspondía a las unidades armadas de las SA o de las SS), el Servicio de Vigilancia Ustascha, al que también estaban subordinados los campos de concentración y que comprendía un servicio policíaco, un servicio de información y un servicio de defensa, así como las Juventudes-Ustascha y grupos femeninos.[21] Los funcionarios del Estado y del Partido habían sido mezclados con abierta primacía del Partido, y con ello consiguió el nuevo Estado, ya en los primeros meses de su existencia, una totalidad político-estatal, tal como en Italia e incluso en Ale-

mania se había creado únicamente al cabo de años. Naturalmente los primeros tiempos fueron también bastante movidos, y las llamadas «divisiones salvajes del Ustascha» introdujeron en gran parte del país un régimen de arbitrariedad y terror tal que en agosto de 1941 Pavelic tuvo que tomar la medida, muy singular, de despojar de sus cargos a todos los dirigentes medios (jefe del Estado Mayor, jefe de Asalto y jefe supremo de Asalto = *Stocesnik, Logornik* y *Tabornik*).[22] A pesar de todo, Pavelic trató al mismo tiempo de procurarse un pasado y conectar no sólo con el Partido del Derecho de Starcevic, sino incluso con la labor de Stjepan Radic, a pesar de que éste había entrado antes en la Tercera Internacional.[23] No faltaron del todo los elementos de izquierda, si bien éstos quedaron relativamente más relegados que en el nacionalsocialismo. Otra característica diferencial se halla en la estrecha relación con el catolicismo, que se puso de relieve en la importante cooperación de monjes y otros eclesiásticos. Si puede considerarse definido todo fascismo, desde un punto de vista esencial, por la característica de ser un catolicismo anticristiano, entonces resulta que un católico creyente, es decir, cristiano, no puede ser fascista. Pero puede dudarse con todo derecho de que Pavelic y su gente fueran católicos en este sentido; más bien hay que admitir que el catolicismo era para ellos primordialmente una parte constituyente del carácter nacional, de modo que, sin explicaciones teóricas, también se alejaron del espíritu de la doctrina de la Iglesia. Por ello, el fascismo del Ustascha puede definirse sólo con mucha cautela como fascismo católico.

Según toda evidencia, Europa no había visto desde hacía siglos tales combatientes por la fe.[24] Si Croacia solamente tenía que ser habitada por croatas y si además debía corresponder a la Gran Croacia del rey Zvonimir, entonces casi la mitad de la población, servios, mahometanos, pravoeslavos y judíos debían ser, o bien convertidos al catolicismo, o bien muertos. De ahí que Croacia fuera durante la guerra de hecho un enorme baptisterio y a la vez un gigantesco matadero. Pavelic «liquidó» la cuestión servia y pravoeslava con la misma violencia con que Hitler liquidó la cuestión judía, aunque sin tanta perfección, y la persecución despiadada de los judíos[25] constituyó únicamente un aspecto parcial. Cientos de miles de personas fueron asesinadas, y si las crueldades no provenían exclusivamente de parte del Ustascha, sino que en buena parte pueden sentarse en la cuenta de sus enemigos

servios Cetniki, no obstante, es indudable que la iniciativa partió originariamente del Ustascha. Con este juego perdieron los croatas lo que por su parte poseían de derecho histórico: no sin motivo se habían quejado de la opresión del centralismo servio, pero incluso la dictadura del rey Alejandro fue comparativamente, por muy alejada que estuviera del paradigma europeo occidental del Estado de derecho, un modelo de convivencia pacífica de pueblos. El ideal del Estado nacional homogéneo, orientado hacia la grandeza del pasado, fue llevado *ad absurdum*, igual que, en un contexto más amplio, el experimento alemán.

Para comprender esto, en el caso de Croacia no habrían sido necesarias las horribles matanzas. Ya la partida de nacimiento de la Croacia que acababa de ser creada hizo ver que la idea sudeslava había tenido sus razones buenas y muy prácticas. Pues Hitler le quitó al país amigo las zonas fronterizas que en 1919 le habían sido arrancadas a Austria: las regiones limítrofes eslovenas; y Mussolini, a costa de su protegido, hizo realidad la antigua reivindicación italiana de Dalmacia y Ljubljana. Tan sólo después de la caída de Italia obtuvo Croacia la región costera tan ambicionada, pero no por ello fue soberana.[26] Un tercio de su territorio estaba ya ocupado por los guerrilleros de Tito, y en Zagreb los delegados alemanes hacían lo que querían. Cuando las unidades croatas atravesaron en la primavera de 1945 la frontera austríaca para ir poco después, al ser rechazadas por los ingleses, al encuentro de un destino espantoso a manos de los guerrilleros, se había terminado un experimento histórico que, como consecuencia, había justificado un componente importante del tantas veces vituperado sistema de Versalles.

Hungría[27]

Cuando en noviembre de 1920 tuvo lugar en el parlamento húngaro un debate sobre la ratificación del tratado de paz del Trianón, un diputado presentó la moción de que en todos los edificios públicos se izara la bandera negra en señal de duelo nacional y que no se bajara hasta la restauración del milenario Imperio húngaro.[28] La moción fue aceptada sin votos en contra, y el país vivió de hecho dieciocho años bajo el signo de las banderas negras y con el lema «*Nem, nem, soha*» (Nunca, nunca, jamás) en los labios. En el deseo de

revisar el tratado de paz, que a Hungría casi le había costado dos tercios de sus posesiones, la nación estaba tan unida como en la idea de que una restauración por medios bélicos era totalmente imposible, y que, por lo tanto, era ineludible esperar pacientemente por largo tiempo. A la sombra de este deseo y de esta idea, en política interna se realizó plenamente la restauración de lo que en Hungría se llamaba «la nación» desde hacía siglos, a saber, el poder de la nobleza; en primer lugar, de la pequeña nobleza del campo, de la *gentry*. Justamente esto era lo que había anunciado el que más tarde sería regente, Von Horthy, cuando en noviembre de 1919 entró en Budapest al frente del Ejército Nacional y en un solemne discurso lanzó a la ciudad el reproche de haber malbaratado los bienes de la nación y de haberse disfrazado con harapos rojos. Cierto que no había sido el contragobierno «nacional» el que había triunfado sobre la República de Consejos, la cual más bien había caído por el avance de los rumanos y la voluntad de la Entente. La represión, sin embargo, no fue por esto menos despiadada y en toda Europa se hizo proverbial el «Terror blanco» húngaro, dirigido en la misma medida contra comunistas, judíos y socialdemócratas, y emprendido en gran parte no por órganos estatales, sino por formaciones de venganza autodesignadas, bajo la dirección de antiguos oficiales. La restauración incluyó la creación de un partido de unidad, la reintroducción del procedimiento público de votación en las comarcas del país, la sanción del azote y la reconstitución de una Cámara Alta, así como el mantenimiento de la forma estatal monárquica.[29] Cuando en el año 1922 el conde Bethlen, que pasaba por liberal, tomó el Gobierno, para no dejarlo por una década, la restauración interior era ya un hecho consumado: la burocracia, compuesta por los hijos de la *gentry*, estaba de nuevo firmemente aposentada, los grandes terratenientes ya no tenían que inquietarse por la conservación de sus posesiones, y los millones de agricultores sin tierra y de campesinos pobres eran mantenidos nuevamente en su insignificancia política. Hungría podía considerarse como el modelo de un Estado corporativo-autoritario, el tipo de Estado que propugnaban todos los movimientos fascistas, por lo menos en sus programas iniciales. Se puede plantear la pregunta de hasta qué punto era posible, en una estructura tan firmemente trabada, cualquier forma de tendencia fascista.

La unidad no era, sin embargo, sin una base de derecho.

La «Constitución milenaria» de Hungría era liberal en el sentido en que es liberal toda Constitución corporativa, de modo que en el Parlamento había incluso algunos socialdemócratas, que ciertamente se habían obligado a acatar la «política nacional», pero que, con todo, podían permitirse en 1928, ante la visita de una delegación italiana, a la que el partido gubernamental ofreció una ovación entusiasta, protestar con el grito: «¡Estáis aplaudiendo a los asesinos de Matteotti!», «¡Abajo los asesinos!».[30] En el país había un considerable número de judíos, aproximadamente el 5 por ciento de la población, que representaban el elemento burgués y activo, de modo que en el comercio, en la industria y en las profesiones liberales participaban con un porcentaje incomparablemente elevado. Verdad es que, a diferencia de los judíos rumanos, en su gran mayoría eran patriotas entusiastas, hasta chauvinistas, y en general no se les envidiaba su posición en el comercio, dado que el desprecio aristocrático hacia una actividad tan baja era casi universalmente compartida por la Hungría cristiana; pero, por lo que respecta a los cargos oficiales y a las profesiones liberales, la juventud de la *gentry* se mostró mucho más sensible y, por esto, ya hacía tiempo que había impuesto en las universidades un *numerus clausus,* que naturalmente nunca le parecía lo bastante limitado. Pero sobre todo actuó el recuerdo de la República de Consejos: la referencia al origen judío de Bela Kun y Tibor Szamuely pertenecía al pan cotidiano de la agitación de la derecha radical. En ámbitos ocultos, empero, seguía operando también la finalidad positiva de la República de Consejos: por muy insensatamente que Kun hubiese atacado el problema de la reforma agraria, de todos modos éste ya no podía ser totalmente olvidado, y como el partido gubernamental procedía sólo con muchas vacilaciones, en la medida en que no perpretaba abierto sabotaje, resultaba que el postulado, dado que los comunistas estaban en la cárcel, estaba, por así decirlo, sin amo y tenía que ser asumido por la derecha radical.

Finalmente, la capa dirigente no estaba en sí misma del todo unida. El partido de los magnates legitimistas, tan poderoso antes de la guerra, había sido decididamente debilitado desde que Horthy, apoyado por el capitán general Julius Gömbös, quien había llevado a la lucha a los estudiantes de Budapest, había hecho matar al rey Carlos en octubre de 1921.[31] El partido gubernamental había surgido por la

unión del Partido Nacional-Cristiano con el partido de los pequeños agricultores y, por esto contenía en su seno intereses contrapuestos. Su ala derecha, sin embargo, fue formada por hombres que, como Gömbös,[32] estaban siempre dispuestos a un declive hacia las agrupaciones aisladas de la extrema derecha.

En la era Bethlen, estos grupos apenas tenían más que una significación pintoresca. Por muy gustosamente que el Gobierno jugase la carta italiana, también era muy hábil para mantener alejados del poder y de toda influencia a aquellos que tomaban el ejemplo de Mussolini demasiado como un modelo. Cierto que Hungría era en los primeros años veinte un centro de conspiraciones internacionales de la derecha radical: eran constantemente enviados emisarios de Budapest a Munich y viceversa, Julius Gömbös fundaba la liga de oficiales de la MOVE, participaba activamente en los esfuerzos de los «protectores de la raza» y escondía en su casa de campo al asesino de Erzberger, Schulz. Había una Liga de Sangre de la Cruz Doble, una Reserva de Fascistas Húngaros y sobre todo la Hungría Renaciente, con su División de Defensa Nacional.[33] Todos estos partidos agitaban, intrigaban y porfiaban, propugnaban una política revisionista decidida, que prefiriese una «muerte grandiosa» al vegetar presente, exigían una adecuación de la posesión judía al porcentaje de su participación en la población y, en parte, se hicieron incluso portavoces de una reforma agraria radical. Pero en ningún momento hubo en Hungría el peligro de una «marcha sobre Budapest»; para ello, los llamamientos del primer ministro Bethlen,[34] de que Hungría únicamente podría salir de su situación desesperada gracias a la confianza del extranjero estaban demasiado basados en la realidad, y, a partir de 1925, los círculos de la Hungría Renaciente se ocupaban gustosamente de cosas aparentemente tan irreales como la «Doctrina del origen turánico», que hacía de Cristo un húngaro y sugería la idea de entronizar como rey húngaro a un hijo del emperador del Japón, mientras que Gömbös, después de un fracaso electoral, volvió arrepentido al partido gubernamental y pronto ocupó un alto cargo en el Ministerio de la Guerra.

Tan sólo la crisis económica mundial dirigió la historia de los intentos fascistas húngaros por un nuevo cauce, o, dicho más exactamente, por dos nuevos cauces. Con uno puede representarse gráficamente la «revolución nacional», que se

desarrolló bajo la presidencia de Gobierno de Julius Gömbös de octubre de 1932 a octubre de 1936. Según un relato contemporáneo, Gömbös debutó «en el estilo de nuestro siglo. Acompañado de todas las manifestaciones técnicas. Con radio, aviones, desfiles, viajes en automóvil».[35] De este modo, en pocas semanas Gömbös había arrancado al país de su letargo. En todo caso, consiguió imprimir un nuevo estilo en la vida política de Hungría: en vez de banquetes de notables, había ahora concentraciones de masas; en vez de las prosaicas palabras del conde Bethlen, se oía hablar del «Astro de la nación» y de la «finalidad autónoma de la nación»; en sustitución de los planes financieros bien calculados, aparecieron las altisonantes «95 tesis», como «principios para un siglo de vida nacional húngara», que atacaban marxismo, liberalismo, feudalismo, capitalismo y latifundios y que eran un buen programa fascista, en la medida en que también las declaraciones de Gömbös, según las cuales él ignoraba las clases históricas, y de que todos los húngaros tenían que abrazarse en un único sentimiento fraternal, sonaban bastante revolucionarias y, en las circunstancias húngaras, se referían menos a la idea marxista de lucha de clases que a frases análogas emitidas en Alemania. Pero esta «revolución nacional» no debía su existencia al surgimiento de un nuevo partido, sino a la confianza del regente. Gömbös disponía ciertamente de un Partido de Unidad, pero sólo ulteriormente le cayó en las manos como un botín, y alteró su carácter sólo un poco, incluso si se dirigía al jefe de Gobierno como al «amado Jefe». Por esto, Gömbös solamente pudo realizar unas pocas reformas planeadas, y todavía la gran victoria electoral que consiguió en 1935 le fue deparada a consecuencia del derecho electoral reaccionario que él había prometido liquidar. De ahí que fuera sin duda injustificado que algunas revistas extranjeras hablasen de un bloque fascista en el centro de Europa, tan sólo porque Gömbös se había apresurado a hacer visitas a Mussolini y a Hitler; pero ciertamente el régimen de Gömbös era, con todo, algo más que un mero poder autoritario: su temprana muerte impidió la respuesta a la pregunta de si el potencial fascista de esta «revolución nacional» habría podido evolucionar hasta llegar a una estructura de poder autónoma y emprender la lucha contra las fuerzas conservadoras que lo habían protegido.

Desde 1932, empero, también se dio, evidentemente no sin la influencia de los acontecimientos alemanes, el segundo

cauce, cuyas aguas crecían y se secaban de la manera más confusa, se dividían y se volvían a unir —por cierto tiempo hubo en Hungría casi cien grupos que se llamaban nacionalsocialistas. No obstante, el punto de partida lo constituyó sin duda el Partido Obrero Nacionalsocialista Húngaro, fundado a principios de 1932 por Zoltán Böszörmény, y en él aparece muy claramente por primera vez el rasgo diferencial de los movimientos fascistas húngaros más importantes: que no sólo presentaban un programa de reforma social, incluso de revolución, orientado a la izquierda, en competencia con una izquierda fuerte y comunista en parte, sino que, en ausencia de una izquierda semejante, casi contra su voluntad se convirtieron de hecho en los principales defensores de un tal programa. Ya la enseña del nuevo movimiento era un indicio de esta situación de hecho: dos guadañas cruzadas, sobre un fondo verde, dentro de un círculo rojo, con una calavera en el centro.[36] Los partidarios de Böszörmény, los «cruzados de las guadañas», eran en su mayor parte campesinos pobres que odiaban a los señores tanto como a los comunistas. Igualmente característico era el desvío de la rabia social hacia los judíos, quienes naturalmente aparecían a los campesinos frecuentemente como los arrendatarios de los grandes posesiones. No en vano estaba Böszörmény muy fuertemente influido por Hitler, y la cruz gamada la consideró él durante mucho tiempo como una enseña equivalente; al ingresar en el Partido un diputado parlamentario, Zoltán Meskó, leyó éste el programa del Partido en camisa marrón —bajo la hilaridad general de los diputados.[37] Muy pronto, desde luego, una división en el seno del Partido puso de manifiesto la profunda y característica ambivalencia también de este fascismo. Meskó fundó su propio partido, con el nombre de Partido Obrero y Campesino Nacionalsocialista Húngaro y, al cabo de poco tiempo, desempeñaron un papel de primer orden en este partido el conde Fidel Palffy y el ex ministro de la Guerra, conde Alexander Festetics. Este último se elevó incluso, a mediados de julio, a la categoría de jefe del Partido Nacionalsocialista Húngaro, que se convirtió en receptáculo de los diversos grupos nacionalsocialistas. Así fue como, ya a los pocos años de su fundación, uno de los terratenientes más ricos de Hungría estaba en la cumbre de un partido que, aparentemente, era socialrevolucionario. Evidentemente no le asustaba defender «los intereses sociales del pueblo sobre una base nacional», y de hecho,

en el programa del movimiento,[38] la exigencia de «hacer posible una repartición justa de la propiedad agraria, y posibilitar la radicación de los trabajadores del campo», se encuentra en el Punto 14, mientras que el principio está dedicado a la cuestión de la realeza, la restauración de la Gran Hungría, a la restricción de la nacionalidad a personas de origen ario (!) y, por lo tanto, a la lucha contra los judíos. A pesar de todo, el nuevo partido pareció lo bastante peligroso para que en 1934 se tomaran graves medidas contra él: las «divisiones de asalto» fueron disueltas, y se prohibió el llevar la cruz gamada, pues se trataba de un signo de soberanía extranjera. Festetits la hizo sustituir por la llamada cruz flechada húngara: dos flechas cruzadas, con puntas en ambos extremos, que en el centro contienen la imagen de la Gran Hungría y de sus ríos. La propaganda del Partido se apoyaba muy fuertemente en la comparación e identificación popular del régimen de consejos judeo-comunista de 1919 y el poder judeo-plutócrata que regía Hungría en 1934. Por lo que parece, el número de miembros llegaba, a fines de 1934, a 185.000. Como uniforme se llevaba la camisa verde, y se saludaba con el brazo derecho levantado y el grito «¡Bátorság!» («¡Valor!»). En las elecciones parlamentarias de abril de 1935 el Partido consiguió dos escaños.

Entre tanto, sin embargo, había surgido el hombre que ejercería la máxima influencia en medio de la abigarrada multiplicidad de los grupos «nacionalsocialistas» y cuyo partido estaba decidido a usurpar totalmente, en la conciencia nacional y pronto también en la internacional, la denominación «cruzado flechado». Ferenc Szálasi no era, como Böszörmény, un miembro declarado de la *gentry*, sino un oficial activo, que por su forma de aparecer estaba algo emparentado con Codreanu, medio jefe político, medio profeta religioso, lleno de fe fanática en su programa «hungárico», además de buen católico con un odio profundo hacia la «irreligiosidad» moderna. En 1935 se dio de baja en el servicio militar y fundó el «Partido de la voluntad nacional - Movimiento de los hungaristas»,[39] que retornó la cruz de flechas y la camisa verde, y, al cabo de pocos años, se convirtió en la fuerza dominante en la extrema derecha. A medida que el partido gubernamental, bajo el sucesor de Gömbös, Daranyi, se iba agotando en prudentes oscilaciones y operaciones tácticas, tanto más eco encontraba la incondicionalidad y sinceridad de Szálasi, no sólo en la derecha nacionalista, sino

también en el proletariado. Precisamente los suburbios rojos de Budapest se convirtieron en las ciudadelas del movimiento, y su modo de luchar y de hablar obró revolucionariamente en la Hungría tradicionalista; pues Szálasi no temía declarar en hojas volantes que el Parlamento húngaro era una reunión de traidores a la patria y una corporación creada para engañar al pueblo.[40] No es sorprendente que su exigencia de que el latifundio debía «desaparecer» le aportase el asentimiento de muchos obreros y pequeños campesinos. Su programa «hungárico» postulaba también, es verdad, la restauración de la Hungría de preguerra, pero justamente no en la forma tradicional de la Corona de San Esteban, sino como unión libre y federal de los pueblos del Danubio. Naturalmente, este programa perdió mucho de su credibilidad por el hecho de que pretendiera para su partido el poder totalitario y exigiera la adhesión incondicional a la política exterior alemana.[41] De manera similar, su antifeudalismo y anticapitalismo estuvieron siempre estrechamente ligados al antisemitismo, y era forzoso preguntarse si aquéllos no representaban únicamente la máscara de este último. El Gobierno, que paulatinamente también iba tomando medidas antijudías, no era evidentemente de esta opinión: persiguió al joven movimiento mucho más duramente de lo que habían hecho gobiernos liberales en circunstancias semejantes en otros países de Europa —el Partido fue disuelto varias veces, si bien sin verdadero éxito; Szálasi mismo fue condenado en verano de 1938 a tres años de cárcel por subversión del orden social y por poner en peligro la seguridad pública, de los cuales cumplió dos. Con todo, no podía dudarse de su lealtad para con el regente; pero si bien Horthy había favorecido a Gömbös (naturalmente, sólo después de que éste había relegado sus ideas más radicales y en especial el antisemitismo), en cambio, el modo de pensar de Szálasi y la táctica aparentemente revolucionaria del partido de los cruzados flechados le siguieron siendo extraños y sospechosos. Naturalmente, no pudo impedir el desarrollo de las tendencias radicales de derechas, que también tuvieron una expresión oficial bajo la presidencia de Gobierno de Béla von Imrédy,[42] y en las elecciones de verano de 1939 los grupos de extrema derecha consiguieron un gran triunfo: obtuvieron unos cincuenta escaños, y solamente al Partido de Szálasi, que había sido dirigido por Koloman Hubay durante la ausencia del jefe del Partido, correspondieron treinta y uno

de ellos. Los cruzados flechados a partir de ahora se hacían escuchar por la nación, pero no por ello dejaron de hacer preparativos para un cambio violento.[43] No obstante, justamente después de la puesta en libertad de Szálasi en el año 1940 sufrieron una serie de golpes graves, no en poca medida debidos a que Szálasi, durante la larga reclusión, se había vuelto aún más solitario y autoritario.[44] Hasta el año 1944, Horthy siguió como señor en su propia casa, mediante hábiles tácticas, a pesar de la poderosa vecindad alemana, e incluso después de la ocupación de Hungría por tropas alemanas en marzo de 1944, a pesar de la Secretaría Estatal para Asuntos Judíos y a pesar de la furia tardía de Eichman contra los judíos húngaros, no podía hablarse de una unificación. Únicamente cuando Horthy intentó en octubre concluir una tregua con los rusos, sonó la hora de Szálasi, y se vio elevado a jefe de Gobierno por gracia alemana —no sin la aprobación forzada de Horthy, en la cual aquél insistió. Pero si bien la aportación de los cruzados flechados a los esfuerzos de defensa alemanes no fue insignificante, con todo, Szálasi únicamente pudo transformar Hungría en un Estado hungárico con una clase campesina acomodada en una asfixiante atmósfera de decretos sin efectividad: ante las llamas del avance soviético, el fascismo húngaro no tuvo para responder a la pregunta que había planteado con su existencia: a saber, la de si, bajo determinadas circunstancias, un movimiento fascista podía tener, no sólo de palabra y posteriormente en sus efectos, sino inmediata y primariamente, un carácter socialrevolucionario.

Rumania

Ningún país de Europa era en 1919 tan joven en su forma estatal, y a la vez tan antiguo en su estructura de Gobierno, como lo era Rumania. Tan sólo en el año 1877, los «principados del Danubio» de Moldavia y de Valaquia, con sus capitales Jassy y Bucarest, situados al este y al sur respectivamente del gran arco de los Cárpatos, habían obtenido la completa independencia de Turquía, a la que habían tenido que pagar tributos desde hacía siglos —un país de campesinos siervos y analfabetos, y de boyardos terratenientes. Tan sólo desde 1859 estaban unificados bajo un príncipe común; en 1866 habían traído al país al príncipe alemán Karl von

Hohenzollern-Sigmaringen, quien, con el nombre de Carol I, gobernó como rey durante casi medio siglo, desde 1881. Al igual que Italia, ligada a las potencias centrales en política exterior, también Rumania se declaró neutral a principios de agosto de 1914, entró en 1916 en la guerra a favor de los aliados, sufrió una grave derrota, pero en 1918 recogió plenamente los frutos de la derrota alemana y vio satisfechas todas sus aspiraciones nacionales: recibió Besarabia de Rusia, Transilvania de Hungría, y conservó la Dobrudcha conquistada en 1913 a Bulgaria. Pero esta Gran Rumania era gobernada por el hijo del hombre que, con su Partido Liberal, ya en 1848 había desempeñado un importante papel en la revolución nacional y social que en Rusia había sido aplastada, y el mismo que más tarde había puesto en el trono a los Hohenzollern: Ionel Bratianu, el primogénito de Ion Constantin Bratianu.[46] Era como si un hijo de Cavour hubiese gobernado Italia con la «Destra storica» todavía en 1918. Del choque entre la situación radicalmente modificada y la estructura de poder tenazmente mantenida, resultaron la mayoría de los problemas de Rumania.

De un Estado nacional, Rumania había pasado a ser un Estado de nacionalidades. Había obtenido la Transilvania y, con ella, no sólo una importante minoría húngara y alemana, sino también un gran número de rumanos que eran «prooccidentales» y que miraban con desprecio a sus hermanos «balcánicos» desde el antiguo reino (el Regat). Con la Dobrudcha, se había incorporado muchos búlgaros, y en la Bucovina, además de rumanos, alemanes y judíos, vivían numerosos ucranianos, a los cuales se acusaba de estar en contacto con la Unión Soviética con la misma frecuencia que a los judíos de Besarabia. Las dificultades en política interna implicaban tensiones en política exterior, dado que los liberales llevaban una política contraria a las minorías, fuertemente centralizada según el modelo francés; el antirrevisionismo fue, empero, la base común de todos los partidos rumanos, y la política exterior de la Pequeña Entente con Yugoeslavia y Checoeslovaquia no encontró oposición seria durante largo tiempo. No obstante, los enemigos internos y externos contemplaban la Gran Rumania, compuesta tan abigarradamente, y rodeada de enemigos por el sur, el este y el oeste, como un «castillo de naipes» que se derrumbaría al primer soplo fuerte.

Una minoría había, en todo caso, que parecía quedar fa-

vorecida por la política de los liberales, a saber, la judía. Los judíos, en gran parte, habían emigrado, a lo largo del siglo XIX, de Rusia y de la Polonia rusa; habían formado una capa media burguesa entre boyardos y siervos, y en algunas universidades y en varias profesiones académicas figuraban en mayor número que los rumanos, a pesar de que constituían no más del 5 por ciento de la población total.[47] En vastas regiones del país, el comercio era monopolio suyo —a mediados de los años treinta, un escritor nacionalsocialista no pudo encontrar en Jassy, a pesar de su búsqueda fervorosa, ni un solo panadero no judío, y tuvo que recibir su almuerzo de manos no arias.[48] A diferencia de la vieja Austria-Hungría, aquí no había apenas tendencias a la asimilación, cuanto más que la conservación de su antigua constitución comunal les reportaba también considerables ventajas económicas. De ahí que sea comprensible el que, desde hacía bastante tiempo, el antisemitismo fuera muy fuerte en Rumania: ya en los años setenta del siglo XIX los progroms habían provocado la intervención diplomática de las grandes potencias, poco tiempo después había tenido lugar en Bucarest un Congreso Mundial Antisemita, y la legislación rumana había negado siempre a los judíos inmigrados la otorgación de la ciudadanía. Pero la nueva Constitución del año 1923 preveía, como correspondía a los artículos sobre protección de minorías de la Sociedad de Naciones, la plena nacionalización de todos los habitantes del Estado, y por ello fue la causa de un renovado impulso del movimiento antisemita, que desde hacía tiempo llevaba como emblema la cruz gamada y cuyo adalid más conocido era el profesor Alexander Cuza.

La gran minoría social del país era la enorme mayoría de campesinos pobres y sin tierras, que en 1919 tuvieron voz por primera vez con la introducción del sufragio universal. Estaban representados por el partido campesino de los *zaranistas*, fundado por Ion Mihalache, los cuales por lo general colaboraban con el partido de la Transilvania rumana, el Partido Nacional, bajo la dirección de Julius Maniu y Alexander Vaida-Voevod —en 1927 se unificaron formando el partido de los «nacionalzaranistas». Los liberales no se oponían a sus reivindicaciones de una reforma agraria, pues éstas sólo afectaban a sus viejos enemigos, el partido conservador de los boyardos; y por una ley de julio de 1921 se emprendió una repartición de la tierra, que pro-

porcionó casi un tercio de las tierras cultivadas a los pequeños propietarios. Cierto que la reforma fue muy incompleta e incluso una ejecución mejor y más radical de la misma no habría podido solucionar el problema fundamental de la superpoblación campesina, pero con todo logró apaciguar la intranquilidad social e impedir el surgimiento de un partido agrario-revolucionario aliado con los comunistas.

El proletariado del país, numéricamente escaso y concentrado únicamente en las pocas ciudades importantes, se agitó ciertamente en 1919-20 bajo la impresión de los acontecimientos rusos, pero los comunistas permanecieron aislados y muy pronto fueron aplastados por el Gobierno, por medio del empleo de una violencia despiadada: «En Rumania, los socialistas y comunistas son sencillamente machacados», se dice en un informe de la embajada alemana.[49] No obstante, el miedo a los comunistas seguía vivo y, en ocasiones, aumentaba hasta la psicosis, cuanto más que la frontera soviética del Dniéster estaba cercana y que la Besarabia, antes rusa, situada entre el Dniéster y el Pruth, sólo podía ser mantenida en calma gracias a un estado de excepción.[50]

Es asombroso que en circunstancias tan difíciles pudiera mantenerse en el poder un partido que no representaba mucho más que la gran burguesía de la capital. Partidos de este tipo habían gobernado en el siglo XIX con la ayuda del derecho electoral limitado —para la derecha italiana, la ampliación relativamente pequeña del derecho electoral, en el año 1882, había significado la caída en una categoría de segunda fila. La receta rumana era: influencia en las elecciones por medio del Gobierno. El Gobierno en funciones «hacía» las elecciones mediante el aparato administrativo: la no aceptación de propuestas electorales antigubernamentales, el trueque de urnas electorales, el aterrorizar a la población, pertenecían al pan cotidiano de las votaciones en Rumania.[51] La única posibilidad de cambio estaba prácticamente, pues, en manos del rey, quien podía pasar el poder al jefe de otro partido y convocar nuevas eleciones. De ahí resultó la situación de hecho altamente singular, totalmente desconocida en Europa occidental y central, de que un partido, cuyos dirigentes habían tenido que abandonar el Gobierno, en las elecciones siguientes perdieran hasta el 95 por ciento de sus escaños. Que un hecho semejante había de provocar la máxima desconfianza hacia «los políticos», se puede deducir

inmediatamente; su contrapartida funesta consistió en que la masa del pueblo, a partir de entonces, no vio en el «Estado» más que el puño exigente y golpeador de una clique corrompida y explotadora, tal como la había experimentado durante siglos en la época de los turcos.

En realidad, la situación era ya completamente distinta, y ya sólo la existencia de los demás partidos demostraba que, bajo el influjo de las ideas occidentales, también en los Balcanes orientales, la sociedad y el Estado empezaban a transformarse. El poder de los liberales no era en absoluto ilimitado; ya antes de 1927 les reemplazaron temporalmente los gabinetes del Partido Nacional y del Partido del Pueblo del general Averescu,[52] y a la muerte de Ionel Bratianu, el Partido se desmembró en varias fracciones. La toma del poder de los nacionalzaranistas, después de una aplastante victoria en unas votaciones relativamente libres, en 1928, pareció significar el comienzo de una nueva época, pero la carga del pasado no se podía liquidar en unos pocos meses; pronto también se hicieron oír las viejas acusaciones contra los nuevos hombres, y se dejó sentir la crisis económica. La situación se complicó por la subida al trono del desterrado príncipe Carol, cuyo tren de vida había provocado, y seguía provocando, grandes escándalos. A pesar de una nueva gran victoria electoral en julio de 1932, el insobornable Maniu no pudo mantenerse frente al odio de la amante judía del rey, Helena Lupescu, y de su «camarilla», e incluso Vaida-Voevod, quien era cada vez más fuerte e inclinado a la derecha, tuvo que abandonar pronto la jefatura del Gobierno. Carol echó mano entonces de los viejos liberales otra vez, pero el asesinato del primer ministro Duca por tres miembros de la Guardia de Hierro, que él había disuelto, atrajo también la atención de la opinión pública mundial hacia aquel nuevo partido, que sin ser en absoluto el único movimiento fascista de Rumania,[53] sí era con mucho el más peculiar, y que, bajo la dirección del joven Corneliu Zelea Codreanu, se había desarrollado desde 1927, adquiriendo cada vez mayor importancia.

«Codreanu» era un pseudónimo y «Zelea» su nombre cambiado posteriormente: los enemigos del jefe de la Guardia de Hierro pocas veces omitían señalar que aquél, hijo de un profesor de Enseñanza Media, nacido en 1898, en realidad se llamaba «Zelinski», y que había nacido del matrimonio de un polaco y una alemana. Lo que es cierto, sin embargo, es

que su padre era ya un conocido nacionalista rumano y partidario de Cuza: aparte de su educación en una Escuela Militar y de su participación no del todo regular en la guerra, debido a su juventud, nada fue tan decisivo para el curso que tomó la vida de Corneliu como la atmósfera de su hogar paterno. El impulso decisivo, no obstante, vino de la revolución bolchevique de la cercana Rusia. Una tarde de la primavera de 1919, así cuenta él en su libro de memorias, junto con algunos condiscípulos, había fundado bajo juramento solemne un grupo que estaba decidido a retirarse a los bosques, en caso de que se diera la temida invasión de los bolcheviques y formar un centro de resistencia tanto contra las tropas enemigas como contra las «bandas judeo-comunistas» del interior.[54] Permaneció fiel a esta decisión política, si bien no se realizaron sus temores inmediatos, y, en su época de estudiante en la Universidad de Jassy, se hizo discípulo entusiasta de Cuza y cabecilla de numerosas acciones, generalmente muy violentas, que se dirigían contra «la inhumana inundación judía de la ciudad de las cuarenta iglesias» y, en especial, contra las masas obreras comunistas soliviantadas por «los criminales judíos de Moscú».[55] Tenía a su favor el argumento inestimable, aunque muy simplificador y en parte casual, de que los dirigentes comunistas no eran ni rumanos ni obreros, sino intelectuales judíos; pero pronto se desplazó la principal línea de ataque hacia la descomposición «judeo-liberal»: con algunos correligionarios impide que el semestre se inaugure sin los oficios divinos hasta entonces acostumbrados; «ante los desvergonzados artículos sobre rey, Ejército e Iglesia», destruye las componedoras de dos de los tres periódicos que aparecen en Jassy y abofetea en medio de la calle a un redactor. En 1922 funda la Unión de Estudiantes Cristianos y, al terminar sus estudios a fines del mismo año, marcha por algunos meses a Berlín, donde queda decepcionado al no encontrar antisemitismo entre los estudiantes, de modo que, evidentemente sin mucho éxito, trata de abrirles los ojos. En compensación es allí donde se entera con gran alegría de la marcha de Mussolini sobre Roma, y pretende que ya por esta época había oído hablar de Adolf Hitler. En diciembre le hace regresar a la patria la noticia de la gran huelga estudiantil, la cual, con sus propósitos antisemitas, paralizó la vida universitaria rumana por una serie de meses. En el cuadro general de estos conflictos se inserta también la fundación de la Liga para la Defensa Nacional-

Cristiana, el 4 de marzo de 1923, cuya jefatura pasó a Cuza, mientras que a Codreanu se le encargó la dirección organizativa. Esta vez ya no se trataba de una simple unión de estudiantes: la bandera negra del movimiento, con la cruz gamada dentro del círculo blanco, fue pronto conocida en toda Rumania, y poco más tarde se le adhirieron dos pequeños grupos «patrióticos», aunque ya por el nombre determinados por los modelos extranjeros del fascismo italiano y la Action Française, a saber, la Fascia Nationala Romana y la Actiunea Romanesca. Un miembro de la segunda, el estudiante Ion Motza, había traducido los *Protocolos de los sabios de Sión.*

Mientras Cuza quería dar a su movimiento una estructura relajada, Codreanu instaba a adoptar una organización rígida y una disciplina severa, y sus exigencias se impusieron al final. A la introducción de la nueva Constitución, replicó organizando en Jassy manifestaciones de protesta tumultuosas, que se extendieron provocativamente a los barrios judíos y condujeron a violentas luchas.[56] Es verdad que fue detenido, pero al cabo de pocos días fue puesto en libertad.

La idea política propia de Codreanu era la alianza entre estudiantes y campesinos. La situación de la población campesina, que seguía siendo miserable incluso después de la reforma agraria, y los sufrimientos de los comienzos de una industrialización esporádica explotadora daban perspectivas de largo alcance a esta idea. Ya en 1923, marchó Codreanu, con una delegación de campesinos de la región de los bosques de hayas, a Bucarest, ante el primer ministro Bratianu, para protestar contra la tala de los bosques y para exigir la implantación del *numerus clausus.* Si hay que dar crédito a su relato, forzó la entrada por medio de la violencia, aunque no fue detenido.

Pero el método poderoso que introdujo en la vida política de Rumania fue el terror individual. Junto con algunos correligionarios concibió el plan mostruoso de asesinar a los dirigentes judíos y a los camaradas rumanos de los judíos, culpables de «traición a la nación», entre ellos no menos de seis ministros en funciones. Se compraron pistolas y emprendieron el viaje a Bucarest. Pero, gracias a la traición de uno de los participantes, el grupo fue detenido aun antes de que se hubieran puésto de acuerdo sobre los detalles de la empresa. Ante el juez de instrucción, Codreanu no negó el plan; pero el horror sincero que provoca no le hace reflexionar; por el contrario, se encierra en la idea de que con sus «su-

frimientos» actuales haría madurar la salvación para su pueblo, ya que, en su opinión, la lucha contra los judíos equivalía sin más a la cuestión de supervivencia o aniquilación del pueblo rumano. Lo que ocurrió entonces habría tenido que hacerle reflexionar sobre la medida del poder supuestamente sin límites de los judíos: él mismo, junto con su grupo, fue absuelto, y Ion Motza, quien había muerto al traidor Vernichescu el día del juicio, ¡fue asimismo puesto en libertad poco tiempo después! Y ésta fue tan sólo la primera de la serie de sensacionales absoluciones que debían seguirse en los quince años siguientes de la vida de Codreanu, a pesar de que, en general, eran manifiestas las circunstancias más graves.

Ya el caso siguiente pasó por la prensa de toda Europa. El 25 de octubre de 1924, Codreanu mató a tiros al prefecto de policía Mancip, que le había detenido por la fuerza a él y a sus partidarios, en juicio abierto. Y, en la cárcel, no dudó de nuevo lo más mínimo que «era claro como el sol» que la razón estaba de su parte. Igual que Hitler por la misma época ante el tribunal popular de Munich, defendió él apasionadamente ante los jurados la afirmación de que todo lo que había hecho lo había hecho por amor a su patria y por su fe en su pueblo. Y *él mismo* ni siquiera fue condenado a prisión honrosa, sino que fue absuelto y *sus* jueces ni siquiera se dieron el trabajo de ocultar sus simpatías: ¡Al pronunciar la sentencia llevaban todos sin excepción la cinta azul-amarilla-roja con la cruz gamada! [57] De vuelta, empero, le recibieron como triunfador decenas de miles de partidarios.

Todo esto condujo también, naturalmente, al alejamiento del profesor Cuza: cuando Jean y Jérôme Tharaud visitaron diez años más tarde al viejo hombre en Jassy y le preguntaron qué era lo que se había interpuesto entre él y Codreanu, contestó: «El asesinato.» [58] Por esto Codreanu, quien entretanto había estudiado en Francia durante unos meses, aunque sin ver allí tampoco no mucho más que judíos, fundó su propia organización el 24 de junio de 1927, la Legión del Arcángel Miguel, que él puso bajo la protección de una «imagen sagrada» que le había dado consuelo durante su primera época de cautiverio. Así nacio una de las formaciones políticas más singulares que se dieron en Europa durante el período de entreguerras. No tenía un programa fijo, sino que se dejaba llevar por «cuatro carriles»: la fe en Dios, la fe

en la propia misión, el amor mutuo y el himno. Pero, a primera vista, se trataba únicamente de una unión de estudiantes, que tenía objetivos más bien éticos, relacionados con la «renovación del hombre», y no políticos. Pues un programa no era necesario, dado que la legión sólo tenía *una* intención principal: la lucha contra el judaísmo y todo lo que era considerado «judío»; el momento ético, empero, se transformó radicalmente para el reclutamiento de las masas campesinas, y el asesinato político, como su arma más potente, no había caído en el olvido. Con el estilo de un profeta, expresó Codreanu estos propósitos así: «Hasta tanto sea necesario, saldremos de los bosques y atacaremos los nidos de avispas judíos. Arriba, en las alturas eternas y sagradas de las montañas, cuidaremos de la vida de nuestros bosques y la protegeremos de toda explotación y pillaje judíos. Pero abajo, en la llanura, prepararemos la muerte a los que la merecen, y llevaremos la justicia a los que la necesitan.»[59] La «mística» del movimiento se mostraba del modo más visible en el saquito de cuero, que era llenado con la «tierra sagrada, embebida de la sangre de los antepasados» y que cada legionario recibía al prestar juramento, para llevarlo en el pecho por el resto de su vida. Su *ethos* halló su máxima expresión en los campos de trabajo, en que estudiantes y académicos licenciados echaban una mano a los campesinos en cualquier parte del país, abrían caminos, mejoraban puentes, etc.[60] No hacían su propaganda tanto con concentraciones de masas en las grandes ciudades como por medio de marchas y cabalgatas, cuyos participantes se sentían cruzados contra las «fuerzas de los judíos sin Dios» y que causaban una gran impresión en la fantasía de los campesinos: los legionarios llevaban camisas verdes y sobre el pecho una blanca cuerda de lino; al frente cabalgaba un abanderado, y en sus gorros ondeaban plumas de pavo. Pero su método más efectivo e individualista siguió siendo, lo mismo que antes, el terror individual: cuando el secretario de Estado, Angelescu, prohibió en 1930 una marcha planeada de la legión hacia Besarabia cayó bajo las balas de los legionarios. La creación de la Guardia de Hierro en 1930 fue sólo una etapa en la ampliación del joven movimiento: debía representar la organización política nacional que se agrupase en torno a la Orden de la Legión y que fuese sustentada por ésta. Durante las tormentas de la crisis económica, ambas organizaciones consiguieron aportar una medida hasta entonces desconocida de

desorden en la vida política rumana; fueron prohibidas varias veces, pero cada vez volvían a surgir con nombres cambiados. Las elecciones parlamentarias de 1932 llevaron al Parlamento a Codreanu y a cuatro de sus camaradas: dado que el «capitán» no hablaba ni bien ni de buena gana, se destacaba poco; sin embargo, provocó cierta sensación con una serie de reivindicaciones radicales (como la de la implantación de la pena de muerte para todos los malversadores de bienes públicos y la expulsión de los explotadores judíos). Mucho más se distinguió un joven legionario llamado Stelescu, quien más tarde, ya fuera por motivos políticos, o por motivos personales, entró en oposición cada vez más fuerte con Codreanu y fue asesinado con docenas de tiros por sus camaradas más próximos, mientras estaba internado en el hospital.[61] Pero ni en este caso, ni en el caso del asesinato del primer ministro Duca, pudieron convencerse los tribunales de la connivencia de Codreanu, y éste siguió sin ser molestado. Los tres perpetradores del atentado a Duca, no obstante, obtuvieron en la Legión un prestigio legendario y en absoluto disimulado, bajo el título de *«nicadori»*,[62] lo mismo que los diez asesinos de Stelescu, con el título de *«decemviri»*.

A partir de 1933 la Guardia de Hierro fue una gran fuerza política en Rumania, a pesar de estar oficialmente disuelta. Naturalmente, la toma del poder por Hitler contribuyó a que ahora se la hiciera objeto de mucha más atención que antes, pero en lo esencial tenía que agradacer sus éxitos a sus propios esfuerzos y a la simpatía que encontraba en el Ejército y asimismo en una serie de políticos.[63] A pesar del asesinato de Duca, la Guardia fue tratada muy suavemente por el Gobierno liberal de Tatarescu y, bajo un nuevo nombre, pudo reconstituirse como partido político (*«Totul pentru taras»* («Todo por la Patria»). Por todo el país surgieron campos de trabajo, en Bucarest el Partido se edificó un centro con el nombre de Casa Verde y, bajo el mando de Codreanu, se fundaron empresas comerciales de legionarios, que debían enfrentarse a los judíos en su campo más propio y que, en todo caso, dieron pruebas de poder existir. El libro de Codreanu *Pentru Legionari* fue un gran éxito editorial y en el profesor Nae Ionescu encontró la Legión un teórico de considerable fama. Cuando, a principios de 1937, los colaboradores de Codreanu, Ion Motza y Vasile Marin, cayeron ante Madrid, se les hizo en Bucarest un entierro que, por su so-

lemnidad y por la participación de altas personalidades, pareció un acto oficial.[64] Codreanu se manifestó ahora también en cuestiones de política exterior y promulgó sin reservas una reorientación de Rumania: cuarenta y ocho horas después del triunfo de los legionarios, Rumania habría establecido una estrecha alianza con Roma y Berlín, anunció el 30 de noviembre de 1937.[65] Tres semanas más tarde falló, por primera vez en la historia de Rumania, la preparación electoral de un gobierno liberal, y el partido de Codreanu, con casi setenta escaños, pasó a ser la tercera fracción parlamentaria. Pero el rey no delegó el poder ni a los derrotados liberales, ni a los nacionalzaranistas, ni a Codreanu, sino que llamó a Octavian Goga, un político de derechas,[66] quien había mezclado su pequeño partido con los restos de la Liga de Cuza. El Gobierno fue formado indudablemente contra Codreanu, pero significó también el comienzo de una fuerte política antijudía. Pero esta vez los judíos ofrecieron resistencia y llevaron la vida económica del país casi a la paralización; se iba extendiendo más y más una atmósfera de guerra civil. Ante esto, el rey despidió a Goga en febrero de 1938 y encargó al patriarca de la Iglesia Nacional Rumana, Miron Christea, que formara un gabinete suprapolítico, que disolvió todos los partidos y que, en votación abierta, hizo «aprobar» por el pueblo una nueva Constitución autoritaria. La Guardia de Hierro fue ahora perseguida de veras por el enérgico ministro del Interior Armand Calinescu,[67] Codreanu fue detenido y condenado a diez años de trabajos forzados.[68] El 1 de diciembre un comunicado hizo público que, en un intento de fuga, había sido muerto junto con trece de sus partidarios.[69] En realidad, se trató de un asesinato —no está totalmente excluido que la última causa fuera Hitler, contra su voluntad, pues en noviembre el rey Carol le había hecho una visita y puede ser que Hitler le recomendase a su visitante a Codreanu como primer ministro.[70] Lo que sí es seguro es que la Guardia de Hierro, durante este viaje, había puesto en escena una violenta campaña de terror, en la cual cayó como víctima, entre otros, el rector de la Universidad, Klausenburg. Inmediatamente después de su regreso, parece que Carol dio la orden de eliminar a Codreanu. Pero se mostró claramente que la Legión se había hecho ya demasiado fuerte como para caer en su disolución a raíz de la muerte de su capitán: un año justo después de Codreanu, cayó también Calinescu bajo las balas de los vengadores, y a

pesar de una bárbara campaña de desquite por parte del Gobierno, a la Legión le quedó tanta fuerza que Carol, ya en la primavera de 1940, tuvo que buscar una reconciliación con ella. En septiembre de 1940 presenció la abdicación de Carol y la instauración del Estado nacional-legionario, bajo el general Antonescu. Durante los pocos meses que estuvo en el poder, la Legión devolvió duplicados y triplicados todos los actos de violencia de los últimos años y, además de detenciones y confiscaciones arbitrarias y de una nueva forma vergonzosa de corrupción, practicó un régimen de terror, que no sólo atemorizó a los judíos: el general Antonescu tuvo la aprobación general cuando, después del aplastamiento de la insurrección de enero, la llamó un «movimiento anárquico-subversivo».[71]

Con ello señaló Antonescu algunos de sus rasgos característicos, que hacen parecer dudoso que la Guardia de Hierro deba ser considerada fascista. La violencia y coherencia de su enemistad hacia el Estado constituido no tiene de hecho parangón entre los movimientos fascistas: no menos de dos primeros ministros y un ex jefe de Gobierno[72] fueron sus víctimas. Más aclaratoria que la comparación con los anarquistas es, no obstante, la analogía con los *narodniki* rusos. La buena conciencia de Codreanu después del asesinato del prefecto Manciu provenía sobre todo del convencimiento de que era el primer caso en Rumania «de que alguien, con la pistola en la mano, hace frente a los hombres que pisotean su dignidad humana y que, en nombre de la autoridad del Estado, quieren desollarlo vivo».[73] El terrorista político en Rumania era de hecho el Estado, que, de este modo, quería mantener sometida una sociedad que se hacía sentir sólo revoltosa y sordamente, análogamente a como antes había hecho el régimen zarista en Rusia, y la Guardia de Hierro era el adalid de los campesinos al igual que los populistas. De ahí que esté justificada la pregunta de si aquélla fue siquiera «contemporánea» de los movimientos fascistas.

La pregunta se hace aún más imperiosa si se tiene en cuenta la motivación religiosa, que es visible a cada paso en la historia de la Guardia de Hierro. En ninguna otra parte se dio en la extrema derecha la creencia en una realidad tan poco formal, tan íntimamente ligada al mundo del cristianismo. Es una «guerra santa» la que declara Codreanu a la prensa judía, ya que ésta trata de «romper el vínculo viviente con el Eterno» y de convertir a los rumanos en un «pue-

blo sin Dios».[74] Y después de grandes derrotas o triunfos, Codreanu subía a la montaña sagrada Rareu, para adquirir, por medio de la oración, nuevas fuerzas para su lucha. El símbolo mágico del movimiento no era una bandera, sino un icono. ¿No era, pues la Guardia de Hierro una secta cristiana antes que un movimiento fascista?

El *pathos* ético extraordinariamente intenso señala hacia una dirección análoga. No es tanto un cambio de las circunstancias externas lo que hay que lograr, como una transformación del hombre interior. Los miembros de un «nido», la célula básica de organización, que consta de diez a trece hombres, están unidos ante todo por un sentimiento recíproco de amistad y amor: la Legión no tiene miembros individuales en absoluto, el individuo se manifiesta únicamente como miembro del nido. En el interior del nido lo que importa sobre todo es el cultivo de aquellas virtudes que tan imperiosamente faltaban en la vida pública de Rumania: abnegación, incorruptibilidad, carencia de todo compromiso. Así dice el juramento de los legionarios: «Queremos vivir en la pobreza y matar en nosotros toda concupiscencia de riquezas materiales. Queremos llevar una vida dura y severa, eliminando lujo y gula. Queremos acabar con todo intento de explotación del hombre por el hombre. Queremos sacrificarnos siempre por la Patria y defender el movimiento legionario con todas nuestras fuerzas contra todo lo que podría llevarlo por el camino de los compromisos y los errores, o tan sólo todo lo que podría debilitar su elevada línea moral.» [75] Hay, por lo tanto, buenos motivos para caracterizar a la Guardia de Hierro como un movimiento de renovación moral dentro de la vida rumana, que tanto discurría dentro de «lo animal y lo vegetativo».[76]

Pero en contra de la comparación con los *narodniki* hay que decir que el Estado rumano de la época posterior a 1918 no era realmente un contemporáneo del régimen autoritario zarista. Esto quedó demostrado ya sólo por el hecho de que la Guardia de Hierro no halló precisamente poco apoyo por parte de determinados órganos y dignatarios de ese Estado: desde los jurados de los tribunales, pasando por el tribunal militar y la Iglesia, hasta la cumbre del Gobierno.[77] Por mucho que Codreanu alardee de pobreza en sus comienzos, tampoco puede negar que, muy pronto ya, recibió considerable ayuda financiera, que algunas de las familias más conocidas del país simpatizaban efectivamente con él (Ghika, Cantacu-

zino), que en sus comités de base era frecuente que hubiese generales y profesores. También la revolución de los legionarios fue una revolución apoyada por el Estado, cierto que en mucha menor medida que la revolución de los fascistas italianos, pero, con todo, bastante más de lo que permitiría realmente una equiparación con los *narodniki.*

La «mística» de la Guardia de Hierro no puede llamarse cristiana, por muy llena que estuviera de expresiones cristianas, porque su centro no era el Dios infinito, sino la «sangre» concreta del propio pueblo. Así dice Codreanu: «Si la mística cristiana, en su punto culminante, en el aliento sagrado, anuncia el contacto directo del hombre con Dios "a través de un salto de la esencia humana a la divina"..., entonces también la mística de la nacionalidad, la mística de la sangre, no significa otra cosa que el contacto directo del individuo o de las masas entusiastas con la esencia eterna, con el genio del pueblo.»[78] Cierto que no se llega a una ruptura explícita con la fe cristiana, como en el caso de Maurras, Mussolini y Hitler, pero el fermento es innegable.[79]

Movimientos de renovación ética lo fueron, hasta cierto punto, también todos los demás movimientos fascistas: frente a la corrupción de la vida parlamentaria y económica, todos aprovechan a conciencia la «ventaja de lo nuevo». Y el nido legionario no era meramente una comunidad de vida y amor. Podría transformarse inmediatamente en una «cuadrilla de la muerte» (*echippa mortii*): los asesinos de Stelescu eran uno de esos nidos. La diferencia frente al «*fascio*» o al «*Ortsgruppe*», que sigue siendo válida a pesar de todo, se sitúa en el marco de algunas otras diferencias, que no contradicen la homogeneidad del concepto: así, el hecho de que la camisa verde desempeñó un papel más secundario que la camisa negra en Italia, porque con gran frecuencia fue sustituida por el traje nacional; el hecho de que el símbolo de la «cruz de rejas» aparecía mucho menos que el haz de varas, porque la imagen del arcángel Miguel era el símbolo mágico primordial, etc.

Tanto más claramente podían reconocerse los restantes caracteres fascistas esenciales. El principio de jefatura dominaba totalmente la vida de la Legión; más importantes que cualquier programa eran el ejemplo y la vida del capitán; en los manifiestos eran usuales declaraciones como la siguiente: «Con una sonrisa en los labios, la muerte ante los ojos, gritamos: ¡Viva la muerte, viva la Legión y el capi-

tán, el capitán!»[80] La voluntad de aniquilación de los enemigos no podía ser más radical: según relatos dignos de crédito, en la insurrección de Bucarest, numerosos judíos fueron colgados de los ganchos para la carne en los mataderos,[81] y apenas puede dudarse de que, bajo los auspicios de la Guardia de Hierro, los judíos rumanos hubieran padecido un destino peor, o por lo menos más horroroso, que la deportación a las cámaras de gas orientales. No obstante, tampoco faltaba la típica aproximación al enemigo tal como se expresa en la declaración antes citada de la explotación del hombre por el hombre. Aún más determinante es la amistad incondicional hacia Hitler y Mussolini, que, en último término, decidió el destino de la Guardia de Hierro y que es un testimonio del hecho fundamental de que la concordancia en la unidad de la época es más importante que las diferencias en los presupuestos sociológicos y nacionales. Lo más impresionante, empero, es el pensamiento monomaníaco y apocalíptico de Codreanu, que es lo único que procura un horizonte a su voluntad de aniquilación: para él, el pueblo rumano está amenazado en su existencia; los periódicos judeo-liberales son «ejércitos de tentación, envenenamiento y confusión moral de nuestro pueblo»;[82] compara a los judíos con la peste y los insectos, y expresa con toda seriedad temores tan absurdos como el siguiente: «Según toda probabilidad, el Gran Consejo Judío planea la creación de una nueva Palestina sobre un territorio que, partiendo del Báltico, abarca una parte de Polonia y de Checoeslovaquia y engulle la mitad de Rumania hasta el Mar Negro.»[83] En esta monomanía llena de miedo, Codreanu no se parece ni a Mussolini ni a Mosley, sino únicamente al propio Hitler, y por esto la Guardia de Hierro no sólo debe ser denominada fascista, sino que es quizá el más interesante y polifacético de los movimientos fascistas, porque, análogamente a un paisaje de múltiples capas geológicas, unifica en su seno rasgos tanto prefascistas como radicalfascistas.

VII. Europa oriental y los Estados bálticos

Rusia

En el presente contexto, la Europa oriental ocupa una situación totalmente peculiar, en la medida en que Rusia, su mayor Estado y el más poderoso, en mucho, no entra en absoluto en el cuadro de los movimientos fascistas. Con la toma del poder por los bolcheviques en noviembre de 1917, se había establecido allí un régimen que era considerado por cada movimiento fascista como el enemigo principal sin más, y el cual, por su parte, extirpó con mano dura no sólo toda tendencia fascista, sino sus condiciones previas más elementales: feudalismo y burguesía, opinión pública y libertad de prensa, patriotismo y antisemitismo. Con todo, en Rusia se habían dado las raíces de un posible fascismo especialmente fuerte. El conservadurismo era en Rusia aún más conservador que en Alemania —que el propio Estado era algo completamente distinto del «Occidente», se deducía en este caso con una necesidad mucho más inmediata—, pero, al mismo tiempo, los movimientos revolucionarios eran también mucho más originales y radicales. La compatibilidad de lo aparentemente incompatible había de producir, por tanto, resultados aún más explosivos que en Alemania, y el hecho es que los intentos de una asociación semejante son casi tan viejos como la existencia de una derecha rusa, es decir, de una formación política que estaba empeñada en defender, desde fuera del Estado, la tradición nacional y espiritual, y llevarla al triunfo. La inclusión de rasgos izquierdistas en el modelo básico de la derecha no es por sí sola ya una característica del fascismo —el proceso es mucho más antiguo, y el fascismo es sólo una de sus etapas. Al conservadurismo ruso le era ya propio un impulso revolucionario, ya que, desde la época de Pedro el Grande, había sido el Estado zarista el promotor de la mayoría de transformaciones del país, y de ahí que sólo hubiera que dar un paso para buscar la adhesión de la oposición popular, si bien no en la forma nihilista de ésta. Por esto, la oposición eslavófila era más zarista

que el zar, porque se oponía aún más decididamente a todos los experimentos occidentales, constitucionales; pero, con todo, según el juicio de la corte, era una fuerza peligrosa y disolvente, puesto que se apartaba del zar real para apelar a zares mejor aconsejados. Y los conservadores «gubernamentales» más prudentes estaban inclinados a ver, incluso en un hombre como Michael Katkov, un revolucionario, ya que como articulista, trataba de estimular el sentimiento nacional del pueblo ruso, haciéndolo eficaz para la lucha contra liberalismo y constitucionalismo. Por las mismas razones puede decirse de Ivan Aksakov que era «extremadamente conservador, incluso reaccionario y, no obstante, en gran medida, radical».[1] El catalizador de esta asociación era aquí ya el antisemitismo, y no pasó mucho tiempo sin que la crecida de las oleadas revolucionarias diese ocasión al Gobierno para desviarse por esta línea. Los pogroms de los «Cien Negros», después de la revolución de 1905, fueron tolerados, incluso apoyados, por el Gobierno, y organizaciones como la Unión de Gente Rusa o la Unión del Pueblo Ruso eran a la vez antiliberales, anticapitalistas, antisemitas y disponían de cuadros dirigentes que, en su mayor parte, procedían de las capas inferiores y que eran capaces de garantizar al movimiento apoyo incluso por parte de campesinos y proletarios.[2] Pero este movimiento profascista se mostró débil; en 1917 las oleadas del deseo de paz y de la demanda de tierra por parte de los campesinos sepultaron al zar. El enfrentamiento al bolchevismo, de momento victorioso sólo en una parte del país, fue dirigido por fuerzas militares, que podían utilizar poco tropas auxiliares civiles y a las cuales, después de su derrota definitiva, sólo les quedó el camino de la emigración; como desde siempre habían estado en desacuerdo, aunque habían sido fundamentalmente conservadoras, en el sentido de que a lo sumo habían permitido sólo llamamientos retóricos al pueblo, estas fuerzas continuaron en la emigración sus viejas discordias y las completaron con la nueva cuestión de la responsabilidad de la derrota.

Ésta fue la situación en la que nació un fascismo ruso de emigrantes,[3] y fue una situación paradigmática, en la medida en que debían aparecer con la máxima claridad dos caracteres: el odio contra el bolchevismo y el descontento con los «viejos partidos». En cualquier otra parte del mundo se podía volver la mirada a triunfantes luchas de defensa, aunque, por lo general, sólo indirectamente se había chocado

con el bolchevismo ruso. En cualquier otra parte estuvieron los «viejos partidos» vinculados a estas luchas de defensa o hasta habían sido directamente responsables de ellas; sólo en Rusia habían sufrido una derrota total. Sin embargo, es de notar que la nueva forma de antibolchevismo no se impuso con fuerza primaria, sino que necesitó de los ejemplos italiano y alemán para tomar conciencia de sí misma —seguramente, esto es una prueba de que las reacciones más fuertes no surgen en contacto inmediato con el enemigo, sino tan sólo a cierta distancia. Por eso hasta 1931 no se formó un Partido Fascista Ruso, entre los rusos que habían permanecido en el más estrecho contacto con la Unión Soviética, o sea, los que habían huido a Manchuria; al frente de este partido se puso un joven de veinticuatro años, de nombre Konstantin Rodzaevski. Poco más tarde, también entre los emigrantes rusos de América se fundó un partido fascista, bajo la dirección de Anastasi Vonsyacki. Ambos grupos se unieron a principios de 1934 para formar el Partido Fascista Panruso. Se estaba de acuerdo en el convencimiento de que la vieja generación había flaqueado y de que únicamente caminos totalmente nuevos, según la orientación de Mussolini y Hitler, podían llevar a la liberación del pueblo ruso del bolchevismo. Pero ya sobre la cuestión del antisemitismo no pudieron ponerse de acuerdo, y ello fue el motivo de disgregación de ambos grupos. La mayor actividad la desplegó el partido de Manchuria, el cual consiguió introducir clandestinamente en la Unión Soviética cantidades considerables de material de propaganda. Pero si bien parece que el adjetivo «fascista», justamente tan empleado por los comunistas, tuvo un sorprendente éxito en la población soviética, no obstante, a partir de mediados de los años treinta, ya no concordaban tanto las contraposiciones radicales de la propaganda fascista. Desde que en la Unión Soviética volvían a ser honradas las tradiciones rusas, ya no surtía efecto el contraponer la idea nacional al internacionalismo; el oponer la autoridad a la disolución revolucionaria tenía poco sentido desde que en Moscú residía un «jefe» (*Voschdy*), y hasta los llamamientos contra la irreligiosidad cayeron en el vacío cuando la Iglesia ortodoxa aportó la «Gran Guerra patriótica». Ya la dependencia de la voluntad de los japoneses les había tenido que ser amarga a los fascistas de Rodzaevski, pero no menos el hecho de que Hitler no abandonaba sus pretensiones sobre suelo ruso. Por esto no es nada

sorprendente que al final de la guerra Rodzaevski se entregase voluntariamente a las autoridades soviéticas y que escribiese a Stalin que el stalinismo era exactamente lo que ellos habían denominado erróneamente fascismo ruso, purificado de todas las exageraciones, ilusiones y errores. Quitándole su forma apodíctica, esta frase está justificada como pregunta por el destino del comunismo en una época de fascismo, y esta pregunta no carece de objeto por la circunstancia de que, en 1946, Rodzaevski fuera condenado a muerte y ejecutado en Moscú.[4]

Polonia

Lo que deseaban los fascistas rusos y, con ellos, todos los conservadores, la restauración de la vieja grandeza y el triunfo sobre el bolchevismo, esto fue lo que le tocó en suerte a Polonia, contra toda esperanza racional. Siendo en 1914 un pueblo sin Estado, a consecuencia de la derrota de las tres potencias que la habían dividido, se había convertido potencialmente en 1918, realmente en 1921, en una gran potencia de la Europa oriental. A este resultado había llevado precisamente la enemistad entre los grandes partidos: los nacional-demócratas dirigidos por Roman Dmowski habían combatido, durante la guerra, en el bando ruso, aunque luego, en el momento preciso, viraron hacia los aliados occidentales; Pilsudski, el jefe del Partido Socialista, había luchado en el bando alemán y austríaco, para dejarse detener y encerrar en un campo, en el momento favorable. En su cargo de jefe del Gobierno, Pilsudski se empeñó en una expansión de Polonia hacia el este; Roman Dmowski cuidó en la Conferencia de la Paz de que penetrara bastante hacia el oeste, en regiones antes alemanas. Después de un avance irresponsable sobre Ucrania, que fue prácticamente destrozado por la Unión Soviética, salvada por el «milagro del Vístula», Polonia disponía en 1921 de unas fronteras que incluían en su territorio muchos millones de ucranianos, rutenos blancos, lituanos y alemanes, pero que, a pesar de todo, no le dieron la sensación de tener que someterse a las obligaciones de un Estado de nacionalidades. La generación joven tenía, pues, pocos motivos para hablar de una renuncia de la vieja generación. Los puntos débiles, que podían dar ocasión a tendencias autoritarias y, en un posterior desarrollo, fascistas, se hallaban en

otra parte. En primer lugar, un Estado nacional cuya población estaba compuesta, en casi un tercio, por minorías debía sentirse constantemente amenazado y en peligro. Si bien ya la política oficial con respecto a las minorías no era precisamente considerada y conciliadora, había suficientes grupos, sobre todo entre la juventud universitaria, que propugnaban procedimientos aún más duros, ante todo contra los judíos y los alemanes. El gran partido de los nacionaldemócratas se convirtió en el campeón de tales tendencias, y en los años treinta las «juventudes» de este partido, por lo que respecta a la virulencia de su antisemitismo, se acercaron mucho a los nacionalsocialistas alemanes, a pesar de que, por sus principios básicos, se habrían tenido que enfrentar a ellos con la misma enemistad que a los judíos. En segundo lugar, a pesar de los éxitos inauditos de la postguerra, persistía una hendidura entre sueño y realidad. Pues para Polonia las regiones recobradas en Prusia occidental no eran un «corredor», sino que Prusia oriental era una reliquia en medio de territorio polaco, el cual, en época de los Jagellones,* había abarcado todo el país entre el Mar Báltico y el Mar Negro, y que todavía en 1772, antes de la primera partición, había llegado hasta cerca de Kiev. De modo que incluso Polonia poseía su revisionismo, y, aunque en este asunto no se podía desarrollar ni un verdadero partido ni menos una política exterior con estos fines, no obstante, se formó un clima político que conducía tentadoramente a la propia supervaloración y a un enjuiciamiento irreal de la situación internacional. Finalmente, el parlamentarismo polaco encontró por parte de Pilsudski una dura crítica, que se nutría de la doctrina clásica del equilibrio de los diferentes poderes dentro del Estado, y esta crítica, que se hizo popular debido a los efectos de una grave crisis económica, demostró ser el acontecimiento de mayores consecuencias de la Polonia de entreguerras. En mayo de 1926, Pilsudski, que gozaba de la máxima consideración como fundador del Estado, pero se había retirado de la política desde hacía varios años, marchó sobre Varsovia con algunos regimientos fieles y obligó al gobierno a capitular. Esta «marcha sobre Varsovia» exigió muchas más

* La dinastía de los Jagellones, que consolidó Polonia como gran monarquía nacional en la Baja Edad Media, se inició con el Gran Duque Jagellón de Lituania, en 1386, y se extinguió con Segismundo II, en 1572. (*N. del T.*)

víctimas de las que había costado la marcha sobre Roma, pero no se realizó contra los socialistas, sino que, por el contrario, triunfó precisamente gracias a su apoyo. Y si bien Pilsudski, con su política conservadora, también defraudó pronto las esperanzas del partido de los obreros y del de los campesinos, sin embargo, estaba muy lejos de instaurar un régimen fascista de partido único. Cierto que su amigo, el coronel Valery Slawek, organizó un partido gubernamental, el «Bloque suprapolítico de colaboración con el Gobierno»; cierto que en 1930 Pilsudski deportó al campo de concentración de Brest-Litovsk a cierto número de parlamentarios notables; cierto que en 1935 se introdujo una Constitución completamente a su medida —en términos generales, en la Polonia de Pilsudski no estaban seriamente amenazadas ni la existencia de partidos ni una moderada libertad de prensa. Ni siquiera se puede hablar de un experimento afortunado del tipo de «fascismo constitucional» que barruntaba Mussolini antes del asesinato de Matteotti; para ello, el partido gubernamental de Slawek tenía un perfil demasiado indefinido. Con los sucesores de Pilsudski, la situación fue distinta. El coronel Adam Koc recibió el encargo de organizar un nuevo partido gubernamental, que se denominó Campo de Unión Nacional (OZN).[5] Una ponencia programática del diputado Wojciechowski hizo esperar algo malo: conjuró la idea jagellónica y pintó el cuadro de una expansión política del Estado polaco más allá de sus fronteras presentes, que tenía que ir de la mano de medidas en gran escala de colonización polaca de las tierras expropiadas a las minorías;[6] pero el coronel Koc era muy distinto de un fanático;[7] aseguró que marcharía por el camino del justo medio, entró en negociaciones con todas las asociaciones posibles, que en principio deseaban seguir siendo autónomas, y consiguió, en fin, no alcanzar siquiera el modelo de los partidos gubernamentales de Rumania o Hungría.[8] Lo que había de tendencias fascistas quedó fuera de su campo (o había sido disuelto hacía tiempo): tanto la «Falanga» de Piasecki,[9] como los «jóvenes turcos» de la nacionaldemocracia,[10] como el Partido Obrero Nacionalsocialista (NSPR) fundado por Josef Gralla en 1933.[11] Lo que había de potencial fascista en Polonia, la salvaguardia celosa de las fronteras, consideradas insuficientes, y la aversión anticomunista contra la Unión Soviética, lo hizo popular la política de resistencia del Gobierno en el año 1939, pero no fue suficiente para dejar un buen recuerdo del régimen autori-

tario de coroneles, después de la catastrófica derrota; bajo la ocupación alemana, también se demostró pronto en Polonia que los «viejos partidos», que precipitadamente habían sido declarados muertos, tenían más fuerza vital que el régimen que los había podido disolver en un momento de crisis: ellos sostuvieron la resistencia y por ellos habría sido configurada la nueva Polonia si la voluntad de Stalin no hubiera otorgado el poder a un partido comunista que no había desempeñado nunca ningún papel y que había sido disuelto por el Comintern en 1938.

Los Estados bálticos

En los Estados bálticos, las constituciones liberales introducidas en 1919 no pudieron consolidarse más que en Polonia; no obstante, en Letonia y Estonia el tránsito a formas autoritarias se realizó no tanto como reacción contra la izquierda sino como medida de defensa contra movimientos fascistas. De ahí que deban serles dedicados algunos párrafos a estos últimos. Lo mismo vale para Finlandia, que ciertamente pasó por la Segunda Guerra Mundial siendo un Estado liberal de partidos y, en este sentido, pertenece más bien a Escandinavia, pero en la cual se desarrolló un notable movimiento fascista, o mejor, semifascista, el llamado Movimiento Lappo, que, por su parte, fue un decidido enemigo de la influencia sueca, y que tuvo su participación en los acontecimientos de Estonia, país étnicamente emparentado.

Verdad es que también a *Lituania* se atribuyó con suficiente énfasis el carácter de Estado fascista, a saber, por parte del Comintern ya en 1926, cuando éste dirigió «a los obreros y campesinos de todo el mundo» un llamamiento «para la defensa de las masas obreras de Lituania contra la dictadura fascista».[12] En realidad, el golpe de Estado del 14 de diciembre, que llevó al poder al ex profesor de Historia Woldemara, había sido la respuesta a los progresos de las izquierdas en las votaciones anteriores. Pero se trató de un golpe militar, apoyado por el partido cristiano-demócrata, y que se justificó en el hecho de que el régimen anterior había llevado a cabo una «política de polonización y bolchevización».[13] La justificación pone de manifiesto que el golpe se produjo debido a la peculiar situación lituana, caracterizada

por una enemistad incondicional hacia todos los grandes vecinos, ante todo hacia la Unión Soviética y Polonia; esta última había tomado a los lituanos, poco después de la guerra, la antigua capital Vilna. Como los lituanos, por su parte, habían perpetrado en 1923 una acción violenta contra la región de Memel (que, desde luego, era la zona de desembocadura del Niemen, de modo que el joven Estado difícilmente podía existir sin ella), se hallaba Lituania en una situación tan difícil y peligrosa en política exterior, que era natural una forma constitucional de «democracia dirigida» (por muy mutilada que estuviera por la eliminación de los partidos de izquierda), y de hecho, tanto bajo Woldemara como bajo sus sucesores esta forma siguió siendo vigente.

En *Letonia*, en los primeros años de la postguerra, lo mismo que en Estonia, se había realizado una revolución nacional y social. La revolución nacional se dirigió contra Rusia, a la que Letonia había pertenecido durante siglos; la revolución social acabó con el poder secular de la nobleza alemana. Este cambio fue llevado a cabo por la intelectualidad joven, de tendencias francófilas y democráticas. Como, no obstante, la Constitución liberal ofrecía a las minorías, a pesar de todo, considerables posibilidades de autodefensa, aparecieron muy pronto tendencias claramente derechistas, cuya agitación se dirigía principalmente contra marxistas, alemanes y judíos. Así, por ejemplo, en abril de 1926 tuvo lugar en Riga una manifestación de protesta del club de nacionalistas contra la demagogia de las izquierdas, la cual, finalmente, «se transformó en una declaración de amistad en pro de Mussolini».[14] Al año siguiente, los mismos círculos atacaron enconadamente la llamada «ley judía», que regulaba la admisión de judíos, alemanes y rusos en la unidad estatal letona, y que en sus artículos no era precisamente generosa. La toma del poder por Hitler dio un gran impulso a esos movimientos, pero de una manera peculiar y ambivalente. Desde el punto de vista nacionalista provocó gran inquietud y llevó a un viraje aún más pronunciado contra la influencia alemana y contra el grupo étnico alemán; pero desde el punto de vista social, la victoriosa lucha nacionalsocialista contra «el marxismo» despertó muchas simpatías. El más influyente de estos grupos fue el movimiento, fundado a principios de 1933, de la Ugunkrust (Cruz de Fuego), que pocos meses después de una primera prohibición tomó el nombre de Perkon-

krust (Cruz de Truenos). Su fundador era Gustav Zelmin, quien en 1918-1919 había participado como voluntario de una compañía de estudiantes en la lucha contra Rusia y el bolchevismo. Se trataba de un típico movimiento «del pueblo», que tenía como lema «Letonia para los letones», trataba de extirpar la secular influencia cultural alemana, apelaba al ejemplo de los antiguos letones y acusaba a alemanes y judíos de disponer de una participación mucho mayor en la vida económica y en las profesiones liberales de la que les correspondía por su participación en la población total.[15] Pero aunque en 1933 la Perkonkrust hablaba de «Hitler y su banda de energúmenos», no podía disimular ni la analogía con el nacionalsocialismo ni una simpatía general hacia él. Sus miembros vestían camisas grises con brazales con la cruz gamada y llevaban boinas de terciopelo negro, saludaban con el brazo derecho levantado y con las palabras «*Zihnai sweiks*» (grito de guerra).[16] Eran reclutados preponderantemente en círculos estudiantiles y su número alcanzaba aproximadamente los 15.000. La propaganda se dirigía en primer lugar contra comunistas y socialdemócratas («marxistas»), luego contra alemanes y judíos, finalmente contra la supuesta corrupción de los dirigentes políticos demócratas, entre los cuales su objetivo favorito era el jefe de la Liga de Campesinos, el durante muchos años primer ministro Karlis Ulmanis. Los socialdemócratas se pusieron a la defensiva con una violenta campaña «antifascista», Ulmanis y la Liga de Campesinos, con proyectos de cambio de la Constitución. La progresiva infección en la minoría alemana de modos de pensar nacionalsocialistas (con lo cual alejó las simpatías que hasta entonces habían sentido los socialdemócratas por ella) parecía asimismo hacer urgente una actuación rápida. Por esto, en marzo de 1934, Ulmanis formó un nuevo gobierno y el 15 y 16 de mayo echó mano al golpe de Estado, que no encontró resistencia notable. Ya antes había sido prohibida la Perkonkrust, ahora le siguieron la socialdemocracia y los sindicatos en una forma suave de inmovilidad. Un régimen autoritario al estilo de Pilsudski, que afirmaba expresamente no estar dirigido contra la democracia letona,[17] dirigió a partir de entonces las manifestaciones de la vida social y llevó a cabo con éxito un programa de progresiva letonización; naturalmente, no pudo impedir que la Unión Soviética ocupase el país en la primavera de 1940, ni tampoco el efímero renacimiento de la Perkonkrust bajo la ocupación alemana.

Mucho más éxito que la Perkonkrust fue capaz de alcanzar la Asociación de Combatientes de la Libertad *Estonia*, pero también ésta tuvo que doblegarse ante un gobierno autoritario después de un golpe de Estado. Como indica su nombre, había surgido de una unión de voluntarios que en 1919-1920 había luchado no sólo contra las tropas soviéticas, sino también contra poderosas fuerzas comunistas del país. Todavía en diciembre de 1924 era Estonia el último objetivo de un golpe comunista en Europa que pudiera tomarse en serio, y sólo después de las medidas más severas había podido mantenerse el gobierno de Herrin. De ahí que el gobierno estonio no fuera precisamente «marxista»: por liberal que fuera la Constitución, la influencia decisiva siguió estando en manos de los dirigentes del movimiento anticomunista de 1919, principalmente del viejo hombre de Estado Konstantin Päts y del antiguo comandante supremo, general Laidoner. Por lo tanto, no es de extrañar que la Asociación de Combatientes naciera sólo relativamente tarde y de una manera en cierto sentido apolítica.[18] El primer Congreso panestonio de asociaciones de combatientes tuvo lugar en enero de 1930 y el principal punto de deliberación fueron cuestiones de la situación económica de los combatientes. Pero ya un año más tarde se impuso una politización, al ser tomadas en el segundo congreso resoluciones en favor de una reordenación estatal y un cambio de la Constitución. Bajo la jefatura del general Larka y del joven abogado Artur Sirk, la Asociación evolucionó rápidamente en una organización montada evidentemente sobre el modelo fascista: fue dividida en compañías y tropas, y recibió un uniforme que consistía en una camisa gris-verdosa, con un ancho cinturón de cuero y brazales blanquinegros, en los cuales figuraba el siguiente símbolo: una cruz con una mano que empuñaba una espada y debajo las fechas de la guerra de liberación, 1918-1920.[19] Las reivindicaciones programáticas eran: lucha contra el sistema de partidos, extirpación del espíritu marxista y judío, realización de una colonización interior en gran escala, incorporación del obrero al «frente obrero nacional».[20] La primera acción política concreta de la Asociación fue al mismo tiempo su mayor éxito: luchó en 1933 por un cambio de la Constitución, que había de introducir el cargo de jefe de Estado y que había de robustecer el Poder Ejecutivo, y el pueblo estonio aprobó este cambio en su gran mayoría. En ello se veía naturalmente sólo el primer paso; el segundo había de consistir en llevar

el supremo cargo recién creado al jefe de la Asociación, el general Larka. Los comienzos de la campaña electoral parecían confirmar la suposición de que la Asociación tenía de su parte a la mayoría del pueblo; habría sido el primer movimiento fascista que alcanzase la mayoría absoluta en elecciones libres. Sin embargo, Päts y Laidoner tomaron como pretexto los nuevos métodos de propaganda y de organización —por ejemplo, las marchas de las «compañías» en columnas de camiones— para declarar el estado de excepción el 12 de marzo de 1934 y disolver el movimiento por «atentar contra el orden público».[21] Los combatientes de la libertad (en estonio *Wabse*) no ofrecieron resistencia, aunque en diciembre de 1935 intentaron dar un golpe, que fracasó. Desde entonces rigió sin ser combatida una «democracia moderada», es decir, un régimen autoritario con un partido gubernamental en el cual se habían fusionado los antiguos partidos, sin que algunos de ellos, como los socialdemócratas, fueran perseguidos.

Finlandia

Todavía menos que en Estonia y Letonia había sido la «guerra de liberación» de Finlandia en el año 1918 algo así como una batalla de defensa nacional contra los rusos; más bien había sido dirigida contra la masa de las fuerzas izquierdistas del país y únicamente había triunfado gracias a la ayuda alemana y con grandes pérdidas por ambas partes. La instauración de una Constitución muy liberal había impedido la aniquilación de estas fuerzas (la cual habría sido equivalente a la aniquilación de un tercio de la población o por lo menos de su representación); los socialdemócratas habían suministrado incluso, por cierto tiempo, el jefe de Gobierno, e incluso los comunistas, oficialmente proscritos, se habían podido reorganizar bajo un nombre simulado. Esta evolución provocó entre los vencedores de ayer considerable inquietud, que se intensificaba aún más por la amenazadora proximidad de la Unión Soviética. Desde los últimos años veinte se había pasado a actos de violencia contra los «marxistas»: se destruían imprentas, se perpetraban secuestros, se ponían en escena palizas y manifestaciones, en lo cual, naturalmente, el detonante era la propaganda contraria, frecuentemente provocadora. El centro de este movimiento era la pequeña ciudad

de Lapua, en la provincia de Osterbotten; de ahí que fuera llamado el «movimiento Lappo». Ninguno de los movimientos fascistas[22] se había propuesto, ya desde sus comienzos, tan exclusivamente la lucha contra el comunismo como objetivo, ninguno había estado determinado tan claramente en su composición social por el campesinado, en ninguno había desempeñado el sentimiento religioso y cristiano un papel tan dominante.[23] Lapua pasaba por ser el centro de los pietistas finlandeses; mucha de la gente del Lappo veía en el bolchevismo no una orientación política, sino una obra del diablo encaminada a hacer renegar de la cruz a los creyentes. Su método de lucha era original: muchas veces los comunistas eran introducidos violentamente en automóviles y llevados a la Unión Soviética atravesando la cercana frontera.[24] El odio contra el comunismo tomó formas tan patológicas que se obligaba a las mujeres en las fiestas populares a quitarse el color rojo de sus vestidos.[25] Su máximo éxito lo consiguió el movimiento ya en sus primeros comienzos: el 7 de julio de 1930 organizó una gran «marcha sobre Helsingfors» —12.000 campesinos, desarmados, pero con brazales azul-negros formados en batallones, atravesaron la capital donde fueron recibidos en algunos lugares con el saludo fascista, hasta llegar al Parlamento, donde presentaron sus exigencias de supresión completa del comunismo. El gobierno dimitió, el ex presidente Svinhufvud tomó las riendas y se promulgó una ley de protección de la República, encaminada a satisfacer las demandas de la gente del Lappo. Pero pronto quedó claro que el movimiento Lappo no estaba contento con este éxito y no se conformaba con un simple anticomunismo. Con esa lógica de la coherencia que hace del anticomunismo un fascismo, pronto exigió también la eliminación de todos los partidos «marxistas» y del sistema parlamentario en general. A fines de febrero de 1932, teniendo como punto de partida el pueblo de Mäntsälä, preparó un nuevo golpe, cuyas cabezas eran, además del jefe del movimiento, el terrateniente Vittori Kosola y también el ex jefe del Estado Mayor Wallenius.[26] Pero esta vez el Gobierno ofreció una enérgica resistencia y el golpe fracasó rápidamente. Con todo, el Gobierno no aprovechó su triunfo, y ya a los pocos meses el Lappo podía organizarse de nuevo bajo el nombre de Movimiento Popular Patriótico (IKL).[27] En las elecciones de 1933 se alió con los conservadores y consiguió 14 escaños. Pero pronto nuevas leyes, que paradójicamente se basaban en la ley antes

impuesta por él mismo de defensa de la República, le arrebataron la posibilidad de aparecer públicamente en uniforme (blusa blanca con corbata azul), y no pasó del papel de ser una tropa auxiliar de los conservadores —o sea que terminó allí donde habían empezado movimientos fascistas más vigorosos.[28] Al margen se desarrolló en los años siguientes la Organización del Pueblo Finlandés, bajo el capitán Kalsta, que se atuvo más estrictamente al modelo alemán, y que llevaba como uniforme, mientras estuvo permitido —camisas marrones con corbatas y bandoleras de cuero negras. Pero su programa [29] —dado que Finlandia no tenía ni propósitos revisionistas en política exterior ni disponía de un número considerable de judíos, y dado que la minoría sueca era demasiado poderosa para que hubiera podido ser puesta en lugar de aquéllos— consistía meramente en trivialidades corporativistas. Ni siquiera la alianza de guerra con la Alemania nacionalsocialista durante la Segunda Guerra Mundial puso ni un momento en peligro el régimen liberal de Finlandia.

VIII. Europa central

Que Europa central no es en absoluto una región homogénea, salta a la vista. Si se incluyen en ella Checoeslovaquia, Italia y Suiza, esto puede fundamentarse fácilmente por la estrecha conexión de los centros de gravedad de estos Estados con el resto del espacio centroeuropeo; pero entonces una Europa central así concebida alcanzaba en la época de entreguerras desde Königsberg hasta Mesina y de la frontera con la zona lingüística ucraniana hasta el lago de Ginebra. Esta gran región abarcaba territorios altamente industrializados y otros totalmente agrícolas, y étnicamente estaba tan lejos de la homogeneidad como los Balcanes y la Europa oriental. Con todo, en líneas generales, se diferenciaba con suficiente claridad de las dos áreas hasta aquí estudiadas. La proporción de población industrial era, en promedio, esencialmente superior, el grado de instrucción popular estaba en un nivel considerablemente más elevado, la red de comunicaciones era mucho más densa, y las ciudades eran mucho más numerosas y mayores. Todavía no se había olvidado del todo la unidad política que Europa central había poseído dentro del Sacro Imperio Romano-Germánico, y sus últimos restos, el dominio de Austria sobre Bohemia y Moravia, así como partes de Italia, apenas había hallado su fin con la Guerra Mundial. El predominio cuantitativo de los alemanes era también un factor decisivo, a pesar de las reacciones que provocaba, y justamente por causa de ellas. Checoeslovaquia tenía tres millones y medio de habitantes alemanes, y, para Italia, la pequeña minoría de los tiroleses del Sur representaba una constatación política fundamental, ya que, como se mostró, hacía de la obstaculización de la anexión de Austria al Imperio Alemán el requisito elemental de la política italiana. Ni siquiera Suiza estaba libre de problemas, que provenían de la preponderancia de la población de habla alemana sobre las zonas románicas. No obstante, hacia el fin de la Primera Guerra Mundial el problema más urgente de Europa central no parecía ser una eventual transformación de la preponderancia alemana en una fuerza política unitaria: si bien los

objetivos bélicos del Imperio Alemán habían venido a parar en algo parecido, la derrota los había hecho irreales, y la liberación de Checoeslovaquia del dominio directo alemán se daba en un contexto que alcanzaba mucho más allá de las circunstancias centroeuropeas. Había motivos para suponer que el «pueblo» alemán (ese «pueblo de pueblos») hubiese renunciado a la empresa imposible de transformar su «Imperio» prenacional en un Estado nacional con partes independientes, y estuviese dispuesto a aceptar el proceso histórico que, con la contribución esencial de los alemanes mismos, había destruido ese imperio, para poner su multiplicidad al servicio de una nueva unidad que no se limitaba a Europa central. La cuestión que parecía fundamental era más bien la de la futura configuración social; tal como había sido planteada por la revolución bolchevique. Ésta era una cuestión planteada básicamente a escala mundial, pero en ninguna otra parte podía ser resuelta tan comprometidamente y con tantas consecuencias para el mundo entero como en Europa central. Que solamente la revolución alemana decidiría positivamente el destino de la rusa, era evidente para Lenin; que la revolución marxista encontraría un terreno más favorable en Alemania y en toda la Europa central que en la Europa oriental agraria, no era menos evidente para él. Pero la «sociedad burguesa» que en Europa central desempeñaba un verdadero papel, en comparación con los Balcanes y la Europa oriental, reaccionó de manera distinta a como lo habían hecho las capas dirigentes en Oriente. Sin embargo, no reaccionó tampoco uniformemente, ni siquiera en los lugares en que la respectiva composición social de la población mostraba las mayores semejanzas. El Norte de Italia, después del reflujo de la agitación revolucionaria, trajo el fascismo; en Checoeslovaquia, el Partido Comunista, tan fuerte al principio, iba perdiendo cada vez más miembros en favor de los socialdemócratas, mientras que las tendencias fascistas, que también se dieron, siguieron débiles hasta el fin del Estado. En Suiza, los movimientos «frentistas», que en 1933 habían salido como setas, volvieron a caer muy pronto en el olvido; en Alemania se desarrolló un movimiento fascista, después de haber sufrido graves retrocesos, hasta adquirir una fuerza incomparable. Austria permaneció en una peculiar posición intermedia: no propiamente fascista, aún menos liberal, defendió su existencia con terquedad, pero sin mucha habilidad y sin suerte. En general, Europa central fue, sin

duda, un terreno mucho mejor para el fascismo que los Balcanes y la Europa oriental, pero, con todo, no lo fue con una uniformidad tal que la causa última pudiera ser su estructura social en cuanto tal; por el contrario, no es difícil ver que no fue el grado de industrialización por sí mismo lo que dio fuerza al nacionalsocialismo alemán, sino la totalidad de las condiciones previas políticas y sociales, que constituyen el núcleo de los llamados «presupuestos sociales».

Suiza

La prueba más concluyente de esto es el ejemplo de Suiza. No se diferenciaba de Alemania ni por el espíritu del pueblo dado de antemano, ni por una composición social de la población esencialmente distinta. Pero los alemanes-suizos se hallan en este caso unidos a franceses e italianos en una comunidad estatal que marca con el sello de tradición nacional el realce de ideas «étnicas»; los sueños imperiales les son extraños, ya que ellos mismos surgieron de una ruptura con el Imperio, y no habían participado en la guerra mundial. En cambio, *no* habían quedado libres de las sacudidas de la primera postguerra. La «huelga general nacional» de los socialistas en noviembre de 1918 había hecho vacilar, por algunos momentos, los fundamentos sociales, y sólo con la ayuda de medidas muy severas había podido el Gobierno dominar al proletariado de las grandes ciudades, especialmente el de Zurich.[1] Por esto se dieron en Suiza, lo mismo que en Alemania y Austria, gran número de organizaciones de defensa burguesas (Ligues Nationales). En general, hay que considerarlas en verdad sólo como una especie de policía auxiliar suprapolítica, reconocida oficialmente; sin embargo, también apareció un grupo activista entre ellas, la Guardia Cruzada, que tenía estrechas relaciones con las organizaciones alemanas correspondientes y que, por lo visto, coincidía con ellas también en el antisemitismo.[2] No obstante, no pudo llegar a ejercer mayor influjo, dado que el comunismo sufrió grandes retrocesos, la socialdemocracia se decidió a colaborar con los gobiernos y a la simpatía hacia Mussolini se le pusieron estrechos límites, debido a la preocupación por el Tesino. Tan sólo la crisis económica mundial y la toma del poder por Hitler plantearon una nueva situación. En esto, hay que atribuir la prioridad a la crisis. Ningún movimiento fascista de

Europa se produjo por intereses de la clase media tan abierta y exclusivamente como el movimiento suizo.[3] En las publicaciones propagandísticas del Frente Nacional no aparecía, por ejemplo, «Despierta, Suiza», por analogía con el «Despierta, Alemania» de los nacionalsocialistas, sino «Despierta, clase media». Con especial acentuación se pedían leyes contra los provocadores de revoluciones, para protección de la clase media contra el gran comercio y contra el «bolchevismo en la escuela y la iglesia». El Frente Confederado debía su existencia a la lucha contra la Lex Schulthess y sus principios supuestamente basados en un socialismo de Estado. ¿Y por qué no podía caracterizarse de fascista al Frente Nacional, dado que disponía en verdad de algunas divisiones de defensa uniformadas, que saludaban con la mano levantada y con el viejo grito de guerra suizo «*Haaruus*» (¡Fuera!), y dado que no se contentaba en absoluto con la lucha contra el bolchevismo, sino que también atacaba con no menor encono la democracia liberal, los masones y los judíos, en resumen, «el sistema»? Evidentemente no es una objeción que no llevase como insignia la cruz gamada, sino la antigua cruz suiza, con una larga y estrecha asta vertical, y encima de ella un mazo con púas. La duda más bien podría surgir por el hecho de que los «momentos izquierdistas», es decir, los llamamientos demagógicos al proletariado, eran comparativamente débiles, y de que la admiración por Hitler se mostraba sólo tímidamente. Pero el marcado carácter burgués del movimiento frentista suizo únicamente sería un argumento contra su carácter fascista en el caso de que los restantes movimientos fascistas hubiesen sido realmente «partidos obreros». Y las simpatías hacia Hitler y Mussolini aparecieron tanto más claras en puntos más ocultos del múltiple movimiento frentista. Los Confederados Nacionalsocialistas del arquitecto de Zurich Theodor Fischer, partido fundado en 1931 y que provenía de la célula germinal Anillo Suizo (1921), se consideraban a sí mismos sin disimulo como parte del movimiento cruzgamadista panalemán, mejor, panario, y como «confederados conscientes de su pueblo» desplegaron un fanatismo notable contra los «suizos occidentales-parlamentarios-democráticos». El Fascismo Suizo del coronel Fonjallaz, en cambio, veía en Mussolini el gran modelo, quizás el jefe incluso.[4]

En 1933 fue el movimiento frentista el gran acontecimiento sorprendente de Suiza. Sus nuevas declaraciones atrajeron a muchos miles de partidarios; en las elecciones de

Schaffhausen, el Frente Nacional, partiendo de la nada, obtuvo más del 30 por ciento de los votos, y también en Zurich fueron considerables los éxitos.[5] Pero ya en julio de 1934 registra un informe de la embajada alemana «fenómenos de cansancio y crisis de dirigentes», y a principios de 1936 se establece que, de aproximadamente doce frentes, la mayoría había desaparecido en el ínterin sin pena ni gloria.[6] Más soberanos que en ninguna otra parte, los partidos del «sistema», es decir, las agrupaciones sociales salidas de los grandes movimientos históricos (católicos, librepensadores y socialdemócratas), demostraron en Suiza una firmeza y una solidez que en otras partes parecían perder, bajo las condiciones excepcionales frente a la oleada de movimientos fascistas, pero que en realidad sólo se dañaban temporalmente con la lucha de aniquilación mutua. Aquí, sin embargo, un órgano como el «Neue Zürcher Zeitung» podía atestiguar a los socialdemócratas que en la lucha contra los frentes estaban en un campo patriótico.[7] Con todo, no debe ser pasado por alto que una serie de circunstancias facilitaron sustancialmente esta lucha de autoafirmación. En primer lugar, el comunismo suizo se había convertido en una secta sin influencia. En segundo lugar, el nacionalsocialismo alemán despertó, casi en todas partes, intranquilidad política nacional, y cuando a principios de 1936 fue asesinado Wilhelm Gustloff, el jefe de los grupos regionales del NSDAP en Suiza, casi toda la prensa suiza se inclinó con buenos motivos a atribuir menos culpa al asesino que al asesinado, el cual había hecho de Davos un centro de actividad nacionalsocialista. Fue disuelta la dirección regional y comarcal del NSDAP; así, junto con la ya antes citada prohibición de llevar uniformes, se crearon las bases para que Suiza representara, hacia el final de la guerra, el único país mayoritariamente de lengua alemana en que el sistema liberal se había defendido con sus propias fuerzas, primero del ataque comunista y luego del ataque fascista.

Checoeslovaquia

Checoeslovaquia puede ser comparada con Suiza en la medida en que su existencia dependía de llegar a ser lo que era Suiza, un hogar de diversos pueblos con los mismos derechos, justamente la «Suiza del Este». En veinte años no

llegó a ser nada de esto, pero sería injusto acusar por ello con demasiada dureza a sus círculos dirigentes o ver tan sólo en esta incapacidad ya el motivo suficiente para su caída. No hay que olvidar que Suiza había presenciado durante siglos graves luchas internas, antes de que pudiera considerarse estabilizada la armonía del presente. Y los pueblos de la República checoeslovaca dependían unos de otros, pero no lo sabían o no querían saberlo. Eslovaquia había pertenecido durante siglos a Hungría, la cual había dejado magiarizada la pequeña capa instruida y abandonada a sí misma la masa campesina —precisamente por esto se imponía la simbiosis con el emparentado pueblo checo. Pero más poderosa que el parentesco de lengua y raza era de momento la diferencia de tradiciones y grados de desarrollo. Los eslovacos eran en su gran mayoría un sencillo pueblo de campesinos, que estaba totalmente bajo el influjo de sus curas; los checos, por el contrario, disponían de más del 70 por ciento de toda la industria de la antigua monarquía doble y pasaban, entre los eslovacos, por «husitas» y «librepensadores». Entre ambos pueblos discurría una frontera semejante, aunque no tan acusada, a la que había entre croatas y servios. Al igual que Yugoeslavia, Checoeslovaquia había llegado a la existencia casi totalmente sin la participación del pueblo, poco dinámico, poco acostumbrado a tradiciones políticas. Una equiparación federativa, empero, tal como aparentemente la había previsto el llamado Acuerdo de Pittsburg, no era un camino viable, ya que había de significar la consolidación de la diferencia de niveles. Tanto menos podía realizarse cuanto que una parte no insignificante de los eslovacos, y en general, precisamente la parte burguesa y urbana, tenía tendencias protestantes y «checoeslovacas». Había, pues, motivos suficientes para la tajante política de centralización del Gobierno de Praga, que durante siete años prácticamente estuvo compuesto exclusivamente de la coalición «nacional» de los checos. Pero era también plenamente comprensible que la fracción más fuerte del pueblo eslovaco se juntara, bajo la dirección del sacerdote Andrej Hlinka, en el Partido Popular Eslovaco para llevar a cabo una oposición igual de tajante.

Los alemanes, distintamente de los eslovacos, no fueron considerados desde el principio como parte del pueblo nacional, sino como minoría. Su conducta de hecho hacía aparecer como irrealista cualquier otra concepción,[8] pero, con

todo, esta conducta venía a su vez determinada e intensificada por el presuntuoso enfoque checo. Inmediatamente después de la caída de Austria-Hungría, los alemanes se habían declarado partidarios de la anexión a la Austria alemana y, por poco tiempo, habían formado incluso un gobierno propio. Pero esta intención era evidentemente irreal, ya que sólo una parte de las zonas fronterizas de Bohemia ocupadas por alemanes limitaba con Austria. La única alternativa a permanecer en el Estado nuevo y al mismo tiempo histórico de Bohemia-Moravia-Silesia era, pues, la anexión tanto de Austria como de los Sudetes al Imperio alemán. Pero semejante anexión habría sido un vuelco del tipo que, según la experiencia histórica, sólo es posible después de una guerra victoriosa. Esperar que esto ocurriera después de perder una guerra de gran escala era pura fantasía. Los sudetes alemanes, empero, se empeñaron en la idea de que era por parte de los checos y no por parte de una gran coyuntura histórica, que se les hacía injusticia. En realidad, ellos sólo eran la avanzada de todos aquellos grupos alemanes que, como restos de la colonización oriental de la Edad Media y de comienzos de la Edad Moderna, tenían que vivir ahora bajo dominio extranjero y tenían que dejar escapar su antigua posición dominante, si es que la habían poseído, pero que no querían en absoluto perder la esperanza de llegar a ser en los nuevos Estados, en plazo más corto o más largo, elementos con los mismos derechos y con la misma participación. La pregunta que había que dirigir al Estado checoeslovaco no era, pues, la de si, en los primeros años, habían sido los checos, los eslovacos o los alemanes los que habían puesto a la orden del día un comportamiento provocador e irracional, sino la de si, después de la construcción de los fundamentos del Estado, existía la posibilidad de que los tres grupos, en contraposición civilizada, se unieran finalmente en una cooperación con los mismos derechos y los mismos deberes. Esta pregunta puede decidirse con suficiente claridad, con la indicación de la existencia del derecho al sufragio universal y del Parlamento. Únicamente en los primeros años tormentosos podía una coalición nacional checa ser lo bastante firme y homogénea para ejercer un poder absoluto. De hecho, ya en la segunda mitad de la década de los veinte, entraron en el Gobierno partidos eslovacos y alemanes. Esta evolución podía sufrir retrocesos, pero con el tiempo sólo podía conducir allí donde ha conducido en todo el mundo: a una alta

medida de equiparación de los grupos participantes en la labor parlamentaria, y naturalmente también a la «nivelación» que la acompaña inevitablemente. Un segundo criterio, más contingente, era la presencia de los dos fundadores del Estado, Masaryk y Benes, cuya posición puede definirse precisamente por su voluntad de cooperar con los alemanes.

Donde esto aparece más claro es en su confrontación con los fascistas checos. Si, en el caso de los eslovacos, el punto de partida hacia el fascismo se dio en un grupo de políticos jóvenes que radicalizaron las exigencias de autonomía de Hlinka en un llamamiento en pro de la separación total; si, en el caso de los alemanes, había que buscar este punto de partida en la unión nacional propugnada por el partido nacionalsocialista sudete, en el caso de los checos, en cambio, partió precisamente de su relación con los alemanes. Así decía en un informe del «Egerer Zeitung» el «dirigente fascista checo, doctor Cerwinka», en mayo de 1926: «Nuestras fábricas deben pasar de manos alemanas y judías a manos checas.»[9] Al tener un filme sonoro alemán un éxito extraordinario en Praga, las tropas de choque de los fascistas checos alborotaron durante tres días el casco de la ciudad, consiguiendo que las autoridades prohibieran la sucesiva representación del filme. Por jefe de estos fascistas, que alababan el modelo italiano y llevaban camisas negras, pasaba el antiguo jefe de Estado Mayor, general Gayda,[10] quien, por su posición política, había sido licenciado del servicio activo. Éste disponía de una poderosa tropa auxiliar en el ala radical de los nacionalistas checos dirigidos por Stribny.[11] Justamente en 1926, cuando estaba a punto de darse la participación de los alemanes en el Gobierno, se levantaron estas fuerzas de manera amenazadora: se habló de golpe y de dictadura y se amenazó a Benes con un proceso por alta traición. No es necesario decir que con no menos determinación se inscribió en el programa la lucha contra el bolchevismo, que había sido muy fuerte en los primeros años de Checoeslovaquia, pero que luego había ido perdiendo constantemente miembros e influencia.[12] Si «el castillo» se pudo imponer a ese enemigo, esto fue debido, en no poca medida, a que la poderosa Unión Tradicional de los Legionarios (análoga a un ala fuerte de los legionarios de Pilsudski, pero totalmente contrapuesta a la mayoría de las demás uniones de ex combatientes de Europa) estaba bastante a la izquierda y participó activamente en las declaraciones «antifascistas». Pero

no hay que pasar por alto que la preocupación por el fascismo de dentro fue uno de los motivos centrales de la mayoría de gobiernos democráticos de izquierda de la República. Un informe diplomático alemán cree incluso ver el «móvil principal» de Benes en el temor de que los nacionalsocialistas alemanes pudieran echar una mano a los fascistas checos.[13] Así se explica buena parte de las duras medidas contra el partido nacionalsocialista sudete y la organización que le sucedió, el Partido Sudete Alemán. La lucha política interna de los años 1933 a 1938 fue más un enfrentamiento político entre fascismo y antifascismo que un conflicto nacional entre alemanes y checos —esto lo demuestra ya la colaboración de los demás partidos alemanes en Praga y la entusiástica acogida que hallaron en Checoeslovaquia los fugitivos de las luchas de febrero en Austria.[14] Pero si bien una parte del Partido Sudete Alemán no puede ser identificado sin más con el NSDAP del Reich, la crisis económica, sobre todo, que afectó a las regiones sudetes durante bastante tiempo e intensamente, dio a Hitler la ansiada posibilidad de hacer aparecer como una sola unidad su partido y el interés nacional general. De este modo, no precisó de la colaboración de los fascistas checos en la mutilación de la República Checoeslovaca en septiembre de 1938. Menos conocido es el hecho de que la aniquilación de la autonomía nacional medio año después no provino únicamente de la voluntad de Hitler, sino también de la actividad de los mismos fascistas *eslovacos.*

Eslovaquia

Ni Andrej Hlinka ni su sucesor, Josef Tiso, eran fascistas. Eran sacerdotes católicos, firmemente enraizados en la milenaria tradición de la Iglesia, y para los cuales el Estado secularizado, el punto de partida y de despegue de todos los movimientos fascistas, era una abominación.[15] Para ellos, el «despertar de la individualidad nacional eslovaca» significaba justamente la preservación y consolidación del mundo vital cristiano: combatían la influencia checa primordialmente no porque fuese checa, sino porque era librepensadora. Podían sentir simpatía por Mussolini e imitar algunos de sus métodos; sin duda coincidían con él en la crítica al estado demócrata-liberal; pero de lo uno podía resultar a lo sumo un filofas-

cismo, y en lo otro se trataba de la comunidad paradójica, por proceder de puntos de partida distintos, del conservadurismo y del fascismo. Sólo cuando el nacionalismo adquiere una exclusividad, para la cual todas las formaciones supranacionales son sospechosas; sólo cuando la enemistad hacia el bolchevismo es tan radical que arroja todas las tradiciones que supuestamente llevan a él; sólo cuando en el sentimiento básico conservador se destaca una vehemente voluntad de transformación, sólo entonces puede hablarse de fascismo; únicamente se exige que cada rasgo aparezca con manifiesta claridad. El catolicismo puede ser el padre del fascismo, pero nunca puede ser en sí mismo fascista.[16] De ahí que no haya un cléricofascismo, sino en todo caso un pseudofascismo católico. El verdadero fascismo es siempre cosa de los hijos, que tendencialmente han roto con el padre, incluso si lo defienden contra los ataques de los otros hijos, que ya han apostatado rotundamente.

Los hijos tendencialmente enemigos de Hlinka se habían reunido, ya desde los primeros años veinte, en torno al profesor Vojtech Tuka, quien desarrolló la demanda de autonomía de Hlinka en un separatismo claro. Por su cargo de secretario general del Partido y redactor jefe del periódico del mismo,[17] tenía una fuerte posición dentro del Partido, hasta que en el año 1929 fue condenado, por alta traición, a una reclusión por largos años. Pero sus jóvenes amigos y discípulos —entre ellos Ferdinand Durcansky, Sano Mach y Karol Murgas— siguieron formando el ala «joven» y extremista del Partido, que, a pesar de toda comunidad en la lucha, se diferenciaba netamente del grupo central. En 1923, Tuka había creado la formación paramilitar de la *Rodobrana* (Defensa Patriótica), y la había organizado evidentemente según el modelo fascista; cuando, después de largos años de prohibición, recobró vida bajo la forma de la Guardia Hlinka, no era ciertamente el dominio de los «jóvenes», pero sí un fuerte apoyo para ellos.[18] Es difícil hallar algo que pueda expresar mejor la diferencia entre Hlinka y estos hijos suyos que una frase de Sano Mach, dicha, no obstante, sólo después de la muerte de Hlinka y poco antes de la destrucción de Checoeslovaquia: «Poseer un Estado independiente propio significa la vida, vida eterna; no poseer un Estado propio significa la muerte, la muerte eterna.» [19] Semejante frase Hlinka la habría considerado, sin duda, como una blasfemia. Pero cuando fue pronunciada, el cura patriarca del pueblo eslova-

co estaba ya muerto y la ley de la acción había pasado ya a manos de los jóvenes.

Esto no se lo debían a sí mismos. Las demandas de autonomía eslovacas no habían tenido, en la crisis del verano de 1938, ninguna importancia especial, si bien habían sido resaltadas por la propaganda alemana: el Partido Popular Eslovaco no había conseguido obtener un éxito electoral tan aplastante como el Partido Sudete Alemán de Henlein, y el primer ministro del Estado era un eslovaco, Milos Hodza, naturalmente un eslovaco protestante. Sólo después del Acuerdo de Munich impuso el Partido Popular, en el llamado Acuerdo de Sillein, todas sus reivindicaciones de autonomía: se constituyó un Parlamento eslovaco y, como representante del ala moderada, tomó el doctor Josef Tiso la presidencia del Gobierno.[20] Al Gobierno central de Praga sólo le quedaron atribuciones limitadas; no obstante, la pobre y económicamente muy subdesarrollada Eslovaquia no podía prescindir sin más de una compensación financiera. Con todo, los radicales habían tratado de imponer la separación de los checos; no se avergonzaban, evidentemente también por motivos ideológicos, de la entonces inevitable dependencia de Alemania, mientras que Hlinka había mantenido hasta su muerte una postura de desconfianza hacia Hitler, debido a su política eclesiástica. Tuka, liberado de su reclusión, tomó de nuevo la dirección y se mantuvo tercamente en su viejo programa. Así chocaron durante el invierno de 1938-1939 dos tendencias, en sí mismas dobles, por el futuro de la mutilada Checoeslovaquia: por una parte, la tendencia hacia la consolidación, promovida por el nuevo Gobierno central[21] y por Tiso, la cual, después del Acuerdo de Munich, habría quedado fortalecida con una garantía internacional; por otra parte, la voluntad de Hitler de destruir rápidamente la menguada Checoeslovaquia, para crear con ello una condición previa esencial para la posterior incursión hacia el Este, con lo cual iban de conformidad los esfuerzos de Tuka y de sus partidarios. El elemento más poderoso en este juego de fuerzas era sin duda la voluntad de Hitler, y apenas puede dudarse de que los checos habrían dejado marchar a los eslovacos por su camino si Hitler les hubiera dado a conocer que ésta era su voluntad. Pero Hitler mantenía a Praga en la confusión y, al mismo tiempo, incitaba a los eslovacos a la separación. De este modo, el Gobierno checoeslovaco se decidió, a principios de 1939, a poner fin a la creciente agitación se-

paratista, no enérgicamente sometida por Tiso: fue destituido el gobierno de Tiso por el presidente del Estado y se aplicó a Eslovaquia el estado de excepción. Fue una medida atrevida, pero en absoluto ilegal,[22] que de momento pareció destinada a un éxito completo. Tiso soportó pacientemente la destitución, con lo cual la aceptó implícitamente, la población se mantuvo en tranquilidad y el hasta entonces viceprimer ministro del Gobierno central, Karol Sidor, que hasta aquel momento se había contado entre los radicales, formó sin dificultades un nuevo gobierno. Pero algunos de los radicales, entre ellos el doctor Durcansky, habían logrado escaparse a Alemania, y desplegaron desde Viena una violenta campaña de agitación contra el «golpe de Praga». Sidor fue puesto sin éxito bajo la más fuerte presión alemana, y el 13 de marzo hizo Hitler que se intimara a Tiso a que fuera a verle en seguida a Berlín. Simultáneamente estallaron motines en Pressburg y en Brünn, que habían sido escenificados bastante trabajosamente por agentes alemanes.[23] En Berlín, Hitler y Ribbentrop sólo consiguieron que Tiso aceptara la independencia por medio de la aplicación de amenazas análogas a las que decidieron al presidente checo Hácha un día después a renunciar a ella.

Qué valor tenía esta «independencia» quedó demostrado pocos días después con la firma del «acuerdo de defensa», que hizo del país un punto de apoyo militar para los alemanes y no impidió siquiera la ocupación de vastas zonas del país por parte de los húngaros.[24] Pero ahora los radicales tuvieron la oportunidad de demostrar que eran verdaderamente fascistas o, como les gustaba más decir, nacionalsocialistas. La Guardia Hlinka fue rápidamente transformada en un instrumento abarcador de «alcance» total y, en diversas subdivisiones, sirvió para la instrucción premilitar y postmilitar de todos los eslovacos desde los seis hasta los sesenta años.[25] Como ministro de Propaganda, Sano Mach desplegó una campaña de agitación antijudía, que dejaba poco o nada que desear. No obstante, no lograron expulsar a Tiso, y toda la breve historia de la Eslovaquia independiente puede describirse como una lucha, que no se decidió hasta el final, entre el ala conservadora-moderada y el ala extremista-fascista del Partido Popular. Durante bastante tiempo, Tuka tuvo que contentarse con el cargo de viceprimer ministro, y en mayo de 1940 Tiso se sintió incluso lo bastante fuerte como para obligar a Mach a retirarse. Fue de nuevo la intervención de

Hitler lo que produjo un cambio en la situación. Las conversaciones de Salzburgo a fines de julio de 1940 parecieron asentar definitivamente a Tuka y a Mach;[26] la consecuencia inmediata fue una política judía intensificada. Pero Tiso siguió siendo presidente del Estado y su influjo se pudo notar, ahora, lo mismo que antes, en numerosos campos. Cierto que asintió a la política antijudía dirigida a la expropiación,[27] pero no hay que olvidar que el antisemitismo era posiblemente un componente inseparable de lo que hay que llamar, a pesar de todo el predominio alemán, una etapa de la «emancipación» del pueblo eslovaco:[28] hasta 1939 se encontraba aproximadamente la mitad de la riqueza nacional eslovaca en manos de la minoría judía, en general de tendencia magiar —esta acción correspondía a las medidas que se tomaron en Polonia y en Yugoeslavia contra los grandes terratenientes alemanes y húngaros, y difícilmente era más injusta que éstas. Algo fundamentalmente distinto era, empero, la «solución radical» que Mach anunció públicamente y de la cual se pudo realizar una parte con ayuda alemana.[29] Cuando, después de la guerra, Tiso compareció ante el tribunal popular de Pressburg, se le hizo responsable también de estos sucesos y fue condenado a muerte. La acusación como tal fue injusta, pero Tiso murió como un paradigma de ese entrelazamiento apenas desenmarañable de fuerzas conservadoras y fascistas, que tomó en Europa las formas más distintas, pero que siempre se basó en el mismo modelo básico.

Austria

Las guardias patrióticas austríacas eran típicos productos del año 1919: organizaciones armadas no estatales, que estaban, sin embargo, en íntimo contacto con los existentes y débiles órganos estatales, para combatir las múltiples amenazas a que estaban expuestas las fronteras y el orden del pequeño Estado alemán, residuo de la monarquía de los Habsburgos. En Carintia se trataba de resistir a la incursión yugoeslava, desde la Steiermack hubo que enfrentarse a los guerrilleros húngaros del vecino Burgenland, en el Tirol querían oponerse a la supuesta amenaza por parte de la República de Consejos de Munich y ciertamente también al dominio italiano sobre la región al sur del Brenner. El cuadro de este movimiento era muy pintoresco y multifacético, y

multifacéticos fueron los caminos que tomaron los diversos grupos después de eliminados los peligros más graves. La Defensa Patriótica de Carintia, suprapolítica, como tenía que haber sido para defender la patria, evolucionó, durante las luchas de partidos de la postguerra, hacia una especie de unión tradicional sin significación política; por el contrario, en la Defensa Patriótica de Steiermark, se impuso un joven grupo activista, el cual, bajo la dirección del doctor Pfrimer, se inclinó muy pronto ya hacia el nacionalsocialismo y tomó la cruz gamada como insignia. Las ligas tirolesas, dirigidas por el abogado de Innsbruck doctor Steidle, tenían una orientación católico-tradicionalista y sostenían ciertos contactos con las organizaciones de autodefensa bávaras, tales como la Organización Escherich y la Organización Kanzler.[30] El hecho de que la gran mayoría de guardias patrióticas no siguiera el ejemplo de Carintia, y se politizaran muy pronto ya en un sentido que respondía al lema «antimarxismo», se explicaba por las circunstancias austríacas y era el primer presupuesto de la importancia que habían de alcanzar las guardias patrióticas en el Estado.

La revolución austríaca se diferenció de la alemana ante todo porque en ella los comunistas no desempeñaron ningún papel y porque toda la izquierda estaba reunida en una socialdemocracia unitaria y poderosa, que durante toda la República dispuso de aproximadamente el 40 por ciento de los votos y que de 1918 a 1920 colaboró activamente en la reconstrucción del Estado. En este sentido, supo asegurarse sobre todo influencia en el Ejército, que fue substancialmente «democratizado» por el secretario de Estado socialdemócrata doctor Julius Deutsch. De ahí que, por doble motivo, no pudiera desarrollarse un juego de combinación entre un Ejército esencialmente inmodificado y las diversas organizaciones de autodefensa contra los intentos subversivos «bolcheviques». Por otra parte, la socialdemocracia austríaca había permanecido mucho más cerca de la ortodoxia marxista que la alemana: en la persona del doctor Otto Bauer poseía un notable teórico de gran influjo, y por esto podía hablarse en Austria de un marxismo unitario, el cual ciertamente había tomado una postura fuertemente antibolchevique, pero que no había olvidado hablar de la «dictadura del proletariado».[31] Por añadidura, los socialdemócratas austríacos, nuevamente a diferencia de sus camaradas alemanes, habían sabido crear una poderosa milicia para el Partido, la Liga de

Defensa, que lo mismo que las guardias patrióticas, estaba muy bien pertrechada gracias a la herencia en armas de guerra. Finalmente, la fuerza de la izquierda se concentró en Austria, aún mucho más que en Alemania, en la capital, Viena, esa reliquia de la gran monarquía de los Habsburgos tan desproporcionada con respecto al campo, pequeño y pobre, del Austria alemana. Si las circunstancias primeramente mencionadas tuvieron la virtud de retener el carácter de cuerpo de voluntarios para la guerra civil de las ligas de defensa patriótica, carácter que tenían en Alemania, en cambio, los hechos luego expuestos actuaron inversamente en la dirección de proporcionar a las guardias patrióticas un carácter marcadamente político. En su totalidad eran burguesas-campesinas, y todas se desarrollaron fuera de Viena: lo más natural era que se incorporasen a uno de los dos «bandos» que, al igual que los socialdemócratas, estaban rígida y sólidamente encerrados en sí mismos: el bando socialcristiano y el bando panalemán.[32] Los tiroleses se incorporaron al primero, los de la Steiermark al segundo. Con todo, la Guardia Patriótica no se dividió en dos milicias políticas correspondientes a la Liga de Defensa, sino que conservó su autonomía y se dio una dirección de la Liga que se repartieron Steidle y Pfrimer. El jefe militar era el capitán alemán retirado Waldemar Pabst, quien anteriormente había hecho matar a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburg y que ahora desplegó un gran talento de organización.[33] Después de que la inicial coalición de los dos grandes partidos se hubo roto en 1920, Austria fue regida por Gobiernos de bloque burgués, en los cuales los socialcristianos colaboraban con los panalemanes y con partidos menores, como la Liga Campesina. A partir de entonces, ya en los primeros años veinte, el país estuvo lleno del fragor de las armas y de las amenazas recíprocas entre los ejércitos enemigos del país, de los cuales, sin embargo, sólo uno, a saber, la Liga de Defensa, era una verdadera milicia de Partido. Es probable que la personalidad política más fuerte del Austria de entonces, que fue durante muchos años canciller federal, el prelado Seipel, intentase hacer de la guardia patriótica una milicia de partido de los socialcristianos; en todo caso, la promovió sin reservas como fuerza imprescindible de equilibrio frente a la Liga de Defensa.[34] Pero un acontecimiento totalmente imprevisto, el incendio del Palacio de Justicia vienés por las masas irritadas, el 15 de julio de 1927,[36] produjo al

mismo tiempo una politización más intensa de las guardias patrióticas y un retorno más decidido a su autonomía. Casi todos los domingos tenían lugar en toda Austria marchas y manifestaciones, casi siempre introducidas por una misa de campaña y dirigidas provocativamente no pocas veces contra barrios o ciudades obreras, donde regularmente la Liga de Defensa, separada de sus enemigos por medio de alambradas de púas, organizaba una contramanifestación con discursos antifascistas.[36] De hecho, la guardia patriótica evolucionaba ahora inconfundiblemente hacia el fascismo. Su antimarxismo tradicional se transformó, bajo la impresión del ejemplo italiano, en una voluntad de aniquilación incondicional, y al mismo tiempo se iba acusando también cada vez más su aversión contra los partidos burgueses, porque no quería que fuese considerada como una mera «sociedad de vigilancia».[37] Cierto que precisamente en el Tirol no fue menos difícil que en Munich allanar el camino de las simpatías por el fascismo italiano —se tenía constante y dolorosamente a la vista el ejemplo del Tirol del Sur. Finalmente, empero, también aquí se impuso la simpatía social a la antipatía nacional, tanto más cuanto que se necesitaba imperiosamente el apoyo financiero de Mussolini. Así fue como el 18 de mayo de 1930 los dirigentes de las guardias patrióticas prestaron en Korneuburg un juramento programático, que ponía claramente a la luz del día la nueva orientación fascista, puesto que radicalizaba el antimarxismo en un rechazo de la «democracia parlamentaria occidental» y del Estado de partidos, reivindicaba el Estado corporativo y tenía en perspectiva una toma del poder por parte del propio movimiento.[38]

Entretanto, el joven príncipe Ernst Rüdiger von Starhemberg había pasado muy a primer plano. Habiendo sido anteriormente miembro del cuerpo de voluntarios Oberland de la Silesia Superior y habiendo participado en el golpe de Hitler en Munich, se había ido decantando más y más hacia la línea austríaca como jefe regional de las guardias patrióticas de la Austria Superior, y en las elecciones de 1930 había sido elegido como representante de las guardias en el Parlamento. Después del fracaso del golpe del doctor Pfrimer en otoño de 1931, que gracias a la indulgencia de los órganos estatales no tuvo consecuencias catastróficas para la guardia patriótica, pasaron él y el jefe regional Emil Fey a la cabeza del movimiento, el cual era un factor político cada vez más poderoso, que ya no podía ser ignorado por

ningún Gobierno. En el filo de los años 1932-1933 ocurrieron dos acontecimientos decisivos: en el Parlamento se atacaron entre sí los principales partidos enemigos hasta hacer imposible la labor del órgano estatal más importante y, en el campo, el nacionalsocialismo experimentó un gran avance. Los últimos intentos para llevar a cabo una coalición entre los socialcristianos y los socialdemócratas fracasaron ante la agudización de las contradicciones y la inexistencia de una opinión pública autónoma. Apenas le quedaba al nuevo canciller federal, doctor Dollfuss, otra solución que gobernar autoritariamente, tratando además de sustituir o renovar su propio partido, el socialcristiano, mediante formaciones más militantes, como las Ostmärkischen Sturmscharen (Cuadrillas de Acción Austríaca). Así fue como el Estado del sistema liberal se vino abajo en Austria, aún más claramente que en Alemania, por automutilación; sin embargo, estaba justificada la pregunta de si el Estado corporativo cristiano impuesto por Dollfus no era una mera metamorfosis de defensa, destinada a hacer frente a la amenaza que se avecinaba desde el interior y desde el exterior por parte del nacionalsocialismo. En esta lucha, llevada con mano dura, pero sin una total determinación,[39] tuvo la Guardia Patriótica una función importante, porque sólo ella hizo posible tal lucha al incorporarse en el frente de defensa, aunque también la comprometió a un nivel de mayor alcance, puesto que su antimarxismo radical implicaba una aniquilación de la socialdemocracia. Lo que se ha llamado «austrofascismo» se basaba en un equilibrio precario entre los políticos provenientes del Partido Socialcristiano, el origen de los cuales siempre era visible aun cuando fundasen formaciones militares, y los jefes de las guardias patrióticas, quienes frecuentemente apelaban al fascismo y a Mussolini:[40] o sea, se trataba de una alianza entre un catolicismo autoritario y un fascismo de guardia patriótica, que en conjunto no puede ser llamado fascismo, ya que la ideología corporativa y los uniformes solos no bastan para satisfacer el concepto. Por esto, el «Frente Patriótico», en el cual se aglutinaron en definitiva todas las agrupaciones pro estatales, se parecía mucho más a los partidos gubernamentales de Bulgaria y Rumania que a los partidos estatales de Alemania e Italia. Si el catolicismo austríaco desplegó frente al nacionalsocialismo mucha más fuerza defensiva de lo que había hecho el Centro alemán, la razón estribaba sin duda también en que el primero supo

aliarse con agrupaciones de carácter fascista que estaban en *contra* del nacionalsocialismo —o sea, con agrupaciones que en Alemania se hallaban a lo sumo en germen. Pero, al empujar éstas al catolicismo austríaco a la aniquilación de la socialdemocracia en los días de febrero de 1934, le cortaron su ignorada raíz vital.[41] Cierto que Starhemberg fue simplemente derrocado por el sucesor de Dollfus, Schuschnigg, en mayo de 1936, cierto que al mismo tiempo se desposeyó a la guardia patriótica definitivamente de su autonomía; sin embargo, este triunfo de las fuerzas conservadoras, aunque impidió ciertamente el establecimiento de un régimen fascista en Austria, totalmente orientado hacia Italia, trajo consigo, tanto más inevitablemente, la capitulación ante Hitler en 1938,[42] en la cual los histéricos vítores de las masas encubrieron el simple hecho de que, hasta el fin, la gran mayoría del pueblo austríaco se había opuesto a Hitler. Que esta oposición tuviera que servirse en parte de formas fascistas, radicaba seguramente en el signo de la época y fue, sin duda, el núcleo de la tragedia de Austria.

Italia

Los movimientos fascistas de Italia y Alemania fueron el tema principal de la primera parte. En lo que sigue sólo trataremos de resumir los resultados más importantes con la vista puesta en los demás movimientos fascistas.

Para determinar la peculiaridad del fascismo italiano, que significó un modelo para todos los movimientos fascistas, por lo menos por cierto tiempo, no basta con resaltar la época de postguerra, especialmente turbulenta en Italia. Cierto que durante los años 1919 y 1920 fue la situación en Milán y Bolonia más amenazadora para el Estado y las capas dirigentes de lo que fue en Londres o París, pero nunca hubo en Italia un movimiento de masas que se propusiera la toma inmediata del poder, como lo fue el levantamiento espartaquista de enero en Berlín; en ninguna parte se dio un choque en el cual hubiera que lamentar ni siquiera aproximadamente tantas víctimas como en los sucesos de Berlín de marzo de 1919, en ningún sitio se llegó a la proclamación de una República de Consejos como en Munich. Y también la situación en España después de las elecciones de febrero de 1936 fue más amenazadora y confusa: ¿cuándo se hubieran atre-

vido los socialistas italianos a quemar iglesias y saquear conventos? En Alemania, empero, cuerpos militares regulares derrotaron los intentos revolucionarios, y los que se unieron a ellos como voluntarios no pudieron mostrar ningún semblante partidista bajo el uniforme y el casco de acero. En España, el gobierno del Frente Popular oprimió a la Falange con mano dura e impidió que se transformara en el partido de masas que se bosquejaba inconfundiblemente. Únicamente el fascismo italiano llevó a cabo solo la lucha, lucha que, en el fondo, ya había sido decidida y que, en realidad, no había empezado nunca; y únicamente él fue apoyado, incluso promovido, por un gobierno perplejo. La conjunción de estas dos circunstancias le destaca sobre todos los demás movimientos fascistas y constituye la base de su crecimiento.

Con todo, se hubiera quedado muy lejos de la posibilidad de la victoria si este crecimiento se hubiera desarrollado en el vacío. En realidad, empero, estaba rodeado de una atmósfera de simpatía, como se mostraba en la conducta de hombres de orientaciones tan distintas como Luigi Albertini, Benedetto Croce y Achille Ratti. Este filofascismo «burgués» fue una especie de aureola que rodeó a casi todos los movimientos fascistas: únicamente los grupos nacidos tardíamente en países vecinos de la Alemania nacionalsocialista tuvieron que desarrollarse contra un repudio casi universal. La intensidad de la aureola favorecedora fue en lo esencial directamente proporcional a la intensidad y a la proximidad temporal de la amenaza «bolchevique»: de ahí que tuviera que ser mucho más extendida en Italia que en cualquier otro sitio. Que fuese «reaccionaria» sólo puede decirse desde un punto de vista partidista; lo que es cierto es que estaba profundamente enraizada «en el pueblo», ya que, en cualquier sociedad, el pensamiento y el sentimiento de las «capas dirigentes» no es un proceso aislado por encima de la realidad, sino que está más o menos profundamente afincado en la realidad social y es tan sólo una parte de ella; incluso, observándola a la inversa, es una expresión suya. Y las simpatías del catolicismo, o por lo menos del Vaticano, hacia el fascismo no fueron ciertamente del todo incondicionales, pero sí de mucho más buen grado que hacia el nacionalsocialismo.

La cuestión decisiva para el joven movimiento fascista, en tal estado de cosas, era precisamente la de si podría conseguir y afirmar la propia individualidad. Era más imagina-

ble que, después de la consecución de su objetivo inmediato, se volviera a disolver en los grupos simpatizantes. Más o menos esto fue lo que le ocurrió a la Guardia Patriótica de Carintia y también, durante muchos años, a las Jeunesses Patriotes. El propio Mussolini pensó en su primera época en una disolución semejante, y las SA de Hitler, durante largo tiempo, apenas pudieron distinguirse de una liga de defensa normal. El hecho de que el fascismo italiano pudiera conseguir esa individualidad inconfundible y consistente en sí misma, y la pudiera transmitir como herencia a los demás movimientos fascistas, no estaba implicado ya en la «explosión» antisocialista de 1920-21 como tal, sino que se explica en una parte esencial por la actividad de dos hombres y de sus acólitos más inmediatos.

En primer lugar, Gabriele d'Annunzio desplegó para el fascismo, aunque indirecta e involuntariamente, un estilo que le destacó por encima de todos los partidos existentes e hizo de él el hijo legítimo de la Gran Guerra en la vida civil. Que por medio de uniformes pudieran disimularse las contradicciones de la vida burguesa y por medio de banderas pudiera superarse la insulsez de la vida cotidiana era naturalmente una idea que se desarrolló espontáneamente en muchos lugares de Europa; pero sólo con los discursos que el poeta intercambiaba con la multitud, sólo con las camisas negras, las calaveras y los gritos de guerra recién inventados, sólo con el «Presente» ante la tumba de los muertos, recibió el impulso que haría de esa idea la competidora de las doctrinas tradicionales. El fascismo de Mussolini se convirtió en el heredero satisfecho de Fiume conquistado, y desde que la Bolonia «liberada» había saludado al Duce en el estilo de D'Annunzio, ya no podía seguirse pensando, dado el cuadro febril de la época, en una comedia que había nacido de la fiebre de la guerra.

La otra característica hay que retrotraerla, en una parte esencial, a Mussolini. Se trata de la tendencia izquierdista del fascismo, que originariamente era totalmente genuina, aunque nunca fue del todo creíble. Mussolini no era, en absoluto, un simple traidor y mucho menos uno contratado, como gustaba de pintarlo la propaganda socialista. Su conducta después del estallido de la guerra había sido, desde determinados aspectos muy consecuente, y sólo paso a paso se había alejado de su punto de partida. Cierto que sería incorrecta la afirmación de que el programa radical de izquierdas del primer

fascismo había tenido tanto eco en las masas, que, con él tan sólo, había sido impulsado el fascismo, pero contribuyó a configurar su semblante y le proporcionó la fascinación de lo nuevo, y en fin, no hubo ningún movimiento fascista, ni siquiera en la Suiza fundamentalmente burguesa, que no se declarase «antiburgués» y portador de un atrevido programa social.

No hay pruebas de que el fascismo fuera apoyado por latifundistas y capitalistas debido a su tendencia izquierdista. Por el contrario, tuvo que debilitarla expresamente, antes de poder preparar su marcha sobre Roma. Sólo Hitler había realizado este debilitamiento con aún mayor decisión y fuerza de convencimiento, y sólo él consiguió, como Mussolini, llegar al poder por sus propias fuerzas, y no protegido. Todos los demás movimientos fascistas no tuvieron necesidad de alegar esta prueba, fuera cual fuera el valor de sus puntos programáticos radicales de izquierda. Algunos, no obstante, se vieron enfrentados, por causa de estos puntos, a una oposición tenaz y triunfante por parte conservadora, como en el caso de los cruzados flechados. Pero el debilitamiento no significó, ni siquiera en el caso de Hitler, una negación, y todos los movimientos fascistas siguieron estando de acuerdo en la tesis de que no eran meramente partidos de derechas.

De hecho, fue el movimiento fascista más antiguo, el más articulado y el nacido en la situación más favorable, el que conquistó el poder en octubre de 1922. En sus rasgos esenciales permaneció inalterado: ningún movimiento formado de manera semejante llevó a cabo por sí mismo la lucha social que postulaba con tanta dureza; el estilo lo pudo completar Hitler sólo por su extensión cuantitativa; ni siquiera Doriot mostró con mayor energía su origen izquierdista y la supervivencia de afectos izquierdistas.

La conquista del poder lo elevó a un nivel distinto y le dio la posibilidad de desplegar todo lo que en los «simples» movimientos fascistas podía aparecer como principios increíbles o como fanfarronada ridícula. Pero también hizo surgir de nuevo la posibilidad de la pérdida de la individualidad. Dado que la toma del poder se había llevado a cabo con la ayuda o, por lo menos, con la tolerancia de los poderes establecidos, por eso podía convertirse el fascismo en una fuerza complementaria en el sistema de coordenadas del Estado existente, tal como le ocurrió de hecho más tarde a la Falange. Éste era el sentido de las exigencias de normali-

zación que hicieron los *fiancheggiatori* liberales, éste parece que fue, en algunos momentos, el pensamiento del propio Mussolini. Fue precisa una serie de contingencias para que la enemistad originaria contra todo el sistema de partidos existente llegase a su plena efectividad; sin embargo, esta efectividad sólo fue aportada, no creada, por las contingencias. A principios de los años treinta era evidente en toda la política interna la naturaleza totalitaria del fascismo: la política económica de De Stefani, liberal y favorable al capitalismo privado, había sido sustituida por un dirigismo estatal que dañaba algunos campos de la economía privada tanto como favorecía otros, y ni siquiera el rey o el papa podían ya contar como factores políticos independientes. El fascismo había conseguido subordinar el Estado al Partido, en vez de someterse él mismo al Estado, como había sido el destino de todos los llamados partidos gubernamentales, desde el Bloque Suprapolítico para Colaboración con el Gobierno, de Polonia, hasta la União Nacional. Su estilo dominaba la vida, sus hombres detentaban los cargos más importantes y los más insignificantes. Cuando Joseph Goebbels visitó Italia en 1933, volvió lleno de entusiasmo por las realizaciones totalitarias del fascismo, con las cuales se había anticipado a Alemania en diez años.

Con ello, no obstante, aún no había sido decidida la cuestión de si Mussolini era capaz también de llevar una política exterior específicamente fascista. La teoría de una tal política existía desde hacía tiempo: era más vieja que el fascismo y consistía en la doctrina de los nacionalistas de la lucha de los pueblos jóvenes y dinámicos contra las plutocracias desgastadas, teoría que apelaba, desde luego, a la situación ya muy pretérita del dominio mundial de Roma, y que en sus intenciones visibles estaba totalmente traspasada del deseo de imitar a aquellas plutocracias. No obstante, durante diez años la *praxis* de Mussolini se mostró mucho más inocua, si bien llamó la atención con el bombardeamiento de Corfú y puso tantos obstáculos como le fueron posibles a la política de la Sociedad de Naciones. La fuerza de Italia llegaba sólo a una política nacionalista de prestigio en los Balcanes y en la cuenca del Danubio; la política exterior específicamente fascista de reconquista de un Imperio permaneció fuera de su alcance, mientras en Europa existieron únicamente democracias y regímenes conservadores. De ahí que por sí mismo el movimiento de Mussolini, por paradig-

máticas que fueran sus empresas en el campo de la política interna, no pudiera satisfacer totalmente el concepto del fascismo, es decir, lo esencial de su voluntad propia.

Alemania

Tampoco la individualidad del nacionalsocialismo alemán, como la del fascismo italiano, puede determinarse suficientemente mediante la indicación de una «composición social», que compartía no sólo con todas las organizaciones que le hacían la competencia, sino también con la mayoría de los partidos burgueses... y el Ejército de Salvación. Es evidente que un movimiento que quería ser considerado primordialmente como «antimarxista» no podía reclutar sus miembros principalmente en la clase obrera; no es menos evidente que, en la era del sufragio universal, no podía darse en ninguna parte un partido compuesto sobre todo de grandes burgueses y menos de aristócratas. En cambio, la «pequeña burguesía» era en Alemania, lo mismo que en Francia o Inglaterra, un estrato extraordinariamente amplio, que entraba plenamente en la clase obrera, siempre que no se parta del criterio abstracto de la carencia de bienes, sino del presupuesto concreto e histórico de la participación en las ideas y valoraciones que habían sido configuradas por las capas dirigentes. A este estrato, o mejor, a ese mundo, los únicos que no pertenecían, desde un punto de vista político, eran los que se oponían enteramente al pasado y que únicamente se sentían comprometidos a un futuro totalmente distinto cualitativamente: a saber, los comunistas. Nada es menos difícil de comprender que el hecho de que toda la «pequeña burguesía» se uniera para defenderse de la amenaza. Pero incluso el nacionalsocialismo permaneció muy lejos de ser semejante movimiento totalizante de unión anticomunista, si si bien se aproximó a este modelo ideal mucho más que cualquier otro movimiento fascista. La reacción del nacionalsocialismo siguió siendo por ello una respuesta específica dentro de una serie de respuestas «pequeño-burguesas» al fenómeno comunista; los rasgos diferenciales radican en la situación, la forma, la energía.

La diferencia de situación del primer nacionalsocialismo frente al fascismo consistió, como se ha mostrado, en que surgió, no en una genuina situación de lucha social, sino des-

pués de la derrota militar de un levantamiento comunista, semejantemente a como había ocurrido con la Unión para la Defensa de la Raza, de Gömbös, en Hungría. Este levantamiento, sin embargo, no había sido dirigido, como en Hungría, por un partido socialista unitario, sino que había sido dirigido *contra* un gobierno socialdemócrata. El «antimarxismo» no surgió, pues, por una situación concreta como en Italia o en Hungría, sino por determinados presupuestos ideológicos. Sobre interpretaciones y suposiciones descansaban también el antisemitismo estrechamente relacionado con el antimarxismo. En Baviera no existía un verdadero problema judío como en Rumania, Polonia o Hungría. Tanto más esotérico y metafísico era el odio antijudío, el cual al mismo tiempo fue el medio más eficaz para negar completamente la existencia de conflictos sociales, al ser éstos entendidos como el resultado de una lucha de razas más fundamental.

El resultado fue, pues, que de una situación social menos crítica en comparación con Italia, se originó paradójicamente una mayor brusquedad de la reacción, aunque de momento solamente a nivel intelectual. Mientras que el fascismo, en los años de 1920 a 1922, perdió cientos de hombres (y mató a miles de sus enemigos), el nacionalsocialismo de Munich no tuvo que lamentar, hasta su golpe, ni una sola víctima; pero el fanatismo desbocado de un discurso de Hitler no tenía parangón ni en Mussolini ni en Grandi. Y lo que se tomaba prestado del enemigo se movía mucho más en el dominio propagandístico que en el programático: con sus reuniones de masas y sus marchas propagandísticas, sus banderas rojas y sus carteles chillones, el nacionalsocialismo era, en cierto modo, una inversión y perpetuación de la República de Consejos.

Pero tanta energía como la que empleó para la configuración de esta forma, tuvo que emplear Hitler para defenderse de un peligro que nacía precisamente de un abrazo amistoso. En toda Baviera protegía el Ejército las asociaciones defensivas, con las cuales se proponía no sólo marchar sobre Berlín, sino llevar a cabo una guerra de desquite contra Francia. Tal intención no existía en ninguno de los numerosos países en que había grupos paramilitares para la defensa frente al enemigo interior y el exterior. Ni siquiera en Hungría podía darse la voluntad de una reanudación de la guerra perdida, sino sólo sueños de una futura restauración. En comparación con sus anteriores aliados, Alema-

nia había sido sólo escasamente disminuida y no había sido debilitada duraderamente: lo mismo que en el dominio de la política interna, también aquí era la gritería inversamente proporcional a la realidad. Sin duda existía para el nacionalsocialismo el peligro de que perdiera su individualidad entre el conjunto de los uniformes de la «célula del orden» bávara y se convirtiera en una asociación auxiliar del Ejército. Fue Hitler quien, con su determinación, conjuró este peligro al persistir siempre en el primer plano de la política interior y de la política en general. Pero por ello no se salió de la atmósfera de aquella parte de Alemania que consideraba el fin de la Guerra Mundial como una mera tregua. Si en Italia una decepción relativamente pequeña había podido, no crear, pero sí intensificar una ola de resentimiento nacionalista y el partido fascista; si el gobierno de Mussolini marchó por el camino del revisionismo, ¡cuánto más intenso debía de ser el componente nacionalista en el partido de Hitler!

Pero todo depende de comprender que en el caso de Hitler y del NSDAP no se trataba de la simple mezcla de dos componentes ya existentes. Era totalmente inevitable que en Alemania apareciera un partido tajantemente nacionalista hacia fuera y militarmente antimarxista, es decir, antiparlamentario, hacia dentro. En numerosos lugares existían gérmenes, el más claro era el Stahlhelm, y en todos estos casos era inconfundible la estructura fascista. Pero el NSDAP les robó el campo de desarrollo por su potente despliegue, y él mismo era algo distinto de un partido meramente fascista. Al radicalizar el antimarxismo en un antisemitismo, se contrapuso al fascismo italiano, aunque coincidiendo justamente con la mayoría de los demás movimientos fascistas; pero al desarrollar el nacionalismo en la doctrina de la raza germánica o aria, y al unir estos dos puntos clave con la doctrina de que Alemania, como Estado autoritario racialmente más sano, destruiría, en la Unión Soviética, el centro mundial del comunismo y, con la posesión del espacio ruso aseguraría para siempre su existencia autárquica nacional, sobrepasó en mucho las posibilidades imaginativas de todos los movimientos meramente fascistas. Quedó demostrado que sólo en Alemania podía darse un antimarxismo perfecto, que al mismo tiempo se oponía y se asemejaba completamente al enemigo: en vez del capitalismo condenaba el NSDAP el judaísmo, en vez de los proletarios apelaba primero a los ale-

manes de Europa y luego a los arios del mundo, en vez de la sociedad sin clases bosquejaba el cuadro de la sociedad de castas organizada según el valor racial, como estadio final y estable de la evolución de la Humanidad. Pero con ello no se alejó precisamente del fascismo ordinario, sino que hizo aparecer a la luz del día sus tendencias más íntimas, o sea, reveló ser un radicalfascismo.

Que *tenía* que lograr la victoria es una afirmación indemostrable. En las elecciones parlamentarias de 1928 consiguió el NSDAP doce escaños; con todo, proporcionalmente apenas era más fuerte que la Guardia de Hierro en 1932 o que el NSB en 1938. Pero sería erróneo caracterizar la crecida del nacionalsocialismo como mero resultado de la crisis económica mundial, con lo cual esa crecida sería más inofensiva. En primer lugar, esta crecida empezó ya en las elecciones regionales del año 1929, o sea antes del verdadero inicio de la crisis. Por otra parte, Hitler había preparado su partido tan perfecta e inexorablemente para la futura toma del poder, que pudo dominar el asalto de las masas sin perder su individualidad. Finalmente, el nacionalsocialismo estaba mucho más firmemente enraizado en el territorio alemán que el fascismo en el suelo italiano y la Guardia de Hierro en el rumano. En ninguna otra parte tenía el sistema liberal mayor multiformidad que aquí, en ninguno de los grandes Estados, excepto Rusia, gozaba de una tradición tan débil. En ninguna otra parte ansiaba tanto como aquí una fuerte minoría del pueblo un jefe de Estado uniformado y un orden tranquilizante de mando y obediencia. Ni en Italia ni en Rumania era la derecha nacionalista tan fuerte y tan agriada. Hitler no quería otra cosa que lo que ella quería: la eliminación del «marxismo» y el restablecimiento de la grandeza pasada. Pero él quería lo mismo de un modo distinto y más decidido. Quería, no prohibir el marxismo, sino aniquilarlo; y quería restaurar, no el Imperio de Bismarck, sino el Imperio universal de la Edad Media, cambiando la dirección de la expansión del sur al este. Realmente, bajo las condiciones de la época, y después del triunfo del bolchevismo, lo exorbitante era más fácil de realizar que los objetivos aparentemente prudentes. En política interna, Hitler sólo tenía que seguir el camino de Mussolini, si bien con aceleración e intensificación, sin las cuales no hubiera podido imponerse a sus pares comparativamente más fuertes. Pero en política exterior se ofrecía a la Alemania de Hitler

una posibilidad que no existía para la Italia fascista: la posibilidad de un vuelco revolucionario de la situación, al convertirse en el campeón blindado contra el bolchevismo y ganarse así las simpatías de los conservadores de todo el mundo. No obstante, al llevar Hitler el principio fascista al nivel más alto y de mayor alcance de todos los posibles, también tenía que aparecer cada vez más clara la diferencia que había mantenido alejados de los conservadores y, en general, de la sociedad liberal, a los movimientos fascistas más pequeños e inofensivos. Cuanto más claramente se reconocían en la acción práctica de Hitler aquellas características que él, a pesar de la contraposición de objetivos, compartía con el odiado enemigo, tanto más se le alejaron las simpatías que esta acción había hecho posibles al principio. Cuándo y con qué determinación ocurrió esto, no puede deducirse rigurosamente; *que* ocurrió de hecho, esto es lo estructural y necesario en los acontecimientos que fueron expuestos al fin de la primera parte.

IX. Europa nórdica y occidental

Tampoco la Europa nórdica y occidental constituye una unidad cerrada, ni siquiera si se dejaran aparte España y Portugal, que, desde otro punto de vista, podrían juntarse a Grecia y a la mayor parte de Italia como Estados mediterráneos. Junto al país industrial que es la Gran Bretaña se hallan los Países Bajos campesinos; junto al Estado nacional de Francia, se encuentra el Estado de dos nacionalidades de Bélgica, y si bien Dinamarca poseyó muy pronto ya en el siglo XIX un movimiento democrático muy fuerte, en Suecia, en cambio, los «estamentos» medievales se sostuvieron mucho más tiempo que en cualquier otro país de Europa. Cierto que las «revoluciones burguesas» y, con ellas, los comienzos de la industrialización habían tenido lugar primeramente en Inglaterra y Francia, pero esta coincidencia, sólo aparentemente clara, no excluía la gran diferencia de que, al final de la Primera Guerra Mundial, en Inglaterra todavía sostenía las riendas del poder en las manos una aristocracia tradicional, mientras que en Francia se turnaba en el Gobierno un grupo de composición dispar de políticos profesionales nobles-burgueses-proletarios. Mucho menos puede afirmarse que en toda esta región fue mucho menor la «amenaza del comunismo» que en Europa central u oriental. En Francia y en Noruega, la gran masa de los socialistas se adhirió en 1919 y 1920 a la Tercera Internacional, mientras que en Inglaterra sólo existía un partido comunista del todo insignificante. El rasgo común que puede señalarse quizá más apropiadamente es que en la Europa occidental y nórdica no había vencidos, ni tampoco vencedores exorbitantes que, como Rumania, hubiesen duplicado su territorio nacional. Los imperios coloniales de Inglaterra y Francia, de Bélgica y Holanda, no procedían de la Guerra Mundial y no peligraron directamente por sus resultados. Si el sistema liberal estaba suficientemente desarrollado en todas partes para dejar espacio incluso a las voces más extremistas, no obstante, las situaciones en general no eran extremas, ni tampoco los planes que se proyectaban como remedio. Las grietas rea-

les o figuradas frente a las cuales el sistema era impotente eran menores en número y más inofensivas en su especie que en Europa oriental y central, y la mayor tradición que tenía aquí el sistema liberal también actuaba en la misma dirección. Pero esto no significa en absoluto que aquí no fuesen eficaces las mismas motivaciones y no estuvieran éstas ligadas a similares constelaciones sociales que en otras partes: temor ante el comunismo, crítica a los partidos y a las tendencias «disolventes» de lo moderno, voluntad de afirmación integral de la victoria, planes para una reestructuración fundamental de las relaciones sociales. Y por esto no puede decirse en absoluto que en Europa occidental y nórdica no hubo movimientos fascistas notables, si bien es cierto que entre ellos fueron especialmente numerosas las formas de transición y las meras imitaciones. En Francia, Inglaterra y Bélgica experimentaron temporalmente un crecimiento espectacular; en Noruega y Holanda alcanzaron al fin el poder, aunque sólo fuera con la ayuda alemana.

Escandinavia

Como meras imitaciones deben ser considerados los partidos nacionalsocialistas *sueco* y danés. En Estocolmo se había formado en 1926 una Organización Combativa Fascista, que en 1929 cambió su nombre por el de Partido Popular Nacionalsocialista y que, bajo sus dos jefes rivales, Birger Furogord y Sven Olov Lindholm, sufrió varias divisiones y reunificaciones. Los uniformes de sus partidarios apenas podían distinguirse de los uniformes de las SA alemanas, e incluso en el programa, a pesar de las circunstancias completamente distintas, había pocas diferencias con respecto al NSDAP.[1]

Hasta lo grotesco llegó la coincidencia en el caso de los nacionalsocialistas *daneses*, quienes recogieron párrafos enteros de los veinticinco puntos y no se avergonzaban de exigir en primer lugar, apelando al derecho de autodeterminación de los pueblos, la unión de todos los daneses.[2] El Partido había sido fundado originariamente por el capitán de caballería C. Lembcke (1930), pero en 1933 recibió un nuevo jefe en la persona del médico de Jutlandia doctor Frits Clausen. Pero precisamente porque convirtió en su himno la «canción del Horst y del Wessel», traducida casi literal-

mente, y porque vistió a sus Storm-Afdelinger con uniformes marrones, tomó en su país una posición exactamente opuesta a la del NSDAP: no levantó ninguna oleada de resentimiento nacional, sino que desde el principio mostró la mayor desconfianza hacia los daneses «nacionales», tanto más cuanto que Clausen, mediante la propagación de la doctrina de las razas, eliminó virtualmente la frontera que le separaba del gran vecino del sur. No es sorprendente que se desarrollaran en el interior del Partido fuertes diferencias de opinión y que se criticaran, hasta llegar a la separación, los «métodos y modelos» alemanes de Clausen.[3] A ello se añadió la profunda aversión de los socialistas hacia las «condiciones medievales» en que estaba Alemania,[4] y de este modo el nacionalsocialismo danés estuvo desde el principio enfrentado a una potente coalición. Verdad es que entre los conservadores daneses existían algunas simpatías hacia Hitler, pero ningún temor real al comunismo trajo agua al molino de Clausen y los ecos de la gran crisis llevaron únicamente a alianzas frágiles y de poca duración con movimientos campesinos de protesta. Por ello no obtuvo el DNSAP en las elecciones de 1935 ni un solo escaño en el Folkething, y sólo bajo el signo de la guerra que se iniciaba consiguieron sus primeros representantes la entrada en el Parlamento. Dado que Dinamarca, incluso después de la ocupación alemana, siguió siendo oficialmente un Estado soberano con un sistema de partidos en funciones, había pocas posibilidades para una injerencia alemana a favor del DNSAP; ciertamente consiguió reclutar algunos grupos de voluntarios para el frente oriental, pero para la gran mayoría de los daneses fue por ello justamente un partido traidor a la patria. Como Clausen cayó en errores también en su vida privada y tuvo que ser internado en un sanatorio de alcohólicos,[5] el Partido se había ya descompuesto antes de que el año 1945 confirmara su fin.

La principal razón de los fracasos de los grupos nacionalsocialistas en Suecia y Dinamarca había sido, junto a la estabilidad de la situación, sin duda la de que los socialistas habían pasado a ser aquí, desde hacía tiempo, el elemento más joven del sistema liberal de partidos y ciertamente no por el camino de una mera adaptación, sino con el impulso de una voluntad de renovación de largo alcance, aunque no radicalmente subversiva.[6] En principio, la situación en *Noruega* no era distinta, y, con sus propias fuerzas, el Nasjonal Samling apenas consiguió mayores éxitos; con todo, por los

peculiares presupuestos noruegos y por la personalidad de su jefe, merece una consideración más detallada.

El Partido Obrero noruego había sido el único partido socialista escandinavo que se había adherido en 1919-20 a la Internacional Comunista, pero muy pronto ya había sufrido graves disensiones, y desde mediados los años veinte, el Partido hizo el mismo camino que sus partidos hermanos, sin volverse tajantemente anticomunista. En este proceso intervino el 7 de abril de 1932 un gran discurso del ministro de la Guerra, Vidkun Quisling, del Partido Campesino, quien, con la presentación de mucho material, trataba de demostrar que los dirigentes del Partido Obrero, entonces igual que antes, tenían planes revolucionarios y se hallaban en contacto con la Unión Soviética para traicionar a la patria. La intención del discurso estaba clara: el Partido Obrero tenía que ser arrojado de nuevo a sus inicios comunistas para poder construir contra él un gran frente de defensa burguesa. La opinión pública noruega tenía el suficiente instinto para rechazar este propósito y Quisling perdió su cargo. En su derrota, no obstante, él mismo tuvo que ver aún más el resultado de la cooperación de fuerzas conspiradoras, por cuanto su enemistad hacia el comunismo descansaba en supuestos muy personales y graves.

Abraham Vidkun Quisling nació en 1887, en una de las más antiguas comarcas de Noruega, en Fyresdal, en el cantón de Telemark, y era hijo de un cura rural. Aquí volvió una y otra vez durante toda su vida, y lo que Hitler sólo conocía de oídas, el «enraizamiento» en el suelo de la patria, era para Quisling una realidad. Pero, como en el caso de su compatriota Knut Hamsun, el *pathos* de la vida natural dirigió sus dardos contra las formas de vida de la «ciudad» y su decadencia supuestamente inseparable.[7] Parece que Quisling, quien como militar profesional tenía tras de sí una brillante carrera de oficial del Estado Mayor, había estado lleno de simpatía en 1917 y 1918 hacia el experimento soviético, ya que veía en él un retorno a un estado más sano; tanto más fuerte fue la decepción, al entrar, por largos años, en inmediato contacto con las condiciones rusas —en 1918 fue nombrado agregado militar en Petersburgo y luego en Helsinki, en 1921 acudió a un llamamiento de Fridtjof Nansen y fue el colaborador más íntimo del gran explorador en las acciones de auxilio en la Unión Soviética. Así fue el único de entre todos los futuros jefes fascistas de la época que

también había visto las crueldades contra los armenios en Turquía y sabía los efectos del bloqueo, y falló la misma condena que todos los demás: del «horror asiático» que había visto, hizo los únicos responsables a los bolcheviques, y desde entonces vivió en la preocupación, sin duda sincera, de que un día Europa cayese en el mismo destino que Crimea o Ucrania.[8] Esta preocupación se unió a la antigua aversión hacia la cultura occidental y urbana, le llevó a acusaciones contra el Partido Obrero y, siguiendo el proceso, a adoptar una doctrina racial que hacía sobresalir el predominante valor de los noruegos con la misma determinación con que condenaba la actividad «subversiva» del judaísmo internacional. De este modo se halló dispuesto a tomar el papel del profeta, al fundar el Nasjonal Samling en mayo de 1933, que bajo el signo de la «cruz de Olaf»,[9] había de aniquilar al marxismo, eliminar los partidos y la lucha de clases y devolver al país una grandeza que había perdido desde hacía mil años. El profeta chocó naturalmente con un pueblo incrédulo y, en la misma medida en que elevaba Quisling la Noruega de pura raza de antes por el cielo de las ideas, era desconsiderado por sus contemporáneos noruegos, que se dejaban seducir por el «capitalismo anglo-judío mundial» y que apenas fijaban su atención en el Nasjonal Samling.[10] Su hora vino tan sólo con la ocupación de Noruega por tropas alemanas. Cuando los buques de guerra alemanes aparecieron ante Oslo, declaró él constituido un «Gobierno nacional» y actuó durante seis días como primer ministro noruego. Las fuerzas de ocupación tomaron de momento directamente las riendas en sus manos, pero Quisling, librado ahora de la competencia de los «viejos partidos», tenía una ocasión única de estructurar su movimiento. Nacieron las diversas formaciones de la Hird,[11] se organizó una Förergarde y finalmente empezó el reclutamiento de las «SS germánicas de Noruega». A principios de 1942, Quisling fue nombrado primer ministro y entonces por fin, desde la tarima oficial, pudo anunciar su concepción del mundo tan petulante como atemorizada en la cual se habían desarrollado sus experiencias rusas: «Los judíos nos odian y nos envidian nuestra superioridad y belleza corporal, nuestro valor y nuestro arrojo ... Durante la Revolución Francesa todos los hombres rubios fueron presa fácil, pues los judíos estaban detrás de las guillotinas.» [12] Pero estos germanos siguieron siendo, en el país germánico, a pesar de su posición ventajosa, una pequeña mi-

noría; los campeones de la liberación del poder del capital internacional judío aparecían a los ojos de sus compatriotas como los peones de un sometimiento mucho más directo a una voluntad extranjera, y ya a mediados del año 1943 referían periódicos suecos una general «fuga del Nasjonal Samling».[13] La prensa inglesa supo con éxito dar a Quisling la fama de ser el más despreciable de todos los colaboradores, pero en realidad él fue, hasta su fin ante el pelotón de fusilamiento en octubre de 1945, el doctrinario rígido que había sido.

Bélgica

Bélgica era el único Estado de Europa occidental en el cual había graves «problemas de nacionalidades». Debía su formación a la revolución de 1830, que lo había separado de Holanda, al hacer de la diferencia históricamente fundamentada entre los Países Bajos norteños-protestantes y los Países Bajos sureños-católicos de nuevo una realidad política. Pero la unidad de la religión pudo sólo temporalmente encubrir la diferencia entre flamencos y valones; ésta se hizo cada vez más evidente a medida que la capa superior francófona de Flandes tenía que compartir su influencia con las fuerzas más populares, a medida que la irrupción de los liberales hacía retroceder a la Iglesia y a medida que, en una transformación peculiar, el campesinado flamenco se convirtió en el apoyo más fuerte de la Iglesia católica. No obstante había quedado probado que la misma evolución que creaba el problema también iba al encuentro de la solución —al colaborar en el Parlamento católicos y liberales desde el nacimiento del Estado, los flamencos pudieron paso a paso completar un proceso de emancipación que, a pesar de la colaboración de activistas flamencos con las tropas de ocupación alemanas, no fue interrumpida tampoco después de la Primera Guerra Mundial. Ciertamente se llevó a cabo lentamente y no sin retrocesos: ya la insoslayable supremacía del mundo lingüístico y cultural francés frente al flamenco dialectal le ponía determinados límites. Pero el sistema liberal, en el cual después de la Guerra Mundial también fueron incluidos los socialistas, colocaba en un futuro próximo un contrato aceptable para ambas partes. Que del Partido Católico se separase un partido nacionalista flamenco pudo ser útil para la aceleración del proceso: únicamente si estos na-

cionalistas flamencos se proponían objetivos que no podían realizarse dentro del marco del sistema parlamentario, debían intentarlos por caminos antiparlamentarios, y esto significaba en la Europa de entreguerras, casi forzosamente, por caminos fascistas.

A esto no se opuso de todos modos la fuerte tradición democrática del movimiento flamenco. De ahí que los primeros grupos uniformados, que se orientaron con el ejemplo de Mussolini, vinieron precisamente del campo contrario, a saber, de los círculos de combatientes valones. Lo que les interesaba al Faisceau Belge, a la Légion Nationale Belge del general Graff, a la Action Nationale del futuro senador Pierre Nothomb, era sobre todo una política de mano dura con respecto a la vencida Alemania, a la que la débil política de los «partidos del sistema» les parecía abrir posibilidades peligrosas.[14] El hecho de que la política de estas agrupaciones se dirigiera también muy explícitamente contra los socialistas, respondía a la lógica de su causa, pues hombres como el jefe socialista Vandervelde figuraban en Bélgica entre los primeros que acusaron las injusticias del Tratado de Versalles y que querían dar a la nueva Alemania una oportunidad justa. Que a estos grupos les pareciesen del todo insuficientes los resultados de la guerra, apenas necesita explicación: por lo menos durante cierto tiempo, gozaron con sueños anexionistas y quisieron crear una «Gran Bélgica» mediante la absorción de Luxemburgo y de algunas provincias holandesas.

No el engrandecimiento de Bélgica, sino su destrucción, era el objetivo de los planes igualmente de gran alcance, igualmente imposibles de realizar dentro del sistema liberal, del ala radical del movimiento flamenco, que se mostró públicamente a partir de 1931. El Verbond van Dietsche Nationaalsolidaristen, no obstante, daba a conocer ya en su nombre un objetivo doble: en la política interna se dirigía contra los partidos y la lucha de clases; en política exterior se esforzaba por la formación del Estado *«dietsch»*, es decir, el Estado nacional panholandés, que también tenía que incluir al Flandes francés y constituir con sus colonias un Imperio de más de cincuenta millones de habitantes. El fundador del movimiento, Joris van Severen, había sido diputado del partido frentista nacionalista flamenco y supo ganarse, principalmente en Flandes occidental, algunos miles de partidarios, a los cuales organizó totalmente según el mo-

delo fascista: los miembros de la milicia Dinaso llevaban como uniformes chaquetas verdeoscuras, saludaban con el brazo derecho levantado y el grito «*Heil t'Dinaso*» y llevaban estandartes, en los cuales podía verse el lema «*Dietschland en Orde*» (Dietschland y orden) y su distintivo, un arado con una rueda dentada y una espada, como símbolo del pueblo unido corporativamente. Divisiones juveniles, femeninas y sindicales redondeaban la organización. Era una prueba patente de la asombrosa tolerancia del sistema liberal que pudiera desarrollarse sin impedimentos notables un grupo tan declaradamente enemigo del Estado. De todos modos, puede ser que en Bruselas el propósito fuera con ello debilitar el frente flamenco y robustecer las tendencias antimarxistas, si es que no yacía en el pensamiento de Van Severen una idea más profunda, puesto que mostró muchas reservas frente a todos los intentos alemanes de aproximación ya que, como dirigía firmemente a sus partidarios, durante cierto tiempo antes de la guerra les hizo pasar de la idea panholandesa a la idea panburgunda.[15]

Con mucho más decisión combatió el Estado belga otro grupo, que no era en absoluto traidor a la patria y que originariamente no hay duda que era un vástago legítimo del sistema de partidos. Los rexistas tomaron su nombre de la casa editorial Rex, de Lovaina, que durante algunos años había sido el exponente más importante de las tendencias renovadoras de los jóvenes católicos en el regazo del Partido Católico y de la Acción Católica.[16] Por chocante que pudiera ser para los políticos católicos más viejos la despreocupación de esos jóvenes, que exponían sus ideas primero en los Cahiers de la Jeunesse Catholique»[17] y luego en las publicaciones de la editorial Rex, no obstante, apenas puede dudarse de que ningún partido tiene un futuro si en él no se dan conflictos generacionales bajo la forma de profundas disensiones. Pero Léon Degrelle,[18] quien muy pronto ya se destacó de sus amigos por sus dotes oratorias y su talento de escritor, dio un paso decisivo en 1935, cuando todavía no tenía treinta años, fuera ya de la discusión política interna. Atacó a los políticos de todos los partidos con tal violencia y desconsideración por delitos financieros supuestos o reales, que rápidamente cristalizó en torno a su persona todo el despecho contra el sistema de partidos que se había acumulado durante varias décadas y que, por los efectos de la crisis económica, naturalmente todavía se había intensi-

ficado. Degrelle hizo a su grupo independiente de la Acción Católica y, a la vista de las inminentes elecciones parlamentarias, dirigió una campaña electoral agresiva y dinámica, como nunca la había experimentado Bélgica. En una atmósfera de entusiasmo febril hablaba hasta doce veces por día ante repletas reuniones de masas; hacía cubrir paredes enteras de las casas con el confiado lema «*Rex vaincra*» y difundió por todas partes la pretenciosa alternativa «*Rex ou Moscou!*». El hecho es que el juvenil movimiento conquistó de un solo golpe veintiún escaños de un total aproximado de doscientos, y con ello pasó al centro de la escena política belga.[19] Un éxito electoral tan sorprendente y aplastante hasta entonces sólo lo había experimentado Adolf Hitler en septiembre de 1930. Evidentemente, también en Bélgica empezaban a abandonar sus viejos partidos partes de la pequeña burguesía y de los campesinos.[20] Verdad es que el Rex sin duda no podía llamarse todavía un partido fascista, pues no disponía de tropas de choque uniformadas y en su cuenta todavía no figuraba la menor violencia.[21] Pero era manifiesto que mostraba una doble cara y su aspecto fascista rápidamente fue haciéndose más claro.[22] Degrelle hizo prestar a los diputados un juramento de fidelidad a su persona, llevó a cabo una campaña extremadamente violenta contra la alianza con la Francia «marxista», y no se recató de hablar por la emisora de Turín, cuando las estaciones radiofónicas belgas le presentaron dificultades. Al decidirse, el 11 de abril de 1937, a presentarse como candidato a unas elecciones de reemplazo en Bruselas, esto se consideró por parte de todo el mundo como un reto radical y fascista, por lo menos potencialmente, al sistema como tal. El reto fue aceptado. El propio primer ministro, Paul van Zeeland, que hasta entonces no había pertenecido al Parlamento, se presentó como contracandidato, y todos los partidos reunieron sus votos a su favor. Degrelle fue lo bastante imprudente como para exigir una toma de posición del primado de Bélgica, el cardenal Van Roy: esta toma de posición fue en contra suya, y el día de las elecciones sufrió una derrota aniquiladora, si bien fundamentalmente honrosa.[23] A partir de entonces, la adhesión de las masas al movimiento Rex se descompuso con la misma rapidez[24] con que se había formado; desapareció la fascinación de lo «nuevo» y quedó probada nuevamente la solidez de los partidos históricos; no obstante, se imponía claramente la pregunta de cuál habría sido el resul-

tado si los tres grandes partidos no se hubieran unido, si no se hubiera visto que la crisis económica empezaba a disminuir desde hacía un año y si los comunistas hubieran representado algo más que una minoría insignificante.

La ocupación de Bélgica por tropas alemanas en mayo de 1940 no proporcionó ni al Verdinaso ni al movimiento Rex un nuevo impulso decisivo. Joris van Severen fue conducido hasta Abbéville por soldados franceses, aunque por equivocación, y fusilado allí; sus seguidores se unieron en parte al partido nacionalista radical flamenco, el Vlaamschen Nationaal Verbond (VNV), que bajo la dirección del antiguo maestro y diputado Staff de Clercq pasó ahora muy a primer plano y arrastró consigo también a los rexistas flamencos. Fue muy favorecido por las fuerzas de ocupación y, sobre todo después de la muerte de Staff de Clercq, tomó cada vez más el aspecto de un anexo del NSDAP.[25] Lo mismo que en Croacia y en Eslovaquia, el ala radical y por tanto más fascistizada de los intentos de autonomía nacional se convirtió en el exponente de la pérdida de individualidad. El movimiento Rex valón tuvo incluso que sufrir que su jefe Degrelle, quien en el frente oriental llegó a ser el jefe de la división de las SS Wallonie, se hiciera pasar a sí mismo y a su gente por «germanos».[26] De este modo, la violenta limpieza «antifascista» del final de la guerra barrió ciertamente mucho de lo que había sido en el movimiento flamenco y el Partido Rex una reacción justificada a circunstancias insostenibles o anticuadas, pero en lo esencial esa limpieza cumplió sólo la sentencia que se habían fallado a sí mismos los dirigentes flamencos y rexistas.

Holanda

Para el desarrollo del nacionalsocialismo en los Países Bajos fue una aportación esencial un suceso que, en comparación con las experiencias que había tenido Quisling, parece ser de poco peso: el motín a bordo del buque de guerra «Zeven Provincien», a principios de 1933. Pareció proporcionar la prueba de que la Internacional trabajaba con éxito en la empresa de socavar la flota y el imperio, y para muchos holandeses fue un tardío espanto análogo al que en Alemania había provocado la República de Consejos de Munich y en Italia la ocupación de las fábricas. Verdad es que exis-

tían grupos fascistas ya desde 1923 (el más antiguo había introducido como encabezamiento de su periódico, en vez de un título, una escoba), pero, como en muchos otros países, también en este caso había sido el principio de jefatura motivo para un fraccionamiento sin esperanzas. También el Nationaal-Socialistische-Beweging (NSB), fundado en Utrecht, en diciembre de 1931, por el ingeniero Adriaan Anton Mussert,[27] había seguido siendo de momento pequeño e insignificante, pero el motín, los efectos de la crisis económica, que también en Holanda se hacían sentir cada vez más, y no en último término la toma del poder por Hitler, le proporcionaron a partir de 1933 un fuerte impulso y ya la segunda asamblea regional del movimiento en octubre de 1933 le procuró una pompa paramilitar, hasta entonces totalmente desconocida para la opinión pública holandesa. De pie en un gran coche y vestido con la camisa negra, recibió Mussert, saludando con el brazo derecho levantado, el desfile de sus Divisiones de Defensa y el canto de lucha *WA marscheered*, copiado de la canción del Horts y del Wessel, sonó a los oídos de la población de Utrecht a la vez extraño y familiar. Por esta época, el «Nieuwe Rotterdamsche Courant» cifró el número de miembros del movimiento de Mussert ya por encima de los 20.000, y esto no era poco, si se pensaba que los dos partidos protestantes tradicionales, el Partido Antirrevolucionario y la Unión Histórico-Cristiana, juntos contaban quizá 100.000 miembros, mientras que el Partido Socialdemócrata y el Católico podían tener a lo sumo 100.000 miembros. De hecho, en los años siguientes, el número de miembros siguió aumentando constantemente, y en las elecciones de mayo del año 1937, el NSB pudo conseguir cuatro escaños y ocupar así un lugar detrás de los partidos tradicionales, siendo el más fuerte de los partidos pequeños (desde luego, a gran distancia). Sus éxitos habrían sin duda sido mayores si hubiera logrado inmiscuirse en el conflicto de los grandes partidos y agudizarlo. Pero no pudo aplicar esta receta de la victoria del fascismo italiano y del NSDAP —precavidos por los acontecimientos en Alemania, los partidos del «sistema» se unieron para defenderse, y en Holanda fue precisamente el jefe del Partido Antirrevolucionario, fuertemente derechista, el doctor Colijn, quien, como primer ministro, se hizo el campeón de esta alianza. Se promulgó una prohibición de llevar uniformes, se tomaron medidas contra las milicias del Partido y una ley prohibió a los funcionarios

la pertenencia al NSB. Y en Holanda la Iglesia católica no abandonó a su partido, como había hecho en Italia, Austria y Alemania bajo la presión de las cirscunstancias: varias pastorales de los obispos se declararon decididamente en contra del movimiento de Mussert. Por eso no consiguió el NSB llegar a ser un verdadero movimiento de masas, a pesar de que el fracaso de la política de la Sociedad de Naciones, que había sido apoyada incondicionalmente por el Gobierno, ofrecía un terreno muy fértil a la agitación. Lo mismo que en Noruega, solamente la ocupación del país por tropas alemanas creó una situación distinta. Después de un período de transición de aproximadamente año y medio, durante el cual también pudieron actuar algunos otros partidos de derechas, quedó el NSB como única organización política reconocida. Mussert fue nombrado *Leiter* (conductor) del pueblo holandés y su partido fue «enchufado» en la Administración del país, pero, dado que no consiguió, como Quisling, ser nombrado primer ministro, él y su grupo cayeron, aún más que el noruego, en el tufo de mero colaboracionismo. Al igual que todos los subdirigentes no alemanes del «Nuevo Orden», hablaba mucho de la futura Europa, que sería una unión firme de pueblos libres, en la cual cada pueblo podría desarrollarse y vivir según su propio modo; pero, como se desprende de sus declaraciones durante su posterior proceso,[28] nunca se vio libre del temor de que su patria se convirtiera simplemente en una parte del Imperio Panalemán. De ahí que pudo ser la convicción de que sólo la complacencia podía salvar aún a Holanda, lo que le hizo colaborar con todas las medidas alemanas: [29] el el envío de fuerzas laborales al Reich, la deportación de campesinos holandeses como colonos al Este, la creación de formaciones de voluntarios de las SS, como la Legión Neerlandesa y los abanderados Westland. Pero con todo eso sólo hizo que quedar aún más profundamente aislado de la masa de sus compatriotas,[30] quienes quizá no fueron del todo justos para con sus motivos, pero que sin embargo veían más claramente que él la simple verdad de que la individualidad de un pequeño pueblo se pierde irremisiblemente si se une a un gran vecino para el cual la verdadera realidad es la «raza». Fue de poca ayuda a Mussert el que, hacia el fin de la guerra, en un intento de romper con la maniquea teología histórica del nacionalsocialismo, alabase los méritos de los promotores del socialismo holandés y de los dirigentes del movimiento reformistas cris-

tiano:[31] ninguna voz se levantó en favor suyo, al hacérsele el proceso por alta traición a fines de 1945, proceso que terminó con la sentencia de muerte.

Inglaterra

En ninguna otra parte puede estudiarse tan bien la paradójica universalidad del concepto «rezagamiento» como en el ejemplo de Inglaterra. Pues también Inglaterra, a pesar de que a lo largo de dos siglos había sido considerada la medida del progreso y de la reacción, se sentía, lo más tarde al final de la Primera Guerra Mundial, como un «país rezagado». Su maquinaria era anticuada, disminuían sus exportaciones, el paro obrero se hacía endémico. Aparecían serios motivos para la inquietud política interior y exterior. El surgimiento del Labour Party, fundado en 1906, pero que sólo en 1918 se convirtió en un partido de masas, a consecuencia de la introducción del sufragio universal, conmovió duraderamente el juego de turnos entre el Partido conservador y el liberal, juego habitual y preservado desde tiempos inmemoriales —ciertamente, en las «elecciones caqui» de 1919 triunfó la alianza de guerra «unionista» de los dos viejos partidos, pero, con todo, se esbozaba ya la evolución que había de triturar el Partido liberal entre las ruedas de molino del Labour Party pasado al socialismo y los conservadores, que actuaban como los salvadores de la sociedad.[32] El crecimiento de un partido obrero de orientación tradicionalmente antiimperialista tenía que intensificar, en las capas dirigentes, la preocupación por el *Empire*, que ya era suficientemente grande a consecuencia de las luchas por la autonomía, sobre todo en Irlanda y en la India. Ya antes de la guerra había existido en el Partido Conservador un grupo radical en torno a Joseph Chamberlain y lord Alfred Milner, que propugnaban no sólo la defensa incondicional del *Empire* contra todos los intentos de socavarlo, sino también la lucha contra el «enemigo interior», los dogmáticos liberales, incluso contra el sistema de partidos y el parlamentarismo como tal. Había muchas probabilidades de que estas tendencias se vieran fortalecidas por el temor al comunismo de la postguerra, temor que no era escaso y no del todo injustificado: en 1919, en la región industrial del Clyde, con Glasgow como centro, tuvo lugar una huelga general, y en el Ayuntamiento de la capital escocesa fue izada una bandera roja. A ello

siguieron una huelga general de los ferroviarios, la fundación del Partido Comunista a mediados de 1920, cuya futura debilidad no podía preverse, las grandes manifestaciones y huelgas de brazos caídos con ocasión de la guerra ruso-polaca, el grave conflicto en la industria del carbón irremediablemente anticuada, etc. La victoria electoral del Partido Laborista el 6 de diciembre de 1923, a la que siguió la formación del primer Gobierno laborista bajo MacDonald, tenía que llevar estos temores hasta un punto culminante, a pesar de que el partido obrero quedó en dependencia del apoyo de los liberales y de que había ganado la campaña electoral con un tema tan clásico como el de la defensa del libre comercio contra la política proteccionista. El hecho es que el año 1923 vio el nacimiento del primer grupo fascista en Inglaterra, fundado por la nieta de un mariscal de campo,[33] y que encontró mucho apoyo en los círculos que rodeaban al duque de Northumberland. Los British Fascisti no desdeñaron ni la palabra italiana ni su tan extraña forma plural, a pesar de lo cual tuvieron una acogida bastante considerable: parece que en 1924 contaban con 100.000 miembros. No obstante, la reconquista del poder por los conservadores y la formación del gobierno Baldwin a fines de 1924 les volvió a dejar en la penumbra. Únicamente volvió a hablarse de ellos durante la huelga general de mayo de 1926, cuando se ofrecieron al Gobierno como *special constables,* aunque querían obrar sólo juntos y bajo sus propios jefes: ofrecimiento que no fue aceptado. Con ello el Gobierno probó su sentido de la indivisibilidad de la autoridad estatal, sentido que le dio ocasión respecto del otro lado, sobre todo bajo la égida de Winston Churchill, de combatir los inicios de una doble autoridad de izquierda, que se hicieron patentes durante la huelga general.[34] A pesar de este principio de autonomía política, los British Fascisti, que eran cada vez más una organización de oficiales pensionados, no dejaron de considerarse una tropa auxiliar de los conservadores en la lucha «por el Rey y la Patria» contra el peligro rojo: la específica aproximación fascista al enemigo no existía, en todo caso, más que en ciernes. Un viento mucho más áspero soplaba en un segundo grupo, numéricamente del todo insignificante, la Imperial Fascist League, que había sido fundada por Arnold Spencer Leese, un ex veterinario. Aquí se era muy vehementemente antisemita y Spencer Leese no se arredró de proponer en 1935 una solución radical e higiéni-

ca del problema judío mediante «cámaras de la muerte»[35] —se le hizo partícipe de la tolerancia que en Inglaterra se procura de buena gana al *lunatic fringe* de la sociedad. El fascismo en Inglaterra solamente llegó a ser una cuestión seria, incluso muy observada por el gran público, cuando uno de los políticos más acreditados del país, ex ministro en el segundo gabinete laborista de MacDonald del año 1929, y al que observadores juiciosos habían denominado ya el futuro primer ministro inglés, se puso a la cabeza de un partido fascista recién fundado: sir Oswald Mosley.

Oswald Mosley, nacido en 1896, era un retoño de la clase dominante, e, incluso durante sus años de extrema izquierda, era inconfundible en él su origen aristocrático. Se hizo notar en la guerra, y en las elecciones caqui fue elegido parlamentario como «unionista», es decir, partidario conservador del primer ministro liberal Lloyd George. El joven de veintitrés años se consideraba a sí mismo ante todo como representante de la generación de la guerra, la cual estaba llamada a construir un mundo mejor, un mundo de paz y de Estados unidos en la Sociedad de Naciones. Mosley, pues, al igual que Mussolini, empezó siendo un wilsoniano, pero sus convicciones tenían una base mucho más sólida que las de Mussolini. El motivo por el que en 1920 se pasara a los bancos del Partido Laborista fue la opresión de Irlanda por los Black and Tans, un cuerpo auxiliar del Ejército, formado principalmente por soldados licenciados, que actuó en Irlanda por lo menos con la misma rudeza que los cuerpos de voluntarios alemanes en el Báltico y en la región del Ruhr. Sin duda, también buscaba él la adhesión a una fuerza política «joven», que se adecuara mejor a los grandes problemas sociales de la época que los «viejos partidos», contra los cuales se volvía cada vez más desconfiado. Verdad es que se casó, en la ausencia de la pareja real, con la hija de uno de los conservadores más poderosos, el ministro del Exterior, lord Curzon, pero su esposa, lady Cynthia, fue su compañera de confianza por la vía de las izquierdas,[36] vía que al fin les condujo a las filas del Independent Labour Party, el grupo más radical en el seno del Partido Laborista, que era un compuesto de personalidades colectivas. Aquí era donde más resonaba la apelación al Estado, del que se exigía un encauzamiento de la economía paralizada y una lucha activa contra el paro obrero. La idea económica fundamental era la *living wage policy,* es decir, la estimulación de la

economía mediante una elevación de los salarios y con ello el aumento de la capacidad consumidora del mercado interior. Era patente que semejante política no podía llevarse a cabo sin una medida considerable de planificación y control de las inversiones: implicaba, por tanto, la exigencia de una mayor libertad de decisión por parte del Ejecutivo, de una vigilancia del gran capital y de un debilitamiento de las influencias incontrolables de la economía mundial o incluso de un autoaislamiento de la economía nacional. Eran modos de pensar verdaderamente nacionalsocialista, y siguieron siendo el núcleo de la doctrina económica de Mosley durante su época fascista. No obstante, no puede decirse que estas ideas, en sí mismas, engendraran su fascismo y que, por lo tanto fueran fascistas: un importante indicio de ello es ya el hecho de que casi todos sus amigos izquierdistas, entre ellos Aneurin Bevan, que le habían apoyado incondicionalmente en su lucha con el resto de los miembros del Gobierno, le abandonaron en un momento determinado. ¿Cómo fue que el programa nacionalsocialista puramente económico, que apuntaba a la racionalización, del campeón del Independent Labour Party, se convirtiera en elemento de un movimiento que se denominó fascista y que de hecho llegó pronto a mostrar analogías inconfundibles con el fascismo italiano y con el nacionalsocialismo alemán?

Al formarse el gabinete laborista, Mosley había recibido la importante tarea, como Chancellor of the Duchy of Lancaster, de auxiliar a J. H. Thomas, lord Guardián del Sello, al cual se había confiado la resolución del problema del paro obrero. Se trataba evidentemente de la cuestión más central y urgente con la que se veía confrontado el Gobierno laborista: el número de obreros parados, a fines de 1929, había aumentado casi en un millón y medio. Se ofrecían dos caminos: el camino clásico del ahorro y del equilibrio del presupuesto, el cual no podía emprenderse sin un recorte de la ayuda a los parados, y el método todavía muy desacostumbrado del encauzamiento de la economía por medio de la expansión de la fuerza adquisitiva. Este método fue precisamente el contenido principal del memorándum que Mosley presentó ante el gabinete en enero de 1930. Todas las recomendaciones de Mosley se hallaban completamente en la línea por la que había luchado desde hacía años junto al ILP. A pesar de que no eran nada clásicas, respondían a fuertes corrientes de la opinión pública: un aislamiento de

la economía nacional era lo que propugnaba incluso el notable economista liberal John Maynard Keynes; los señores de la prensa, Beaverbrook y Rothermere,[37] llevaban a cabo una gran campaña en favor del Imperial Free Trade, es decir, la erección de una muralla aduanera alrededor del *Empire;* cada dos por tres se oía la exigencia de una dirección de las inversiones a favor de la industria nacional. Como había de mostrar pronto la experiencia, ideas de este tipo se realizarían muy pronto en muchos lugares del mundo: no sólo Hitler y Mussolini marchaban por vías comparables en su política económica, sino también Roosevelt y Léon Blum; en la misma Inglaterra se dio un paso importante ya en 1932 con la conferencia imperial de Ottawa. Pero el gabinete rechazó las propuestas de Mosley y se entregó a un curso al mismo tiempo prudente y lleno de consecuencias, que había de llevar en agosto de 1931 a la caída de MacDonald y de su partido y a la formación del llamado Gobierno Nacional. Mosley defendió su causa en un gran discurso parlamentario, el 28 de mayo, que produjo una profunda impresión no habitual en sus oyentes, y en octubre apenas se sometió a la conferencia anual del Partido Laborista. En el llamado Mosley Manifest volvió a resumir sus concepciones y reivindicaba, entre otras cosas, la formación de un gabinete interior de cinco ministros de distintas carteras, los cuales habían de obtener tantos plenos poderes que tenían que enfrentarse a la crisis económica como «dictadores». Había algunas razones para esperar que él lucharía por la dirección del Partido Laborista y que, en un tiempo previsible, realizaría sus recomendaciones siendo primer ministro. En vez de ello, empero, emprendió un camino que primero le hizo fundar un nuevo partido de poca vida, el New Party, luego, en otoño de 1932, la British Union of Fascists, y que le hizo pasar de ser un serio aspirante al supremo cargo gubernamental, a ser una figura marginal sin influencia en la política.

El motivo primero fue seguramente el agudizado sentido que tenía Mosley de su misión y de su significación personal. Evidentemente, creía que solamente él era capaz de salvar el Estado y que, por ello, tenía que gozar de una medida de libertad de decisión personal que la torpeza del procedimiento parlamentario recortaba hasta hacerla inservible. De ahí que quisiera tener en sus manos un «instrumento de acero», un «movimiento moderno», que pudiera imponerse al Estado y conformarlo, de tal modo que no se pusieran

ningún tipo de obstáculos en el camino de la suprema voluntad ordenadora.

Su aversión hacia los viejos partidos actuaba en el mismo sentido. En ellos incluyó ahora también al Partido Laborista y hablaba con desprecio del *old gang,* que había de ser liquidado por una *élite* nueva, joven, moderna.

Su voluntad de realizar integralmente sus ideas le empujó asimismo más allá del campo del sistema liberal, que necesariamente tiene siempre el carácter de compromiso y que ciertamente es capaz de hacer cosas que todavía breve tiempo antes eran inimaginables para el grupo dirigente (injerencias del Estado en la economía, extensión del derecho electoral, etc.), pero siempre deben ser realizadas después de cierto tiempo y bajo determinadas reducciones.

Las experiencias que Mosley hizo en el curso de la breve vida del New Party le decidieron a dar un paso muy importante y lleno de consecuencias. Es el caso que había chocado con la resistencia dura y a veces violenta de las masas organizadas por el Partido Laborista, que veían en él un traidor aristocrático a la causa obrera, y por ello se decidió a organizar un grupo de defensa, que sus enemigos comparaban gustosamente con la SA, a pesar de que fue creado por un boxeador judío.[38]

Mucho más importante, empero, fue el hecho de que Mosley encontró modelos con los que pudo orientarse, y estos modelos eran precisamente el fascismo de Mussolini y el nacionalsocialismo de Hitler. No le preocupaba a Mosley el hecho de que esos movimientos hubieran surgido de situaciones y de circunstancias históricas muy distintas, y que su motivación central no fuera en absoluto el pleno empleo y la inversión adecuada del capital nacional. Un viaje a Roma (y a Munich), que hizo a principios de 1932, le confirmó en la idea de que Italia, en comparación con Inglaterra, había encontrado una solución «más moderna», y el 1 de octubre de 1932 fundó la British Union of Fascists, compuesta principalmente de miembros de las organizaciones fascistas más antiguas y de los pocos ex miembros del Partido Laborista que habían abandonado el partido con él. En el mismo momento apareció su libro *The Greater Britain,* que representaba el escrito programático del fascismo británico.

Era un fascismo muy realista y nada mitológico el que explicitaba Mosley en este libro. En medio de las tormentas de la época, lo que importaba era unir la nación en un «haz»

(*fascio*) apto para la resistencia; únicamente cuando se hubiera organizado como un cuerpo humano para la colaboración sin rozamientos, podría solucionarse el problema del paro obrero, ante el cual el sistema de gobierno actual, nacido en el siglo XVIII y adecuado al siglo XIX, se encontraba sin recursos. Por encima de los partidos y de los intereses particulares debía existir un poder autoritario, capaz de actuar, que pudiera emitir leyes y que pudiera ser derrocado por el Parlamento únicamente mediante un voto expreso de censura. El fascismo no era otra cosa que la «capacidad de adaptación a nuevos hechos»,[39] su Estado corporativo significaba el Estado racionalizado. Había que resignarse ante la pérdida de la antigua supremacía inglesa sobre las mercados mundiales, y por eso Inglaterra se había de unir, con tanta mayor determinación, con su *Empire* en una unidad económica. Este *Empire*, en forma de espacio pacífico, que habría reducido sus relaciones con el mundo exterior al mínimo indispensable, sería un factor decisivo de la paz mundial. La fundamental condición previa era, sin embargo, que el gran capital abandonara su impulso antinacional de buscar posibilidades favorables de establecimiento en el extranjero, y que fuera disciplinado por medio de un National Investment Board. Con todo, el fascismo superaría no sólo en Inglaterra, sino en el mundo entero, el *«old gang of present parliamentarism»* [40] y se revelaría, en el momento de la crisis, como la única alternativa al comunismo destructivo.

Pero el principo según el cual había emprendido la marcha tuvo muy pronto sus efectos también sobre éste, el más racional de los fascismos: no por su propia actuación, sino por la conducta de sus enemigos. Tan pronto como aparecieron en la calle las columnas de hombres uniformados de negro tras el haz de varas,[41] fueron recibidas por masas antifascistas con demostraciones de repulsa y no pocas veces fueron atacadas físicamente. Sus manifestaciones se llevaron a cabo siempre bajo la protección de la propia Fascist Defence Force, que silenciaba rápidamente las interrupciones y los provocadores. Pero no era por casualidad que este nuevo partido produjera tanta oposición. Por su nacimiento y su nombre imponía a sus enemigos la asociación con los acontecimientos italianos y alemanes, e introdujo en la vida política inglesa un principio hasta entonces desconocido: el principio del grupo uniformado, que desafiaría al enemigo en sus propios centros. Muy pronto tuvo el aspecto parami-

litar una importancia que no tenía nada que desear de ningún otro movimiento fascista en el correspondiente estadio de desarrollo. En su cuartel general de Chelsea, en la llamada «Black House», vivían varios centenares de hombres siempre dispuestos a la acción; cuando se les requería para proteger una reunión, partían en camiones blindados, y durante su tiempo libre lo que más les gustaba cantar era la canción del Horts y del Wessel. El propio Mosley acostumbraba a aparecer en un enorme coche y rodeado de doce motoristas; como no le faltaba valor personal, se ponía él también a la cabeza de las manifestaciones, que en los barrios obreros tenían que ser protegidas por un fuerte contingente de policía. Aun cuando todo esto respondía muy poco a las tradiciones inglesas, con todo, Mosley y sus fascistas no fueron, en los años 1933 y 1934, una simple curiosidad. El número de partidarios aumentó exponencialmente, nadie menos que Bernard Shaw predijo a Mosley una victoria próxima, lord Rothermere tomó partido en el «Daily Mail», con su sensacional artículo *Hurra por los camisas negras*,[42] que ponía al fascismo como la alternativa más eficaz frente a la toma del poder rojo y a Stafford Cripps; apoyo financiero evidentemente tampoco faltaba,[43] y Mosley pudo llenar de partidarios y curiosos las mayores salas de reunión de Londres, como el Albert Hall e incluso el Teatro Olympia, lo cual aún no había conseguido nunca ningún partido político. La pompa era apenas menor que en los mitines de Hitler: Mosley entraba bajo el clamor de las trompetas, precedido de portaestandartes, que tomaban posición alrededor de una tarima dominada por un gigantesco haz de varas de plata, mientras que los camisas negras del auditorio gritaban su «*M-o-s-l-e-y-Mosley. We want Mosley*». Era el estilo de los mítines de la época del fascismo, que desplazó en toda Europa, durante estos años, el estilo más viejo de las reuniones políticas, el banquete o el discurso con discusión final, desplazamiento que ocurrió incluso en los actos del Frente Popular francés. Pero la peculiaridad inglesa consistía en que con la perfección del estilo plenamente desarrollado chocaban restos de las viejas costumbres, que en Alemania y en Italia habían desaparecido totalmente por esta época: *había* interrupciones y después de ellas Mosley se callaba por algunos momentos, mientras los focos se dirigían sobre el perturbador y miembros de la Defence Force caían sobre él. En numerosos participantes, esta interacción de supremacía

técnica y corporal daba la impresión de una brutalidad particularmente repulsiva, y no es del todo injustificada la suposición de que el retroceso del movimiento fascista británico data del punto culminante de la reunión del Olympia. Pero sin duda también tuvo su papel en ello la irrupción del antisemitismo. Mosley no había podido resistirse al intento de reemplazar la tendencia abstracta y totalmente impersonal del gran capital a ganar los máximos beneficios por la figura intuitiva del judío que engañaba y explotaba a los indígenas. Con ello ciertamente atrajo a su vela el viento de los sentimientos xenófobos, que en Inglaterra no son menos fuertes que en cualquier otro país; [44] pero a partir de entonces también tuvo que luchar contra la fuerte corriente del sentido inglés de la justicia, y desvió mucho apoyo financiero a las cajas de sus enemigos. Finalmente, su autoidentificación cada vez más abierta con Hitler le fue descalificando a los ojos de una opinión pública que quería considerar a Hitler de manera desapasionada, ciertamente, pero en absoluto como un modelo.[45] En los últimos años antes de la guerra, el movimiento de los camisas negras desempeñó un papel importante ya sólo en el East End de Londres, donde llevó a cabo una campaña progrómica contra los judíos, que allí eran bastante numerosos. Mosley ya no pudo influir en modo alguno en las grandes decisiones políticas de los años 1938 y 1939: el hombre que en 1931 podía ser considerado el futuro primer ministro no era en 1939 mucho más que el jefe de una banda.[46] Pero hay que tener en cuenta que el desarrollo del fascismo británico chocó con un gran número de obstáculos, que no se presentaron en otros países con tal intensidad: desde 1931 Inglaterra fue gobernada por un Gobierno conservador extraordinariamente fuerte en el Parlamento, de modo que el terreno de los temores conservadores no estaba muy abonado, y a partir de 1933 participó en el impulso económico general, por lo que las clases medias no tenían razones para desesperarse. Por esto, Inglaterra no pasó por la prueba de saber qué grado de capacidad de resistencia habían desarrollado por sí mismas sus viejas tradiciones parlamentarias y liberales: [47] a pesar de sus debilidades, el movimiento de Mosley era demasiado fuerte para que esta pregunta pueda decidirse con univocidad fuera de toda duda.

Pero también a Mosley, a consecuencia de su fracaso, le fue ahorrado el tener que poner a prueba la consistencia

interna y la fuerza de sus convicciones. Indudablemente se diferenciaba de Mussolini y Hitler por el hecho de que ni sus enemigos más duros podían poner en duda la sinceridad de su voluntad de paz. Pero este deseo de paz se basaba completamente, no obstante, en el hecho de que el *Empire* ya existía y era una estructura económicamente autárquica, por lo menos en potencia. ¿Y podía lograrse la cristalización de la situación presente que Mosley tenía ante los ojos realmente sin una política de opresión sangrienta? Lo que podía esperarse se desprende con suficiente claridad de la declaración de Mosley de que un gobierno fascista, en caso necesario, no se arredraría ante el cierre de todas las fábricas algodoneras de la India para eliminar la competencia en contra de la industria algodonera inglesa.[48] ¿Y cómo podía ser el fascismo el principio de una nueva y mejor ordenación del mundo si esa autarquía a la que apuntaba esencialmente sólo era posible bajo las condiciones totalmente excepcionales del imperio colonial inglés y, quizá, del francés? ¿Acaso la concepción de Mosley, transportada a países como Alemania e Italia, no conducía necesariamente a la reivindicación de la conquista violenta de espacio vital? ¿Y no era el fascismo de Mosley, a pesar de su solidaridad moral con los actos de Hitler, expresión, precisamente desde el punto de vista del fascismo, de una profunda decadencia, que solamente trata de preservar las posesiones presentes y ofrecer resistencia a los nuevos desarrollos? Seguramente el ejemplo de precisamente este movimiento fascista, que se caracterizaba a sí mismo con el mayor énfasis como moderno y que desde su principios fue, de todos los fascismos, el más racional y pacífico, muestra de la manera más clara que todos los fascismos no pueden ser ni racionales, ni pacíficos, ni incondicionalmente solidarios entre sí.

Francia

Partidos o tendencias conservadores los hubo, durante la segunda mitad del siglo XIX, en todos los Estados de Europa, y no pocos de ellos sobrepujaron los gobiernos de las monarquías constitucionales o incluso absolutas por la energía de su acción en favor de la tradición y en contra de la revolución. Pero solamente en Francia podía nacer un grupo que estuviese lleno de una enemistad radical hacia la forma esta-

tal, puesto que esta forma estatal parecía representar la revolución y allanar el camino de su forma más radical de manifestarse; pues sólo en Francia había una república democrática. Esta enemistad radical tenía que adoptar la forma del realismo, pues en Francia existía sólo *una* tradición que no procediera de la Revolución Francesa, a saber, la monárquica. Pero al mismo tiempo tenía que ser *neo*rrealista, si no quería verse colocada, desde el principio, en el bando derrotado. De ahí que tuviera que recoger elementos esenciales de la tradición revolucionaria y con ello no tener ya una idea legitimista de la monarquía, sino funcional; no valorar la Iglesia ya como algo sagrado, sino como una construcción técnico-organizativa. Por añadidura tenía que esforzarse, al menos tendencialmente, por un entendimiento con la fuerza social más joven, el proletariado, y al mismo tiempo desarrollar una organización y una táctica ofensiva que le dieran la oportunidad de un triunfo basado en la aplicación de la violencia. Todas estas características se reunían en la Action Française, la agrupación fundada en 1899, durante las tormentas del caso Dreyfus, por Henri Vaugeois y Maurice Pujo, que pronto cayó bajo la influencia dominante de Charles Maurras. Hasta el estallido de la guerra desarrolló una doctrina coherente, que era conservadora de un modo radical y, precisamente por ello, revolucionaria; con los Camelots du Roi creó una tropa que se supo imponer con violencia en los choques del Quartier Latin; fundó una Escuela Superior del Partido y una editorial del Partido, y sobre todo desde 1908 disponía de un diario, que utilizaba un lenguaje más provocador y desconsiderado que cualquier otro órgano de prensa de Francia. Buscó y halló conexiones con el sindicalismo revolucionario y, durante cierto tiempo, atrajo a su órbita nada menos que a Georges Sorel. De este modo adoptó en el multiforme juego de fuerzas políticas de Francia una posición totalmente inconfundible; y si se podía decir que, en definitiva, también fenómenos como el bonapartismo o el boulangerismo habían integrado rasgos conservadores y revolucionarios, no obstante, se diferenciaba de ellos claramente por el fanatismo con el que hacía responsables de todo mal a «protestantes, judíos, masones, metecos» y veía en la revuelta el camino, no tanto de la restauración, sino el de la refundación de la tradición, libre de todas las amenazas.[49]

Que la Action Française, antes de la guerra mundial, se

había anticipado de hecho al fascismo en cierto modo, y no sólo de una manera ideológica y sutil, queda demostrado palpablemente por el hecho de que, de todas las numerosas formaciones que fueron denominadas fascistas por la izquierda francesa, algunas de las más importantes habían salido de la Action Française como de una matriz y superaron su origen solamente en ciertos aspectos externos, pues en efectividad real quedaron siempre detrás de ella. Esto vale sobre todo para el *Faisceau*[50] de Georges Valois, que generalmente es considerado el «primer grupo fascista de Francia».

Georges Gressent-Valois había sido a lo largo de quince años una de las personalidades dirigentes de la Action Française, a saber, como director de la gran editorial del Partido, la Nouvelle Librairie Nationale, y como experto en economía. Procedía del sindicalismo revolucionario y en 1913 había fundado el Cercle Proudhon, en el cual se dio ese encuentro de vías realistas y sindicalistas. En 1923 había hecho una visita al Duce, y a partir de ese momento parece que se consideró a sí mismo el Mussolini francés. Cierto que en 1925 se separó de Maurras y Daudet todavía en un buen entendimiento aparente, para publicar su propio periódico, «Le Nouveau Siècle»; [51] pero pronto se hizo patente la profundidad de la discrepancia que los separaba. Valois reprochaba a Maurras su incapacidad para la acción: el jefe de la Action Française era ciertamente un gran pensador, pero no un «jefe» que supiese aprovechar la ocasión y tomar el poder. Por esto fundó a fines de 1925 su propio partido, a saber, el Faisceau, para remediar este fallo. Sus camisas azules entraron pronto en choques físicos, pero sólo con los Camelots du Roi; el gran público no prestó mucha atención al nuevo partido. Con todo, muy pronto se hizo evidente que aquel reproche, aunque ciertamente quizá no fuera injusto, en todo caso era sin fundamento: en Francia no dependía de la mayor o menor decisión de un único hombre el que el Gobierno pudiera ser derrocado violentamente. La Cámara elegida en 1919 (la llamada Chambre Bleu Horizon) era máximamente conservadora, y Poincaré dirigió una política tan rudamente nacionalista que incluso Maurras tenía poco que censurar. Después de la victoria electoral del «desafío» de las izquierdas, en el año 1924, la situación cambió sólo temporalmente; no pasó mucho tiempo antes de que las dificultades financieras y las rivalidades entre radicalsocialistas y socialistas llevasen nuevamente a Poincaré al timón. Los años veinte no ofrecían a

la Francia victoriosa ninguna posibilidad para un golpe fascista, independientemente de que fuera Maurras o Valois quien estuviera a la cabeza de tropas de choque tan fanáticas.

Lo peculiar fue, sin embargo, que los cambios en la ideología que emprendió Valois terminaron en una moderación del fanatismo. En su libro aparecido en 1927, *Le fascisme*, busca una reconciliación con los judíos y retorna explícitamente a la concepción de Barrès de las «*diverses familles spirituelles de la France*», que no puede concordar con un totalitarismo fascista.[52] De ahí que también Alfred Rosenberg, que había puesto su atención en esta nueva manifestación, haga al Faisceau el reproche de no conocer el antisemitismo, y por lo tanto niega explícitamente que se trate de un intento nacionalsocialista:[53] olvida en el Faisceau precisamente lo que éste había incorporado al separarse de la Action Française.

Un tercer rasgo diferencial fue el giro hacia la izquierda que llevó a cabo Valois. Llegó a un acuerdo con algunos jefes comunistas, evidentemente con la esperanza de liberarlos del marxismo internacional y eslavo, la doctrina de la «horda», y ganarlos para la causa de un socialismo nacional. Sus consejos económicos, en una conexión, que no podía ser pasada por alto, con su primera época, le llevaron a la idea de sustituir la economía de provecho capitalista por un Estado sindicalista de productores. Pero precisamente esta conexión demasiado sincera con la izquierda hizo evolucionar su propia comprensión del fascismo: ya en 1928 criticaba duramente al fascismo italiano por ser una forma de la «reacción» y se acercó cada vez más al antifascismo, para morir durante la Guerra Mundial en un campo de concentración alemán.

Mucho más claras están las cosas en el caso de Marcel Bucard, que había sido miembro del Faisceau y que fundó algunos años más tarde su propio partido, el llamado *francisme*. Entre tanto, la situación histórica se había modificado fundamentalmente. De nuevo había obtenido la izquierda una gran victoria electoral (1932), pero esta vez se hallaba la homogeneidad de los Estados de partido de Italia y Alemania junto a la disgregación francesa, que en todo caso, en líneas generales, era la consecuencia de la inconmovida posición de fuerza social de las derechas. Bucard no vaciló ni por un momento en apelar al modelo de Hitler y Mussolini: el estilo de su movimiento es franca y penetrantemente fascista: cuartel general y culto al jefe, uniforme con hombre-

ras, desfiles con banderas y ejercicios de tiro, prestación de juramento y campos de verano.[54] La ideología, con su repudio tanto «del sistema capitalista de la plutocracia gozosa, como del sistema colectivista de los negadores de la nación»,[55] encajaba perfectamente, pero no era precisamente original. Por algún tiempo se diferencia el grupo de Bucard de un ala disidente bajo la dirección de Henry Coston,[56] por la ausencia del antisemitismo, pero ya en 1936 se alcanza en este dominio la adhesión al canon internacional. En general, el grupo no consigue tener un aspecto propio y específicamente francés como lo había tenido la Action Française desde siempre. Quizá por ello le fue tan fácil a Bucard hacerse el campeón del fascismo internacional y aparecer bajo las candilejas del congreso fascista de Montreux en diciembre de 1934.[57] A pesar de que le gustaba presentarse como el patriarca de la ortodoxia fascista en Francia, su movimiento llegó, a lo sumo, a los 10.000 miembros y nunca pudo ejercer ninguna influencia ni en la vida política ni en la intelectual.

Cuando la izquierda francesa clamaba por un Frente de Unidad Antifascista, no pensaba en los francistas ni en la Solidarité Française,[58] sino en las grandes uniones de ex combatientes, ante todo en la Croix de Feu. En este punto damos con la segunda raíz del fascismo francés, que es independiente de la Action Française, aunque naturalmente no se desarrolla separadamente de ella, sino que se halla constantemente bajo el efecto de su estímulo y también de sus golpes. Que las diferentes uniones de ex combatientes simpatizasen con un gobierno nacional fuerte y mostrasen poca predilección por la izquierda radical e internacionalista era un hecho tan comprensible en Francia como en el resto de Europa —estas uniones no eran, pues, en absoluto, totalmente apolíticas,[59] pero a lo sumo más o menos filofascistas—; en definitiva, el fascismo italiano había empezado como una organización de combatientes, aunque hubiese tomado pronto ya un distanciamiento bastante notable respecto de las grandes asociaciones. En Francia, la Croix de Feu sobresalió de las demás Unions de Combattants por su carácter de *élite*: originariamente sólo aceptaba hombres que se hubiesen destacado en el frente; la principal acusación que acostumbraban hacer a determinados políticos era la de que no habían estado en la lucha. No obstante, a principios de los años treinta la organización se configuró más flexiblemente: también se admitieron combatientes ordinarios e hijos de combatien-

tes,[60] y bajo el influjo de la política de André Tardieu, sufrió una politización cada vez más innegable. Esto se explicaba, en no escasa medida, por la actividad del coronel De la Rocque, quien en poco tiempo llegó a ser el jefe del movimiento. Hacia 1935, los Croix de Feu contaban con alrededor de 700.000 miembros, y sus marchas masivas eran la más importante piedra de escándalo para la izquierda. Cuando en los años 1933 y 1935 se discutían las probabilidades de una guerra civil (y se discutieron mucho), se citaban siempre en primer lugar, por el bando de las derechas, las formaciones de los cruzados de fuego. De hecho, éstas se preparaban totalmente para el estallido de la guerra civil. Su organización era extraordinaria y se había formado completamente según el modelo militar. Disponían de su propio servicio de información y poseían un código secreto con disposiciones precisas para el caso de una movilización. Se podían movilizar brigadas de «*dispos*» en el más breve tiempo; con intervalos regulares tenían lugar ejercicios militares. Se trabajó especialmente en la fuerte motorización de los miembros. Así, por ejemplo, un atardecer de julio de 1935, nada menos que 6.500 camiones cargados de cruzados de fuego abandonaron París por la Porte St.-Cloud. En los cruces había postes que señalaban el camino hacia el objetivo mantenido en secreto. Poco tiempo después se habían reunido 25.000 hombres en las cercanías de Chartres. Tres mil antorchas iluminaban la noche, y sobre una carreta adornada de espigas hizo De la Rocque su discurso.[61] Si podemos confiar en ciertos informes, estaba a la disposición de los cruzados de fuego una escuadra de 150 aviones. No puede discutirse que los medios materiales que tuvo en sus manos el fascismo italiano para su marcha sobre Roma eran en comparación muy modestos. Pero, a pesar del temor que sin duda despertaban los cruzados de fuego en las izquierdas, a pesar del hecho de que antes de la guerra mundial no había ninguna organización de masas tan rígidamente formada, no pocas veces se ha puesto en duda que se tratara realmente de un movimiento fascista. De hecho, pueden formularse objeciones de mucho peso. La menor de ellas es que los Croix de Feu no iban uniformados, sino que sólo llevaban su distintivo y un brazal con los colores nacionales. Tampoco hay muchas razones para suponer que la composición social se diferenciara de los movimientos fascistas más puros. Ni siquiera es seguro que la aparente falta de espíritu de ataque, la postura de

defensa, impliquen una diferencia esencial: Mussolini marchó contra la capital sólo después de haber derrotado a sus enemigos en el campo. Sin embargo, lo cierto es que De la Rocque se distinguía demasiado netamente del tipo de jefe fascista, su doctrina era tan inconcreta que llegaba a ser insípida,[62] y en fin, chocó con la crítica más violenta por parte de las derechas,[63] mientras que los movimientos fascistas por lo general se reconocen por el hecho de que son *ellos* los que atacan apasionadamente a la «vieja» derecha. Por todo ello parece que los cruzados de fuego no alcanzaron ese «mínimo fascista» que debe ser común a todos los movimientos facistas a pesar de las grandes diferencias.[64]

Una tercera raíz del fascismo francés, no siempre claramente distinguible de las otras dos, era el anticomunismo «burgués». En la Francia de la postguerra no podía tener de momento gran significación, ya que, según la opinión general, no existía ninguna amenaza inminente por parte del comunismo. Pero las ideas de la burguesía cambiaron cuando, al ser llevadas las cenizas de Jean Jaurès al Panteón, en noviembre de 1924, con lo cual la izquierda festejó su triunfo electoral, los comunistas organizaron una gran manifestación y, bajo las notas de la Internacional, desfilaron por los *boulevards* con el puño levantado. De la impresión que resultó de ello surgieron, ante todo, las Jeunesses Patriotes, fundadas por el diputado parisino Pierre Taittinger, de momento como unión juvenil de la veterana Ligue des Patriotes.[65] Posteriormente se hicieron independientes y evolucionaron, uniformadas con trincheras azules y gorras vascas, hacia una tropa paramilitar de defensa de los partidos de derecha, que estaba compuesta de unidades de choque de cincuenta hombres cada una. Sus primeras víctimas las debieron ya en 1925 a los choques con los comunistas; durante la segunda era Poincaré retrocedieron mucho y solamente gracias a la nueva victoria de la coalición de izquierdas cobraron nuevas fuerzas. Su participación fue importante en los hechos del 6 de febrero de 1934; después de la disolución de las ligas ordenada por Léon Blum ya no volvieron a reconstituirse.

De naturaleza distinta, si bien fundamentalmente idéntico en sus efectos, fue el anticomunismo «proletario», que se produjo a consecuencia de la crisis de los partidos socialistas. La singular paradoja consiste en que los hombres a quienes escandalizaba el autoaislamiento del comunismo y el inmovilismo del socialismo, originariamente habían sido

impulsados por motivos antifascistas. Los llamados «neosocialistas» no fueron primero otra cosa que los miembros de una fracción de la SFIO,[66] que querían entrar en el Gobierno para hacer de la coalición una fuerza sólida, de modo que ésta pudiera afirmarse en contra del asalto de las derechas y de las ligas. Entre ellos se contaban algunos de los más antiguos veteranos del Partido, como Pierre Renaudel; otros, como Marcel Déat, pertenecían a un grupo más joven, que no retrocedía ante la crítica al marxismo y que propugnaba una mejor relación con las capas medias, el retorno al concepto de «nación» por parte del socialismo y una valoración más justa del concepto de autoridad. Después de separarse del grueso del Partido en el congreso de Avignon de diciembre de 1933, marcharon por caminos muy distintos; Marcel Déat, empero, se aproximó cada vez más a modos de pensar fascistas y durante la guerra fue uno de los colaboradores más famosos. Fundó el Rassemblement National Populaire, hizo llamamientos para la entrada en la Legión Francesa del frente oriental, y todavía en Sigmaringen mantenía alta la bandera de la colaboración. ¿Pero hay que llamar fascista a alguien que haya desconocido tan fundamentalmente la esencia del fascismo como Déat? Siguió siendo un hombre de izquierdas y veía en los soldados alemanes los continuadores y consumadores de la revolución de 1789. Por mucho que contenga esto un núcleo de verdad, es igualmente cierto que este «fascismo de izquierdas», como en toda Europa, no comprendía los verdaderos sucesos ni con quién tenía que habérselas.

Es dudoso que sea aplicable algo semejante a Jacques Doriot.[67] Su motivación residual fue el pacifismo; pero, con el transcurso del tiempo, este pacifismo adquirió un regusto tan fuerte de mentalidad de renegado, que para el teniente Doriot, en el frente oriental alemán, quizá nada era más decisivo que el odio del antes funcionario dirigente de la Internacional contra sus antiguos camaradas. Con todo, la evolución que hizo de los años 1934 a 1938 fue de considerable significación histórica, y el partido que fundó fue quizás el fenómeno más interesante en el abigarrado arco iris del fascismo francés. Ya se ha dicho que su punto de partida fue la lucha por el frente de unidad proletaria y que el Partido Comunista le expulsó debido a un modo de actuar que aceptó poco tiempo después, y que fue incluso su base de trabajo. Los comunistas le quitaron su puesto de diputado,

y el Gobierno del Frente Popular le separó de su cargo de alcalde en St.-Denis: fueron motivos a la vez concretos y personales los que le indujeron a ir, con el mayor apasionamiento, contra «Thorez La Guerre» y la política del Gobierno frentepopulista. Su partido, el Parti Populaire Français, fundado en los confusos días de la huelga que siguió al comienzo del Gobierno del Frente Popular, era fascista tanto como cualquier otro partido francés, puesto que comprendía un elevado porcentaje de antiguos comunistas e hizo intentos serios de introducirse en las fábricas;[68] pero no consiguió desarrollar su individualidad, ya que fue totalmente absorbido por el anticomunismo e hizo a todas las derechas un ofrecimiento de coalición, que fue un gran impedimento para desplegar su oposición a ellas. Por cierto tiempo tuvo Doriot éxitos considerables: sus concentraciones de masas en el Vélodrome d'Hiver estaban repletas, y al nuevo partido se adhirió cierto número de intelectuales de relieve. Desde luego, éstos se salieron de nuevo en buena parte, cuando Doriot, debido a su odio contra el «pacto de guerra» franco-soviético, fue llevado a un derrotismo declarado y a la aceptación incondicional del Acuerdo de Munich. Cierto que, después de la derrota de Francia, pudo fundar de nuevo su partido, cierto que en los últimos días de la guerra llegó a ser algo así como jefe de Gobierno en el exilio —pero no pudo ni siquiera unir su nombre a las grandes esperanzas de los años 1936 y 1937.

Al grupo de intelectuales antes citado había pertenecido Pierre Drieu la Rochelle, en cuya persona encarna, quizá del modo más patente, la naturaleza colorida, difícilmente concebible por sus transiciones incomprensibles, del fascismo francés. No fue ni su carácter ni la necesidad lo que le llevó a Doriot, si bien el terreno estaba preparado por la experiencia de la guerra. Pero durante una década había estado a favor de Ginebra y de una Francia europea, antes de que un haz de motivos le aproximara al fascismo: su profundo disgusto por la inmovilidad de la situación francesa, su horror ante el poder del despliegue de fuerzas totalitarias de Italia, Alemania y Rusia, su admiración por el juvenil impulso de estos acontecimientos, su aversión a la repetición de la guerra moderna, que la Humanidad ya no podría soportar y que debería ser sustituida por nuevas formas de virilidad. Pero si ya sólo estas motivaciones revelan una analogía a lo sumo muy parcial con las motivaciones de Hitler o Codrea-

nu, ¿qué resta entonces de la concordancia, cuando Drieu dice: «*Je ne me livre jamais à une cause, car il en est d'autres?*» Y precisamente tiene por esto tan gran fuerza probatoria del «signo» de la época el que el mismo hombre se exprese como sigue: «*La liberté est epuisée, l'homme doit se retremper dans son fond noir. Je dis cela, moi, l'intellectuel, l'éternel libertaire.*»[69]

Y por esto sería erróneo decir que en Francia no se dio propiamente fascismo alguno. En el Estado nacional más viejo y más sensible de Europa continental también lo hubo; sus comienzos fueron los más tempranos, su plenitud la más abigarrada y multidireccional, su decadencia más larga que cualquier otra.

Portugal

Portugal puede considerarse el ejemplo típico de aquellos países del borde oriental y occidental de Europa en los cuales el sistema liberal había logrado el poder a principios del siglo xx, sin que estuvieran presentes las condiciones históricas para ello. Después de la caída de la monarquía (1910), un pequeño grupo de liberales, que provenía esencialmente de la tenue capa de la intelectualidad de la capital, trató de crear de golpe, en un Estado totalmente católico, una estructura moderna que en los grandes Estados de Europa occidental y central había sido el resultado de luchas seculares y no claramente resueltas. A partir de 1910 se llevó a cabo en Portugal una lucha de aniquilación contra la Iglesia católica, mientras los propios grupos liberales y democráticos dominantes se veían ya amenazados por una extendida agitación de izquierdas, la cual encontraba suelo abonado en la situación social del país.[70] El resultado fue una cadena interminable de derrocamientos de gobiernos y presidentes, asesinatos políticos, levantamientos callejeros y golpes militares, que mantenía al país en un estado constante de febril inquietud, pero que permanecía lejos de la fértil intranquilidad que constituye la esencia del sistema liberal en funcionamiento. Incluso el triunfo de la «marcha sobre Lisboa», que emprendió el general Gomes da Costa en mayo de 1926 con casi todo el Ejército, pareció de momento no ser más que uno de los múltiples incidentes del variado juego, si bien éste se dirigía contra «los políticos» en general. Muy pronto em-

pezaron los choques entre los jefes militares, el general Carmona tomó el Gobierno sustituyendo a Gomes, tuvo que ser aplastada una insurrección mediante luchas sangrientas y al final se encontraron los vencedores igual de perplejos que sus antecesores ante la desesperada situación financiera del país. En este punto, su buena suerte quiso que se les ocurriera la idea de nombrar ministro de Finanzas al joven profesor Antonio de Oliveira Salazar, quien no sólo supo volver a poner orden en la economía doméstica, sino que, siendo primer ministro desde 1932, hizo de Portugal el paradigma del Estado corporativo-autoritario en Europa.

Nadie podía estar más lejos que Salazar del tipo del jefe fascista. Cierto que, siendo «pobre e hijo de un pobre», había surgido de la capa inferior del pueblo, pero tenía tras de sí una carrera de estudios muy regular y llena de éxitos, y nada le repelía más que los llamamientos demagógicos y la atmósfera recalentada de las concentraciones de masas. La duda, la pérdida de la fe y la aventura seguían siendo extrañas para él; fue siempre el fiel hijo de la Iglesia, que había recibido en otro tiempo las órdenes menores, si bien no se disponía en absoluto a satisfacer los deseos clericales de restaurar la situación de la época anterior a 1910. Cierto que criticaba el liberalismo y el marxismo con expresiones muy parecidas a las de los teóricos fascistas de toda Europa;[71] pero esta crítica no se levantaba sobre un terreno que ya había sido configurado por los resultados del liberalismo y el marxismo, y además le faltaba la tendencia anticonservadora, que es tan característica de todos los fascismos. De ahí también que el hablar de «Estado corporativo» en Portugal, donde los estudiantes todavía vestían sotana y mantón como signo de su «estamento», tuviese un sentido distinto que en Alemania e Italia, donde tenía como objetivo primordial la destrucción de organizaciones laborales establecidas desde hacía tiempo y la abolición del derecho electoral de las masas. Es verdad que también en Portugal el sistema electoral se basaba en que, tanto en la Asamblea Nacional como en la Cámara Corporativa, todos los puestos estaban ocupados por miembros del Partido de Unidad (la União Nacional),[72] pero este partido no era una creación de Salazar, sino que se le había dado vida antes de su época, por decreto gubernamental, y por su forma correspondía totalmente a los partidos gubernamentales de Rumania y Bulgaria, que no tenían vida propia y ni siquiera una dinámica específica. La mirada

retrospectiva a la Historia, empero, no podía producir una fuerza explosiva como el recuerdo de la Antigua Roma, del Káiser medieval o del Imperio de Zwonimir, porque Portugal todavía disponía de un imperio colonial muy grande. Por esto, Portugal no tenía ni tiene que ser considerado como un Estado fascista; la resistencia que se hizo aquí contra una oleada que, según palabras de Salazar, «crece cada vez más violentamente en todo el mundo», no tomó un carácter brutal y práctico, o sea, modernizado y relevante virtualmente para todo el mundo.[73]

Con todo, las olas de la época fascista alcanzaron también a Portugal, y esto no dejó de tener sus efectos. En diciembre de 1932 anunciaron los periódicos la fundación de un partido fascista portugués, que se llamó Sindicalismo Nacional y que fue dirigido por el doctor Rolão Preto.[74] El nuevo grupo llevaba camisas azules con un brazal blanco, sobre el cual podía verse la roja cruz de Andrés. Su diario, «A Revolução», llevaba numerosas imágenes del nacimiento del nuevo partido, el cual, de hecho, recordaba mucho más usanzas romanas que lisboetas: aparición del jefe con una espaldera de manos levantadas, viajes propagandísticos por las provincias, fuerte puesta en relieve de los males sociales de Portugal. El objetivo del nuevo partido era evidentemente el ganarse al proletariado, que era contenido más que tranquilizado por la dictadura.[75] Podía mirársele como una tropa auxiliar del régimen, pero también como enemigo potencial. Para el Gobierno fue manifiestamente el segundo punto de vista el que predominó: el movimiento fue aplastado, antes de que hubiera podido conseguir éxitos notables, pero se recogieron algunos de sus impulsos. El propio presidente Carmona dio las reglas gramaticales: desde siempre había sido él un admirador de Mussolini, pero los camisas azules portugueses no tenían ninguna justificación para su existencia, dado que el Gobierno participaba de la mayoría de sus ideales.[76] La fundación de la Vanguarda había de abrir un camino legal a los antiguos camisas azules, y en 1936 se dio a luz a las Juventudes Estatales, la Mocidade Portuguesa, la cual poco después del estallido de la guerra civil española, se unió a la Legião Portuguesa, como formación armada anticomunista. De este modo no faltaron uniformes en el Portugal de los últimos años treinta,[77] pero se trataba tan sólo de una asimilación externa a los Estados fascistas, mientras que todas las manifestaciones de Salazar no dejaban lugar a du-

das de que él repudiaba el «totalitarismo» incluso en su forma fascista.[78]

Por ello, difícilmente fue sólo la protección debida a la alianza con Inglaterra lo que le permitió al régimen sobrevivir después de 1945. Siendo mucho más antiguo que el fascismo, de cuyas premisas y tendencias evolutivas había sido afectado sólo superficialmente, el sistema conservador-autoritario mantuvo su fuerza vital en todos los sitios en los que no existían ni siquiera los presupuestos de un sistema liberal moderado, porque las capas dirigentes no eran lo bastante fuertes y activas si no estaban presas del temor omnipotente de enfrentarse a una revolución comunista. Tampoco después de 1945 cambió el mundo como por arte de magia, pero, lo mismo que la fuerza de la convicción de aquel reto que ahora se había anquilosado en el stalinismo, también había perdido el terreno aquella respuesta radical, que había sido al mismo tiempo su imagen opuesta y su reflejo.

Notas

Introducción

1. Olindo MALAGODI, *Conversazioni della guerra 1914-1918, a cura di Brunello Vigezzi,* Milán-Nápoles, 1960, t. II, p. 455.
2. La crítica de los profetas israelíes al tren de vida de los reyes o de los ciudadanos no puede denominarse radical, a pesar de toda su dureza, por cuanto se refiere únicamente a la desviación de determinados modos de vida de los presupuestos religiosos reconocidos universalmente. Inicios de una crítica radical se encuentran, no obstante, en los sofistas griegos, los cuales, con todo, no pretendían propiamente una transformación de la sociedad.
3. El término «sociedad pluralista» es demasiado formal y no permite reconocer el movimiento que, en todo caso, se especifica por medio del concepto de «sistema liberal» o «sistema europeo de partidos».
4. Informe de la embajada en Sofía del 7 de noviembre de 1930. Archivo Polít. del Ministerio del Ext., Bulgaria, «Politik», núm. 29, t. I.

I. *Los presupuestos fundamentales del fascismo*

1. A este respecto, *cf.* Heinrich MITTEIS, *Der Staat des hohen Mittelalters, Grundlinien einer vergleichenden Verfassungsgeschichte des Lehnszeitalters,* 7a. ed., Weimar, 1962; Otto HINTZE, *Weltgeschichtliche Bedingungen der Repräsentativverfassung,* en «*Staat und Verfassung*», *Ges. Abhandlungen zur allgemeinen Verfassungsgeschichte,* 2a. ed., Gotinga, 1962.
2. Jürgen HABERMAS, *Gestaltwandel der Öffentlichkeit, Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft,* Neuwied, 1962, p. 28.
3. MARX-ENGELS, *Werke,* t. I, p. 390.
4. *Id.,* t. 23, p. 791.

II. *Las premisas inmediatas del fascismo*

1. Édouard HERRIOT, *Jadis,* París, 1952, p. 6.
2. En Adolf und Viktor GENGENBACH (editores), *Aus grosser Zeit. Eine Auswahl der Kriegslyrik des Jahres 1914,* Mannheim, sin fecha.
3. Adolf HITLER, *Mein Kampf,* 73a. ed., 1933, p. 180.
4. Matthias ERZBERGER, *Erlebnisse im Weltkrieg,* Stuttgart, 1920, p. 14.
5. *The Intimate Papers of Colonel House,* Londres, 1926, t. I, p. 4.
6. «Spartakusbriefe», publicadas por el Partido Comunista de Alemania (Liga Espartaco), reimpresión sin lugar ni fecha, p. 159.
7. *Id.,* p. 171.

8. *Id.*, p. 160.
9. Ernst JÜNGER, *Der Kampf als inneres Erlebnis*, 7a. ed., 1938, p. 7.
10. *Id.*, p. 38.
11. *Id.*, p. 87.
12. Citado de David SHUB, *Lenin*, Wiesbaden, 1957, p. 379.
13. Calendario de Historia Europea *Schulthess* de 1919, primera parte: Alemania, Austria; fecha del 6 de septiembre.
14. *Id.*
15. Eduard STADTLER, *Als Antibolchewist 1918/19*, Düsseldorf, 1935, p. 49.
16. *Ursachen und Folgen*, t. III, pp. 212 y ss.
17. «La Internacional Comunista», año 1, núm. 1, p. IX.
18. Manifiestos, directrices, conclusiones del Primer Congreso. *Bibliothek der Kommunistischen Internationale*, I, Hamburgo, 1925, p. 21.
19. *Id.*, pp. 4 y ss.
20. «La Internacional Comunista», núm. 13, pp. 12 y ss.
21. *Id.*, p. 42.
22. Según Günther NOLLAU, *Die Internationale*, Colonia-Berlín, 1959, pp. 388 y ss.
23. Protocolo del Tercer Congreso de la Internacional Comunista. *Bibliothek der Kommunistischen Internationale*, XXIII, Hamburgo, 1921, p. 49.
24. *Id.*, p. 88.
25. *Id.*, p. 761.

III. *Los comienzos de los movimientos fascistas*

1. Para todos los capítulos sobre el fascismo italiano, *cf.* Ernst NOLTE, *Der Faschismus in seiner Epoche*, Munich, 1963.
2. *Opera omnia di Benito Mussolini*, Florencia, 1951 y ss., t. XIV, p. 9.
3. Reginald H. PHELPS, *Hitler als Parteiredner im Jahre 1920*, «Vjh. f. Zeitgesch», año 11, 1963, p. 314.
4. «Auf gut deutsch», año 1920, p. 402.
5. MUSSOLINI, *op. cit.*, t. XVIII, p. 258.
6. *Id.*, p. 416.
7. La Orgesch (= Organisation Escherich) era la más antigua de las organizaciones de autodefensa de Baviera. Después de que hubo perdido su significación, fue sustituida principalmente por la liga Bayern und Reich del consejero de Sanidad, Pittinger.
8. Christian HORKENBACH, *Das Deutsche Reich von 1918 bis heute*, Berlín, 1930, fecha del 7-10-1923.
9. Protocolo de la Conferencia del Ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista, Moscú, 12-13 de junio de 1923, Hamburgo, 1923, p. 267.
10. Como mera alarma fue considerado también el primer acto de política exterior específicamente fascista: el bombardeo y ocupación de la isla griega de Corfú, a fines de agosto de 1923, después de que miembros italianos de una comisión encargada de la fijación de la frontera albanesa fueron asesinados por unos desconocidos. Mussolini dirigió al Gobierno griego un ultimátum con exigencias sobremanera humillantes y, cuando Grecia apeló a la decisión de la Sociedad de Naciones, pasó sin demora a ejecutar el citado acto de aplastar violentamente al más débil. El asunto

pareció revestir analogías con el proceder de Polonia contra Vilna, o el de Lituania contra la región del Memel, y, gracias a la mediación de Inglaterra, terminó con un éxito limitado de Mussolini; pero como se trataba del proceder de una gran potencia, que desafiaba la autoridad popular de la Sociedad de Naciones no sólo fácticamente, sino también ideológicamente, este incidente debe ser considerado retrospectivamente como el primer duro golpe del sistema de la Sociedad de Naciones, al que siguió el segundo en 1931 con el ataque de Japón a Manchuria.

11. De manera similar se estableció una dictadura conservadora en Lituania, en diciembre de 1926, cuyo primer dirigente fue pronto el profesor Woldemaras.
12. MUSSOLINI, *op. cit.*, t. XIX, p. 17.
13. *Id.*, p. 196.
14. *Id.*, pp. 357 y ss.
15. *Id.*, p. 187.
16. Compilado en *Nazional-fascismo*, Turín, 1923.
17. En *Il Fascismo*, Antologia di scritti critici a cura di Costanzo Casucci, Bolonia, 1961, p. 198.
18. Ambos manifiestos se hallan en Nino VALERI, *La Lotta polittica in Italia dall' Unità al 1925*, Florencia, 1962, pp. 631 y ss.
19. Francesco NITTI, *Bolschewismus, Faschismus und Demokratie*, Munich, 1926.
20. Luigi STURZO, *Italien und der Faschismus*, Colonia, 1926.
21. *Id.*, p. 213.
22. *Id.*, p. 222.
23. En CASUCCI, *op. cit.*, p. 242.
24. *Id.*, p. 252.
25. En Paolo ALATRI, *L'Antifascismo italiano*, Roma, 1961, t. I, p. 426.
26. *Id.*, p. 432.
27. Citado por SALVEMINI, *The Fascist Dictatorship in Italy*, Nueva York, 1927, p. 20; R. Palme DUTT, *Fascism and Social Revolution*, Londres, 1934, p. 260.
28. Protocolo de la Conferencia del Ejecutivo ampliado..., *op. cit.*, p. 293.
29. En Herman WEBER (editor), *Der deutsche Kommunismus*, Colonia-Berlín, 1963, p. 181.

IV. *Fascismo y antifascismo a partir de 1933*

1. *Cf.* Ernst NOLTE, *Nationalsozialismus und Faschismus im Urteil Mussolinis und Hitlers*, en *Schriftenreihe des Internationalen Schulbuchinstituts*, t. 8.
2. Georg DECKER, en «Die sozialistische Revolution», Monatschrift für die Probleme des Sozialismus, año I, núm. 1, octubre de 1933, p. 20.
3. MUSSOLINI, *op. cit.*, t. XXIV, p. 236.
4. La «Colonna celere», bajo el mando de Achille Starace, había conquistado Gondar.
5. Gaetano SALVEMINI, *Prelude to World War Two*, Londres, 1953, p. 303.
6. Había sido prohibida tan sólo la organización política de la Action Française, pero no su diario.

7. Hermann WEBER (editor), *op. cit.*, p. 352.
8. Acta Hossbach, en «IMG», t. XXV, pp. 402-413.
9. Charles Loch MOWAT, *Britain between the Wars 1918-1940*, Londres, 1955, p. 615.
10. Keith EUBANK, *Munich*, Oklahoma, 1963, p. 137.
11. Tuvieron cierta significación las siguientes obras, entre otras: Friedrich WOLF, *Professor Mamlock* (1935); Klaus MANN, *Mephisto* (1936) y *Der Vulkan* (1939); Bodo UHSE, *Söldner und Soldat* (1935).
12. R. Palme DUTT, *op. cit.*, p. 72.
13. *Id.*, p. 81.
14. *Id.*, p. 70.
15. *Id.*, p. 53.
16. *Id.*, p. 187.
17. *Id.*, p. 177.
18. Robert A. BRADY, *op. cit.*, p. 380.
19. Ignazio SILONE, *Die Schule der Diktatoren*, Zurich-Nueva York, 1938, p. 91.

V. *La guerra y la caída de los fascismos*

1. Martin GILBERT, *Britain and Germany between the Wars*, Londres, 1964, p. 105.
2. «Brüsseler Zeitung», del 6-1-1941.
3. J. PLUMYÈNE y R. LASIERRA, *Les fascismes français 1923-1963*, París, 1963, p. 153.
4. *Cf.* Paul HAUSSER, *Waffen-SS im Einsatz*, Gotinga, 1953, pp. 232 y ss.

VI. *Los Balcanes y la Europa sudoriental*

1. El 4 de enero de 1926 fue proclamada la dictadura del general Pangalos, quien ya era primer ministro desde junio del año anterior y presentó un «programa» que se apoyaba exclusivamente en las fuerzas de choque armadas. No obstante, a fines de agosto de 1926 Pangalos fue derrocado.
2. El general Kondylis decía el 13 de marzo de 1935: «Todo conflicto y todo desacuerdo debe desaparecer en el futuro, y nuestro programa de política interna no se diferenciará mucho del programa del gran creador de la nueva Alemania, Adolf Hitler.»
3. Archivo Polít. del Ministerio del Exterior, Grecia, «Pol.» 29, Informe del 9-5-34.
4. El 13-6-34 la Philiki Eteria Hellinon mandó una carta a Hitler en la que le hacía la propuesta de una alianza «antiitaliana», que permitiría al Tercer Reich extender sus fronteras hasta Trieste. Igualmente fantásticas o imposibles de ser tomadas en serio son la mayoría de los escritos que organizaciones griegas (semi)fascistas dirigían a Hitler o Rosenberg, y que se encuentran en el Archivo Polít. del Ministerio del Exterior.
5. «Inprekorr», 1926, pp. 121 y ss. Parece ser que una serie de víctimas fueron quemadas vivas en instalaciones de calefacción a vapor de la Seguridad Pública. Al hermano de Georgi Dimitroff se le

trituró la cabeza en una prensa y el cadáver fue puesto junto a los muertos (más de doscientos) del atentado (*idem*).

6. «Berliner Börsen-Zeitung», 14-7-1923.
7. «La organización macedónica representa un verdadero Estado con poder legislativo y ejecutivo, cuya única diferencia respecto de los demás Estados es que no es sedentario, sino ambulante. Por eso tampoco dispone de cárceles, sino sólo de *castigos* de diversos grados: primero la amonestación, luego multa y paliza, en el caso de los comerciantes boicot, posteriormente la condena a una misión con riesgo de vida (generalmente un atentado) y finalmente la muerte. En la cúspide rige el Comité Central, compuesto de tres miembros pares, que es responsable ante el Congreso. Se fomentan de una forma primitiva los impuestos (algunos forasteros los llaman también extorsiones). Existe una política financiera y una política económica, y autoridades docentes para la instrucción secreta en las regiones oprimidas...» («Frankfurter Zeitung» del 28-12-1928). Los jefes más importantes del IMRO fueron Todor Alexandrov (asesinado en 1924), Alexander Protogerov (asesinado en 1928) e Ivan Mihailov. *Cf.* también MACARTNEY y PALMER, *Independent Eastern Europe*, Londres, 1962, pp. 19 y ss., 227 y ss.
8. Al atentado contra la catedral Sveta Nedelja de Sofía, el 16 de abril de 1925, en el cual hallaron la muerte más de doscientas personas, le había precedido el asesinato de varios diputados comunistas y agrarios, y verdad es que también la muerte violenta del general anticomunista Georgiev.
9. En el año 1931 la organización sucesora del PCB pudo lanzarse a la campaña electoral con el lema «Abajo la dictadura fascista» y obtener así casi el 15 por ciento de los votos («Inprekorr», 1931, p. 1404 y ss.).
10. HAAS, *Europa will leben*, Berlín, 1936, p. 83.
11. Archivo Polít. del Ministerio del Ext., Bulgaria, «Politik», 29, t. I, Informe del 29-11-1927.
12. «Il Lavoro Fascista», Roma, 19-9-1933. El estandarte del grupo llevaba en la mitad superior los colores nacionales, blanco-verde-rojo. La mitad inferior estaba dividida en diagonal en dos partes, una negra y la otra dorada. En la parte negra se veía un haz de varas con la cola de caballo, que simbolizaba la vieja bandera búlgara, mientras que el color negro simbolizaba el duelo de la nación por la pérdida de la Dobrudja y de Macedonia; el color de oro simbolizaba el trigo como principal producto nacional. Ilustración hecha por Haas, p. 87.
13. *Cf.* la entrevista con Zankoff en el «Neuen Wiener Tagblatt» del 25-6-1939: *La vía de desarrollo búlgaro*. Ahí se dice, entre otras cosas: «Mi movimiento socialnacional rompió por esta razón con todas las viejas ideas de los partidos y propuso para Bulgaria bases totalmente nuevas: la idea autoritaria, el principio de jefatura, el bien del Estado por encima del bien del individuo, la preocupación por los económicamente humildes y, naturalmente, sobre todo, la lucha contra el bolchevismo.»
14. Participación esencial en el derrocamiento tuvo el Círculo Zveno, un grupo de intelectuales de tendencias autoritarias, que puede compararse quizás al Círculo de la Acción alemán.
15. El Partido del Derecho del Estado apelaba a las ideas del «mi-

lenario derecho estatal croata», es decir, la existencia independiente o relativamente independiente de Croacia; por eso combatió, hasta el estallido de la guerra mundial, la solución «trialista» germano-húngaro-eslava en el marco de la monarquía de los Habsburgos. A este respecto y sobre todo para Yugoeslavia y Croacia, *cf.* Ladislaus HORY y Martin BROSZAT, *Der kroatische Ustascha-Staat 1941-1945*, Stuttgart, 1964.

16. No hay que confundirlo con el médico doctor Ante Pavelic, quien fue elegido presidente del Senado yugoeslavo en enero de 1932 (SCHULTHESS, *op. cit.*, 1932, p. 354).
17. Un potencial fascista habrá que atribuir, desde luego, ya al movimiento de defensa de la Patria, Orjuna, que tuvo cierta participación en las luchas de 1919 en Austria y que reveló muchas analogías con las guardias patrióticas austríacas. No debería pasarse por alto el hecho de que, en los primeros años después de la guerra mundial, el comunismo fue fuerte no sólo en Croacia, sino en extensas partes de Yugoeslavia y que, por ejemplo, alcanzó la mayoría en 1920 en el Parlamento de la ciudad de Belgrado, y que en las elecciones parlamentarias obtuvo más escaños que el partido campesino croata.
18. Archivo Polít. del Minist. del Ext., Yugoeslavia, «Pol.», 29, Informe del 1-6-32.
19. *Id.*, Informe del 20-12-1934. La personalidad dirigente de la nueva agrupación era el ex ministro doctor Dmitrije Ljotic, que más tarde, durante la época de la ocupación alemana, desempeñó un papel de cierta importancia. *Cf.* HORY y BROSZAT, *op. cit.*, p. 105.
20. Son características expresiones como la de que, hacía algunas décadas, el judío Marx había presentado una «doctrina insana», que escondía dentro de sí el peligro de la caída de la Humanidad (Pavelic, en septiembre de 1941, «Deutsche Zeitung in Kroatien», Agram, 24-8-41).
21. «Deutsche Zeitung in Kroatien», 24-8-41.
22. *Id.*, 10-8-41.
23. *Id.*, 25-11-41.
24. Para esto, *cf.* HORY y BROSZAT, *op. cit.*, pp. 93 y ss.
25. No obstante, no era absolutamente desconsiderada, y los colaboradores alemanes se desataron en quejas y sospechas, debido a ciertas medidas.
26. La apasionada acentuación de la «autonomía» provenía, en cualquier caso, de la conciencia de su irrealidad. *Cf.* el discurso de Pavelic en mayo de 1941: «El Estado croata posee hoy los mismos derechos que todos los Estados libres e independientes. Esto lo es hoy, lo será mañana, lo será eternamente, pues de ello se ocupa el movimiento Ustascha, ello la garantiza el ejército croata. Han pasado los tiempos en que el pueblo croata era un objeto. Ahora el pueblo croata es señor, y todo lo demás su objeto» («Deutsche Zeitung in Kroatien», 22-5-41). Análogamente decía un año más tarde: «Las grandes hermandades han de documentar la gran historia croata y demostrar que los croatas estaban organizados ya en una época en la cual otros pueblos todavía no conocían en absoluto las relaciones estatales ordenadas» (*Id.*, 2-7-41). Hasta qué punto había sido Croacia en realidad un objeto, quedó demasiado patente con los llamamientos después del armisticio italiano. Por otra parte, parece que

Pavelic no encontró ninguna objeción a que los súbditos de nacionalidad alemana organizados dentro de la milicia Ustascha prestaran juramento de fidelidad, no sólo a él mismo, sino también a Adolf Hitler (*id.*, 2-8-41).

27. Para lo que sigue, *cf.* sobre todo István Deák en *The European Right,* Berkeley - Los Angeles, 1965, pp. 364-407.
28. Schulthess, *op. cit.*, 1920, p. 394.
29. Dentro de este contexto también hay que considerar medidas como las siguientes: aplicación de la pena de muerte incluso a menores de edad, calificación de la cobardía como delito, prolongación del estado de excepción del Gobierno, inaugurado con la guerra, jurisdicción de las autoridades militares sobre las personas civiles («Berliner Tageblatt», 23-11-1929). Una institución característica de Hungría fueron los llamados «bienes de héroes», fincas rurales otorgadas por méritos en la guerra, a modo de patrimonios. En esta atmósfera fue posible también un escándalo mundial como el llamado «caso de los falsificadores de francos», en 1926: por motivos patrióticos, en el instituto cartográfico estatal se habían fabricado enormes cantidades de francos falsos, que hallaron su empleo en propaganda irredentista.
30. Schulthess, *op. cit.*, 1928, pp. 233 y ss.
31. En la batalla de Budaörs habían sido rechazados los regimientos de Hungría occidental, dirigidos contra Budapest por el rey, que había regresado. Desde entonces ya no pudo superarse la grieta entre los legitimistas y los llamados «electores reales libres».
32. Gyula Gömbös provenía, por línea materna, de una familia alemana; su declaración de que procedía de la pequeña nobleza húngara es característica, pero no exacta. En 1919 fue un íntimo colaborador de Horthy, en el contragobierno de Szegedin. En los primeros años veinte estuvo, a través del coronel Bauer y el aventurero Trebitsch-Lincoln, en estrechas relaciones con Ludendorff y Hitler. Sobre la fundación del MOVE y las actividades de Gömbös como protector de la raza, *cf.* sobre todo el capítulo introductorio en C. A. Macartney, *October Fifteenth,* Edimburgo, 1956-1957.
33. Los del Despertar de Hungría enviaban regularmente delegaciones a Roma, generalmente con camisas negras, y parece que fue por primera vez ya en 1921 (Archivo Polít. del Minist. del Ext., «Pol.», 29, Informe del 15-8-25). El 3-2-1933 enviaron una carta a Hitler, en cuyo encabezamiento se puede ver el sol con la Corona de San Esteban sobre la vieja Hungría y a la derecha la doble cruz: «En nombre de las Aguilas del Despertar de Hungría enviamos, dando expresión a nuestra alegría, la bendición del dios de Hungría a la obra, que es casi un milagro de salvación nacional, del gran hijo de Alemania, Adolf Hitler. ¡Viva la Alemania nacionalsocialista! Con el saludo patriótico húngaro...» (Archivo Polít. del Minist. del Ext., Hungría, «Politik», 29, t. I).
34. Naturalmente, no hay que hacerse una idea exagerada del «liberalismo» del conde Bethlen. En febrero de 1927 dijo en un discurso político: «No necesitamos soñadores, que anuncien la República, el pacifismo, la paz eterna, Paneuropa y cosas parecidas. En el fondo, no son ciertamente malas personas, pero desde el punto de vista de la vida pública son perjudiciales» (Schulthess, *op. cit.*, 1927, p. 217).

35. «Berliner Tageblatt» del 6-7-1933.
36. DEÁK, *op. cit.*, p. 385.
37. HAAS, *op. cit.*, p. 353; apartándose algo, DEÁK, *op. cit.*, p. 386.
38. HAAS, *op. cit.*, pp. 366 y ss.
39. NAP (Nemzeti Akarat Partja).
40. «Pester Lloyd», Budapest, 24-8-1938.
41. *Cf.* el reportaje del «Neuen Zürcher Zeitung», del 11-5-1938, «Hungría y el nacionalsocialismo», sobre una entrevista con Szálasi. La conclusión del artículo es como sigue: «El movimiento nacionalsocialista de Hungría es un movimiento muy peligroso. Crece día a día. Únicamente con reformas profundas puede ser combatido y superado, no con meras medidas policiales...»
42. En el caso de la enemistad de Imrédy contra Szálasi no podía haber lugar a dudas: evidentemente, el ataque se dirigía a los cruzados flechados, cuando en un discurso declaró que «la sociedad cristiana no precisa del garrote de los jovenzuelos» («Pester Lloyd», Budapest, 16-1-1939). Imrédy creó su propio partido, Vida Húngara, que tomó prestado del estilo fascista tanto como Armand Calinescu en Rumania. En el estandarte del movimiento, el ciervo maravilloso del antiguo mito húngaro marchaba veloz sobre las tres colinas heráldicas, en círculos dorados, coronados por la doble cruz apostólica. Los seguidores del movimiento llevaban un uniforme que representaba una estilización del traje campesino húngaro y que subrayaba así su carácter popular. El sucesor de Imrédy, el conde Teleki, unificó el nuevo partido con el partido gubernamental, quitándole así lo poco que de peligrosidad potencial podía tener.
43. Lo característico de la violencia de los movimientos fascistas húngaros fue su estrecha conexión con elementos proletarios. Ya en 1923 se quejó Bethlen de que un correligionario de Gömbös había incitado a los maquinistas a oponerse al Gobierno («Neue Freie Presse», Viena, 3-8-1923). Más tarde, los cruzados flechados organizaron grandes manifestaciones callejeras, constituyeron formaciones secretas para la toma del poder y arrojaron ocasionalmente granadas de mano contra judíos. Uno de sus principales oponentes era el que fue durante muchos años ministro del Interior, Keresztes-Fischer («Pester Lloyd», 24-2-1939).
44. En algunos círculos del partido se le hizo el reproche de haber apartado a los viejos y meritorios combatientes Palffy, Festetics y Meskó («Pester Lloyd», 15-9-1941).
45. A pesar de todo, no fue, sin duda, un mero colaboracionista. Con una tremenda sobrevaloración de sus propias posibilidades y de las de Hungría, parece que se tuvo a sí mismo y a su país por pares iguales ante Hitler y Alemania. *Cf.*, sobre todo, MACARTNEY, *op. cit.*
46. Junto a Ionel, sus hermanos Vintila y Constantin desempeñaron un papel importante en la política rumana: Vintila, como ministro de Finanzas, y Constantin, como jefe de uno de los tres grupos en que se había disgregado el Partido Liberal a la muerte de Ionel; un primo más joven dirigió el grupo más derechista, mientras que a la cabeza del tercero, el más influyente, se hallaba Tatarescu. Vintila se hizo tristemente célebre por su política financiera

antiextranjera; únicamente el gobierno nacionalzaranista recibió elevados créditos del extranjero en 1928.

47. Un 70 por ciento de los periodistas y un 80 por ciento de los ingenieros de la industria textil eran judíos; el número de estudiantes no rumanos alcanzaba en 1934 casi el 50 por ciento. *Cf.* estos y otros datos en WEBER, *Romania*, en *The European Right*, pp. 529 y ss.
48. Klaus CHARLÉ, *Die Eiserne Garde*, Berlín-Viena, 1939, p. 90.
49. Archivo Polít. del Minist. del Ext., «Pol.», 5, t. 2, Informe del 21 de dic. de 1925.
50. En el mundo entero causó sensación la represión brutal de un levantamiento campesino (quizás inspirado por los comunistas) en Tatar Bunar. Los informes comunistas dan muchos detalles horribles sobre las «casas de muertos» de la Gran Rumania, frecuentemente llamada «fascista». *Cf.*, por ejemplo, «Inprekor», año 6, 1926, núm. 125, p. 2158, y núm. 157, pp. 2841 y ss.
51. *Cf.* los detalles grotescos en *Livre noir des élections tenues en 1922 dans l'arrondissement d'Argesch*, publicado por el Comité comarcal del Partido Campesino, Bucarest, 1922, o en el artículo *Wahlbilder aus Grosskokeln* («Siebenbürgisch-Deutsches Tageblatt», 14-7-27).
52. Sobre las esperanzas que despertó el éxito del Partido Campesino y del Partido Nacional transilvano en las elecciones parlamentarias posteriores al 8 de noviembre de 1919, y sobre el papel del general Averescu, *cf.*, C. A. MACARTNEY y A. W. PALMER, *op. cit.*, pp. 212 y ss.
53. Seguramente podría denominarse ya fascista la Liga para la Defensa Nacional-Cristiana. Siguió existiendo, incluso después de que Codreanu se hubo separado de ella en 1927, y en 1937 llegó al Gobierno por poco tiempo. En 1935, al convocarse su congreso en Czernowitz, después del informe de la delegación alemana, ondearon banderas con la cruz gamada por toda la ciudad y se cerraron todos los comercios judíos. Sus principales reivindicaciones en política interior eran la expulsión sin piedad de los judíos y la introducción del *numerus nullus* para todas las minorías en los cargos públicos y en el seno del Ejército (HAAS, *op. cit.*, p. 277). Sus partidarios vestían camisa azul, y en política exterior eran filoalemanes. Su periódico más importante era el «Apararea Nationala» (Defensa Nacional). De ella se separó en 1935 la llamada Cruz Gamada de Fuego (*Svastica de Foc*), del abogado V. Emilian, cuyos partidarios se contaban fundamentalmente entre el proletariado de Budapest y sus alrededores (CHARLÉ, *op. cit.*, p. 8). En el año 1932 apareció en la escena un Partido Nacionalsocialista, dirigido por el coronel Stefan Tatarescu, que, lo mismo que el NSDAP, llevaba como estandarte una cruz gamada en un campo blanco sobre una bandera roja, y cuyo programa partía totalmente de la distinción entre los «rumanos de pura sangre», para los cuales se exigían todos los derechos, y las minorías, a las que había que quitar todos los derechos sin más.
54. CODREANU, *Eiserne Garde*, Berlín, 1939, pp. 9 y ss.
55. *Id.*, pp. 15 y 17.
56. Se deduce claramente del libro de Codreanu que él y su gente fueron desde el principio los agresores. Es cierto que, en definitiva, la Legión tuvo que lamentar un mayor número de víctimas que el

Estado, pero no puede sostenerse, como lo hace Eugen Weber, que la Guardia de Hierro fuera más el objeto que el punto de partida de la violencia.

57. CODREANU, *op. cit.*, p. 206. En el informe del embajador alemán se califica a Codreanu de «joven exaltado», y en la sentencia de Turnu-Severin, de «condena» (Archivo Polít. del Minist. del Ext., Rum., «Pol.», 5, Ber. 28-10-1924 y 27-5-1925).
58. Jean et Jérôme THARAUD, *L'Envoyé de l'Archange*, París, 1939, p. 7.
59. CODREANU, *op. cit.*, p. 283.
60. El campo de trabajo más famoso fue el de Carmen Sylva, una especie de ciudadela; a partir de 1935 se organizaron en grande los llamados «*santier*»: pequeños grupos de trabajo de por lo menos cinco miembros, que por todo el país ofrecían su ayuda a los campesinos (CHARLÉ, *op. cit.*, p. 44).
61. Junto con Ion Motza, Stelescu había sido el único subjefe de la Guardia que tenía personalidad propia. Había fundado el grupo juvenil de los «hermanos de la cruz» y había entrado con él en la Legión; más tarde se separó del capitán, al cual, después de haber fundado un nuevo grupo, la Cruzada de la Rumanidad, atacó violentamente. Predijo su propio asesinato. Éste se llevó a cabo en circunstancias concomitantes bárbaro-místicas —sus diez camaradas de nido le mataron con unas 120 balas, partieron el cuerpo en pedazos y bailaron una danza de alegría encima del cadáver. Cinco de los asesinos eran estudiantes de teología. El motivo posteriormente referido una y otra vez, de que Stelescu había planeado el asesinato de Codreanu, era, según toda apariencia, pura fantasía. Datos exhaustivos sobre el caso Stelescu en J. et J. THARAUD, *op. cit.*, capítulo 13.
62. Palabra formada con los componentes de sus nombres (Niculae Constantinescu, Doru Belimace, Iancu Caranica), que, sin embargo, no es por casualidad que suena a la «*niké*» (victoria) griega.
63. No obstante, no hay que excluir subsidios alemanes. En las actas del Ministerio del Exterior se encuentra una «Nota para el Señor Ministro del Reich, Hess», propuesta por el consejero de la Embajada Von Pochhammer, bajo las instrucciones del conde Von der Schulenburg, nota que declara necesario «que se dispongan subsidios a los partidos políticos de Rumania» (Bajo L 301.444 y E 682.520, «Pol.», 29).
64. En todo caso, no fueron tanto las personalidades rumanas como los representantes diplomáticos de las potencias del Eje quienes tomaron parte en ello.
65. CODREANU, *op. cit.*, p. 441.
66. Ya en agosto de 1933 transmitió la Embajada alemana una solicitud de Goga por una audiencia ante Hitler (Archivo Polít. del Minist. del Ext., «Pol.», 29, 7-8-33).
67. Era un signo de la época el hecho de que no lo pudiera hacer sin recoger muchas características del estilo fascista: uniformes, banderas, desfiles. Es difícil determinar cuánto de todo esto es tan sólo parte de un movimiento juvenil recuperado y puesto al día. El rey Carol había declarado ya en 1938 que sus preferencias iban en esa dirección: es también digno de mencionarse en este contexto el movimiento juvenil nacionalzaranista, dirigido por Tilea, el que luego fue embajador en Londres.

68. La acusación se basaba en atentado contra el orden social, posesión de documentos secretos, posesión ilícita de armas y aceptación de dinero extranjero. El último punto no fue probado («Kronstädter Zeitung», 28 de mayo de 1938).
69. Los trece eran los *decemviri* y los *nicadori.*
70. Así según Henri PROST, *Destin de la Roumanie (1918-1954),* París, 1954, p. 122.
71. «Südostdeutsche Tageszeitung», Hermannstadt, 16 de abril de 1941.
72. Además de Duca y Calinescu, también el ex primer ministro e historiador muy considerado, y por lo demás totalmente derechista, Iorga, quien, a lo largo de una gran acción criminal a fines de 1940, fue secuestrado en Sinaja y muerto a tiros.
73. CODREANU, *op. cit.,* p. 193.
74. *Id.,* pp. 63, 112.
75. «Siebenbürgisch-Deutsches Tageblatt», Hermannstadt, 17-9-1940.
76. Los informes del embajador alemán en Bucarest están llenos de quejas por la corrupción indescriptible. La citada expresión se encuentra en un informe del 7 de junio de 1927 (Archivo Polít. del Minist. del Ext., Rumania, «Pol.», 5, t. 3).
77. Que la Guardia de Hierro estaba siendo promocionada, «aunque también materialmente», por el primer ministro Vaida-Voevod, es la opinión del embajador alemán (Rum., «Pol.», 29, 9-3-1934). El juicio del propio Codreanu sobre Vaida-Voevod es sorprendentemente positivo (CODREANU, *op. cit.,* p. 350). Era un secreto público que ya los excesos estudiantiles antisemitas (y al mismo tiempo antihúngaros) en Grosswardein, Klausenburg y en Kischineff, durante los últimos años veinte, en los cuales Codreanu participó en gran medida, no habrían podido darse sin la tolerancia del Gobierno.
78. CODREANU, *op. cit.,* pp. 208 y ss.
79. Una tendencia del pensamiento nacionalsocialista antes difundida creía poder contraponer los conceptos «nacional» (*völkisch*) y «fascista» (= estatista), y poder así deducir de aquí el carácter no fascista de la Guardia de Hierro —y también del nacionalsocialismo (así lo hace Charlé). En este lugar no es posible entrar en la multiplicidad significativa difícilmente desentrañable de la palabra «nacional»; con todo, puede decirse, por lo menos, que en Rumania, en todo caso, nadie podía pensar «nacionalmente» en un sentido no fascista, porque nadie podía tomar en consideración el desmembramiento de una Gran Rumania. En este sentido, el caso de la Guardia de Hierro está más claro que el del nacionalsocialismo. El hecho de que Codreanu buscase una alianza con la minoría alemana de Transilvania, donde al cabo de duras luchas una joven generación de nacionalsocialistas se había impuesto a la vieja capa dirigente de los políticos populares, tales como el diputado Brandsch y el obispo Gladys, no cambia nada esencial en la corrección de la predicción hecha tempranamente por el diplomático alemán de que cualquier «racismo» tendría forzosamente en Rumania consecuencias desfavorables para *todas* las minorías.
80. «Neue Zürcher Zeitung», 21 de abril de 1938.
81. WEBER, *op. cit.,* p. 565.
82. CODREANU, *op. cit.,* pp. 44, 63.
83. *Id.,* p. 111.

1. ROGGER, en *The European Right*, p. 467.
2. *Id.*, pp. 489-490.
3. Lo que sigue, según Erwin OBERLÄNDER, *The All-Russian Fascist Party*, «Journal of Contemporary History», vol. I, núm. 1, 1966, pp. 158 y ss.
4. OBERLÄNDER, *op. cit.*, p. 173.
5. Obóz Zjednoczenia Narodowego.
6. «Berliner Tageblatt», 10-6-1936.
7. «No representa el tipo del espadachín rudo e imponente, como su primer gran jefe y héroe, el mariscal Pisudski. En su cara redonda, suave, dominada por los lentes, se lee la reflexión, la serenidad y el sentido del humor» («Neue Basler Zeitung», 4-3-1937).
8. Ciertas tendencias totalitarias aparecieron por primera vez en la asociación juvenil del campo, que se esforzaba en combinar y unificar las ideas de los dos grandes enemigos Pilsudski y Dmowski; es característica también la creación de la «Universidad en el pueblo» del OZN, que, cual una ciudadela, había de formar la nueva generación de jefes. No es sorprendente que el futuro director de esta «Universidad» fuera de momento enviado a estudiar en Italia y Alemania («Posener Tagblatt», 18-1-39).
9. Todavía en mayo de 1938 declaraba la guerra, en una compilación digna de notarse, al OZN, a los judíos y a los masones.
10. A su mentalidad respondía la disposición de los rectores de escuelas superiores de que los estudiantes judíos ocuparan sitios especiales en los auditorios, cuartos de ejercicios y laboratorios: es el llamado ghetto de los bancos («Berliner-Börsen-Zeitung», 21-10-37).
11. Los miembros del Partido llevaban como uniforme una camisa de color granate y largos pantalones negros. Saludaban con el brazo derecho levantado y al grito de «*Naprzód*» (¡Adelante!). El símbolo del Partido era un relámpago (HAAS, *op. cit.*, p. 266). El Partido fue disuelto en junio de 1934. En 1937 fundó Gralla, con el consentimiento de las autoridades, un Partido Nacionalsocial («Posener Tagblatt», 31-12-37).
12. «Inprekorr», año 6, 1926, pp. 2949 y ss.
13. SCHULTHESS, *op. cit.*, 1926, 14 de diciembre.
14. *Id.*, p. 357.
15. Jürgen von HEHN, *Lettland zwischen Demokratie und Diktatur. Zur Geschichte des lettländischen Staatsstreichs vom 15. Mai 1934.* Munich, 1957 («Jahrbücher für Geschichte Osteuropas», Cuaderno 3), p. 25.
16. HAAS, *op. cit.*, p. 210.
17. V. el manifiesto en el apéndice del libro de Hehn.
18. La exposición que sigue está basada principalmente en un informe del «Revalschen Zeitung», del 12-6-1935, titulado *La acusación*.
19. «Kölnische Zeitung», 16-7-1933.
20. HAAS, *op. cit.*, p. 129.
21. En el escrito de acusación se dice: «En virtud de los estatutos, los órganos supremos de la asociación que estaban previstos eran el Congreso, el Consejo y la Asociación Central, cuya constitución, tareas y competencias se determinan en el estatuto. No obstante, en el curso posterior de las actividades de la Asociación se puso

de manifiesto que ésta no se atenía a sus estatutos, sino que creó una organización muy ramificada, cuyos órganos no estaban previstos en el estatuto. Estos órganos debían someterse a una disciplina militar estricta. En último término, la Asociación se convirtió en instrumento en las manos de su presidente. La Asociación, articulada en compañías y tropas de choques especiales, desplegó una propaganda que ponía en peligro [en el texto: puesta en peligro] la tranquilidad pública y que se dirigía contra el orden estatal del país... Primero, se creó la figura de jefe de Acción... Más adelante fue creado un Estado Mayor de la Asociación con cierto número de departamentos (con jefes asimismo designados), los cuales no estaban previstos en los estatutos (entre otros, el jefe de círculo, el jefe de parroquia, el jefe de departamento)... De este modo, junto a la organización pública del movimiento, surgió otra secreta y autoritaria, siendo esta última la que dirigía y dominaba la organización pública... Además, del material investigado se desprende que el movimiento estaba en contacto con el Comité Central Fascista de Roma [!?]» («Revalsche Zeitung»).

22. Queda como cuestión abierta la de si no sería más conveniente la designación «semifascista». Según un informe del «Frankfurter Zeitung», Vittori Kosola afirmó en 1930 que su movimiento no tenía nada que ver con el fascismo, que no quería ninguna dictadura [3 de julio de 1930]. y poco más tarde el «Neue Zürcher Zeitung» presenta explícitamente la tesis de que era errónea la comparación, usual en la Europa central, con el fascismo. Por otra parte está claro que este movimiento, que acababa de nacer, debe ser comparado, en todo caso, con el fascismo de 1920, y por aquel entonces también Mussolini negaba sus aspiraciones a la dictadura. Si hay que otorgar crédito al informe del «Frankfurter Zeitung» del 9 de julio de 1930, en su discurso prorrumpió Kosola en un «Viva Mussolini». Posteriormente fueron muy corrientes en la prensa europea expresiones como «la Finlandia de Hitler» (por ejemplo, E. v. UNGERN-STERNBERG en el «Spectator» de Berlín, el 15-7-1933).
23. Una de las personalidades dirigentes era el Prepósito protestante Kares; el hematólogo sueco doctor Donner, de la Universidad de Helsinki, pasaba por ser la cabeza política dentro del Movimiento Lappo («Berliner Börsen-Zeitung», 19-5-33). Que incluso en el caso del Movimiento Lappo la «base religiosa» no escapó a la ambivalencia típicamente fascista, queda probado por el hecho de que en su seno había tendencias serias a reemplazar el Dios cristiano por una divinidad étnica, el legendario Hiomojamala, el dios de los fineses, estonios y húngaros («Berliner Börsen-Zeitung», 5-7-1933).
24. Víctima de un tal intento fue incluso el ex jefe del Estado, Stahlberg.
25. «Kölnische Zeitung», 10-9-1930.
26. Informe exhaustivo en «Inprekorr», año 12, 1932, p. 536.
27. Isänmaallinnen Kansan Liike.
28. Fue prohibido en noviembre de 1936. Su jefe principal era el mayor Somersalo.
29. HAAS, *op. cit.*, pp. 152 y ss. Además de la llamada ley de camisas, sus actividades fueron obstaculizadas por la «ley de motines»; el símbolo del partido era la cruz gamada.

1. La conexión entre las experiencias de 1918-19 y el movimiento frentista de 1933 se ve clarísimamente en la persona del comandante Sonderegger, quien en 1918 había tenido una participación esencial en el aplastamiento de la huelga campesina, luego fue jefe del Estado Mayor suizo, y finalmente, después de haber escrito en 1932 un libro programático sobre *Orden en el Estado,* colaboró primero en el Frente Nacional, luego en la Unión Popular y en el Frente Popular, siempre en puestos clave. Decir que en 1918 había salvado a Zurich de la «oleada judeo-marxista» era un lugar común de sus instroductores en sus bien nutridas reuniones, a las que se puso mucha atención en la prensa alemana y suiza (*cf.*, por ejemplo, el «Völkischer Beobachter» del 26-4-1933, bajo el título *La lucha contra la democracia liberal empieza también en Suiza,* y el «Berner Tagblatt» del 14-6-1933).
2. En un informe de la Embajada alemana del 16 de octubre de 1923 se habla de las relaciones de la Guardia Cruzada con Hitler («Pol.», 29, Suiza, t. I): «El dirigente antisemita de Munich Adolf Hitler también ha estado, pues, en Zurich a fines de agosto (más tarde también en Berna) y ha entrado en contacto con los organizadores de la Guardia Cruzada, así como con círculos panalemanes. El editor de los "Schweizerischen Monatschriften für Politik und Kultur", el órgano de la "Unión Popular para la Independencia de Suiza", el doctor Hans Oehler, ha visitado a Hitler en el Hotel St.-Gotthard, aparentemente sólo por intereses puramente periodísticos.»
3. Como consideración global contemporánea del movimiento frentista hay que citar el número especial del «Neuen Schweizer Rundschau» de junio de 1933: *Los frentes y sus programas.* En él se nombran y se describen los siguientes frentes, entre otros: 1. El Frente Confederado. 2. El Frente Nuevo y Nacional de la Unión de Combatientes. 3. Los Confederados Nacionalsocialistas. 4. La Nueva Suiza. 5. Ordre et Tradition. 6. Guardia Patriótica Suiza. 7. L'Union Nationale (de Ginebra).

   Además habría que citar: el Fascismo Suizo, la Unión Popular, el Frente Popular. El más importante era el Frente Nacional (llamado por cierto tiempo, después de una anexión, Frente Nuevo y Nacional). Su dirigente más conocido en el campo era el doctor Rolf Henne. De él existe un escrito programático titulado *Socialismo confederado,* que se manifiesta sobre todo contra el «bolchevismo cultural judío», exige la introducción del *numerus clausus* y exalta la reivindicación «Suiza para los suizos». El uniforme de los miembros del frente consistía en camisas grises con corbatas negras. Quien tenía los mínimos escrúpulos respecto a la aplicación del concepto de fascismo era el Fascismo Suizo, del coronel Fonjallaz, quien en 1934 hizo una visita de homenaje a Mussolini. La Unión Popular fue creada por Sonderegger cuando el Frente Nacional emprendió un debilitamiento de su antisemitismo por motivos oportunistas. La liga Ordre et Tradition se hallaba limitada al Valais y era dirigida por Marcel Régamey, quien, a su vez, estaba fuertemente influido por Maurras; naturalmente, en lo fundamental sólo había tomado de este último el anticentralismo y el regionalismo. La Union Nationale ginebrina era dominada por el es-

critor Georges Oltramare, cuyo periódico «Le Pilori» se había especializado en la denuncia de abusos de la Administración pública (*cf.* también HAAS, *op. cit.*, pp. 309-333).

4. En general, el movimiento frentista suizo es un hecho muy característico de la época del fascismo, pero en lo particular se trata más bien de manifestaciones semifascistas y pseudofascistas, cuando no simplemente conservadoras. Un motivo no insignificante, que apenas se encuentra en el resto de Europa, es, por ejemplo, la amenaza de la democracia directa. En todo caso, precisamente aquí hay que precaverse del peligro de asociar demasiado estrechamente a conformaciones específicas el concepto de «fascismo», que es un concepto político general, como liberalismo o parlamentarismo. Si el concepto de «parlamentarismo» sólo se emplea para la época del florecimiento de la discusión parlamentaria en Inglaterra, se abandona entonces un importante instrumento de conocimiento. Ni la «insignificancia», ni la «imitación», ni el «regionalismo», ni la «inoperancia» son obstáculos para caracterizar a un grupo de «fascista». Por lo demás, las transiciones también aquí son, como en el resto del mundo, fluyentes; lo decisivo es siempre el dictamen de la tríada de tendencia, estructura e intención.
5. De este modo podían proponerse, a partir de determinada fecha, no permitir ya ninguna reunión comunista en Zurich («Völkischer Beobachter», 26-4-1933).
6. Informe del 10 de julio de 1934 (Archivo Polít. del Minist. del Ext., «Pol.», 29, Suiza, t. I); Informe del 31-3-1936 (*id.*, t. III).
7. *Id.*
8. En los violentos choques con los checos los diputados alemanes cantaban regularmente el himno *Guardia del Rhin*, y el diputado Lodgman dijo: «El que crea que el máximo deber de los diputados alemanes no es practicar la alta traición en este Estado, éste se equivoca.» (Harry KLEPETAR, *Seit 1918*, Mährisch-Ostrau, 1937, pp. 149 y 175). Las objeciones justificadas de los alemanes, en especial contra la política lingüística y de subvenciones checa, han sido expuestas en un gran número de publicaciones recientes y no es necesario que sean subrayadas aquí.
9. Del 27-5-1926.
10. El verdadero nombre de Gayda era Rudolf Haydl y antes de la guerra había sido ayudante farmacéutico —por lo tanto, también él era un desclasado (aunque en un sentido muy peculiar) (Archivo Polít. del Minist. del Ext., «Pol.», 29, Checoeslovaquia, Inf. del 30-5-26).
11. La otra ala estaba bajo la influencia de Benes y era un fuerte apoyo del Estado.
12. Pero también esta lucha tuvo un carácter marcadamente nacionalista, ya que se dirigía con especial encono contra el movimiento independentista de los rutenos, que había caído casi totalmente en manos comunistas.
13. Archivo Polít. del Minist. del Ext., Checoeslovaquia, «Pol.», 29, t. I, Informe del 24-4-1933.
14. La tensión en política exterior operaba en ambas direcciones, según que se viera en Hitler el canciller del Reich alemán, o bien el jefe nacionalsocialista. Después de los asesinatos del profesor Theodor Lessing y del colaborador de Otto Strasser, el ingeniero Formi, las declaraciones se dirigieron exclusivamente contra la «Ale-

mania de Hitler». Por otra parte, el Teatro Alemán de Praga temía en 1933 sobre todo la pérdida del apoyo financiero de los judíos alemanes, del cual había vivido en buena parte hasta entonces. Informes como el de que en el cancionero de las SA silesias figuraba un canto con el estribillo «Una vez haya sonado la hora para los checos, desaparecerá nuestra ira», no tenían, naturalmente, efectos favorables en las relaciones (Informe del 28-10-1933).

15. Hlinka, al ser encarcelado por los húngaros antes de la guerra, había traducido al eslovaco el Antiguo Testamento, en la prisión de Szegedin; más tarde escribió una *Apología del Cristianismo.* Durante toda su vida política siguió siendo cura de Rosenberg (Roszahegy) («Neue Zürcher Zeitung», 17-8-1938).
16. Esto no excluye que algún católico convencido individualmente pueda ser fascista.
17. Del «Slowak». Desde 1933 venían publicando Ferdinand y Jan Durcansky la revista quincenal «Nástup» (Marcha), por la cual el grupo separatista fue denominado no pocas veces los «nastupistas». La revista tenía una orientación marcadamente antimarxista, antisemita y anticheca, y estaba llena de admiración ilimitada hacia Hitler y Mussolini (Jörg K. HOEMSCH, *Die Slowakei und Hitlers Ostpolitik,* Colonia-Graz, 1965, p. 8).
18. La Rodobrana llevaba la camisa negra y en 1926 prestó, en el Gran St. Benedikt, el juramento fascista ante el profesor Tuka (Archivo Polít. del Minist. del Ext., Checoeslovaquia, «Pol.», 29, t. I, Informe del 2 de julio de 1926; «Sudetendeutsche Tageszeitung» del 30-9-1926). Fue disuelta en 1927. La Guardia Hlinka apareció por primera vez en 1938; después de la obtención de la autonomía y especialmente después de los días de marzo de 1939, fue transformada en una organización semimilitar, encargada de la instrucción premilitar y postmilitar, y a la que, por lo menos nominalmente, tenían que pertenecer todos los eslovacos varones («Pester Lloyd», 20-10-1939). Se componía de diversas subdivisiones, entre ellas la juventud Hlinka. Su bandera era idéntica a la bandera estatal eslovaca: paño azul de fondo, con un círculo blanco central que llevaba la doble cruz roja. Se reconstituyó la Rodobrana como *élite* armada dentro de la Guardia Hlinka («Frankfurter Zeitung», 1-10-1939). A principios de julio de 1940 se adoptó una ley de la Guardia Hlinka según la cual la «misión» de la formación consistía en «educar patriotas devotos al Estado eslovaco y a la nación eslovaca, con respeto a los principios cristianos, llevar a cabo la educación de defensa, colaborar en la instrucción militar y en la instrucción del servicio auxiliar para protección del Estado, y ayudar a la protección de éste» («Grenzbote», Pressburg, 5-7-1940).
19. HOENSCH, *op. cit.,* p. 225.
20. Muy característica de la postura de Tiso y de sus motivaciones en marzo de 1939 es una declaración del año 1943: «Lo reconozco abiertamente: Bajo la anterior república *no* estábamos a favor del Estado eslovaco independiente. Nosotros fuimos los que marcamos a Jehlicka como traidor, porque él intentaba esto... Es cierto que nos tomamos en serio la autonomía dentro de Checoeslovaquia. Pero subordinamos los intereses del Estado a los intereses del pueblo... ¿Cómo habríamos podido sostenernos nosotros, el pueblo eslovaco, durante los últimos cinco años, si no hubiésemos tenido nuestro Estado?» («Grenzbote», Pressburg, 15-9-1943).

21. Estaba bajo la dirección de Beran, el jefe notoriamente filofascista del ala derecha del Partido Agrario checo.
22. *Cf.* HOENSCH, *op. cit.*, p. 256.
23. *Cf.* HOENSCH, *op. cit.*, pp. 269 y ss. La carta más importante en el juego de Hitler era la existencia de un grupo étnico alemán en Eslovaquia, el cual, bajo la dirección del ingeniero Karmasin, se puso totalmente a su servicio.
24. Que el propio Tuka se hacía pocas ilusiones lo prueba su frase de que prefería ser esclavo del dueño que esclavo del esclavo (HOENSCH, *op. cit.*, p. 343).
25. Los demás partidos eslovacos ya habían sido disueltos poco después de la obtención de la autonomía.
26. A fines de julio de 1940, Tuka decía: «Salzburg significa para nosotros un nuevo período feliz. El nacionalsocialismo eslovaco resurgirá aquí según los principios del alemán...» («Grenzbote», Pressburg, 1-8-1940). Tuka fue hecho primer ministro, y Mach, ministro del Interior y comandante supremo de la Guardia Hlinka.
27. Todavía en su discurso de defensa ante el Tribunal Nacional de Pressburg, en 1947, Tisc subrayó que había estado de acuerdo con la «solución del problema judío» en el sentido de una reducción de la influencia judía proporcional al 4 por ciento de la población. (Doctor Josef TISO, *Die Wahrheit über die Slowakei*, 1948.) De hecho, no obstante, esto no quedó en un quebrantamiento de la «dictadura del aguardiente judía», por medio de la privación de licencias y de la expropiación extensiva de los bienes judíos a cambio de una indemnización meramente nominal. Al contrario, se introdujo el deber de servicio laboral para los judíos y el distintivo judío; las solicitudes al Ministerio debían llevar la estrella judía, y a los judíos les estaba prohibido conducir vehículos motorizados, así como poseer aparatos de radio (Fritz RÖSSLER, *Die Slowakei*, Dresden, sin fecha, pp. 137, 140 y ss.).
28. Fue característico de la naturaleza de los fascismos de la Europa oriental el hecho de que en enero de 1939, en un festejo de la universidad eslovaca, se izaran también varias banderas del año 1848 («Prager Tagblatt», 19-1-1939).
29. Ya en agosto de 1939 había dicho Mach en un gran mitin que sólo había dos posibilidades para solucionar la cuestión judía: o bien eliminar el judaísmo o bien dejarse dominar por él (RÖSSLER, *op. cit.*, p. 139). En agosto de 1940 anunció que la cuestión judía sería ahora arreglada en un cien por cien, y además en todos sus aspectos («Grenzbote», Pressburg, 14-8-1940). Sobre las medidas de aniquilación de Eichmann, *cf.* REITLINGER, *Die Endlösung*, Berlín, 1961, pp. 440 y ss.
30. Los informes del consulado alemán en Innsbruck, en los primeros años veinte, están llenos de estas relaciones, en las cuales se advierte generalmente una tendencia panalemana-antiprusiana. Por lo general se las llama «organizaciones privadas armadas»: guardia patriótica, asociación de ex combatientes, legitimistas, guardias laborales (Archivo Polít. del Minist. del Ext., «Pol.», 2, núm. 3, Austria, t. I, 21 de octubre de 1921). Sobre la asociación de ex combatientes del Hiltl superior, que fue responsable del incidente de Schattendorf, *cf.* Ludwig JEDLICKA, *The Austrian Heimwehr*, «Journal of Contemporary History», vol. I, núm. 1, 1966, pp. 130 y ss.
31. Acerca de las disputas en torno a este concepto en la socialdemo-

cracia austríaca y las interpretaciones que se le dieron, *cf.* Julius DEUTSCH, *Ein weiter Weg, Lebenserinnerungen*, Viena, 1950, pp. 163 y ss., 230 y ss.

32. Sobre el carácter de los tres bandos políticos de Austria, *cf.* la contribución de Adam WANDRUSZKA en Heinrich BENEDIKT, *Geschichte der Republik Österreich*, Munich, 1954.
33. Los informes de la Embajada alemana en Viena se ocupan frecuentemente de Pabst, sobre todo de la cuestión de su nacionalidad.
34. Que ya en 1928 se mostrase preocupado por una posible influencia de Hitler en las guardias patrióticas austríacas, se desprende de un informe del embajador alemán, conde Lerchenfeld, del 8 de octubre de 1928 (Archivo Polít. del Minist. del Ext., «Pol.», 2, núm. 3, t. III).
35. En un choque en Schattendorf habían sido muertos dos hombres por miembros de la asociación de ex combatientes. El tribunal jurado les declaró inocentes porque habían actuado en defensa propia. (Uno de los muertos era un niño de diez años.) La indignación de la multitud estalló ya totalmente bajo el signo «antifascista» y en no poca medida había sido provocada por el correspondiente artículo de Friedrich Austerlitz, el director del «Arbeiterzeitung». El número de muertos llegó casi a cien. En diversas partes del país la Guardia patriótica participó activamente en aplastar la huelga general de veinticuatro horas que había proclamado la dirección del Partido Socialdemócrata, para volver a tener en sus manos el movimiento, que se había escapado de su control.
36. El ejemplo más famoso fue el desfile de la Guardia patriótica en la ciudadela obrera de la Nueva Viena, en octubre de 1928.
37. Así se dice en el «Tiroler Anzeiger», 9 de enero de 1930.
38. El texto completo se halla en JEDLICKA, *op. cit.*, pp. 138 y ss. Lo decisivo no es la influencia intelectual de la ideología corporativista de Othmar Spann, sino el contexto global, del que no hay que olvidar el ejemplo del fascismo italiano. Es muy instructivo que, según un reportaje del «Berliner Tageblatt», del 31-8-1929, uno de los máximos dirigentes de la Guardia Patriótica comparase la situación del gabinete Streeruwitz con la del gabinete Facta. Un fenómeno peculiar fue el llamado «fascismo de empresa», que se practicó principalmente en la Steiermark por la sociedad alpina Montan, que se hallaba bajo influencia alemana, y que consistía en que a los jóvenes recién contratados se les obligaba a ingresar en la Guardia Patriótica y se les daban vacaciones bien pagadas para que hicieran prácticas de tiro («Inprekorr», año 8, 1928, p. 224).
39. La ordenanza sobre la creación de «campos de detención», de octubre de 1933, preveía que a las personas sospechosas se las pudiera recluir en campos de concentración sin procesamiento y por tiempo indeterminado; de estos campos el más famoso y tristemente célebre se hallaba en Wöllersdorf (Franz WINKLER, *Die Diktatur in Österreich*, Zurich-Leipzig, 1935, pp. 131 y ss.). Por otra parte, las negociaciones entre el Gobierno y los nacionalsocialistas alemanes o austríacos no se rompieron nunca totalmente. Con todo, debe decirse que los campos de concentración austríacos se originaron en una situación completamente distinta de la de los alemanes: lo que se pretendía que hacían los comunistas alemanes lo realizaban los nacionalsocialistas austríacos realmente: una campaña de terror en gran escala para la disolución del Estado.

40. En octubre de 1933 dijo Starhemberg, por ejemplo, que el orden de ideas para crear una nueva imagen del mundo se había llevado a realidad por primera vez en Italia y que, por esto, se nombraba a todo el movimiento con el rótulo de fascismo; se trataba de eliminar el Estado de partidos junto con todos los partidos y construir una organización estatal de corporaciones. El principal enemigo de ello era siempre el marxismo. Starhemberg se manifestó en contra del nacionalsocialismo, empero, con no menor dureza: representaba más bien una organización de los descontentos creada por individuos de origen checo («Neue Freie Presse», Viena, 16-10-1933).
41. El principal impulsor era evidentemente Emil Fey, quien, por ser el jefe del sistema de seguridad, tenía una fuerte posición de poder. De todos modos, aún más importante era seguramente el Consejo de Mussolini.
42. La orientación de la diplomacia alemana se deduce de un informe del embajador especial Von Papen, el 27-5-1935, en el cual se dice: «Después del fracaso de los planes del Pacto del Danubio, en Roma se piensa ahora cada vez más en una posición de seguridad autónoma de Austria. Desbaratar esta idea debe ser el próximo objetivo de la política alemana» (Archivo Polít. del Minist. del Ext., Austria, «Pol.», 2, núm. 3, t. IV).

IX. *Europa nórdica y occidental*

1. Más detalles en Haas, *op. cit.*, pp. 295 y ss. Para grupos particulares de Islandia, Liechtenstein y Luxemburg, *cf.* la misma obra, pp. 205, 213, 217. En este contexto es preciso citar la tesis, defendida entre otros por M. J. Bonn, de que los comienzos del fascismo europeo hay que buscarlos en el movimiento de combatientes voluntarios del Ulster, en los años inmediatamente anteriores a la guerra mundial. La tesis sería correcta si el rechazo violento y militarmente organizado de una decisión parlamentaria bastase ya para la caracterización de fascismo. Parece, sin embargo, que de este modo el concepto quedaría ampliado de manera indebida. En Irlanda del Sur, el partido de camisas azules del general O'Duffy hizo hablar de sí durante cierto tiempo a partir de 1933.
2. Punto 3: «Exigimos país y suelo (colonias) para que nuestro pueblo pueda vivir y para que exista espacio para el crecimiento de la población.» Punto 4: «... Sólo individuos de nuestro pueblo pueden ser ciudadanos. Pertenece a nuestro pueblo únicamente aquel que tenga sangre danesa; los judíos no pertenecen a nuestro pueblo.» «Los jefes del Partido prometen solemnemente arriesgarse incondicionalmente —si fuera necesario, arriesgando su propia vida— por la consecución de los objetivos arriba citados.» (Haas, *op. cit.*, pp. 100 y ss.)
3. *Cf.* la correspondencia del «Nordschleswig», Flensburg, 27-5-36.
4. *Cf.*, por ejemplo, la siguiente frase del «Hjemdal», de Apenrade: «No tenemos ninguna necesidad de campos de concentración u otros métodos de castigo nacionalsocialistas que nos hagan retroceder a situaciones medievales.» (Correspondencia del «Nordschleswig», Flensburg, 2-8-1934.)
5. «Neue Zürcher Zeitung», 8-5-1944.

6. Respecto al sistema de partidos escandinavo, *cf. Modern Political Parties*, edited by Sigmund Neumann, Chicago, 1956, pp. 169-193.
7. *Cf.* Paul M. HAYES, *Quislings' Political Ideas*, «Journal of Contemporary History», vol. I, núm. 1.
8. También para él era el antibolchevismo idéntico al antimarxismo. *Cf. Ein Buch über Vidkun Quisling*, Oslo, 1941, p. 67: «Quisling comprendió ya desde el principio que la doctrina del judío alemán Karl Marx —el comunismo— no era sólo un determinado sistema político, que habría de realizarse en Rusia, sino un evangelio político, que había de ser puesto en práctica en todo el mundo y que, a pesar de que se basaba en una concepción de la vida sin Dios, se había convertido para sus partidarios en una especie de religión. Comprendió que los principios del comunismo eran un único gran desafío a nuestra cultura nórdica, que esta doctrina era la última fase de una lucha secular entre nuestro principio vital nórdico y el judeo-oriental, entre la concepción vital idealista y el materialismo. Pero también comprendió que el marxismo *tenía* que llegar como reacción natural a la incomprensión de la sociedad burguesa con respecto a los problemas sociales y a su falta de voluntad y de capacidad para resolverlos. Por esto también era inútil combatir esa doctrina perniciosa por medio de continuas confesiones y de una defensa laxa, como era usual en los partidos burgueses. Sólo una idea nueva, vital, que fuera más fuerte que el marxismo, podía emprender la lucha y tener perspectivas de triunfar.»
9. Se trataba de una cruz de oro sobre un fondo rojo y circular. En el distintivo se encontraba encima un águila dorada.
10. En las elecciones de 1936 el Nasjonal Samling no llegó a obtener en Oslo ni mil votos de entre 150.000. Quisling declaró que esto había sido una derrota de la población de Oslo (Günther THAER, *Quisling ruft Norwegen, Reden und Aufsätze*, Munich, 1942, p. 41).
11. El Hird correspondía más o menos a las SA alemanas; había un Rikshird y un Kvinnehird, así como una defensa de las empresas Hird. *Förer* era el título de Quisling, *Förergarde* significa «guardia del jefe» («Deutsche Zeitung in Norwegen», Oslo, 26-9-1944).
12. *Id.*
13. «Neue Zürcher Zeitung», 18-8-1943.
14. *Cf.* Archivo Polít. del Minist. del Ext., Bélgica, «Politik», 29, Informe del 14-3-1924.
15. La idea panburgunda se basaba en la «comunidad de destino» de todos los belgas, comunidad que quería ver prolongada hacia el norte y hacia el sur. Aceptando la interpretación más favorable, puede aparecer como un antecedente del programa Benelux.
16. El término Rex significaba primero Christus Rex. La editorial fue fundada en abril de 1931 por Mgr. Picard.
17. En los «Cahiers» tuvo lugar en 1925 la famosa encuesta sobre los dirigentes espirituales de la juventud católica, que le dio la victoria a Maurras y que con ello fue la ocasión inmediata de la condena de la Action Française por parte del Vaticano.
18. Léon Degrelle nació el 15 de junio de 1906 en Bouillon, junto a la frontera francesa, y provenía de una familia severamente católica. Durante sus estudios en Lieja fue un entusiasta partidario de Maurras; participó de manera esencial en la encuesta de los «Cahiers».

19. La Unión Católica perdió 16 escaños, quedándose sólo con 63 puestos, mientras que los socialistas y liberales mantuvieron más o menos su posición.
20. *Cf.* las indicaciones sociológicas de Usmard LEGROS, *Un homme, un chef, Léon Degrelle*, Bruselas, 1939, p. 166.
21. Una característica muy peculiar consistía en que daba un rodeo a las prohibiciones de la policía, al hacer que tuvieran lugar grandes reuniones con decenas de miles de hombres «por invitación privada».
22. A este aspecto pertenecía también la bandera roja, que estaba adornada con la corona y la cruz (Robert BRASILLACH, *Léon Degrelle et l'avenir de «Rex»*, París, 1936, p. 70).
23. Van Zeeland obtuvo 275.000 votos; Degrelle, unos 70.000.
24. Por lo que parece, a ello contribuyó considerablemente también el comportamiento presuntuoso de Degrelle con respecto a sus colaboradores. *Cf.* el instructivo artículo del «Frankfurter Zeitung» del 23-6-37, *Degrelle y sus colaboradores.* Entre los más importantes de los colaboradores de Degrelle se contaban el director del diario del movimiento «Le pays réel», el ideólogo del Partido, Jean Denis, y el presidente de la fracción rexista Pierre Day.
25. *Cf.* el reportaje del «Frankfurter Zeitung» del 11-8-1943: *Un campo de dirigentes flamencos.*
26. «Brüsseler Zeitung» del 18-1-1943.
27. Mussert nació el 11 de mayo de 1894 y en los años veinte había obtenido beneficios considerables como ingeniero-jefe de la administración de aguas en Utrecht.
28. «Neue Hamburger Presse», 28-11-1945.
29. El principal colaborador de Mussert era el doctor Meinhold Rost van Tonningen, uno de los pocos representantes de las «grandes finanzas que hubiera desempeñado algún papel en los movimientos fascistas. Pero para Rost van Tonningen, quien a principios de los años treinta había colaborado, por encargo de la Sociedad de Naciones, en el saneamiento de las finanzas austríacas, fue precisamente «el examen, en la situación internacional, del mundo de las finanzas judío» el motivo de su paso al NSB («Frankfurter Zeitung», 24-7-1943). Acabada la guerra, Rost van Tonningen se suicidó.
30. *Cf.* su discurso ante la Organización Femenina Nacionalsocialista de Holanda (NSVO), a fines de septiembre de 1943: «También vosotras, mujeres holandesas, estáis en situación difícil. Cuando en Alemania cae un hombre en el frente, su familia recibe la condolencia de todos sus compatriotas, mientras que en nuestro país esa misma madre o esposa es todavía escarnecida... Cientos de miles de compatriotas nos odian, pero siguen siendo nuestros compatriotas» («Deutsche Zeitung in den Niederlanden», 1-10-1943).
31. *Id.*, 2-5-1944.
32. *Cf. Modern Political Parties*, Approaches to Comparative Politics, ed. by Sigmund NEUMANN, Chicago, 1956, p. 36.
33. Miss Rotha Lintorn-Orman. Más detalles sobre los British Fascisti se encontrarán en Colin CROSS, *The Fascists in Britain*, Londres, 1961, pp. 57 y ss. Más tarde tuvo un papel dirigente el general de Brigada R. G. D. Blakeney.
34. MOWAT, *op. cit.*, pp. 294 y 319.

35. CROSS, *op. cit.*, p. 153. La revista de Spencer Leeses era «The Fascist».
36. Junto con su esposo marchó también hacia el fascismo, pero murió ya en 1933, poco tiempo después de haber presenciado con sir Oswald, al lado de Mussolini, un desfile de camisas negras italianos, con ocasión de la exposición fascista romana. Fue enterrada en Cliveden, la casa de campo de lord y lady Astor y lugar de reunión de los políticos del *appeasement*. En 1936, Mosley se casó con Mrs. Bryan Guinness, de soltera Diana Freeman-Mitford, una de las seis hijas de lord Redesdale; era sabido que su hermana Unity era una admiradora apasionada de Hitler. La boda tuvo lugar en secreto en Berlín; en el banquete nupcial estuvo presente Hitler personalmente.
37. En 1930 empezaron también su propaganda en favor del United Empire Party, que tomó inmediatamente repentino impulso, aunque de escasa duración.
38. Recibieron el mote de «*biff boys*» y apenas pasaban de los cien hombres. Para los comunistas desde el principio estuvo claro que, en el caso de esta nueva creación, se trataba de un partido fascista (*cf.* «Inprekorr», año 11, núm. 21, 6-3-1931, p. 555). Aneurin Bevan, por el contrario, descubrió solamente un potencial fascista. Una pérdida importante para Mosley fue la separación de John Strachey, que había sido su íntimo colaborador y que escribió algún tiempo después un libro en contra suya: *The Menace of Fascism*.
39. Oswald MOSLEY, *The Greater Britain*, 1932, p. 16.
40. *Id.*, p. 156.
41. En 1935 el fascio fue reemplazado por el símbolo del relámpago en un círculo, que tenía semejanzas con la runa de la SS. Por la misma época, la mayor aproximación al nacionalsocialismo se puso de manifiesto por el hecho de que el nombre del movimiento se cambió por el de British Union of Fascists and National Socialists. Siguió usándose el saludo romano. El simbolismo y la mística no tuvieron un papel particularmente notable, pero sí inconfundible: especialmente favoritas eran las «bodas fascistas».
42. Aparecido el 8-1-1934. El temor a una posible dictadura de sir Stafford Cripps, que acababa de fundar la Socialist League, estaba por aquella época muy difundido; en el artículo de fondo del mismo día, «La alternativa», aparece con gran claridad como la motivación impulsora.
43. Después de la guerra, el ministro del Interior del gobierno laborista hizo público que, entre los documentos italianos capturados, se encontraban también dos informes del entonces embajador italiano en Londres, Dino Grandis, que demostraban la aceptación de dinero italiano por parte de Mosley (CROSS, *op. cit.*, pp. 91 y ss.). Mosley declaró que los documentos habían sido falsificados. Pero que, en sus mejores tiempos, tuvo que haber recibido apoyo financiero muy considerable, lo pone fuera de toda duda el gasto extraordinariamente grande en propaganda que hacía la BUF, aun cuando Mosley hubiese aportado sumas considerables de sus propios bienes.
44. Antisemita era ya la British Brothers League, del capitán William Stanley Shaw, fundada en 1901; asimismo lo eran los Britons del rodesiano Henry Hamilton Beamish.

45. Que tampoco a los campeones de la política de *appeasement* puede atribuírseles en general ninguna simpatía hacia el sistema político interno del nacionalsocialismo, se desprende, entre otras cosas, de las declaraciones de lord Halifax en su conocida conversación con Hitler, y ya en 1934 había puesto Baldwin a Rusia y Alemania al mismo nivel de «Estados de esclavos». (Discurso del 3 de diciembre de 1934.)

46. Con todo, se hizo notar en el país la «campaña de paz» de la BUF, con los slógans «*Mosley Says Peace*» («Mosley dice paz») o «*Why Should you Die for Poland's 3.500.000 Jews?*» («¿Por qué habría usted de morir por los 3.500.000 judíos de Polonia?»). Una razón esencial del retroceso de la BUF pudo haber sido la Public Order Bill, que fue decretada en 1936, después de la llamada «batalla de Cable Street», y que preveía una prohibición general de los uniformes.

47. Los teóricos del movimiento se esforzaban continuamente por demostrar que el liberalismo y el parlamentarismo no son instituciones específicamente inglesas, y que había una poderosa tradición del pensamiento inglés, desde Bolingbroke hasta Disraeli, pasando por Burke, que conducía exactamente a la BUF (*cf.* James Drennan, *Der britische Faschismus und sein Führer*, Berlín, 1934, p. 230). Al ver Drennan en Hitler y Mussolini «los representantes de una insurrección claramente consciente contra la máquina» (*op. cit.*, p. 155), se pone de manifiesto cuán débil era el fundamento de la pretensión de modernidad que tenía el movimiento. De análogo sentimiento neorromántico por la amenazada belleza de la verde isla de Inglaterra se veía llevado Arthur Kenneth Chesterton, quien escribió uno de sus libros más conocidos sobre Mosley y se separó de él antes del estallido de la guerra. Alexander Raven Thomson era considerado el verdadero teórico del movimiento; había sido comunista por algún tiempo y en 1935 hizo publicar su libro sobre *La civilización como superhombre.* De los restantes seguidores de Mosley hay que citar a Neill Francis-Hawkins, el jefe de organización, y William Joyce, quien se hizo mundialmente famoso después de pasarse al bando alemán como comentarista radiofónico y fue ejecutado acabada la guerra. Los periódicos más conocidos fueron «Blackshirt» y «Action».

48. Mosley, *Fascism, One Hundred Questions Asked and Answered*, Londres, 1936, pregunta núm. 62.

49. Sobre esto, *cf.* Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, pp. 61-190.

50. El nombre completo era Faisceau des Combattants et des Producteurs. Como día de su fundación fue escogido el 11 de noviembre de 1925.

51. En esto fue apoyado por el conocido fabricante de perfumes François Coty, quien también subvencionó generosamente otras publicaciones de las derechas, entre ellas la «Action Française». Pero precisamente estos donativos monetarios, que son de los más confirmados en la historia de los movimientos fascistas, proporcionan una clara prueba del papel subordinado, si bien no superfluo, que desempeña el dinero en todos los asuntos políticos de mayor envergadura.

52. Característico de la concepción de Valois es que ya en la primera página señala a Georges Sorel como el padre intelectual del fascismo. Responde a este punto de partida el hecho de que diga lo

siguiente, sobre la relación del fascismo con la Revolución Francesa: «*...c'est une énorme erreur de penser que le fascisme va contre lui, le prend à rebours, et veut le refouler. Le fascisme est exactement dans le fil du mouvement de 1789...*» (*Le fascisme*, París, 1927, p. 36). Totalmente singulares en la literatura fascista son sus opiniones sobre los judíos: «*...faites appel à ce sentiment de la justice qui anime Israel depuis les origines, et vous obtiendrez une étonnante participation des Juifs à la grande révolution économique et sociale qui donnera au monde une organisation rationelle de la production et rétablira la justice dans tous les échanges*» (*id.*, p. 62).

53. Alfred ROSENBERG, *Kampf um die Macht*, Munich, 1937, pp. 391-395 (reimpresión de un artículo de febrero de 1926 aparecido en el «Völkischen Beobachter», sobre *¿Esfuerzos nacionalsocialistas en Francia?*).
54. El distintivo del francismo consistía en una rueda dentada, ante la cual aparecía una espiga dominada por la vieja hacha de guerra franca de dos filos (la *francisque*): símbolo de la unión de los tres principales estamentos del país: trabajadores, campesinos y soldados. Su lema era: «*paix, justice, ordre*» («paz, justicia, orden»). Su órgano de prensa era «Le Francisme».
55. HAAS, *op. cit.*, pp. 190 y ss.
56. Se trataba del Parti Socialiste National de France, que se propuso continuar la obra antisemita de Édouard Drumont.
57. La resolución final del Congreso, presentada por Bucard y Fonjallaz, consolidaba la universalidad del fascismo y subrayaba su carácter idealista, antimarxista y revolucionario. (El texto aparece en J. PLUMYÈNE y R. LASIERRA, *op. cit.*, pp. 60-61).
58. La Solidarité Française era un resultado de los esfuerzos de François Coty para revitalizar (es decir, fascistizar) la derecha francesa. De ella recogió el periódico «L'Ami du Peuple». Sus partidarios llevaban camisas azules y gorras vascas, y, por lo que parece, en parte considerable eran reclutados de entre el proletariado miserable. Tuvo una participación esencial en los hechos del 6 de febrero. Su distintivo más vistoso era la bandera con el gallo de los galos.
59. Incluso la mayor organización, la Confédération Nationale des Anciens Combattants, presentó en marzo de 1934 un programa que tomaba posición contra el marxismo, la lucha de clases y el liberalismo económico («Völkischer Beobachter», Berlín, 9-4-1934). En el otro extremo de las organizaciones inspiradas por el espíritu de combate hay que mencionar a la microscópica Milice Socialiste Nationale, que sólo interesa por la persona de su fundador y jefe, Gustave Hervés, quien antes de la guerra mundial había sido el antimilitarista más famoso de Francia, y que desde 1916 dirigía el diario tajantemente nacionalista «La Victoire» (pero que durante los años treinta actuaba en favor de un acuerdo con Alemania).
60. Se trataba de los llamados Briscards y de los Volontaires Nationaux. Mujeres y niños tenían su lugar en el Regroupement National.
61. «Hamburger Fremdenblatt», 3-7-1935.
62. Su libro *Service public*, aparecido en 1934, fue publicado en traducción alemana en 1935. De La Rocque subrayó siempre fuertemente la diferencia entre la Asociación de Cruzados de Fuego

y el fascismo, y puso de relieve su repulsa hacia todas las dictaduras (*cf.* «The Times», 14-4-1934: *«Fascism» in France*).

63. Ante todo se dirigía contra su conducta vacilante e incluso «traidora» durante el 6 de febrero de 1934, pero atacaba también la totalidad de su táctica. Pasó de manera espectacular al conocimiento del gran público cuando su ex colaborador, el conde Pozzo di Borgo, le lanzó la acusación de haber cobrado, durante años, subvenciones del fondo estatal secreto, acusación que recibió, por parte de André Tardieu, una confirmación llena de odio y no del todo convincente. Estos enfrentamientos, poco refrescantes pero sintomáticos, dieron ocasión a mucha literatura.

64. El «mínimo fascista» no presupone que *todos* los rasgos característicos sean detectables con cierto grado de claridad. Si se admiten unos seis caracteres fundamentales (antimarxismo, antiliberalismo, principio de jefatura, ejército del partido, anticonservadurismo tendencial y pretensión de totalidad), entonces puede faltar el uno o el otro en un determinado estadio de desarrollo, aunque debe estar germinalmente presente.

65. La Ligue des Patriotes había sido fundada en 1882 por Déroulède y, ante todo, tenía tendencias antialemanas, o sea, de desquite. De las agrupaciones suprapartidistas y, en general, antipartidistas, ésta era la más antigua; de todas ellas, después de la guerra mundial, conservó su vitalidad únicamente la Ligue d'Action Française.

66. Section Française de l'Internationale Ouvrière, o sea, el partido socialista.

67. Jacques Doriot había nacido en Bresles en 1898 y era hijo de un proletario. Fue obrero metalúrgico en St.-Denis, tomó parte en la guerra mundial y, siendo miembro del Ejército de Oriente, vio tanto la República de Consejos húngara como la acción de D'Annunzio en Fiume. Muy pronto miembro dirigente de la Unión juvenil comunista, participó en varios congresos de la Internacional en Moscú, y ya en 1924 obtuvo un escaño en el Parlamento y un cargo en el Politburó del PCF. Se hizo conocer sobre todo por su campaña violentamente antimilitarista y por su acción contra las empresas coloniales francesas en Siria y Marruecos. Esta conducta suya «antinacional» no se la perdonó nunca del todo la derecha francesa, ni siquiera al final.

68. El Partido tenía un politburó, al que pertenecía cierto número de antiguos comunistas, algunos muy conocidos, y un comité central, si bien la posición de Doriot era de autoridad ilimitada. No se llevaba uniforme, pero era inconfundible el saludo del Partido, con el brazo extendido y el grito: «*En avant, Jacques Doriot!*» Era muy característico que en las grandes solemnidades el Partido cuidase la memoria tanto de Juana de Arco como de los *communards*.

69. *Socialisme fasciste*, París, 1934, pp. 227, 102. En ningún otro país fuera de Francia era el fascismo en tan gran medida asunto también de los intelectuales. La revista «Je Suis Partout», a cuyo equipo pertenecían Robert Brasillach y Lucien Rebatet, pone de manifiesto, más que un libro en particular, que en Francia estaban casi mezcladas con el fascismo dos corrientes espirituales generales, políticamente bastante neutrales, que en Alemania, o bien le precedieron, o bien actuaron en favor del comunismo: el movimiento juvenil y la crítica cultural radical.

70. El principal problema social del país no consistía, como en el caso de España, en la cuestión agraria, sino en la miseria de las condiciones de la vida de la mayoría de los campesinos y obreros, en comparación con la existencia lujosa de las pequeñas capas superiores urbanas.
71. Para esto, *cf.* especialmente su libro *Le Portugal et la crise européene*, París, 1940.
72. Así, por ejemplo, fue aprobada la nueva Constitución en Lisboa con una mayoría de casi el 98 por ciento —pero el resultado se consiguió únicamente al contarse todas las abstenciones como votos afirmativos, y el porcentaje de las abstenciones fue no menos del 66 por ciento (!) («Berliner Tageblatt», 19-12-1934).
73. «De una civilización que, a través de la ciencia, nos devuelve a la barbarie, nos separa eternamente nuestra profesión de fe en el espíritu que anima y vivifica nuestra historia. Nos negamos a ali mentar a los pobres con ilusiones; sin embargo, ponemos todo nuestro esfuerzo en preservar la sencillez de la vida, la pureza de las costumbres, la intimidad del sentimiento, la concordia social, el carácter familiar, modesto pero digno, de la vida portuguesa, ante una oleada que crece cada vez más poderosamente en el mundo; y con estas consecuciones de nuestro pasado, tratamos de mantener también la paz social» (citado por Hans SOKOL, *Salazar und sein neues Portugal*, Graz-Viena-Colonia, 1957, p. 118).
74. «Berliner Börsen-Zeitung», 29-12-1932.
75. Diversos informes y un ejemplar del periódico se hallan en el Archivo Polít. del Minist. del Ext., Portugal, «Pol.», 29, t. I.
76. «Berliner Tagleblatt», 19-4-1934.
77. Los miembros de la Mocidade llevaban camisas verdes y chaquetas marrones. Que también se crearan divisiones femeninas significó, dentro de las circunstancias portuguesas, un paso casi revolucionario.
78. «Un Estado que subordine todo, moral, derecho, política y economía, a la idea de la nación o de la raza, que él defienda, sería omnipotente, razón y fin de sí mismo, y a él tendrían que subordinarse tanto el individuo como la comunidad. Esto podría conducir a un absolutismo más terrible que el de la época preliberal, porque este último por lo menos no se había desprendido del hombre. Semejante Estado sería pagano por su naturaleza misma, incompatible con la civilización cristiana, y más pronto o más tarde tendría que llevar a las mismas revoluciones a las que se vio enfrentado el antiguo régimen y quién sabe si a nuevas y catastróficas guerras de religión» (Oliveira SALAZAR, *Portugal. Das Werden eines neuen Staates, Reden und Dokumente*, Essen, 1938, p. 202 [¡la introducción es del doctor Goebbels!]).